

SECRETO DE ESTADO

I



La Alcobá
de la Reina

JULIETTE BENZ

Lectulandia

Francia, junio de 1626. Una niña de cuatro años vaga por el bosque: su nombre es Sylvie de Valaines y su familia ha sido asesinada. Un muchacho de diez años, François de Borbón-Vendôme, la encuentra y la lleva al castillo de Anet. Oculta tras un nuevo nombre y criada entre los Vendômes, Sylvie se convertirá en doncella de honor de la reina Ana de Austria y compartirá, sin quererlo, el mortal secreto del nacimiento del futuro Luis XIV.

Lectulandia

Juliette Benzoni

La alcoba de la reina

Secreto de estado - 1

ePub r1.0

Titivillus 22.06.2019

Título original: *La chambre de la reine*
Juliette Benzoni, 1997

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*A la memoria de la princesa Isabelle de Broglie,
que mostró el camino.*

Nota de la autora

Ésta es una novela.

Según un principio al que permanezco fiel, los personajes reales se mezclan con los de ficción de una manera que espero resulte agradable.

Sin embargo, aunque he reflejado los acontecimientos históricos con tanta fidelidad como me ha sido posible, no por ello he dejado de utilizar los privilegios del escritor de ficción, con el fin de aportar mi punto de vista personal y exponer determinadas hipótesis, que por lo demás comparten otros autores.

Después de todo, ¿y si fuese verdad?

Agradecimientos

Son numerosas las obras que he necesitado consultar para elaborar la trilogía que comienza con este libro. La lista es larga, demasiado larga y, por otra parte, de mención innecesaria en una novela.

Digamos que empieza por *La vie quotidienne au temps de Louis XIII* de Émile Magne y la inevitable *Vie de Louis XIII* de Louis Vaunois, y que continúa hasta la admirable y apasionante *Anne d'Autriche* de Claude Dulong (Hachette Littérature), uno de los textos más bellos aparecidos sobre esa época agitada.

Pero me parece importante rendir aquí un homenaje muy especial al fantástico compendio de investigación y trabajo que es *Les Bâtards d'Henri IV* de Jean-Paul Desprats, publicado en 1994 en Librairie Académique Perrin. Me ha ayudado a salvar muchos escollos y a colmar no pocas lagunas, y éstas son cosas que conviene subrayar. A todos los que deseen mayor precisión en cuanto a hechos o detalles aquí narrados, les recomiendo fervorosamente la lectura, por lo demás apasionante, de ese exhaustivo trabajo.

LA ALCOBA DE LA REINA

Juliette Benzoni

primera parte

LA NIÑA DE LOS PIES DESCALZOS

1626



I

EL SELLO DE LACRE ROJO

El cielo se oscurecía. Lanzado al galope, el joven jinete dirigió una mirada de rencor a la nube negra instalada encima de su cabeza desde que salió del castillo de Sorel. Si no hubiese sido tan buen cristiano, habría levantado el puño, pero eso habría sido ofender a Dios, y un chiquillo de diez años no podía permitírselo, aunque se tratara de François de Vendôme, príncipe de Martigues y uno de los numerosos nietos del rey Enrique IV.

Si la tormenta estallara en ese momento, le retrasaría y no contribuiría a mejorar la situación, ya muy comprometida, en que se encontraba. Sin embargo, sabía los riesgos que corría al marcharse de Anet sin avisar —¡él mismo se había ensillado el caballo!—, y las consecuencias de su escapada eran fáciles de adivinar. La única esperanza de evitarlas era que su regreso pasara inadvertido. Llegar después de la alarma que provocaría el aguacero sería una verdadera catástrofe porque su preceptor, *Monsieur d'Estrades*, no permitía bromas con la disciplina: François recibiría una tunda. Estaba preparado para ello, pero siempre era preferible ahorrarse unos cuantos correazos. Por no mencionar la acogida que le dispensaría la duquesa, su madre...

Le preguntaría de dónde venía y, como él todavía no sabía mentir, lo diría. El castigo llegaría después, pero en ese momento habría de sufrir su mirada severa, tanto más penosa porque pesaría sobre él en silencio y le daría plena conciencia de haber decepcionado a una madre a la que quería y admiraba hasta el punto de considerarla casi una santa. Sin embargo, había desobedecido con pleno conocimiento de causa, porque hay casos en los que una persona se ve obligada a elegir entre el deber y los impulsos del corazón.

El impulso de François lo atraía desde hacía ya tiempo hacia el castillo de Sorel, pero ese día la atracción se había vuelto irresistible: el muchacho acababa de enterarse de que la pequeña Louise sufría una enfermedad cuyo

nombre no recordaba, pero de la que era posible morir o quedar desfigurado. Una idea insoportable para aquel enamorado de diez años: ¡tenía que ir a verla!

Había conocido a la pequeña Séguier el 14 de marzo, unos días antes del comienzo de la primavera. Cada año por aquellas fechas se celebraba una misa de acción de gracias en la abadía benedictina de Ivry, en memoria de la victoria obtenida por el rey Enrique IV sobre las tropas del duque de Mayenne. Los Vendôme en pleno asistían al oficio sin atender al hecho de que la duquesa, nacida Françoise de Lorraine-Mercoeur, contaba al vencido entre sus parientes. Así lo quería el duque César, hijo mayor del gran rey y de la arrebatadora Gabrielle d'Estrées. Naturalmente, todas las familias de alguna importancia que habitaban en la región consideraban un deber estar presentes. También la de un rico consejero del parlamento de París, Pierre Séguier^[1], conde de Sorel, acompañado por su esposa, Marguerite de la Guesle, y por su hija. Louise era la única descendencia de una pareja que la adoraba y se sentía orgullosa de ella.

Y con toda razón: nadie podía ver a aquella chiquilla de seis años sin sentir ganas de abrazarla o al menos de sonreírle. Fresca, sonrosada y delicada como una rosa silvestre, tenía un precioso cabello rubio y rizado que la cofia de terciopelo azul —¡del mismo azul que sus grandes ojos!— apenas conseguía mantener en su lugar. Dócilmente sentada junto a su madre, mantuvo durante toda la larga ceremonia los ojos bajos, fijos en el rosario de marfil entrelazado en sus deditos. Sólo por un instante volvió la cabeza como si se sintiera observada, alzó la vista hacia el muchacho y le sonrió. Una sonrisa amplia, hermosa, que él devolvió con usura pero que no escapó, ay, a la observación de *Madame* de Vendôme, de bastante mal humor ese día en que debía desempeñar el papel de cabeza de familia en una ceremonia que no la entusiasmaba. En efecto, su esposo el duque César se había visto obligado a quedarse en su puesto de gobernador de Bretaña, desde el cual dedicaba toda su actividad a la tarea de crear dificultades al hombre al que más detestaba en el mundo: el cardenal de Richelieu, ministro del rey Luis XIII. Sin embargo, en el camino de regreso la duquesa no despegó los labios.

Pero cuando, después de una noche agitada, François bajó a las caballerizas antes del amanecer, tuvo la sorpresa de encontrar allí al escudero de su madre, el caballero de Ragueneil, paseándose arriba y abajo en medio del ajetreo de los palafreneros y los aguadores. François fingió no haberlo visto, pero el caballero le alcanzó en el momento en que llegaba a la gran puerta del recinto.

—Y bien, monseñor François, ¿adónde os disponéis a ir tan temprano?

—A dar un último paseo.

Perceval de Raguenel era una persona cortés y amable, pero François lo encontró francamente antipático cuando le preguntó:

—¿Y en qué dirección? ¿No sabéis que volvemos ahora mismo a París? Apenas os queda tiempo para pasear. Salvo que sólo queráis dar una vuelta por el parque...

François se ruborizó:

—Bien, yo...

No encontraba las palabras. El escudero le ayudó:

—¿Por qué no vais a hablar del tema con la señora duquesa? Os está esperando en sus aposentos.

—¿Mi madre? Pero ¿por qué?

—Imagino que ella os lo dirá. ¡Apresuraos! Dentro de diez minutos irá a la capilla para sus rezos.

No viendo otra opción, François salió a la carrera y unos minutos más tarde una doncella le abrió la puerta de la habitación en que François e de Vendôme estaba acabando de peinarse. Era la antigua habitación de Diane de Poitiers, una estancia suntuosa pero sólo un poco más que las veintidós restantes de aquel castillo casi real. Las paredes y el techo estaban pintados de vivos colores realzados con oro; el precioso entarimado estaba cubierto de alfombras, y magníficas tapicerías caldeaban la atmósfera casi tanto como el fuego de la gran chimenea de mármol de varios colores. La luz diurna de aquella mañana de marzo pasaba a través de las ventanas ajimezadas protegidas por admirables vidrieras en grisalla que representaban escenas del Antiguo Testamento y que apenas daban luz al interior, aunque el fuego y los altos velones de cera blanca suplían esa deficiencia.

Nada más cruzar el umbral, el muchacho saludó y luego se acercó a su madre en medio del trajín de unas camareras que le miraban sonrientes. *Madame* de Vendôme no sonreía.

—¡Vaya! ¡Estás aquí! Me parece bien. Julie —añadió, dirigiéndose a su peluquera—, déjame un momento y llévate a todo el mundo.

Cuando las últimas faldas desaparecieron detrás de la puerta, preguntó:

—Veamos, ¿adónde querías ir tan temprano?

—A dar un último paseo, señora, porque enseguida vamos a volver a París.

—¿Y en qué dirección? ¿Pensabas quizás acercarte a Sorel?

El principito enrojeció sin atreverse a responder, y observó a su madre con aprensión. En efecto, a pesar del amor que les dispensaba sin demostrarlo demasiado, François de Lorraine-Mercoeur, duquesa de Vendôme por su matrimonio, poseía el don de impresionar a sus tres hijos en mucha mayor medida que el duque César, su padre, cuyo carácter alegre, su gusto por las bromas con frecuencia pesadas y su despreocupación mostraban su origen bearnés y hacían de él un interlocutor menos imponente.

Influía en ello el hecho de que ella pretendía ser ante todo una sierva del Señor, dado que había sido educada por su madre en unos principios cristianos de estricta rigidez, que le permitían conservar cierta austeridad en medio del fasto al que le obligaban su rango, su gran fortuna —había sido uno de los mejores partidos de Europa— y el amor que profesaba a un esposo de gustos netamente opuestos a los suyos propios, salvo en lo que respecta al lujo y el poderío de su casa. Militar ante todo, a César le gustaba llevar un estilo de vida fastuoso y alegre, en tanto que Françoise, ahijada del difunto obispo de Ginebra Francisco de Sales, amiga de Juana de Chantal y del prodigioso personaje conocido como *monsieur Vincent*, se interesaba sobre todo por la salvación eterna de los suyos y por la práctica de una caridad que se extendía a muchos campos, incluso a las prostitutas de las orillas del Sena en París y a las de la casa de lenocinio que la presencia de soldados obligaba a tolerar en Anet. De modo que cuando alguno de sus hijos tenía que responder ante ella de alguna travesura, siempre tenía la impresión de comparecer ante el mismísimo tribunal de Dios.

Eso era exactamente lo que ahora sentía François, y ni por un segundo se le ocurrió disimular:

—En efecto, señora. ¿Veis algún inconveniente en ello?

—Quizá. Dime primero por qué querías ir allí. ¿Es por esa niña? Ayer observé que ella te sonreía y que tú le respondías. ¿La habías visto alguna vez?

—Nunca. Por eso tenía ganas de volverla a ver. Es muy bonita, ¿no os parece?

—Desde luego, pero eres un poco pequeño para interesarte por las chicas. Además, no estoy segura de que encontraras un buen recibimiento en su casa. Los Séguier no son amigos nuestros.

—Pero ayer asistieron a la misa.

—Se trataba de un homenaje al difunto rey, tu abuelo. Y sus tierras dependen de nuestro principado de Anet; eso les obliga, pero no significa que esa familia recién ennoblecida esté dispuesta a rendirnos pleitesía. Por lo

demás, a tu padre no le gustaría: los Séguier, como muchos de esos señores del Parlamento, son incondicionales del cardenal y proclaman a quien quiera oírles su fidelidad al rey Luis^[2].

—¿Y nosotros? ¿No somos súbditos fieles del rey?

—Es el rey, y le debemos amor y obediencia, algo que no podría esperar jamás el obispo de Luçon. Hazme un favor, François, e intenta olvidar que esa niña te ha sonreído.

El muchacho bajó la cabeza.

—Por amor a vos, lo intentaré, *madame* —murmuró sin poder contener un suspiro que provocó una sonrisa en el rostro hermoso, pero algo severo de la duquesa.

—Me gustan tu franqueza y tu obediencia, François. Ven a darme un beso.

Aquél era un raro favor desde que el muchacho había sido puesto al cuidado de los hombres de la casa. Lo apreció en su justa medida y se sintió algo consolado por su sacrificio; pero cuando algo nos ronda por la cabeza, es muy difícil desecharlo sin más.

Bajo los techos dorados del *hôtel* de Vendôme, en París, François no consiguió olvidar a Louise, y cuando, a finales del mes de mayo, la duquesa, sus hijos y la casa entera, huyendo de las pestilencias parisinas, fueron a instalarse a orillas del Eure, el enamorado de diez años no pudo impedir que le asaltara una alegría inhabitual: ¡con un poco de suerte, la vería!

François se equivocaba si creía que únicamente su madre y él estaban enterados de su secreto: también su hermana Elisabeth, dos años mayor que él, había notado algo. Ensoñaciones súbitas, rubores fugaces y otras manifestaciones desconocidas hasta entonces en un muchacho turbulento, belicoso, apasionado por los caballos, las armas y la independencia, y dotado de una vitalidad que gobernantas y preceptores coincidían en calificar de extenuante, habían hecho atar cabos a su hermana durante los meses de invierno. Sin embargo, se guardó sus impresiones y fue solamente en el momento de bajar de la carroza en el patio de honor del castillo cuando, después de dejar que el hermano mayor, Louis de Mercoeur^[3] —catorce años—, acompañara a su madre al interior, se llevó aparte a François con el pretexto de ir a ver los cisnes de los estanques. En realidad fueron a dar un paseo a lo largo del canal de las carpas. En silencio al principio, cosa que el muchacho no soportó mucho tiempo.

—Si tienes algo que decirme, dímelo ahora —gruñó, empleando el tuteo del que se servían únicamente cuando estaban a solas—. ¿Es que he hecho

alguna tontería?

—No, pero te mueres de ganas de hacer una. Lo he notado cuando, hace un momento, *Madame* de Bure ha hablado de las damas de Sorel. Nuestra madre la ha hecho callar enseguida, pero tú te has ruborizado y has suspirado con tanta fuerza que casi haces volcar el coche. Te mueres por volver a ver a Louise, ¿no es así?

Los dos jóvenes, unidos por una profunda ternura y una confianza total, se entendían a las mil maravillas, pero con el hermano mayor tenían unas relaciones mucho más distantes, o dicho con mayor exactitud, protocolarias: era el heredero, le respetaban por ello, pero no le querían. François ni siquiera intentó negarlo.

—Es verdad, pero he prometido a mi madre no hacerlo.

—¿Y lo sientes?

François desvió la mirada, se agachó y tomó una piedra plana que, lanzada con un gesto rápido y experto, rebotó por tres veces en la calma superficie del canal. Finalmente resopló y, sabiendo que Elisabeth no se contentaría con una respuesta a medias, dijo:

—Hmm... Sí. Mientras estábamos en París era fácil. Aquí, ya no es lo mismo.

—Me lo temía. ¿Qué vas a hacer?

—Haces preguntas tontas, hermanita; no se puede incumplir la palabra dada.

—Estoy de acuerdo, pero... yo no he prometido nada.

François se quedó por un momento sin respiración, y observó con mayor atención el rostro malicioso de su hermana. Hasta su encuentro con Louise, la consideraba la chica más bonita que conocía: de su abuela, Gabrielle d'Estrées, había heredado, como él mismo, un cabello de un tono dorado casi irreal y ojos de un azul profundo; además, estaba dotada de una inteligencia despierta. Él admitía de buen grado que ella le superaba con mucho en este aspecto, por más que a los diez años él medía ya tres pulgadas más que ella. Pero sus palabras de ahora significaban para François la apertura, en su beneficio, de una ventana inesperada sobre la astucia femenina.

—¿Qué quieres decir?

—Que *Madame* Sorel pasa por ser muy piadosa, generosa también, y que gustosamente se desplaza para sus caridades hasta lugares a veces muy lejanos de su casa. Sé que lleva consigo a su hija desde que cumplió seis años, igual que ha hecho nuestra madre conmigo. En adelante yo podría ir acompañada por *Madame* de Bure, y tú podrías acompañarnos también. La

caridad saldría ganando y nuestra madre estaría encantada; seguro que también recibirías las bendiciones de *monsieur* Vincent.

—¿Quieres decir que sin ir a Sorel es posible ver a esas damas? Pero ¿cómo podemos saber adónde van?

—Uno de nuestros cocheros corteja a la nodriza de Louise. Seguro que conseguiremos encontrarnos con ellas...

Por toda respuesta, François estrechó a su hermana, y al día siguiente obtuvo de su madre el permiso para acompañar a Elisabeth en las visitas de caridad que ésta llevaba a cabo acompañada por su gobernanta. *Madame* de Vendôme, que había inscrito a su hijo menor desde muy joven en la Orden de Malta, con la esperanza de que sucediera algún día a su tío el Gran Prior Alexandre, vio en aquella iniciativa una señal del cielo: ¿acaso no era esencial para los caballeros de la orden la práctica de la caridad más humilde, cuya enseñanza comenzaba con los trabajos auxiliares hospitalarios más duros? Y así, pudo verse en varias ocasiones al joven príncipe de Martigues, cargado con un pesado saco lleno de panes, entrar con dignidad en algún pobre chamizo detrás de las «damas» de caridad. El espectáculo era tan novedoso que Mercoeur intentó tomarlo a broma, pero sufrió una áspera regañina de *Madame* de Vendôme.

A decir verdad, ese ejercicio fue menos penoso de lo que François habría creído. De carácter generoso y absolutamente desprovisto de fatuidad, se sintió próximo a las personas a las que iba a visitar y se interesó sinceramente por sus desgracias. Fue una suerte, porque la piadosa estratagema de Elisabeth no le permitió, en el curso de un largo mes, coincidir con la señorita de sus pensamientos más que en una ocasión. Le pareció más hermosa aún que en la abadía de Ivry, a pesar de que fuera ataviada en esa ocasión con la modestia adecuada a las circunstancias. No se le ocurrió nada que decirle, y se contentó con ruborizarse intensamente y maltratar su sombrero. Sin embargo, su promesa le pareció más difícil de cumplir que nunca.

De hecho, sus ansias se recrudecieron. Así, cuando supo que ella estaba enferma, no pudo más. Necesitaba saber; era indispensable verla. Sin reflexionar, tomó un caballo y partió hacia Sorel. Pero ni siquiera pudo cruzar la verja de entrada al castillo. Lo despidieron sin demasiadas florituras oratorias: el mal era grave y nadie podía acercarse a la pequeña enferma, a excepción de su madre y las criadas. Fue así como François, más inquieto que nunca, se encontró en el bosque con las perspectivas de regreso que ya conocemos.

El tiempo no mejoraba. De súbito el cielo nublado se oscureció hasta tal punto que pareció que la noche se adelantaba. El caballo estaba nervioso y cuando de repente restalló un trueno violento, el animal lanzó un relincho parecido a una carcajada, se encabritó y lanzó a su jinete contra unos matorrales antes de salir al galope en dirección a Anet.

Lastimado más en su vanidad que en su cuerpo, François se levantó ileso preguntándose cómo se tomaría *Monsieur* d'Estrades, que se esforzaba por inculcar a los jóvenes Vendôme los grandes principios ecuestres dictados por el difunto *Monsieur* de Pluvinel, el regreso al castillo de un caballo sin jinete y, más tarde, de un jinete sin caballo.

Apenas había salido de entre los zarzales profiriendo reniegos, maldiciones e incluso juramentos, para dirigirse al destino que le aguardaba, cuando vio a la niña.

Vestida únicamente con un camisón manchado, aferrando una muñeca contra su pecho, estaba en medio del sendero con sus pequeños pies descalzos y lloraba en silencio, sorbiéndose las lágrimas de tanto en tanto y con el dedo pulgar en la boca. No debía de tener más de tres o cuatro años, era menuda y frágil. A pesar de lo exiguo de su atuendo, no era una campesina: el cabello castaño que coronaba su cabecita conservaba la huella de un peine cuidadoso, en forma de algunos bucles y de una cinta azul que los sujetaba. Además, su único vestido era de tela fina, con bordados. Al acercarse a ella, François vio que las manchas eran de sangre y comprendió que estaba ante un problema más grave que el suyo propio. Se puso de rodillas y palpó el cuerpo de la niña.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás herida?

Ella no respondió y siguió llorando en silencio, sin manifestar el menor dolor a la palpación. Por otra parte, la sangre estaba casi seca.

—No, no parece que te hayas hecho daño. Pero ¿de dónde vienes así? ¿Quién eres?

Mirándole con unos ojos color avellana enrojecidos por las lágrimas, la pequeña se quitó el dedo de la boca y pronunció dos únicas sílabas:

—Vi... laine.

Luego volvió a colocar el pulgar donde estaba antes.

—¿Villana? Eso no es un nombre. ¡Y además tú no lo eres! Las villanas no tienen unas muñecas tan bonitas —añadió, e intentó tomar el juguete de las manos de su pequeña propietaria, que no lo soltó. Era en efecto un objeto caro, de madera bien torneada, con cabellos de hilaza y un vestido de terciopelo a la moda con una gorguera alrededor del cuello.

Los interrogantes se multiplicaron en la mente del muchacho. ¿De dónde podía venir aquella niña? Tenía que haber sucedido una desgracia en alguna parte, pero ¿dónde? Intentó averiguarlo pronunciando el nombre de dos o tres palacios o mansiones ricas de los alrededores, algunas de ellas pertenecientes a vasallos del principado de Anet, pero en lugar de contestar la niña se puso a llamar a gritos a su Tata.

Para colmo, la tormenta que François había acabado por olvidar se materializó después de un trueno más violento aún que el anterior, y de golpe rompió un fuerte aguacero.

—No podemos quedarnos aquí. Tengo que llevarte a nuestra casa. Quizás alguien sepa quién eres.

Al punto, ella calló y le tendió una manecita sucia con los dedos separados, que parecía una estrella de mar. En un instante quedó empapada, y François casi tanto como ella. Compadecido, se quitó el jubón para envolverla.

—¡Ven! ¡Hemos de darnos prisa!

Se preguntó inquieto cómo podría hacerla andar con los pies lastimados, y además ella no podría seguir su paso.

—Tendré que llevarte en brazos —suspiró, un poco asustado por esa nueva responsabilidad; pero ella apenas era mayor que un bebé y cuando la levantó resultó más ligera de lo que pensaba.

Entonces, sin soltar su preciosa muñeca, ella rodeó con su brazo libre el cuello de su salvador y posó la cabeza en su hombro con un suspiro de felicidad. No sabía quién era ese chico, ¡pero era tan guapo con su largo y lacio cabello rubio y sus ojos claros! ¿Un ángel, tal vez? En cualquier caso, se sentía bien con él.

—No te duermas y sujétate fuerte —aconsejó el joven héroe—. Voy a intentar correr.

Pronto comprendió que había sobreestimado sus fuerzas, y reemprendió la marcha a buen paso maldiciendo al estúpido caballo que le había dejado plantado en el momento en que más lo necesitaba. En cuanto a lo que sucedería cuando se presentara en el castillo con su hallazgo, ni siquiera intentó imaginarlo.

Recorrieron de ese modo un buen cuarto de legua, deteniéndose de vez en cuando para que el porteador recuperase el aliento. Gracias a Dios, la lluvia había cesado. A pesar de ello, François estaba exhausto cuando divisó por fin Anet, preguntándose por qué, al ver volver a su caballo sin él, no habían enviado a alguien a buscarlo. Y, por descontado, era horriblemente tarde. El

enorme ciervo de bronce rodeado por cuatro perros de caza que adornaba el remate de la gran fachada y servía de reloj, hizo sonar ocho campanadas con su martillo mecánico.

—¡Misericordia! —gimió François mientras depositaba su carga sobre las losas del patio de honor—. ¡Ya oigo silbar la correa!

Sin embargo, el castillo no se encontraba en su estado normal. Los guardias hablaban animadamente formando pequeños grupos y nadie le prestó atención. La agitación se centraba alrededor de una gran carroza de viaje, tan cubierta de barro y polvo, que era imposible adivinar qué blasón llevaba pintado en la portezuela. Los lacayos corrían en todas direcciones. Estaban desenganchando los caballos, y cuando el joven paró a alguien para preguntarle qué pasaba, el hombre apenas se tomó el tiempo para decirle:

—¡No lo sé de cierto! Monseñor el obispo de Nantes ha llegado aún no hace una hora, y todo el mundo está reunido en el salón de las Musas...

Sorprendido, François alzó las cejas. El obispo en cuestión, Philippe de Cospéan, era un viejo amigo de la familia, el consejero íntimo y más fiel de la duquesa, pero era la primera vez que su llegada ocasionaba aquel alboroto. François quiso entonces tomar de la mano a su pequeña acompañante para llevarla ante su madre, pero vio que lloraba de nuevo y que temblaba bajo su camión empapado. Su mirada implorante hizo que volviera a tomarla en brazos:

—Vamos a reunirnos con la familia. Veremos qué pasa —suspiró.

Nunca le había parecido tan grande el hermoso castillo reconstruido en el siglo anterior por Diana, la duquesa de Valentinois, ni tan imponente el salón de las Musas, con sus paneles pintados y dorados, sus marcos de mármol y su suntuoso mobiliario. Se encontraban allí muchas personas, pero la mirada de François se dirigió a su madre, sentada junto al obispo que, visiblemente cansado, le hablaba. Ella parecía agitada por una intensa emoción. Había huellas de lágrimas en su bello rostro, casi tan blanco como la enorme gorguera en «rueda de molino» que parecía ofrecer su cabeza sobre una bandeja de nata montada. Su hijo mayor se reclinaba con aire grave en su sillón y ella daba la mano a su hija, sentada a sus pies sobre un cojín de terciopelo. Alrededor de ellos, las damas y los oficiales de la casa ducal guardaban una inmovilidad llena de estupor, como si en lugar de seres vivos fueran personajes de un tapiz.

A pesar de la tensión reinante, la entrada de François no pasó inadvertida.

—¡Dios mío! Martigues —exclamó su hermano Louis de Mercoeur con tono irritado—, ¿de dónde venís en ese estado y con semejante compañía?

¿Qué nueva estupidez habéis cometido? ¿Quién es esa mendiga?

La indignación apagó, como una vela en una corriente de aire, la legítima inquietud del muchacho.

—No es una mendiga. La he encontrado en el bosque tal como la veis: descalza, con su muñeca y el camisón manchado de sangre. ¡Miradla mejor, a menos que vuestra soberbia y vuestro egoísmo os nublen la vista!

—¡Paz, hijos míos! —cortó *Madame* de Vendôme—. No es momento de peleas. François nos dirá dónde ha encontrado a esta niña...

El interpelado no tuvo tiempo de abrir la boca. Ya su hermana se había precipitado hacia él. Se arrodilló delante de la pequeña que su hermano había depositado en el suelo, y examinó la carita sucia y húmeda de lágrimas.

—¡Madre! —exclamó—. Alguna desgracia debe de haber ocurrido en La Ferrière. Esta niña es la más pequeña de los hijos de *Madame* de Valaines. Se llama Sylvie.

—¡Claro! —dijo François, al comprender—. Cuando le pregunté su nombre, sólo lo entendí a medias: vi... laine. No sabía qué hacer, ya que mi caballo, asustado por la tormenta, me había descabalgado...

—¡Y pensar que se tiene a sí mismo por un centauro! —comentó Mercoeur con una risita.

El muchacho iba a replicar en tono áspero cuando apareció *Monsieur* de Ragueneil, que venía de cumplir algún encargo de la duquesa. Al ver a la niña, palideció y corrió hacia ella para tomarla entre sus brazos.

—¡Sylvie! ¡Dios mío!... Pero ¿cómo ha llegado aquí, y en este estado?

Parecía tan trastornado que *Madame* de Vendôme dejó que François contara de nuevo su historia.

—Entonces, la cogí en brazos y la traje aquí —concluyó.

—Y habéis hecho muy bien —aprobó su madre—. ¡Bien, vamos a lo más urgente! *Madame* de Bure —se volvió hacia la gobernanta de Elisabeth—, llevaos a esta pobre pequeña que parece haber sido víctima de una gran desgracia. Ocupaos de que la bañen, la alimenten y la acuesten. Cuando sepamos con certeza qué ha ocurrido, decidiremos qué hacer con ella.

La interpelada se acercó a Sylvie para tomarla de la mano, pero ella se aferró obstinadamente a la mano de François, decidida a no dejarlo: en el momento en que tenía aquella pesadilla tan horrible, Dios le había enviado un ángel, y ella quería conservarlo a su lado. De manera que soltó un aullido cuando intentaron separarla de él. Fue necesario que él prometiese ir a verla cuando estuviera acostada, para conseguir que callara.

—Muy bien —suspiró la duquesa—. ¡*Monsieur* de Ragueneil!

El escudero no pareció escucharla. Tenía los ojos fijos en la puerta por la que acababa de desaparecer Sylvie. Pero contestó a la segunda llamada.

—¿Conocéis bien a los Valaines?

—Sí, señora duquesa. La baronesa me ha hecho el honor de considerarme su amigo desde la muerte de su esposo. Estoy muy preocupado.

—Lo imagino. Tomad una decena de hombres armados y marchad a La Ferrière. Volveréis a informarme tan pronto os sea posible. En cuanto a vos, François, iréis a cambiaros de ropa más tarde. Acaba de ocurrir una gran desgracia, y debéis ser informado de ella. —Sin más explicaciones, se dirigió de nuevo al obispo—: No puedo comprender cómo mi cuñado, el Gran Prior de Malta, ha podido dejarse engañar hasta el punto de ir a buscar a mi esposo a Bretaña para llevarlo a Blois. Y para empezar, ¿por qué a Blois?

—El rey quiere recuperar Bretaña, porque le inquieta la agitación que existe en la región. En cuanto al Gran Prior Alexandre, creyó de buena fe que Su Majestad únicamente deseaba informarse de la situación por boca del duque César.

—¡Qué duplicidad! ¿Quién habría creído al rey capaz de algo así? En verdad, este asunto huele al cardenal a una legua de distancia. Nos odia.

—El cardenal no está en Blois, sino en Limours. Y el rey no hizo otra cosa que jugar con las palabras. Cuando llegó *Monsieur* de Vendôme, exclamó: «Hermano mío, estaba impaciente por veros». Y esa misma noche hizo que *Monsieur* du Hallier y *Monsieur* de Mauny los detuviesen a los dos. Todo se hizo a escondidas. Los prisioneros fueron llevados al castillo de Amboise navegando por el Loira. En cuanto a mí, he venido a avisaros con la horrible impresión de haber tenido toda la razón cuando aconsejé al duque César que no debía salir de su fortaleza de Blavet^[4] salvo para cruzar el mar. Pero el Gran Prior insistió, ignorante sin duda de que el rey estaba ya enterado de determinados asuntos. Pensaba ingenuamente que nuestro monarca estaba finalmente dispuesto a escuchar a sus hermanos antes que a un ministro del que había desconfiado durante tanto tiempo.

—¿Y mi esposo lo creyó? ¿Y fue a meterse en la boca del lobo en lugar de obtener todo el beneficio posible de su posición en Bretaña y de su título de Gran Almirante?

—Es lo que traté de hacerle ver, pero no quiso escucharme. Como le ocurre al Gran Prior, creo que vuestro marido en el fondo es bastante ingenuo. Creía...

—¿Que el cardenal renunciaría a despojarle de su gobierno, que olvidaría la desconfianza que le inspiran los hijos de Gabrielle d'Estrées? ¡El cardenal

jamás olvida nada! —exclamó con voz colérica—. Entiendo muy poco de política, amigo mío, pero hace meses que temía una catástrofe de esta naturaleza...

Y no en vano. Desde los comienzos del noveno año del reinado efectivo de Luis XIII, hervían las pasiones en torno a una pareja real de veinticinco años de edad^[5] que no se llevaba demasiado bien. Las viejas brasas, aún calientes, de las guerras de religión se reavivaban cada día al soplo de una corte joven, ambiciosa, turbulenta, celosa de sus privilegios y de su propia influencia, pero sobre todo por la creciente influencia del hombre de hierro en quien ella adivinaba un domador decidido a amansarla. Ni la menor preocupación por el bien del reino podía atisbarse en todo ello. Sólo intereses particulares.

Unos meses antes se había anunciado el estallido de una tormenta con ocasión del matrimonio de *Monsieur*, el hermano del rey y hasta el momento su heredero porque, después de diez años de matrimonio, la pareja real seguía sin tener descendencia.

El soberano y la reina madre, María de Médicis, deseaban casar a aquel muchacho de diecisiete años, veleidoso, agitado, nervioso, vanidoso, carente de valentía y fácil de manejar, con su prima *Mademoiselle* de Montpensier, la soltera más rica de Francia. El cardenal, por supuesto, aprobaba el enlace, pero no ocurría lo mismo con los príncipes de sangre real —Condé, Conti, Soissons y naturalmente Vendôme— ni con el entorno de la joven reina Ana de Austria. Un entorno compuesto por muchachas bonitas y algo alocadas y jóvenes caballeros atolondrados, todos ellos bailando al son de la mejor amiga de la reina, la intrigante, excesiva y encantadora duquesa de Chevreuse. Ninguno de ellos deseaba a ningún precio que Gastón d'Anjou se casara con aquel gran partido que otros anhelaban. Se le reservaba otro destino.

Así pues, se formó una conspiración cuyo personaje clave era el preceptor del príncipe, el mariscal d'Ornano, coronel del regimiento de los Corsos, un personaje rudo, expeditivo y arrogante que empujaba a su alumno a rebelarse, e incluso llegó a proponerle huir de París y refugiarse en La Rochelle. ¡En pleno feudo protestante!

La respuesta real no se hizo esperar: el 26 de mayo de aquel año de 1626, el rey hizo arrestar a D'Ornano y sus dos hermanos y los encerró en la Bastilla, donde, por prudencia, hizo cambiar al alcaide para la ocasión.

Para los conjurados, aquel golpe de mano llevaba la firma de Richelieu y, lejos de calmarlos, los enfureció. *Madame* de Chevreuse, siempre activa, tramó de inmediato una nueva conspiración que tenía como objetivo, en esta

ocasión, la eliminación física del cardenal y tal vez también del rey, cuya viuda podría entonces casarse con *Monsieur*, a quien la duquesa juzgaba el soberano ideal. Era en efecto una perfecta marioneta que podría manipularse sin esfuerzo...

Ana de Austria, todavía no repuesta del apasionado romance con el irresistible duque de Buckingham, no veía en ello el menor inconveniente: no amaba a su esposo y detestaba a Richelieu. Dio carta blanca a su querida Chevreuse. Por su parte, Gastón d'Anjou^[6] —*Monsieur*— se involucró hasta el cuello en la conspiración, al frente de la cual *Madame* de Chevreuse colocó al joven príncipe de Chalais, que estaba loco por ella y llegó incluso a ofrecer a alguno de sus gentilhombres para asegurar el éxito. Pero *Madame* de Vendôme ignoraba estos recientes acontecimientos; sólo estaba informada de la detención del mariscal d'Ornano, suficiente motivo de inquietud para ella en cualquier caso.

—Sí —repitió—. Hace meses que temo lo que finalmente ha sucedido hoy. El Gran Prior y mi esposo se han comprometido con *Monsieur* y los príncipes de sangre al negarse a admitir que son príncipes legitimados y que se les pudiera tratar con menos miramientos que a los demás.

Rogó luego a los presentes que la dejaran conversar un momento en privado con el obispo de Nantes. Únicamente su primogénito fue autorizado a quedarse. François tendió la mano a su hermana para llevársela, no sin protestar:

—¿Por qué Mercoeur sí y nosotros no?

—Eres demasiado joven, François. Cuatro años más cuentan mucho, tu hermano es ya casi un hombre.

Elisabeth no dijo nada, pero su aire ofendido dejó ver claramente que pensaba lo mismo:

—¡Vamos, François! Iremos a ver cómo sigue tu hallazgo.

Cuando todo el mundo hubo salido, la duquesa extrajo un rosario de un bolsillo disimulado en su vestido de terciopelo gris y lo sostuvo con firmeza en las manos, como si se aferrara a él para no caer.

—Ahora que estamos solos, amigo mío, contadme algo más, porque os confieso que no entiendo cómo se ha llegado al extremo de arrestar a mi esposo y a su hermano por esa ridícula historia del matrimonio de *Monsieur*, en el que únicamente les tocaba el papel de espectadores.

El obispo le dirigió una mirada de amistad y simpatía. El valor y la fe de aquella mujer aún joven siempre le habían impresionado, y la compadecía por

haberse desposado con un hombre cuyo orgullo y ambición le empujaban a arrojarse en medio de todos los avisperos.

—Hay hechos más graves, señora duquesa... que vos ignorabais. Por el contrario, el Gran Prior estaba situado en el primer plano.

Y contó cómo éste, en connivencia con *Monsieur* y la duquesa de Chevreuse, había preparado un atentado contra el cardenal aprovechando que el rey estaba en Fontainebleau y su ministro se había instalado en Fleury a la espera de que finalizaran las obras del palacio que se había hecho construir en la capital. El plan del Gran Prior era sencillo: *Monsieur* y algunos amigos, de caza por los alrededores, se presentarían ya de noche cerrada a pedir alojamiento y mesa a Richelieu, y lo matarían durante una disputa provocada adrede. Luego decidirían qué hacer con el rey, en función de cómo reaccionara a la noticia. Pero *Monsieur*, fiel a sí mismo, se declaró enfermo en el último momento; uno de los suyos, el joven príncipe de Chalais, hizo confidencias imprudentes y los demás conjurados fueron detenidos. A la mañana siguiente *Monsieur*, todavía acostado, tuvo la sorpresa de ver al cardenal irrumpir en su dormitorio para ofrecerle, todo sonrisas, su casa de Fleury, «que tanto parecía gustarle». Después de lo cual fue a ofrecer su dimisión al rey, que no sólo la rechazó, sino que le otorgó plenos poderes para concluir el asunto «con el mayor rigor».

—Sigo sin ver qué tiene que ver mi marido con toda esta historia — exclamó la duquesa—. Estaba ya en Bretaña cuando encarcelaron a D'Ornano ...

—Así es, pero su hermano estaba gravemente implicado porque la idea había sido suya.

—¿Y no arrestó al Gran Prior?

—No. Richelieu quería librarse de un solo golpe de los dos hermanos. Citó al Gran Prior y con las palabras más amables le dio a entender que deseaba verle acceder al Almirantazgo, que había dejado vacante el señor de Montmorency, a cambio evidentemente de que el duque César renunciara a sus pretensiones al cargo. Nuestro querido Gran Prior se quedó deslumbrado. Por eso tuvo tanto empeño en conseguir que su hermano fuera a discutir a Blois con Su Majestad. Así es cómo ocurrió todo, señora.

—¡Es indigno! ¿Cómo pudo ser tan estúpido el Gran Prior Alexandre?

—¡La ambición, señora duquesa, la ambición!

—Y... ¿qué ha sido de *Monsieur*?

—Para asegurarse de no ser molestado, se ha apresurado a denunciar a todos los participantes en el complot, e incluso ha prometido casarse con

Mademoiselle de Montpensier en cuanto el rey lo disponga.

—¡El muy infame! ¿Y qué hará el rey ahora que tiene en su poder al gobernador de Bretaña?

—Marcha a Nantes con el fin de consolidar su autoridad sobre la provincia... y de impartir su justicia.

—¡Misericordia! ¡En bonito apuro nos hemos metido! ¿Qué consejo podéis darme, monseñor?

—Es difícil de decir. Tal vez lo mejor sería ponerlos a resguardo con vuestros hijos en alguna de vuestras tierras...

—Madre —interrumpió Louis—, ¿y si vamos todos a postrarnos de rodillas ante el rey?

—¿Para pedir perdón de qué? —exclamó ella—. Vuestro padre no se ha movido de su puesto...

—Es posible participar a distancia en una conspiración —continuó el obispo—. Preparando posiciones de repliegue, incitando a Bretaña a sublevarse, reclutando tropas...

Françoise de Vendôme no respondió de inmediato. Oía todavía, en el fondo de su memoria, la voz de César diciendo que esperaba no volver a ver a su hermano el rey más que en pintura. ¿Una broma, o bien...?

—Voy a partir —decidió—, y vos me acompañaréis, monseñor, puesto que seguís siendo el obispo de Nantes, a dónde se dirige el rey. Una vez sobre el terreno, podré tomar mejor mis disposiciones...

—¿Iré con vos, madre?

—No. Decid a vuestro preceptor que quiero verle.

Momentos después, *Monsieur* d'Estrades recibía la orden de conducir, la mañana siguiente, a sus dos alumnos y su hermana a Vendôme, donde, bajo la triple protección de las murallas, una ciudad leal y la fortaleza —sin contar a sus defensores—, estarían mucho más a resguardo de eventuales sorpresas que en un amable palacio abierto a todos los vientos. En Anet sólo quedaría el personal necesario para el mantenimiento.

En un instante, todo entró en ebullición. Había que preparar los dos viajes, el segundo más importante que el primero puesto que se trataba de una verdadera mudanza. Lacayos y camareras entraron en actividad después de que se sirviera, para gran alivio del obispo, medio muerto de hambre y fatiga, una cena que a punto se había estado de olvidar.

Mientras tanto, Perceval de Ragueneil galopaba, a la cabeza de una decena de hombres armados, hacia el pequeño castillo de La Ferrière, que conocía bien. Situado en la linde del gran bosque de Dreux, era una bella mansión

perteneciente desde siempre al principado de Anet. Los barones de Valaines eran sus titulares desde que Hughes había seguido a Simón d'Anet a la cruzada a la que había sido empujado por las palabras ardientes de Bohemundo de Antioquía, venido a Chartres para desposar a Constanza, hija del rey Felipe I. Desde entonces, sus descendientes mantenían su fidelidad a la corona en primer lugar, y de inmediato a sus señores, fueran quienes fueren...

A Enrique IV no le había costado el menor trabajo obtener su lealtad, y Jean, el padre de Sylvie, combatió con valentía en Ivry y otros lugares. Eso le valió casarse con una joven prima de María de Médicis, a quien la reina madre había llamado a su lado para buscarle un partido. Chiara Albizzi tenía veinte años y Valaines le doblaba la edad. Ella era preciosa y él no demasiado bien parecido, pero el matrimonio, bendecido al día siguiente del asesinato de Concini, no fue por ello menos apacible y armonioso. Tres hijos vinieron a completarlo. Primero una niña, Claire, nacida en 1618; un varón, Bertrand, nacido el año siguiente, y finalmente la pequeña Sylvie, que vino al mundo en el otoño de 1622 pero que su padre apenas tuvo tiempo de conocer: pocas semanas después del nacimiento, una piedra lanzada por la honda de un desconocido le llevó a la tumba. Nunca se supo quién había sido el asesino. A Chiara de Valaines le quedaron sus bellos ojos para llorar a un esposo al que amaba, sus hijos, una fortuna sólida y algunos amigos, entre los cuales se encontraba Perceval de Ragueneil, tal vez el más discreto de todos por estar locamente enamorado de la joven viuda sin haberse atrevido a declararse jamás.

Él era de origen bretón. A los diez años se convirtió en paje de la duquesa de Mercoeur, madre de *Madame* de Vendôme, y luego ocupó el puesto de escudero de su hija, con no poca satisfacción porque adoraba los caballos. Además, el cargo le dispensaba de verse envuelto en la barahúnda de un ejército siempre dispuesto a perseguir a un enemigo que, en aquella época agitada, cambiaba con frecuencia. Eso no quiere decir que fuera cobarde. Manejaba la espada como un virtuoso, pero prefería con mucho la pluma, y era un gran aficionado al estudio de la historia, la geografía, la astronomía, la literatura y la música; tocaba el laúd y también la guitarra, que le había enseñado un tráfuga español. De un ingenio a menudo cáustico, era un mozo de buena estatura cuyo aire soñoliento, con los párpados casi siempre semicerrados, ocultaba una mirada particularmente penetrante.

Su primer encuentro con Chiara se remontaba a ocho años atrás. Él tenía entonces diecinueve y carecía de experiencia en la pasión amorosa, pero

quedó fulminado a la vista de aquella exquisita estatuilla de mármol coronada por un cabello negro y brillante, con unos ojos oscuros tan grandes que parecían una máscara colocada sobre su rostro delicado. Sucedió durante una fiesta celebrada en Anet, y a partir de entonces efectuó frecuentes visitas a los Valaines sin informar de ello a la duquesa. Siempre era recibido en La Ferrière como un amigo fraternal, sobre todo después de la muerte del barón. De modo que, cuando poco antes vio a la pequeña Sylvie en un estado tan penoso, su corazón se llenó de aprensión. Si no hubiera llegado tan de inmediato la orden de *Madame* de Vendôme de enviarlo en busca de noticias, él se habría precipitado por su cuenta a la casa de Chiara sin pedir permiso.

Cuando con su criado Corentin Bellec y su tropa cruzó el antiguo puente levadizo, la noche era muy oscura y el silencio total. Ni una luz, ni un fuego encendido en el castillo, en las cocinas o en la graciosa residencia renacentista que Perceval conocía tan bien. Sin embargo, a la luz de las antorchas que llevaban, Ragueneil pudo distinguir el cuerpo de una mujer que los cascos de su caballo habían estado a punto de pisotear. Desmontó y, de rodillas ante ella, reconoció a Richarde, la nodriza de Sylvie. Una gran herida cruzaba su espalda, y al volverla Perceval encontró entre sus dedos una pequeña cinta azul similar a la que había visto atada a los bucles rizados de la pequeña. Richarde había debido morir protegiendo a la niña, que luego se había escurrido de sus brazos para correr hacia lo desconocido con su muñeca.

Mientras, los hombres exploraban el interior de la mansión. Uno de ellos, su criado, volvió a la carrera:

—¡Es espantoso, señor! No hay nadie vivo en la casa. Los servidores, los niños... todos han sido asesinados.

—¿Y *Madame* de Valaines?

Corentin dirigió a su amo una mirada en la que brillaba algo parecido a la piedad.

—Venid —dijo—. Pero os prevengo que os hará falta valor.

Al franquear la puerta baja y bellamente decorada con florones de la mansión, Ragueneil notó que el olor dulzón de la sangre se le aferraba a la garganta; y en efecto, había sangre por todas partes: una decena de cuerpos acuchillados yacían en las diferentes estancias, pero el mayor horror le aguardaba en el dormitorio de la castellana. El espectáculo era tan macabro que, espantado, en el primer momento tuvo el impulso de huir de allí: en medio de un caos de muebles volcados y rotos, de almohadones y colchones despanzurrados, yacía Chiara, casi desnuda y degollada. Su vestido alzado y desgarrado, sus piernas separadas revelaban con claridad que, antes de

asesinada, había sido violada. Los ojos de la joven estaban aún abiertos de par en par al martirio que había sufrido. La expresión que se habían llevado a la eternidad reflejaba espanto y dolor. Para colmo de horrores, habían impreso en su frente, sin duda como señal de diabólica posesión, un sello de lacre rojo en el que únicamente se leía la letra griega omega.

Raguenel dejó escapar una risa seca, mucho más triste que un sollozo:

—Mira, Corentin, esto no ha sido obra de un salteador de caminos cualquiera o de un sicario acostumbrado a las matanzas en masa... ¡El verdugo es un hombre culto! Lee el griego, e incluso lo escribe. ¿Por qué omega? ¿Es una inicial elegida con una intención galante o bien el final de algo en la gran tradición cristiana: la omega de no sé qué alfa? ¡Pero no estoy dispuesto a que un ángel lleve en la tumba ese signo de infamia!

Sacó su daga y, arrodillado sobre los escalones del lecho, intentó despegar el sello, pero el lacre estaba muy pegado y sus manos temblaban. Corentin intervino:

—Deberíais dejarme a mí, señor. No es ése el modo de despegar el lacre. Se necesita una hoja muy fina, la de una navaja de afeitar, que se pone a calentar. Luego, cuando la cera se ha reblandecido, se desliza con suavidad un pelo de crin de caballo. Muy suavemente, para no estropear nada.

—¿Dónde has aprendido eso?

—Con los benedictinos de Jugon. Cuando me tomasteis a vuestro servicio, no os oculté que me había escapado. Allí me cogió cariño el padre Anselmo, que tenía pasión por los manuscritos, las cartas y esa clase de cosas. Fue él quien me enseñó a leer y escribir. También me enseñó cómo actuar cuando se quiere conservar intacto un sello. Si no se hace así, se rompe en pedazos...

—Sería hacerle más daño a ella —protestó Perceval, con los ojos fijos en la joven muerta—. Pero, quiero conservar ese lacre. Es el testimonio del martirio de una inocente y tal vez me lleve hasta el asesino. A éste, me propongo enviarlo a los infiernos para reunirse allí con sus semejantes. ¡Intenta quitar ese horror sin hierla, mi Corentin!

—Lo haré lo mejor que sepa, pero de todos modos debajo está la quemadura de la cera caliente...

—Es evidente. Necesitamos una navaja barbera.

Iba a salir cuando apareció uno de los hombres que le habían acompañado.

—¿Qué hacemos, señor? No podemos dejar a estos infelices a merced de las alimañas. Además llegan los días de calor y...

—¡Buscad sábanas, mantas, todo lo que pueda servir de mortaja! ¡Traed a los niños aquí, junto a su madre, y esperadme! Vuelvo al castillo a informar a la duquesa y recibir órdenes de ella. Regresaré con un cura, el magistrado del principado y todo lo necesario para que estas pobres gentes sean enterradas cristianamente.

Antes de salir, Ragueneel dejó que sus ojos se posaran por última vez sobre la que tanto había amado, y que se llevaba con ella los recuerdos más tiernos de su juventud. De haber sido un personaje más importante, no habría dudado en pedirla en matrimonio, pero no tenía nada que ofrecerle, salvo un gran amor y un nombre sin tacha. Por más joven que fuese, supo en ese momento que ninguna mujer podría hacerle olvidar su sonrisa, su mirada de terciopelo, la gracia de su persona en los menores gestos. Le quedaba el recuerdo y una amarga sed de venganza. Nada le apartaría de su búsqueda: aunque tuviese que viajar hasta los confines de la tierra y el mar, buscaría al omega asesino y, cuando lo encontrase, ningún poder humano le libraría de su brazo. Después, pensaría en hacer las paces con Dios, porque está escrito que la venganza únicamente le pertenece a Él; no faltaban los monasterios a los que podría ir a enterrarse... Mientras tanto, necesitaba reflexionar, buscar, investigar el pasado tan breve de aquel lirio florentino arrancado de la manera más brutal... Y de súbito le pareció oír, en el fondo de sí mismo, una voz débil y dulce que imploraba:

«¡Mi hija... mi pequeña Sylvie! ¡Piensa en ella! Cuida de ella...». Entonces, aún una última vez, se acercó al lecho, se inclinó sobre una de las manos menudas, tan blancas y frías ahora, y posó en ella sus labios.

—Por mi honor y por la salvación de mi alma, os lo juro, Chiara. ¡Descansad en paz!

Sin preocuparse de los dos testigos de aquella emotiva escena, se precipitó fuera de la estancia, bajó a la carrera por la escalera, desató su caballo, se aupó de un salto y partió a galope tendido a través del bosque nocturno que antaño cruzaba al paso y dejando la rienda floja cuando regresaba de La Ferrière, para tener tiempo de soñar y escuchar aún el eco de un laúd pulsado por unas bonitas manos blancas. Pero esa noche Perceval de Ragueneel, aquel joven siempre tranquilo, a veces hasta la despreocupación, sentía la necesidad de un ejercicio violento. Una lechuza, el ave símbolo de la sabiduría, lanzó su grito por tres veces en la espesura del bosque, pero él no la oyó. Sus oídos estaban llenos de un viento huracanado...

Después de veinte minutos de loca carrera, entró en Anet a una velocidad infernal, saltó al suelo en el patio iluminado por antorchas, puso la brida en

manos de un palafrenero salido de ninguna parte y se precipitó hacia los aposentos de la duquesa.

Al pie de la escalera tropezó con el joven Ranay, uno de los pajes de la mansión, que lo miró con asombro.

—¿Qué os ocurre, señor? Se diría que estáis llorando.

—¿Yo? ¡Jamás de los jamases! Sueñas, muchacho.

Pero antes de llamar a la puerta de *Madame* de Vendôme se secó los ojos en el puño de encaje.

II

UNA MEMORIA INCREÍBLE

En pie delante de una ventana abierta a la noche templada, indiferente al vaivén de sus servidoras que arrastraban baúles de cuero o cargaban con pilas de ropa, Françoise de Vendôme intentaba dominar la angustia que se había apoderado de ella desde el instante en que había sabido a su esposo preso. ¡César encerrado, encadenado quizás! ¡Impensable!

La decisión de acudir en su ayuda se le había ocurrido de inmediato. Sin embargo, después de un rato empezó a preguntarse si su intervención no conduciría a otra cosa que a exponerla al fuego cruzado de la cólera del rey y el rencor de su ministro. Ahora bien, en ese momento era la única persona adulta de la familia —su turbulenta cuñada Catherine, duquesa d’Elbeuf, apenas merecía ese título— que disponía de libertad de movimientos. Si la arrestaban también a ella, sus hijos, tan jóvenes aún, quedarían sin más defensa que sus servidores. Criados fieles sin duda, oficiales de honor demostrado, pero pese a todo, extraños de los que no podía saberse cómo reaccionarían ante las amenazas que seguramente pesarían sobre ellos. ¿Sabrían defender contra inconfesables codicias su fabuloso patrimonio: el Vendômois y la villa fortificada que le daba nombre; Anet, Chenonceau, Verneuil, Ancenis, La Ferté-Alais, el gran *hôtel* de Vendôme en París, y tantos otros bienes?

Después de sentarse en uno de los sillones tapizados de seda azul con galones de plata, la duquesa dejó reposar su cabeza fatigada en un almohadón y contempló las pinturas del techo, cuyo tema era la Noche; el personaje principal era la diosa Diana, a la que iban a despertar el genio de la caza y sus lebreles favoritos. La estancia había sido un nido de amor, como lo indicaban en distintos lugares del castillo las iniciales H y D^[7] entrelazadas, casi confundidas, para recordar con orgullo que allí había reinado una mujer que a

lo largo de su vida, y hasta la lanzada de Tournelles, tuvo cautivo a un amante regio veinte años más joven que ella. ¡Bien es cierto que era bellísima!

François e deseaba desde siempre un dormitorio distinto a aquel templo de caricias, pero era la habitación mejor decorada, la designada para la castellana, y César quería que fuera la de su mujer.

—¿Por qué no habrías de encontrarte a gusto aquí, amiga mía? —decía riendo—. ¡Tú también eres encantadora! ¡Un poco gazmoña quizá, pero mucho más joven!

¡César! ¡Cómo si no conociera el poder de su atractivo sobre la altiva princesa lorenesa que tanto le había costado desposar! Su matrimonio, decidido en la más estricta tradición de las uniones principescas, había acabado por convertirse en un problema tremendamente complicado. En 1598, Enrique IV había obtenido para su hijo César, de cuatro años de edad en aquel momento, la mano de *Mademoiselle* de Mercoeur-Lorraine que tenía seis. No fue fácil: el duque de Mercoeur se resistía tanto más a dar a su hija por cuanto le exigían por añadidura que revirtiera en su yerno el gobierno de Bretaña, que había desempeñado durante mucho tiempo. Pero el joven César había sido legitimado y reconocido como heredero, y ya se anunciaba que el rey Enrique iba a casarse con su madre, la deslumbrante Gabrielle d'Estrées, ennoblecida con el título de duquesa de Beaufort. No era tan mal negocio casar a su hija con un futuro rey... Pero, ay, pocos días antes de la boda y de la coronación, la bella Gabrielle murió debido a una crisis de eclampsia que más de uno juzgó providencial. Y César cayó desde su rango de heredero al de simple bastardo.

Mercoeur se hizo matar en la guerra contra los turcos bajo las banderas del emperador Rodolfo II, y Enrique IV pensó que la viuda del héroe, que se había instalado en París, donde construía una enorme mansión y, pegado a ella, un gran convento para capuchinas, estaría demasiado ocupada con sus rezos y obras de caridad para enfrentarse a él y oponerse al matrimonio. Era conocer muy mal a la luxemburguesa^[8]. *Madame* de Mercoeur era una mujer de criterio, la más devota de Francia tal vez, pero también quizá la más rica, y su hija había de aportar una dote considerable que incluía, entre otros, el ducado de Penthièvre, es decir la sexta parte aproximadamente de Bretaña, sin contar los bienes que heredaría de su madre. De modo que la duquesa dio a entender que el matrimonio propuesto no le parecía deseable, y con mayor razón porque su hija prefería retirarse a las capuchinas antes que consentir en convertirse en *Madame* de Vendôme; e incluso propuso enviar al rey cien mil escudos como compensación.

Enrique IV consideró que la respuesta era una mala excusa, pero de hecho era la estricta verdad: Françoise se había sentido halagada por la perspectiva de ser reina de Francia, pero no quería oír hablar de César de Vendôme, un chicuelo de catorce años (ella tenía dieciséis) que, según decían, era turbulento, brutal, y sobre todo más inclinado a la compañía de los muchachos que a la de las jóvenes. Esta etapa de sus relaciones le había resultado penosa por la simple razón de que el orgullo de Françoise había entrado en contradicción con su corazón. César le parecía encantador, con su cabello rubio, sus ojos azules y sus rasgos ya llenos de majestad. Prometía ser un hombre magnífico, y más de una mujer lo miraba con anhelo. Françoise había sentido su atractivo, pero también tenía justa conciencia de lo que ella misma era: una princesa perteneciente a una de las casas más nobles de Europa, sobrina de una reina de Francia^[9], bonita por añadidura, muy rica y sobre todo educada en los rigurosos principios que ya conocemos y que no tolerarían el vicio de Sodoma...

Tal vez se habría resignado, como la dulce y piadosa tía Louise había acabado por resignarse a los amiguitos de su esposo; pero la corona y el manto real transmiten mucho valor a la persona digna de llevarlos, y en cambio ya no existía ninguna posibilidad de que el hijo de Gabrielle ascendiese jamás al trono. Sin embargo, la rebelde fue obligada a someterse. No ante una orden del rey —Enrique IV sabía que no disponía de ningún medio para obligar a *Mademoiselle* de Mercoeur a casarse con su hijo bastardo—, sino ante la voluntad del duque de Lorena, el jefe de la familia. Éste, Enrique II el Bueno, viudo en primeras nupcias de Catalina de Borbón, hermana de Enrique IV, quería guardar buenas relaciones con su cuñado. Dio a entender que el matrimonio le convenía, y las dos rebeldes, madre e hija, hubieron de someterse. Y fue una bonita boda, todo ha de decirse.

Al recordarla, Françoise no podía dejar de sonreír. Volvía a ver la capilla del castillo de Fontainebleau, perfumada por las flores, iluminada por los cirios y centelleante por los atuendos de los asistentes en aquella noche del 5 de julio de 1609. Veía de nuevo a César, ya más alto que ella, deslumbrante y magnífico en su casaca de raso blanco cuando a medianoche ocupó su lugar al lado de ella para jurarle amor y fidelidad. Le había sonreído al tomar su mano. Es cierto que ella también estaba hermosa, pero a través de ella estaba sonriendo a Bretaña, a la Bretaña que le habían presentado el año anterior y que había ocupado de inmediato una parte de su corazón. Aquella noche César era feliz, y Françoise también lo fue. Hubo un momento de pánico cuando instalaron a la joven pareja en el tálamo y el Bearnés, con una amplia

sonrisa dibujada de oreja a oreja, tomó una silla y se sentó a la cabecera. ¿Pensaba de verdad quedarse ahí? La recién casada había dirigido a su llorosa madre una mirada espantada: ignoraba todo lo que había de ocurrir a continuación, porque *Madame* de Mercoeur se había limitado a aconsejarle que se sometiera a todo lo que le pidieran, por extraño que le pareciese. En cuanto al rey, reía a gusto.

—¡Secad esas lágrimas, prima! —dijo a la duquesa—. He hecho que instruyera a mi hijo una persona de confianza, y creo que nos dará total satisfacción.

También César se había echado a reír al volverse hacia su joven esposa, más muerta que viva:

—Vamos, señora, ¡hay que dar gusto al rey... y a nosotros mismos! —dijo alegremente. Y sin preocuparse más por el observador, la tomó entre sus brazos. Para su gran sorpresa, también François se olvidó del indiscreto, que, por lo demás, se retiró de puntillas y corrió las cortinas del lecho...

Hicieron el amor tres veces, con una alegría que daba al acto la apariencia de un juego. François se, entonces muy delgada y poco dotada en atributos femeninos, descubrió que su joven esposo no deseaba que fuera de otra manera. Detestaba a las mujeres exuberantes más aún que a las otras, y para gustarle era preferible tener un cuerpo ligeramente andrógino. De aquella noche de bodas, celebrada con varias semanas de fiestas y regocijo popular, salió una pareja unida por una complicidad, una estima y un afecto que nunca habían de cesar. François se, sostenida por una fe profunda, tuvo la prudencia de contentarse con eso. Descubrió que el corazón de su esposo nunca podría llegar a latir por otra mujer: César había amado demasiado a su madre, la deslumbrante Gabrielle, y ésta lo había dejado fascinado para siempre. En cuanto a los muchachos jóvenes de los que le complacía rodearse, no permitió que su mujer siquiera llegara a inquietarse por ellos. La amaba a su manera, y sobre todo adoraba a los tres espléndidos hijos que ella le había dado y que consolidaron una unión más feliz de lo que cabía esperar. La alegría de César, su gusto por el lujo, su bravura insensata, hacían de él un compañero tanto más atractivo por cuanto era capaz de apreciar el carácter más grave de una mujer a la que llamaba «mi querida Prudencia».

La idea de su arresto inquietaba a François. Él era un hombre de grandes espacios, de tempestades, de carreras contra el viento, también de batallas y de grandes reuniones de camaradería al regreso de la caza. Si amaba tanto Bretaña, es porque en ella había descubierto una tierra parecida a su propio corazón: salvaje, orgullosa y grandiosa. ¿Cómo imaginar a un hombre así

entre las cuatro paredes de un calabozo, esperando Dios sabe qué juicio inspirado por el odio y la parcialidad? Porque César nunca —François lo habría jurado sobre la memoria de su madre— había ni siquiera contemplado la idea de atacar a su hermano el rey. El hombre al que odiaba era Richelieu, y Richelieu le devolvía ese sentimiento con usura. Por desgracia, el cardenal-ministro era el más fuerte de los dos.

—Tengo que librarle de este mal paso —se repetía la duquesa—. Pero ¿cómo? ¿Por qué medio?

Aunque no pensaba que el hombre de la sotana púrpura tuviese la audacia necesaria para pedir la cabeza de un príncipe de sangre, no estaba lejos de verse a sí misma, con sus hijos, vestidos todos de negro, yendo a arrodillarse al gabinete del ministro para implorar su clemencia. Una imagen contra la cual se rebelaban su conciencia de raza y su orgullo de mujer. Sabía, sin embargo, que para salvar a su César sería capaz de llegar hasta ese extremo.

La entrada de una de las criadas anunciando el regreso de su escudero la arrancó de un ensueño rayano en lo morboso y le devolvió la conciencia de sí. Ella también necesitaba acción...

—¿Y bien? —dijo cuando Raguenel, todavía sacudido por la emoción, se inclinó ante ella.

—¡Ah, señora! Es aún peor de lo que podíamos imaginar. *Madame* de Valaines, sus hijos y sus servidores han sido asesinados.

—¿Asesinados?

—Hay cadáveres y sangre por todos lados. Y no alcanzo a comprender gracias a qué milagro pudo la pequeña Sylvie escapar a los asesinos. Su nodriza, que intentaba huir con ella en brazos, fue acuchillada en medio del patio. Debió de caer sobre la niña y su cuerpo la ocultó. La pequeña consiguió seguramente desasirse más tarde.

—Pero ¿quién ha podido hacer una cosa así? ¿Y por qué?

—Es lo que, con vuestro permiso, intentaré averiguar desde mañana mismo. Por el momento, convendría proceder a dar sepultura cristiana a todos esos infelices sin esperar a que las alimañas se encarguen de ello, o a que les ataque el calor del día...

—Cierto, cierto... y voy a proporcionaros los medios, pero recordad que mañana... ¡Oh!, Dios mío, estabais ya en camino cuando tomé mi decisión. Al amanecer debemos marchar a Blois con monseñor de Cospéan, en tanto *Monsieur* d'Estrades y el padre Gilés se dirigirán con los niños a Vendôme, donde estarán seguros. Tendríamos que encargar a nuestro magistrado de

Anet la investigación de esta terrible desgraciase interrumpió. Perceval acababa de doblar la rodilla ente ella.

—Concededme la gracia de quedarme aquí, señora duquesa. Quisiera investigar yo mismo esta tragedia. El difunto barón de Valaines me honró con su amistad y...

—... Y más tarde fuisteis amigo de su viuda. ¡Nada más natural! —acabó la frase *Madame* de Vendôme con la franqueza a un tiempo abrupta e ingenua que formaba parte de su encanto, por más que en algunas ocasiones resultara difícil de soportar.

—Ejem... sí, señora.

—¡Pues bien, quedaos, amigo mío! —suspiró ella al tiempo que apoyaba ambas manos en los brazos del sillón para levantarse—. Después de todo, la carroza del querido obispo no es tan grande, y yo no necesito escudero para esta expedición. ¡Sobre todo ante la eventualidad de que también a mí me arrojen a la prisión! Haced lo que podáis, y marchad después a Vendôme. Si la desgracia real se abate sobre nosotros, como todo hace suponer, mis hijos necesitarán todos los defensores que les sea posible encontrar. En el peor de los casos, quizás encontrarían refugio en Lorena, pero pienso que nuestra villa fortificada de Vendôme sabrá cumplir con su deber...

—¿Y la pequeña Sylvie, señora duquesa? ¿Qué va a ser de ella?

—Lo ignoro, pero por descontado vamos a tenerla con nosotros. ¡Pobre niña! ¿Qué haría, tan pequeña, si la abandonáramos? Pensé primero en un convento, pero mi hija Elisabeth se ha encaprichado con ella y la ha tomado bajo su protección. Le parece tener una muñeca más, y está encantada.

—Eso está bien. En vuestra casa, no tendrá nada que temer, y en cambio, probablemente no ocurriría lo mismo en un convento...

Madame de Vendôme alzó las cejas:

—¿Qué podría ocurrirle? Es casi un bebé.

—Dignaos perdonarme, señora duquesa, pero creo que corre un gran peligro. Quienes asesinaron a todos los habitantes de La Ferrière tenían seguramente la orden de no dejar a nadie con vida, y todos fueron pasados a cuchillo... excepto ella.

—¿Qué podría tener que temer?

—Son los asesinos quienes pueden temer algo de ella. Es aún muy pequeña, porque no ha cumplido cuatro años, pero incluso a esa edad se tienen ojos y memoria, y Sylvie ya ha dado pruebas de una inteligencia despierta. Como su madre...

—¡Lástima que no sea tan bonita como ella! La pobre baronesa era preciosa. Es una lástima que la niña haya salido al padre, que lo era bastante menos... En fin, id ahora a la casa de los canónigos de nuestra capilla y rogad a los buenos padres que os ayuden en vuestra triste tarea.

Cuando él ya iba a salir, le llamó:

—¡Perceval!

—Sí, señora duquesa —dijo él, sorprendido de que le llamara por su nombre de pila; de lo cual dedujo que estaba muy conmovida.

—Hago votos para que volvamos a vernos muy pronto. ¡Rogad a Dios por mí y por el duque César!

—¿Y también por el Gran Prior?

—¡Oh, ése! Son sus locas ideas las que nos han metido en este aprieto... Sin embargo, tenéis razón: hay que rezar también por él. No en vano monseñor de Sales, nuestro querido obispo de Ginebra, ha escrito: «Entre los ejercicios de las virtudes, hemos de preferir el más conforme a nuestro deber, y no el más conforme a nuestro gusto». ¡Marchad, caballero! Yo voy a ver a mis hijos.

Mientras Perceval se dirigía a cumplir su piadoso deber, la duquesa entró en el aposento de su hija, donde le esperaba un curioso espectáculo: su hijo menor, sentado junto a la cama en la que, con no pocas dificultades, se había conseguido acostar a la pequeña superviviente, tenía en la suya una de las manos de la niña, en tanto que el pulgar de la otra estaba firmemente encajado en la boca. La niña, a la que habían bañado, cambiado de ropa y también alimentado con un tazón de leche y bizcochos, había perdido su aspecto de gatito salvaje y dormía, con la muñeca a su lado. A unos pasos, Elisabeth, sentada en un taburete, con los codos en las rodillas y el mentón apoyado en las manos, observaba el cuadro con una mirada perpleja. *Madame* de Vendôme intervino:

—Y bien, ¿qué estás haciendo a estas horas, François, en el dormitorio de tu hermana? No es tu sitio. Deja a la pequeña y vete a acostar. Ya ves que está dormida.

Por toda respuesta, el muchacho retiró con cuidado la mano, y de inmediato se abrieron a un mismo tiempo los ojos y la boca de Sylvie, que emitió un grito.

—¡Ya lo veis! —suspiró Elisabeth—. Durante todo el tiempo en que nos hemos ocupado de ella, Sylvie sólo ha dejado de llamar a su madre para reclamar a mi hermano, al que llama «señor Ángel». Me ha costado un poco comprender que se refería a él, y por fin le he mandado llamar.

—De todas maneras, madre, había prometido venir a verla antes de irme a dormir.

—Todo esto es ridículo. Vuelve a tus aposentos y deja que llore. Acabará por parar.

—Sí, pero ¿cuándo? —preguntó su hija—. A mí también me gustaría dormir.

—Lo supongo. ¿Has dicho tus oraciones?

—Aún no. No hay modo de rezar con tantos gritos.

—Déjame a mí. Vamos a rezar todos juntos. Tú también, François, ya que estás aquí...

E, inclinándose hacia la cama, tomó en brazos a la pequeña, que seguía gritando, y fue con ella hasta el oratorio dispuesto en una esquina de la habitación. Allí, la hizo arrodillarse a su lado sobre un cojín de terciopelo azul dispuesto ante una imagen de la Virgen y la obligó a juntar las manitas. Sorprendida por este trato inesperado, Sylvie calló por fin, y levantó hacia aquella gran dama magnífica y severa en su vestido de tafetán morado una mirada inquieta e impregnada aún de miedo. Parecía ver en ella un poder que era necesario tener en cuenta, pero que, pese a todo, la sonreía al tiempo que la rodeaba con sus dos brazos para mantener juntos los dedos:

—Así está mejor. Y ahora, la señal de la cruz —añadió, guiando el gesto de la niña, antes de entonar la oración—: *Ave María, gratia plena, Dominus tecum...*

Resultaba claro que la pequeña no había empezado aún a ejercitarse en el latín. Su nodriza o su madre debían de colocarla sobre sus rodillas para hacerla recitar una plegaria sencilla, apropiada para los niños. Sin embargo, aquel galimatías le pareció divertido y se lanzó a una improvisación chapurreada que puso a dura prueba la seriedad de Elisabeth, de François y de las camareras arrodilladas detrás de la duquesa.

Concluidos los rezos, *Madame* de Vendôme volvió a acostar a Sylvie, le puso su muñeca entre los brazos y la besó:

—Ahora tienes que dormir, pequeña. Mañana darás un bonito paseo en coche con... el señor Ángel.

Dócil, Sylvie se metió el pulgar en la boca, cerró los ojos y enseguida quedó profundamente dormida. La duquesa corrió las cortinas y se volvió hacia sus hijos:

—Partirá mañana por la mañana con vosotros a Vendôme. Esta pobre niña ya no tiene a nadie en el mundo.

Al menos que yo sepa. Sólo de milagro ha escapado a una matanza general y, según piensa el caballero de Ragueneel, es posible que todavía se encuentre en peligro. Cuidaréis de ella hasta que volvamos a reunirnos. ¡Ahora, despedámonos! Monseñor de Cospéan y yo salimos dentro de una hora. Vosotros, al amanecer. Volveremos a vernos si Dios quiere...

—Madre —repuso François alarmado—, si vais a correr grandes peligros, yo quiero ir con vos.

—No, porque yo me debo a mi señor vuestro padre, pero tú en cambio te debes al nombre que llevas. Acabamos de ver, esta noche, cómo puede extinguirse en unos instantes una familia entera. No debemos correr semejante peligro. Recordad que sois de la sangre de Francia... ¡y abrazadme para darme valor! —añadió entre súbitas lágrimas, saliéndose del personaje que se esforzaba por asumir desde la llegada del obispo para no ser sino una esposa y una madre torturada por la inquietud. Únicamente con aquellos dos podía ella abandonarse; Mercoeur, imbuido ya de su dignidad de primogénito, seguramente no la habría comprendido... o admitido.

Quedaron un instante abrazados los tres, llorando juntos, y después, con la misma brusquedad con que se había abandonado, François se separó de ellos y salió al tiempo que ordenaba:

—*Madame* de Bure, ocúpese de dar un purgante a nuestra hija en cuanto llegue a Vendôme. Le encuentro la piel un poco manchada. Además, la primavera es la mejor temporada para clarificar...

El resto de sus palabras se perdió en las profundidades del castillo. La gobernanta no se preocupó lo más mínimo. Todo el mundo sabía que la duquesa era propensa a decir incongruencias. A veces de forma voluntaria; era la mejor manera de sobreponerse cuando la emoción podía llegar a paralizarla.

Mientras la huérfana pasaba su primera noche lejos de una casa que no había de volver a ver hasta pasado mucho tiempo, empezó el baile de las sucesivas partidas. El primero fue Perceval de Ragueneel, escoltando el carricoche en que iban el prior del capítulo de la iglesia principesca y un acólito; después, una hora más tarde, la carroza de Philippe de Cospéan, que llevaba a *Madame* de Vendôme y a *Mademoiselle* de Lichécourt, la acompañante preferida de la duquesa por su buen sentido, su calma imperturbable y su profunda piedad. Finalmente, al amanecer se pusieron en marcha las carrozas que habían de trasladar a los hijos de César al resguardo de las murallas de la que no sólo era la capital de sus dominios, sino también su lugar de residencia preferido.

La pequeña Sylvie, para la que había trabajado una camarera durante toda la noche con el fin de ajustar a su talla vestidos antiguos de Elisabeth, parecía haber olvidado sus penas y observó con ojos como platos los últimos preparativos cuando salió del castillo a la luz del alba, bien acomodada entre los brazos de *Madame* de Bure, conmovida por la fragilidad de la pequeña y su expresión de gatito desamparado. El aire era cristalino. La tormenta de la víspera y el chaparrón consiguiente habían limpiado los tejados de pizarra, los mármoles del castillo que la aurora teñía de color rosado y todo el paisaje circundante. El bosque vecino despedía la fragancia de las hojas recién lavadas, la hierba nueva y la tierra mojada. En manos de los cocheros, los caballos piafaban de impaciencia, prestos a galopar hacia un destino al que evidentemente no llegarían en el día mismo, porque entre Anet y Vendôme la distancia era de unas treinta y tres leguas.

La gobernanta tendió su carga a un lacayo con el fin de disponer de mayor libertad de movimientos para subir al coche; pero Sylvie empezó a patallear y retorcerse con tanta fuerza que las manos del hombre resbalaron sobre el vestido de gro de Nápoles de color violeta oscuro —lo más parecido al luto que habían podido encontrar— y dejaron caer a la niña, que afortunadamente no se hizo daño. Apenas puesta en pie, echó a correr tan aprisa como lo permitían sus enaguas blancas y sus piernecitas, dando gritos de alegría: acababa de ver al «señor Ángel» que salía a su vez del castillo en compañía de su hermano Louis y del ayo y preceptor de ambos, el padre Jacques Gilies, al servicio de los jóvenes príncipes por encargo del capítulo de la iglesia de Saint-Georges, anexa al castillo de Vendôme. Era un personaje majestuoso, muy amigo de la buena mesa, que, temeroso de las corrientes de aire, caminaba con pasos cautos envuelto en una especie de sobretodo acolchado de terciopelo negro. Aparte del latín, que dominaba como un virtuoso, no sabía gran cosa, pero cantaba los oficios religiosos con una magnífica voz de bajo. Las enseñanzas que impartía no corrían el riesgo de sobrecargar en exceso el espíritu de sus alumnos, pero ésa no era una cuestión que preocupara al duque ni a la duquesa: sus hijos estaban destinados a convertirse ante todo en soldados y buenos cristianos.

El digno eclesiástico consiguió evitar por poco a Sylvie, que pasó por su lado a la carrera y fue a aterrizar entre las piernas de François lanzando gritos de alegría. El muchacho se agachó para ayudarla a levantarse, y de inmediato ella enlazó los bracitos alrededor de su cuello y le plantó en la mejilla un gran beso un poco húmedo.

—¡Por todos los diablos! —se burló Louis—. Se diría que habéis hecho una conquista. Esta jovencita os adora.

—Ez bueno y lo quiero —declaró con firmeza la pequeña, a la que François, con toda naturalidad, había tomado en sus brazos para devolverle el beso—. ¡Tú erez malo!

—¡Vamos, vaya unos modales! Esta niña es una maleducada, y ni siquiera bonita...

—¡Un poco de indulgencia, hermano! —dijo François con una sonrisa—. Pensad en la pesadilla de la que acaba de escapar.

—¡Precisamente! Nuestra madre haría mejor dejándola en un convento. Lo que ocurrió en La Ferrière indica que su familia incurrió probablemente en la cólera de algún gran personaje. Del rey, tal vez...

—Sabed, señor, que el rey no asesina —interrumpió con tono severo *Monsieur d'Estrades*—. Y aún menos ordena matanzas. Cuenta con suficientes jueces y soldados a su servicio para no necesitar recurrir a tales métodos para administrar justicia.

Mercoeur rectificó de inmediato:

—¡Lo sé, señor, dignaos perdonarme! Sólo pretendía decir que, dada la situación de peligro en que se encuentran nuestro padre y nuestro tío, no deberíamos ocuparnos encima de los problemas de otras personas. Me permitiréis que valore la salud de ambos por encima de cualquier otra preocupación —añadió Louis al tiempo que reprimía un sollozo que expresaba hasta qué punto estaba inquieto.

—Todos pensamos como vos, pero es en la desgracia cuando mayor mérito tiene el preocuparse por los demás.

Mientras tanto, llegaron al rescate *Madame* de Bure y Elisabeth. A pesar de la oferta de mazapanes y de pasas confitadas, Sylvie no cedió: había recuperado la mano de François y no estaba dispuesta a soltarla. Sin duda no comprendía por qué los hombres y las mujeres tenían que viajar en carruajes diferentes. Louis gruñó, impaciente:

—¿De verdad es preciso retrasar nuestra marcha hasta la tarde para atender el capricho de una mocosa testaruda? Tenemos prisa.

—Ya nos vamos —respondió François, sonriendo—. Lo mejor será que yo acompañe a las damas. A fin de cuentas, así tendrán un caballero para defenderlas.

Se llevó a la pequeña hasta la primera carroza y la sentó a su lado. Un instante más tarde, los pesados carruajes, seguidos por las carretas cargadas con los equipajes, cruzaban la verja de la entrada en el momento en que el

gran ciervo de bronce resonaba siete veces y los campanarios de los alrededores daban el toque del ángelus.

Cuando el cortejo escoltado por servidores a caballo se dirigía a la carretera de Dreux, el carricoche del capellán apareció en la explanada con las gentes del magistrado de Anet y las que Ragueneil se había llevado consigo. Todos parecían molidos de cansancio. Sus rostros mostraban las huellas de la terrible tarea que habían tenido que cumplir. Al verlos, D'Estrades detuvo los carruajes y descendió para saludar al prior con respeto:

—¿*Monsieur* de Ragueneil no os acompaña, padre?

El anciano le dirigió una mirada algo extraviada.

—No. Cuando el señor magistrado y yo terminamos nuestra tarea, nos urgió a que volviéramos para tomarnos un pequeño respiro. Muy necesario, hijo mío, os lo aseguro. He visto muchas cosas en mi vida, pero pocos horrores comparables a éste...

—¿Se sabe quién ha podido hacer una cosa así?

—¿Quién podría decírnoslo? Las gentes de la aldea vecina están petrificadas de horror. Sólo han hablado de una tropa de hombres de armas, una docena de caballeros vestidos de negro que parecían demonios. El que mandaba el grupo llevaba máscara. El señor magistrado no ha podido averiguar nada más y, con franqueza, no veo qué otra cosa podrían decir, ya que únicamente atinaron a esconderse. Por lo que nos toca, podéis informar a la señora duquesa de que las pobres víctimas han sido piadosamente enterradas y bendecidas. Tal vez cuando regrese monseñor César consiga aclarar este misterio... pero no le será fácil.

—¿Por qué no ha regresado con vos el caballero?

El prior se encogió de hombros y alzó las manos al cielo.

—Porque es un hombre testarudo y se niega a aceptar la evidencia. Se ha quedado con su criado, para que le ayude a «interrogar al cielo y la tierra», según sus propias palabras. Los jóvenes no retroceden ante nada y creen siempre saber más que los viejos. En fin, ha dicho que él se encargaría de cerrar el castillo a la espera de que monseñor el duque tome las disposiciones necesarias. Permitidnos ahora que sigamos nuestro camino, hijo mío. Tenemos una gran necesidad de rezar.

El oficial retrocedió dos pasos y se inclinó hasta barrer el suelo con las plumas de su sombrero. Los religiosos continuaron su camino y, un instante más tarde, el cortejo reanudó su traqueteo. *Madame* de Bure, muy afectada ya por el calor —sus formas generosas y el tinte enrojecido de su tez, debidos a

un apetito excesivamente ávido, le hacían temer las temperaturas elevadas—, se abanicaba con su pañuelo.

—¡Si nos paramos a cada momento, nunca llegaremos! —se quejó—. Además, debíamos habernos marchado antes. En plena noche, para aprovechar el fresco. La señora duquesa ha hecho muy bien tomando la delantera.

La buena señora habría seguido charlando con mucho gusto, pero sus jóvenes acompañantes no la escuchaban. Elisabeth había vuelto a dormirse apenas aposentada en la carroza, y François dejaba vagabundear su mente en torno al castillo de Sorel. No sólo se alejaba de él sin haber conseguido la menor información tranquilizadora acerca de la que tanto ocupaba sus pensamientos, sino que únicamente Dios podía saber cuándo volvería a verla, si es que lo lograba. En general le gustaba Vendôme, pero en esta ocasión tenía la impresión de partir para el destierro. Respecto a su padre, al que sin embargo amaba sinceramente, no llegaba a inquietarse de verdad: el duque César era una especie de fuerza de la naturaleza. Había en él algo indestructible de lo que nunca podrían llegar a apoderarse todos los Richelieu de la tierra.

Muy distintos eran los pensamientos de su nueva amiga. Sentada junto a él, Sylvie disfrutaba de un momento de felicidad pura. Era demasiado pequeña para darse cuenta cabal de la desgracia que se había abatido sobre ella. Únicamente sabía que le habían hecho daño, que había tenido miedo y que su mamá, tan dulce y siempre presente cuando la necesitaba, no había respondido cuando la llamó. Su mundo cálido y acogedor había estallado de repente. La Tata la había sacado de la cama y habían echado a correr, ¡deprisa, deprisa! Había sido bastante divertido, pero de repente había soltado un fuerte grito y se había caído encima de ella con tanta fuerza que Sylvie no recordaba bien lo que había pasado después, sólo que aquel peso la ahogaba hasta que con su instinto de cachorrillo había conseguido liberarse. La Tata no se movía y, como ni mamá ni nadie respondía a sus gritos, Sylvie había salido a buscarla en compañía de *Madame Jolie*, su muñeca, que al menos no la había abandonado. El camino era difícil. Había piedras que le lastimaban los pies, y espinas, y Sylvie había llorado de dolor y miedo, hasta que sonó aquel ruido horroroso; pero enseguida había aparecido el ángel sobre un caballo blanco. El caballo había desaparecido, Dios sabe por qué, pero el ángel se quedó a su lado y la llevó a una preciosa casa toda dorada y llena de colores, donde se habían ocupado de ella... Ahora iban de paseo juntos y el sol brillaba. ¡Olía tan bien el aire!

En conclusión, la niña soltó un suspiro y apoyó su cabecita en el brazo de su maravilloso salvador. El traqueteo era un poco molesto, pero de pronto sintió mucho sueño. François retiró entonces el brazo con cuidado, lo pasó alrededor de su cuerpo y la acomodó contra él. No entendió por qué Elisabeth se echaba a reír y le decía:

—Estoy segura, François, de que nunca se te ocurriría seguir la carrera de ama seca, pero en todo caso demuestras notables aptitudes...

—Hacía tiempo que no decías una tontería —gruñó el aludido—, ¡y seguramente lo echabas en falta!

—Vamos, no te enfades. También a mí me conmueve, la encuentro encantadora...

—¿A pesar de su mal carácter?

—No tiene mal carácter. Sabe lo que quiere, eso es todo. Y de momento, lo que quiere eres tú.

—Esperemos que se le pase pronto. —Suspiró François, que deseaba por encima de todo recuperar el hilo de sus pensamientos.

Y así fue como Sylvie de Valaines partió hacia una nueva vida.

Mientras tanto, Perceval de Ragueneil se esforzaba por reconstruir la tragedia que acababa de producirse en La Ferrière. La tarea resultaba difícil. Los asesinos eran la clase de personas que practican la técnica de la tierra quemada, y no dejan a su paso nada que permita su identificación. Salvo tal vez el sello de lacre rojo, hábilmente despegado por Corentin y que, guardado entre los dobleces de un pañuelo, reposaba ahora junto al pecho del joven. Pero de momento, tampoco el sello le decía nada.

Sentado junto al hogar apagado del dormitorio de Chiara, con sus largas piernas enfundadas en botas de marroquín negro extendidas ante él, contemplaba el lecho del que se habían llevado a la joven. Se encargó él mismo de preparar el cadáver: había colocado un pañuelo de encaje sobre la quemadura de la frente y envuelto el cuerpo, después de vestirlo de nuevo lo mejor que pudo, en la colcha de damasco púrpura con galones de plata; después la había tomado en brazos, por primera y última vez, a fin de depositarla en las parihuelas en que la habían transportado a la capilla. Allí habían abierto tres tumbas en el suelo enlosado. Con la ayuda de Corentin se había ocupado de los niños, que reposaban ahora junto a su madre, reunidos los tres con Jean de Valaines para la eternidad. Los cuerpos de las restantes víctimas habían sido enterrados en un jardín previamente bendecido por los curas. Y ahora no quedaba allí nadie, salvo Corentin, él mismo y los caballos cuyos cascos resonaban de tanto en tanto contra el pavimento del patio.

Perceval agradecía ese silencio. Esperaba de él una idea, el descubrimiento de un detalle, pero no se le ocurría nada. En el exterior habían quemado las sábanas, las mantas y el colchón empapados con la sangre de *Madame* de Valaines. El colchón también había sido acuchillado por los asesinos y la crin del relleno asomaba por varias aberturas. La misma búsqueda brutal y destructora había alcanzado a la cabecera, al baldaquín que sostenía las cortinas del lecho y también a los soportes que, en las cuatro esquinas, sujetaban otros tantos penachos de plumas rojas y blancas.

—Si pudiera averiguar lo que buscaban esos miserables... —murmuró el caballero al tiempo que se levantaba para dar un nuevo repaso a la habitación.

Pero como no podía derribar las paredes con el fin de comprobar si ocultaban algún escondite, no encontró nada que no hubiera ya examinado antes con todo detalle. Sin embargo, al agacharse para mirar una vez más debajo de la cama, vio un bulto de ropa blanca, olvidado tal vez por una criada negligente; extendió el brazo para alcanzarlo, no llegó, se sirvió de su espada para llegar más lejos, y finalmente extrajo una camisa que debía de llevar bastante tiempo allí, porque estaba bastante polvorienta.

Dudó un momento sobre qué hacer, de rodillas sobre el entarimado. No necesitaba una reliquia suplementaria: le bastaba el sello de lacre rojo. Se puso en pie, miró hacia el patio por la ventana y vio que ya se había apagado el fuego encendido allí.

Se volvió entonces hacia la chimenea, donde una mano femenina había sustituido las provisiones de leña por un ramito de retama, retiró el cacharro de cobre donde estaban las flores, encontró algunos leños colocados al fondo a la espera del regreso del frío, y buscó con qué hacer fuego. En un rincón todavía quedaban algunos libros desgarrados. Tomó un montón de hojas, y vio sobre el manto de la chimenea un jarrón de porcelana con tallos de juncos secos untados de azufre, y la piedra destinada a hacerlos arder. Un momento después se alzaban las llamas. La leña estaba seca, pero cuando echó la camisa se formó un humo espeso.

Permaneció allí unos instantes atizando el fuego, y de pronto oyó una tos. No una tosecilla para aclarar la garganta, sino la tos frenética de alguien que se ahoga. Buscó de dónde podía venir, y oyó una voz débil:

—¡Por favor... apagad!... Me... me estoy quemando...

Al mismo tiempo, la placa metálica de la chimenea cayó sobre los leños y Perceval, al comprender que había alguien allí detrás, se apresuró a esparcir el fuego a puntapiés y a verter encima el agua de las flores. Un instante más tarde, una forma indistinta salió a gatas del fondo de la chimenea, tosiendo

penosamente. La ayudó a incorporarse y vio que se trataba de una muchacha de trece o catorce años, sin duda una criada joven, a juzgar por su vestido, ahora tostado por las llamas y negro de hollín. Ni siquiera era posible distinguir el color de su cabello. Ella cayó de rodillas y le suplicó que le perdonara la vida. De nuevo, Ragueneil la puso de pie.

—No soy un bandido, sino el escudero de la señora duquesa de Vendôme. Y tú, ¿quién eres? ¿Has entendido lo que te he dicho?

—Sí... sí, monseñor.

—No me llames monseñor, basta con señor. ¿Quién eres?

—Jeannette, señor, Jeannette Déan. Mi madre es Richarde, la nodriza de las señoritas. Me habían dado como señorita de compañía a *Mademoiselle Claire*, y luego...

Rompió en sollozos convulsivos, sin duda por el recuerdo de lo que había vivido, unido al alivio de verse milagrosamente a salvo. Y en verdad, milagro era la palabra adecuada. Encerrada en su escondite —uno de los practicados en el castillo el siglo anterior, en los momentos más críticos de la guerra de religión, escondites que, en función del lugar en que se encontraran, utilizaban los católicos o los protestantes para escapar de los sicarios del partido opuesto—. Jeannette no podía haber visto nada, pero seguramente había oído muchas cosas.

No obstante, lo primero era calmarla, tranquilizarla.

Con paciencia, Ragueneil esperó a que la tormenta pasara. Poco a poco los sollozos se espaciaron y los jadeos remitieron. Cuando todo quedó reducido a suspiros, palmeó con suavidad el hombro de la muchacha:

—Debes de tener hambre y sed. Vamos a la cocina. Algo encontraremos.

Era dar pruebas de mucho optimismo: los asesinos también se habían dedicado al robo y al pillaje. Lo que no habían consumido allí mismo, se lo habían llevado; no había pan en la artesa ni jamones colgando de las vigas, en las que únicamente habían dejado un par de tristes ristras de cebollas. Sin embargo Jeannette, hambrienta, rebuscaba por todas partes:

—Tenemos que preguntarle a mi madre —dijo por fin—. Es la que guarda la llave del armario de los dulces...

—¿Cuál es?

—Éste —dijo ella, señalando una especie de alacena colocada en un rincón oscuro, y que sin duda por esa causa estaba intacta—. Pero hemos de llamar a mi madre...

Él la tomó por los hombros y la hizo sentarse en un taburete:

—Pequeña, tengo que decirte una cosa terrible, espantosa: tú eres la única de toda la casa que todavía vive, aparte de la pequeña Sylvie, que pudo escapar. Más tarde podrás reunirte con ella, pero ahora...

Se interrumpió; Jeannette había roto a llorar de nuevo. En ese momento apareció Corentin Bellec, ocupado hasta entonces en el intento de encontrar algún indicio en la librería^[10] del barón de Valaines, instalada en lo alto de una torre y saqueada por los asaltantes.

—¡Abre eso con tu cuchillo! —ordenó el caballero—. Seguramente dentro habrá algo que pueda comer esta pobre niña.

—¿De dónde la habéis sacado, señor, para que esté tan negra? ¿Del país de África? —preguntó Corentin mientras forzaba la alacena.

—De la chimenea de la habitación donde encontramos a *Madame* de Valaines. Hay un escondite que esta valiente chiquilla pudo utilizar. Estaba encerrada allí desde ayer, sin beber ni comer...

En la alacena había potes de confitura, bizcochos y frascos de jarabes de distintos tipos. Con la ayuda de un paño de cocina humedecido, Ragueneil limpió un poco el tizne de Jeannette que, algo calmada por su solicitud y sobre todo más tranquila, comió con apetito, sin interrumpirse más que para beber grandes tragos de agua. Una vez satisfecha y lo bastante limpia para que pudiesen constatar que era rubia y de ojos azul añil, la chica se dedicó por fin a responder a las preguntas de su salvador, que, con mucha paciencia, llegó finalmente a reconstruir lo ocurrido en La Ferrière durante un bello día de verano.

Sentada en su habitación ante el pequeño secreter, *Madame* de Valaines escribía una carta mientras Jeannette acababa de disponer las flores en el gran cacharro de cobre cuando, precedidos por el estruendo de una numerosa cabalgata, se oyeron los primeros gritos. La baronesa corrió a la ventana.

—¡Nos atacan! —exclamó—. Pero ¿quién es esa gente? ¡Dios mío, mis hijos!

Se apresuró a bajar, pero Jeannette, después de mirar a su vez por la ventana y ver caer a las primeras víctimas, no la siguió. Conocía el escondite de la chimenea, que le habían enseñado un día, jugando, sus jóvenes amos. Impulsada por el pánico, no dudó y activó el mecanismo, se introdujo en el estrecho espacio ventilado gracias a un conducto derivado del cañón de la chimenea, se sentó allí, volvió a cerrar el acceso y se quedó inmóvil. Justo a tiempo. Unos segundos más tarde, oyó que entraban en la habitación uno o varios hombres arrastrando a la castellana, sin duda de forma muy brutal

porque la oyó gemir. Hubo luego un ruido como si la arrojaron sobre la cama; y enseguida una voz dura, seca, metálica, dijo:

—¡Es inútil que os defendáis! Nadie vendrá en vuestra ayuda. Y sabed que no saldré de aquí hasta haber conseguido lo que busco.

—¿Y qué buscáis? ¿No será a mí, supongo? Ha pasado mucho tiempo...

El hombre se había echado a reír, pero no fue la suya una risa agradable. «El diablo debe de reírse así», precisó Jeannette.

—Para vos, tal vez. Para mí no, y estáis todavía más bella que antaño. Además sois viuda, y por tanto libre, como yo os quería. ¿Por qué no ibais a ser mía?

—¡Nunca! Si el tiempo pasado no cuenta para vos en estas circunstancias, tampoco cuenta para mí. Me dabais miedo y horror. Nada ha cambiado...

Raguenel interrumpió por un momento el relato de Jeannette, estupefacto por su facilidad para reproducir un diálogo, a pesar del terror que debía de estar sintiendo:

—Caramba, se diría que no has olvidado una sola palabra.

—Tengo muy buena memoria, señor. Basta que me lean algo una sola vez para que lo recuerde y lo repita sin cambiar nada. Por difícil que sea y aunque no lo entienda...

Desde luego el fenómeno podía sorprender a primera vista, o mejor dicho a primera audición, tanto más porque Jeannette recitaba todas las frases de un tirón, sin entonación y casi sin respirar, como habría recitado sin duda una página de latín. Para estimularla, Perceval le ofreció otro vaso de jarabe rebajado con agua.

—El cielo te ha hecho un don precioso —le dijo—. Espero que lo conserves cuando seas mayor. Sigamos. *Madame* dijo a aquel hombre que le daba horror y que nada había cambiado.

—Él dijo entonces que ese asunto podía esperar, y que lo que buscaba eran las cartas. «¿Qué cartas?», dijo *Madame*.

Y Jeannette, con los ojos fijos en el techo como si las frases que iba a pronunciar estuvieran escritas allí, siguió su recitado:

—No simuléis que no entendéis lo que os digo. Quiero las cartas de la reina María de Médicis a la marquesa de Verneuil. Una correspondencia muy peligrosa para la madre de nuestro actual rey, porque expone toda la conspiración que condujo al asesinato de Enrique IV, una conspiración apoyada por la reina. Esas cartas fueron compradas por los Concini a precio de oro con el fin de reforzar su influencia sobre la Médicis en el caso de que ella flaqueara.

—¡Un momento! —interrumpió Perceval, asustado por lo que oía—. ¿Te das cuenta de lo que dices?

—No. He escuchado palabras, nombres, y los guardo en la cabeza para repetirlos tal como los oí...

—¿Sabes qué quiere decir influencia?

Los ojos azules dejaron de mirar el techo para contemplarle con aire de reproche:

—No lo sé... Ya os he dicho...

—No deberíais interrumpirla, señor —intervino Corentin—. Podría perder el hilo.

En efecto, a la joven criada le costó trabajo continuar. Aun así, Perceval acabó por saber que el día en que el joven Luis XIII hizo asesinar a Concini, la reina María había enviado a Chiara a registrar la casa de su mujer, Leonora, que guardaba las cartas en sus aposentos del Louvre. A partir de ese momento, el relato de Jeannette se hizo caótico. *Madame* de Valaines juraba a su verdugo que no las había encontrado, y éste se obstinaba en creerlas en posesión de ella. El desenlace fue terrible: desde el fondo de su escondite, Jeannette, muerta de miedo, oyó los gritos de su ama, torturada por aquel hombre para obtener lo que buscaba. Lo probó todo, y llegó incluso a matar a sus hijos delante de ella. La infeliz había exclamado:

—¿Creéis que permitiría que hicieran el menor daño a mis pequeños si tuviera esas malditas cartas? Perdonadles, por piedad.

No había servido de nada. Claire y Bertrand fueron asesinados allí mismo. Su madre se reunió con ellos en la muerte después de que el verdugo satisficiera en ella el monstruoso amor que pretendía sentir...

Cuando Jeannette acabó su relato, volvió a llorar, tanto por haber revivido su propio terror como por el martirio del que había sido testigo invisible. Después, como no sabía si los hombres seguían allí, había continuado inmóvil durante horas, sin atreverse a salir.

Los dos hombres la dejaron llorar a gusto, al comprender que necesitaba liberarse de todo lo que había sufrido. Cuando Corentin quiso hacerle una pregunta, Ragueneau se lo impidió con un gesto: había que intentar borrar de la increíble memoria de aquella pequeña campesina las imágenes y los sonidos, las palabras de las que ella no llegaba a entender ni la mitad, pero que representaban un peligro real. Era inútil, por tanto, continuar. Más tarde hablarían de eso.

Al cabo de unos momentos Jeannette se calmó y enseguida, apoyando los brazos y la cabeza sobre la mesa, en medio de los restos de su pequeño

almuerzo, se durmió de golpe, vencida por la emoción y la fatiga de las últimas veinticuatro horas. El caballero la contempló dormir y acarició la cabecita rubia, todavía bastante sucia.

—Hay un sofá en el gran salón —dijo a su criado—. Ve a tenderla en él, y vuelve. Nos la llevaremos con nosotros cuando salgamos de aquí, pero después de dejarla instalada date una vuelta por el corral, para ver si las gallinas han puesto. Confieso que tengo hambre, ¿tú no?

—¡Oh, sí! ¡Y ni a vos ni a mí nos gustan las golosinas!

Poco después los dos hombres se sentaban a la mesa, ante una gruesa tortilla con tocino preparada por Perceval en persona. Había descubierto un saladero intacto y, en la bodega, un tonel que contenía un clarete joven que no era precisamente un néctar, pero cuya frescura contribuyó a calmarles los ánimos. Comieron en silencio; luego el caballero apartó la escudilla, sacó de su jubón una pipa que cargó con *petun masle*, e hizo seña a Corentin de que le imitase, acercándole el saquito del tabaco.

Amo y criado fumaron un momento en silencio. Esa escena intimista, que habría chocado a más de un gran señor, era natural entre el gentilhombre desprovisto de fortuna y el fiel compañero que compartía con él desde hacía una decena de años los buenos y los malos momentos de la vida cotidiana. Solía ser hacia el final del día cuando encendían las pipas y pasaban revista a los acontecimientos de la jornada. Ragueneil apreciaba el ingenio, la inteligencia y la lealtad de aquel paisano tres años mayor que él, y Corentin no habría cambiado un amo que lo estimaba por el más rico y poderoso de los príncipes.

Como solía ocurrir, fue Perceval quien abrió el fuego:

—Ahora sabemos por qué y cómo fue asesinada *Madame* de Valaines, pero seguimos ignorando por quién. Desde el fondo de la chimenea, Jeannette escuchó pero no vio.

—De todas maneras, si el hombre estaba enmascarado, no habríamos progresado gran cosa...

—Enmascarado o no, la desdichada Chiara sabía quién estaba frente a ella. Lástima que no pronunciara ni una sola vez su nombre. Tendremos que investigar la época en que fue doncella de honor de María de Médicis, e intentar saber quién la rondaba en aquellos días, quién estaba enamorado de ella además de Valaines.

—Vos habéis venido a menudo aquí, señor, y erais amigo suyo. ¿Nunca os hizo ninguna confidencia que pueda darnos una pista?

—Nunca, salvo que la casó en el Louvre el capellán de la reina madre, dos días después de la muerte de Concini, y que su esposo se la llevó de allí de inmediato. Hasta hoy no había entendido las razones de tanta prisa, pero la historia de esas cartas arroja una nueva luz: Valaines pretendía proteger a su amada.

—¿Proteger de qué, si ella no tenía las cartas? ¿De la cólera de la reina, tal vez?

—Fue ella quien la casó —repuso Raguenel—. Yo pienso que se trató sobre todo de una medida de prudencia. Recapitulemos. El 24 de abril de 1617, Luis XIII hace asesinar a Concini, el favorito de su madre, de varios disparos de pistola, delante del Louvre. La mujer del aventurero, Leonora, es detenida en su apartamento y conducida a la Bastilla, de la que únicamente saldrá en dirección al cadalso. Desde ese momento, Luis XIII es verdaderamente rey, y su madre, gracias a la cual los dos florentinos habían podido usurpar el poder, se encuentra en situación insegura. Más o menos prisionera en sus aposentos, puede temer el exilio o tal vez incluso la prisión, si son descubiertas las cartas que acreditan su complicidad en el asesinato del difunto rey. Por tanto, envía a Chiara a registrar las habitaciones de Leonora. Pero Chiara no encuentra nada, y podemos creerla: ¿qué no habría hecho para salvar la vida de sus hijos?

—Sabemos también por Jeannette que su verdugo había registrado asimismo la casa de la Galigai. ¿No estaba demasiada gente al corriente de la existencia de una correspondencia tan peligrosa?

—A la vista de la pandilla de truhanes y aventureros que formaban parte del séquito de los Concini, no es tan sorprendente. Pero volvamos a la reina madre. No recuperó las cartas pero, por poco inteligente que haya sido, debía de conocer a Chiara lo bastante para otorgarle toda su confianza y no imaginar que podía haberse guardado para sí las cartas sin decirle nada. Sin embargo, la joven tenía que ser apartada de la corte: sabía demasiado. De ahí la boda expeditiva con Valaines y la rápida marcha a la provincia. Conocemos lo que ocurrió a continuación: María de Médicis cayó más o menos en desgracia y lo mismo le sucedió a Richelieu, entonces obispo de Lyon y su consejero más íntimo. Y detestado por el rey. Hoy las cosas han cambiado: Richelieu es ministro y la reina madre parece haber recuperado toda su influencia.

—Si la situación les es favorable, señor, ¿por qué resucitar el tema de las cartas, que tal vez fueron destruidas en el saqueo de los aposentos de Leonora Galigai?

—El imbécil más obtuso no destruiría un arma semejante si hubiera caído en sus manos. Tienen que existir aún, en algún lugar, seguramente escondidas. En cuanto al hombre que vino a buscarlas aquí, puedes estar seguro de que conoce su valor y que querría utilizarlas. Contra la reina madre, sin duda; es una molestia para mucha gente, desde que vuelve a estar en el candelero... Para el cardenal, sin ir más lejos.

—¿El cardenal? Bromeáis, señor —balbuceó Corentin—. ¡Es completamente imposible!

—¿Por qué? ¿Por haber sido antes el favorito de la reina madre? Ya no se llevan tan bien, créeme. Incluso debe de haberse convertido en un estorbo para él desde que ha vuelto a su vieja manía de la alianza con España, tan contraria a sus objetivos políticos. Ahora bien, por implacable que sea, no le creo capaz de ordenar una matanza como ésta, y en estas condiciones. ¡A pesar de todo, es un hombre de Dios!

—¡Bah, un hombre de Dios, un hombre de Dios! Cuando se tiene el poder y se aspira a conservarlo...

—De todas maneras, fueran las que fueren las órdenes del asesino, suponiendo que las haya recibido, las excedió en mucho para llevar a cabo su propia venganza. Debió de amar a Chiara Albizzi y ella lo desdeñó para casarse con Valaines; y como él conocía la existencia de las cartas, mató dos pájaros de un tiro. Lo que más me llama la atención es que hayan esperado a la detención de los Vendôme, señores y protectores de los Valaines, para actuar.

—Es verdad. Y aquí estamos, discutiendo sin tener la menor idea de dónde buscar a los asesinos... ¿Y si volvemos a interrogar a los aldeanos? Tenemos que reclutar gente para limpiar la mansión antes de cerrarla, a la espera de que la señora duquesa tome una decisión... Vamos a dar una vuelta.

El tabaco de las pipas se había consumido. Salieron al patio y el calor les envolvió. Los rayos del sol en el cénit caían a plomo, generando un silencio poblado por el zumbido de moscas y avispas. Para no perturbar el sueño de Jeannette durante su corta ausencia, Perceval cerró la puerta de la mansión y se echó la llave al bolsillo. El pueblo, tan pequeño que apenas merecía ese nombre y disimulado en un pliegue del terreno, debía de dormir la siesta en ese momento anunciador ya de la canícula. Pero al cruzar el puente soñoliento, el caballero vio a tres hombres que rondaban por los alrededores y que intentaron esconderse entre los árboles cuando les llamó.

—¡Acercaos, vosotros! He venido en nombre de monseñor el duque de Vendôme y no tengo intención de comeros. ¡Vamos, venid aquí!

No obstante, los dos más jóvenes escaparon tan aprisa como lo permitieron sus piernas, cada uno en una dirección diferente. Sólo el tercero, un hombre anciano provisto de una barba gris y enmarañada, salió de su escondite y se acercó a paso lento a Perceval y su escudero, estrujando entre las manos el sombrero informe que acababa de quitarse de la cabeza.

—Y bien —le interpeló el caballero—, ¿por qué te escondes y por qué esos dos han puesto pies en polvorosa? ¿Queríais entrar en el castillo?

—¡No!... ¡Oh, no, gentilhombre! Sólo queríamos ver...

—¿Ver qué? No hay nadie más que la hija de la nodriza. ¿Es que venía de vuestra casa y aún le queda familia?

—No. Richarde era de Moussel. Su hombre ha muerto y la pequeña no tiene a nadie.

—Bueno, nos ocuparemos de ella, pero ahora necesitamos gente para hacer limpieza y dejar todo ordenado.

El anciano dio un respingo e hizo un gesto de rechazo con ambas manos.

—¿En el castillo? ¡Oh, no, señor! Dicho sea con todo respeto, no encontraréis a nadie. ¡Todos tenemos miedo!

—¿Miedo de qué? Los bandidos no volverán. No tienen nada que hacer aquí.

—Eso es fácil decirlo, gentilhombre, pero ¿quién nos lo asegura? Yo les vi marcharse, yo en persona; ahí, escondido detrás de esa roca. Uno de ellos dijo: «Ya que no hemos encontrado nada, ¿por qué no le prendemos fuego?». Otro contestó que ésas no eran las órdenes, y que de todas maneras podrían volver para seguir buscando...

—¿Dijeron eso? ¿Volver después de lo que han hecho? Tienen que saber que el duque César pondrá como mínimo una guardia en el castillo. Y además, ¿volver de dónde? A menos que se trate de una banda de esos bribones que infestan el bosque de Dreux...

—¿Bribones con buenas monturas, bien equipados, todos vestidos de negro y con pluma en el sombrero? —ironizó Corentin—. ¡Esa clase de alimañas no vive en chozas hechas con ramas ni en cuevas!

—Tienes razón —asintió Ragueneil—, pero eso no nos dice de dónde venían.

—Eso quizá pueda decíroslo yo. Habían bebido mucho, vaya que sí, estaban alegres y hablaban muy fuerte. Oí decir a uno que Limours no está tan lejos.

Perceval se estremeció:

—¿Limours? ¿Estás seguro?

—Más o menos... Eso me pareció oír.

—En ese caso, no lo repitas a nadie si aprecias tu vida. ¡En cuanto al castillo, olvídate de él!

—¡Oh, no se preocupe por eso! —suspiró el hombre, y se persignó—. ¡Hay demasiada sangre ahí dentro! ¡Eso trae desgracia!

Perceval ya había oído bastante. Dio media vuelta y regresó al castillo, con Corentin siguiéndole; pero en esta ocasión se dirigió a la antigua torre donde Jean de Valaines tenía su gabinete.

—Tenemos que encontrar al menos el cartulario de los Valaines, con los documentos que den fe de los derechos de la pequeña Sylvie. Y luego ordenar un poco los libros. ¡El barón sentía tanto amor por ellos!

No faltaba trabajo en aquella amplia estancia circular. Habían volcado en el suelo el contenido de los grandes armarios, algunos de los cuales se alzaban hasta tocar las vigas del techo, pintadas y decoradas con divisas. Un montón de libros estaba esparcido sobre el suelo, y la gran mesa cuadrada de patas retorcidas aparecía desbordada de papeles. También habían destripado el viejo sillón de cuero gastado, y, en un rincón, el cartulario vomitaba rollos de pergamino cuyos sellos pendían de cintas desteñidas. El olor a polvo removido se pegaba a la garganta.

Pusieron manos a la obra. Corentin iba recogiendo los volúmenes del suelo y colocándolos en los estantes, mientras su amo se ocupaba de los papeles. Trabajaba con una especie de rabia fría que le hacía temblar y volvía inseguros y torpes sus gestos. Corentin, que lo observaba de reojo, acabó por preguntarle:

—Desde que hemos subido aquí os noto muy agitado. Y otra cosa, ¿por qué habéis dicho a ese viejo que mantuviese la boca cerrada si quería vivir?

—Porque si oyó bien el lugar de donde venían esos demonios, todos corremos peligro.

—¿Qué es Limours?

—Un castillo que pertenece al cardenal, y me consta que está residiendo allí estos días. Sin embargo, sigue costándome creer que haya podido ordenar una cosa así.

Pero todo concordaba. Nada más normal que el ministro hubiera querido recuperar una correspondencia que afectaba a su antigua protectora, convertida ahora casi en una enemiga. La voluminosa florentina, en efecto, le reprochaba haber retomado la política de Enrique IV, más beneficiosa para el reino, en lugar de ayudarla a imponer su propia política al rey. Vengativa y de escasas luces, se había convertido en un estorbo cada vez mayor, pero las

cartas otorgarían al cardenal un arma terrible ante la cual ella se vería obligada a ceder. Al mismo tiempo, él procedía a la eliminación de sus enemigos más encarnizados. Desde esas premisas, todo era posible, incluso que el jefe de los asesinos se apartara de una misión que habría podido, y debido, limitarse a un simple registro de La Ferrière y a intimidar a la baronesa y su gente, y aprovechara la ocasión para consumir una venganza personal sin informar de ello al ministro...

—Hemos de buscar en el entorno del cardenal —concluyó—. Tengo ganas de ver qué está pasando en Limours.

—¿Está lejos?

—No. A una docena de leguas.

—Perfecto. Terminamos el trabajo, cerramos y nos vamos.

—No tan deprisa. Olvidas a la muchacha. Vamos a llevarla a Anet para que pase allí la noche, y mañana por la mañana tú la llevarás a Vendôme a reunirse con su pequeña ama. Sólo tienes que llevársela a la señorita Elisabeth y explicarle dónde la hemos encontrado.

—¡Vaya! Me veo convertido en nodriza —gruñó Corentin, poco satisfecho con su misión—. ¿Y qué hago después?

—Nada. Esperarme. Cuando volvamos a Anet, prepárame el maletín de viaje y haz que ensillen un caballo fresco. Tengo intención de ir a ver qué pasa por allá abajo.

—¿Y atacaréis a la guardia del cardenal vos solo?

—No digas tonterías. Voy como... observador, y desde allí marcharé a Vendôme. Tengo que estar en situación de dar un informe muy completo a la señora duquesa, cuando regrese.

—Si regresáis...

Cuando la librería recuperó un asomo de orden, Perceval reunió algunos pergaminos que le parecieron importantes, relativos a los títulos de nobleza de los Valaines y a sus derechos de propiedad sobre las tierras. Luego, fue a arrodillarse una última vez a la pequeña capilla donde reposaban los restos de Chiara y sus hijos. Después, ayudado por Corentin, cerró puertas y postigos y colocó las llaves en un pesado manajo que sujetó al arzón de su silla de montar. Finalmente, después de haber instalado a una Jeannette todavía soñolienta a la grupa de Corentin, bien sujeta al jinete por una cuerda, todos partieron de La Ferrière al trote corto. Perceval volvió continuamente la cabeza para contemplar el maltrecho castillo tanto tiempo como pudo. Y cuando los techos azules desaparecieron entre los árboles y ya no le quedó nada por ver, puso su caballo al galope.

III

¡UNA TORRE TAN ALTA!

Al contemplar el castillo de Limours, uno podía preguntarse por qué razón había comprado el cardenal, tres años antes, la amplia construcción medio en ruinas que había pertenecido a la duquesa d'Étampes, favorita de Francisco I, cuando por esas fechas su fortuna era más bien escasa y todavía no había superado la aversión que le tenía el rey Luis XIII. Se decía que para adquirir Limours se había visto obligado a desprenderse de las tierras de su familia en Aussac y vender su cargo de limosnero de la reina madre. El cardenal había explicado que deseaba poder recibirla un día en un marco digno de ella, pero el aspecto del castillo arrojaba dudas sobre sus verdaderas intenciones. No era una residencia agradable, propia para seducir a una dama. En cambio, ofrecía un refugio seguro.

En efecto, una vez pasados el primer recinto amurallado y el antepatio, uno se encontraba ante una imponente construcción que conservaba aún muchas características de una fortaleza medieval: cuatro alas flanqueadas por gruesas torres circulares formaban un sólido cuadrilátero en torno a un patio central cuadrado; el conjunto quedaba aislado por medio de profundos fosos llenos de agua y sólo podían cruzarse por un puente ligero, fácil de inutilizar. En resumen, una construcción más poderosa que graciosa...

—... Y que podría constituir un retiro seguro para un porvenir incierto — suspiró Perceval, a quien le gustaba expresar sus pensamientos en voz alta cuando estaba solo—. Bien es verdad que después se ha regalado a sí mismo el precioso castillo de Rueil y la bonita mansión de Fleury.

A lomos de su caballo, parado en la ladera del valle por cuyo fondo se extendía Limours, examinaba el castillo del cardenal al tiempo que se preguntaba qué había venido a hacer aquí. Arrastrado por el dolor y la pena, había seguido su instinto sin saber qué debía buscar en concreto, porque, al no haber visto a los asesinos, no tenía ninguna oportunidad de reconocerlos.

Además corría el riesgo de crearse problemas que no tardarían en extenderse a los Vendôme, que en modo alguno necesitaban ver aumentados los que ya pesaban sobre sus espaldas. Sin embargo, nada en su persona dejaba adivinar su pertenencia a aquella ilustre casa: su jubón de ante sin adornos, sus botas y su sombrero adornado con una pluma, todo era de un gris neutro y práctico. Sería un gentilhomme de viaje, y punto.

—Ya que estamos aquí, empecemos por buscar alojamiento, para descansar un poco y respirar el ambiente. Quizá la suerte nos sonría...

Una vez decidido el paso siguiente, puso el caballo al trote corto, bajó la pendiente de la loma y llegó a las primeras casas, en medio de las cuales brillaba, entre la iglesia y el castillo, la enseña de la Salamandre d'Or, indicadora de la existencia de un albergue. Entró en él después de haber dejado su montura en manos de un mozo de cuadra, y pidió habitación y comida. Le asignaron la primera y le prometieron la segunda para una hora más tarde. De modo que, después de refrescarse y de quitarse el polvo del camino con un gran barreño de agua fría, fue a instalarse, mientras esperaba la cena, en el jardín, en el que había varias mesas dispuestas bajo un emparrado; allí se hizo servir una jarra de vino de Longjumeau. En la sala, donde un marmitón sofocado estaba asando al fuego un cuarto de ternera, hacía demasiado calor.

Para su sorpresa, dado el carácter apacible del lugar, reinaba en el albergue una gran agitación. Eso se debía, según el mesonero, a las importantes reformas que estaba llevando a cabo el cardenal de Richelieu en sus dominios:

—Están reparando algunos aposentos, y también el sistema de riego de los jardines. Cada semana vemos llegar carretas que traen mármoles y antigüedades para la decoración. Cuando acaben las obras, tendremos aquí una hermosa finca...

—Monseñor debe de estar fuera, con todo este trajín...

—¿Él? De ninguna manera. Ha estado enfermo, pero reside aquí y vigila personalmente todas las reformas. Eso me ha valido la clientela de los señores guardias, que se aburren un tanto cuando no están de servicio.

En efecto, se veían varias casacas rojas bajo las grandes hojas de parra, pero sus poseedores tenían un aspecto jovial que no parecía acorde con los matarifes desalmados de los que había sido víctima la familia de Valaines. Jugaban a los dados y se contaban chistes picantes entre grandes carcajadas. Había otros bebedores sentados, que se habían desabrochado o retirado el

jubón y abierto la camisa para mejor aprovechar las postrimerías apacibles de un día abrasador. El lugar era agradable y propicio al descanso.

De súbito, la mirada alerta de Perceval, que seguía atenta a pesar de sus ojos entrecerrados, captó un detalle. Instalados al fondo de la terraza, cerca del tronco de la parra, dos hombres vestidos de negro y manchados de polvo brindaban con uno de los guardias del cardenal. Éste, después de beber, extrajo de su casaca roja con la cruz griega bordada una bolsa bastante abultada, que entregó a uno de sus acompañantes; pero su gesto hizo que cayera de su bolsillo un objeto que se apresuró a recoger. No lo bastante aprisa, sin embargo, para que Raguanel no pudiese identificarlo: era un antifaz negro.

Perceval vació de golpe su vaso, lo llenó de nuevo y luego, plantando los codos encima de la mesa y bajándose el ala del sombrero sobre los ojos como si le molestara el sol poniente, se dedicó a examinar con mayor atención a los tres hombres. Su instinto le decía que se encontraba ante una parte de la banda, venida sin duda a recibir su paga. Observó sobre todo al guardia. ¿Era el jefe, el hombre que había perseguido a Chiara con un amor tan feroz? Era difícil de creer. Se trataba de un hombre alto y fuerte, pelirrojo como una zanahoria, con una cara inexpresiva propia del típico soldadote aficionado a la cerveza y las estocadas, y probablemente sin la menor noción del alfabeto griego. Además no aparentaba más de veinte años, y el verdugo de Chiara le había reprochado su negativa a casarse con él. Sin duda se trataba del oficial pagador de la expedición, y probablemente había tomado parte en ella.

Finalmente, el hombre de la casaca roja se levantó, se caló el sombrero, se despidió y salió del albergue en dirección al castillo. Perceval se contentó con seguirle con la mirada. Los otros dos eran mucho más interesantes, y Perceval decidió seguirlos. Esa noche no tuvo que ir muy lejos. Bien provistos de dinero, y visiblemente de muy buen humor, los dos compadres reclamaron más bebida y pidieron una habitación. Antes de entregarse a los placeres de una distendida velada, uno de ellos se levantó y fue a buscar los caballos, que habían quedado atados bajo un alpende, para entregarlos al mozo de cuadra..., al que Perceval, después de un momento, fue a buscar a su vez. Una moneda de plata que apareció entre sus dedos consiguió que el muchacho le escuchara con toda atención.

—Creo que conozco a los propietarios de esos caballos —dijo, señalando las monturas que acababan de entrar en la cuadra.

—Es posible, gentilhombre. Vienen de vez en cuando por aquí para asegurarse de que sus mercancías llegan en buen estado. Son mercaderes de

París.

Las cejas de Perceval se alzaron por lo menos hasta la mitad de su frente.

—¿Mercaderes? —No añadió «¿Con esas caras?», pero era lo que pensaba en el fondo—. ¿Y qué venden?

—Pasamanería. No siempre duermen en el albergue, pero esta vez se quedarán hasta mañana a primera hora.

—¿Vuelven a París?

—Sí, claro.

—Es natural. Vaya, creo que el parecido me ha hecho equivocarme. No los conozco de nada. Por cierto, yo también me voy mañana temprano.

—A vuestras órdenes, gentilhombre. Vuestro caballo estará listo. ¡Oh, es un animal precioso!

Mientras volvía a su mesa, en la que ahora una camarera estaba colocando el cubierto —cenaría fuera para aprovechar el fresco del atardecer—. Perceval, sin perder de vista a los «mercaderes», pensaba que aquellos hombres tenían aspecto de interesarse, más que por el comercio de la pasamanería, por el de sogas para el verdugo. En particular sus mostachos —se parecían tanto entre ellos que debían de ser hermanos—, levantados en forma de gancho, no eran de los que suelen encontrarse detrás de un mostrador.

El sol acababa de ponerse cuando la verja del castillo se abrió para dar paso a una nutrida comitiva: precedidos por un oficial, los guardias de casaca roja, impecablemente alineados de cuatro en fondo, escoltaban a una carroza de viaje lo bastante grande para llevar a un viajero acostado. No cabía duda sobre quién era el ocupante: el pesado vehículo llevaba en las portezuelas, pintado en escarlata realzado con filetes dorados, un gran blasón coronado por el capelo rojo ritual. Detrás de los soldados marchaban las mulas y la carreta del equipaje...

El respeto había hecho inclinarse a todos los presentes en la Salamandre d'Or. Al paso del carruaje, Ragueneau tuvo tiempo de atisbar un rostro pálido y altivo, alargado por una barba en punta, y, frente a él, un religioso vestido con un sayal gris. Armand-Jean du Plessis, cardenal duque de Richelieu, y su más fiel consejero, el padre Joseph du Tremblay, a quien se apodaba ya la Eminencia Gris, marchaban de viaje.

Cuando el cortejo se hubo alejado en dirección al sur, Perceval comentó al mesonero:

—¿El cardenal se va? ¿A esta hora? ¿No es un poco extraño?

—De ninguna manera, señor. Su Eminencia, cuya salud deja bastante que desear, soporta mal los fuertes calores. Así el camino le resulta menos penoso.

—¿Es una costumbre, entonces?

—No siempre. Sólo en verano y para trayectos largos. Dicen que Su Eminencia va a reunirse con el rey, junto al Loira. Cuando el rey llama, conviene acudir con presteza.

El caballero le dio las gracias con un gesto y el hombre se alejó sin imaginar la brusca inquietud que esa marcha había suscitado en su cliente, impresionado por las fuerzas desplegadas a la luz de las antorchas. Los uniformes rojos, la silueta roja e incluso el capuchón gris del religioso, todo le parecía amenazador. Tal vez, al saber presos a los Vendôme, Richelieu corría presuroso hacia un desenlace que su odio no quería dejar escapar a ningún precio. ¿Iba a aplastarlos como habían sido aplastados, tal vez por orden suya, los inocentes de La Ferrière?

A pesar de los sombríos pensamientos que lo asaltaban, Perceval consiguió dormir unas horas, pero con el canto de los gallos estaba ya dispuesto a emprender el camino. Sin embargo, refrenó su ímpetu y, cuando los «pasamenteros» dejaron el albergue, él se encontraba tomando un desayuno compuesto por pan, mantequilla y jamón regados con un vino blanco, seco como un pedernal. Su cuenta estaba ya pagada y su caballo, ensillado, esperaba delante de la puerta.

Como buen sabueso, dejó que la presa se adelantara lo suficiente. Mejor montado que ellos, podría alcanzarlos sin dificultad. Bastaba, por consiguiente, con seguirlos de lejos hasta las proximidades de la capital, y luego, cuando el camino estuviese más frecuentado, acortar la distancia hasta tenerlos a la vista.

Por desgracia, los dos compadres no tenían prisa. El buen tiempo les incitaba a entretenerse y Perceval, que esperaba que marcharan directamente a París, tuvo la desagradable sorpresa, al llegar a Bièvres, de verlos instalados a la sombra de un albergue, picoteando un cestillo de fresas —la especialidad de la región— y bebiendo una jarra de vino. Parecían de muy buen humor.

Raguenel, que tenía sed, les hubiera imitado gustoso, pero eso habría sido una imprudencia mayúscula. De manera que optó por cambiar de táctica: en lugar de seguirles, les precedería. Y así, después de rebasar Bièvres dando un rodeo para pasar inadvertido, siguió directamente hasta la puerta Saint-Jacques, en París, que era el término normal del camino. Cerca del convento de los Jacobinos había una pequeña taberna tan acogedora como la de Bièvres, en la que podría refrescarse mientras esperaba tranquilamente.

Una cosa le intrigaba. Los aldeanos de La Ferrière habían hablado de una docena de hombres de negro. Pero en Limours no había más que dos, tres contando el que había ido a pagarles. ¿Dónde estaban los demás? ¿Galopaban al lado de la carroza del cardenal, estaban dispersos por la región, o bien esperaban en París el pago que les llevaban los «pasamenteros»?

Llegado a primera hora de la tarde, nuestro viajero se instaló en el pequeño hostel y almorzó un cuarto de oca aderezado con salsa de agraz, gofres crujientes y unos vasos de un vino blanco de Aunis que no carecía de mérito, pero que le obligó a luchar después contra la somnolencia para no arriesgarse a perder la pista de su presa.

Esperó bastante tiempo, hasta el punto de preguntarse si los dos hombres no se habrían quedado en Bièvres para echarse una larga siesta. Por fin, les vio llegar. En los comercios se voceaba ya el cierre y las campanas de la ciudad tocaban el ángelus. Raguanel montó a toda prisa en su caballo. Esta vez no podía perderlos de vista en la afluencia que se producía siempre a la hora del cierre de las puertas de la ciudad, con corrientes contrarias de personas que entraban y que salían. Por suerte, los dos sombreros adornados con plumas negras idénticas facilitaban la vigilancia.

Una vez cruzada la bóveda de la puerta, con su fuerte olor a orines y aceite rancio, y después de pasar entre dos soldados distraídos que se suponía debían vigilar las idas y venidas, descendieron la colina de Sainte-Geneviève, feudo siempre más o menos agitado de los estudiantes, entre una doble fila de colegios de aspecto venerable. Pero en lugar de dirigirse hacia el Sena, como suponía Raguanel, los dos hombres doblaron a la derecha. El día se había cubierto súbitamente desde la entrada en París. Pesadas nubes negras venidas del norte se agolpaban, precipitando la llegada de la oscuridad. Un viento anunciador de tormenta levantaba un polvo acre, pero la lluvia no caía todavía.

Los dos hombres pasaron delante del Collège de France y rodearon la antigua mansión de los abades de Cluny donde, desde comienzos del siglo, se alojaban los nuncios del Papa. Al desembocar en el triángulo de la plaza Maubert, Raguanel se dio cuenta de que únicamente seguía a un hombre: el otro había desaparecido como por ensalmo. El caballero resolvió continuar detrás del que quedaba. Así atravesaron, a respetuosa distancia, el amplio espacio patibulario donde el prebostazgo de París mantenía de forma permanente dos horcas listas para funcionar, lo que no impedía que el lugar gozara de bastante mala fama.

Por fin, el hombre se apeó de su caballo en la esquina de una callejuela estrecha, ató la brida y siguió a pie. Perceval sonrió: se trataba de un callejón sin salida conocido por el nombre de «callejón de Amboise», en el que, aparte de la noble mansión de la que recibía el nombre, únicamente había dos casas. En una de ellas se abría una taberna de bastante mal aspecto frecuentada por «escolares» sin dinero en busca de algún buen negocio o de alguna fechoría. Fue allí donde entró el desconocido.

Seguro de que no se le escaparía, Perceval buscó un sitio para atar su caballo, lo encontró cerca de la capilla de Nôtre-Dame de la Recouvrance des Carnes y dejó allí su montura al abrigo de un saliente. Después se aseguró de que su espada salía con facilidad de la vaina y se dirigió hacia la puerta baja en cuyo dintel una enseña, ilegible a fuerza de roña y decrepitud, chirriaba ligeramente impulsada por la brisa del atardecer. No entró, sino que se contentó con limpiar con su pañuelo húmedo de saliva una esquina de la ventana más próxima. Vio entonces, sentados uno a cada lado de una mesa en la que ardía una vela, a su «pasamentero» y a un hombre grueso de pelambreira gris e hirsuta, con una camisa de color indefinido, que debía de ser el tabernero. No había nadie más a la vista, era aún temprano para la clientela habitual del lugar.

De súbito, el corazón de Perceval dio un vuelco: entre las manos del hombre de negro acababa de aparecer un collar de oro, perlas y pequeños rubíes que había visto muy a menudo al cuello de Chiara de Valaines. Sentaba de maravilla a su belleza morena y, como lo sabía, ella le tenía un particular aprecio y lo lucía con frecuencia. Esta vez, la duda —admitiendo que subsistiese alguna— ya no era posible...

Desenvainó la espada y, sin más reflexión, subió los dos escalones de la entrada, abrió la puerta con un puntapié brutal, se precipitó con el ímpetu de una bala de cañón sobre los dos cómplices, y arrancó el collar de los gruesos dedos del tabernero.

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó, colocando la punta de su espada en la garganta del bandido.

—Pues yo...

—No te canses inventando mentiras, sé dónde. Eres uno de los miserables que asesinaron, hace dos días, a *Madame* de Valaines y a sus hijos en el castillo de La Ferrière. ¡Y te aconsejo que no lo niegues, o te ensarto aquí mismo! —añadió, al tiempo que hacía desaparecer la joya en su bolsillo.

—Yo no he matado a nadie —gruñó el otro—, y esas perlas me las encontré...

—No lo dudo, y puedo decirte dónde: en el buró florentino de su dormitorio.

—¿Y qué? Tenía órdenes, y cuando me pagan bien, hago lo que me mandan.

El tabernero no se había movido. Incluso había apartado las manos de la mesa, como temeroso, pero era un hombre fornido y Perceval no deseaba que se mezclase en su discusión con el bandido.

—Iremos a hablar fuera —dijo, aferrándolo por el cuello del jubón—. Y tú, tabernero, no te muevas si quieres seguir vivo mañana por la mañana.

—¡Voy a llamar a la ronda! —dijo el hombre—. No se puede amenazar así a mis clientes...

—Haces bien en defenderlos, pero no te servirá de nada. Llama a la ronda si quieres, les contaré algo que les gustará. ¡Vamos, tú! ¡De pie! —añadió, obligando a su presa a levantarse del banco—. ¡Y tú, tabernero, no te muevas o lo ensarto, pido socorro y a quien colgarán es a ti!

Dicho lo cual, arrastró a su cautivo hasta la puerta, que le hizo cruzar de un empujón, y luego hacia los dos patíbulos, cuya proximidad arrancó al miserable un gorgoteo horrorizado.

—¿No iréis...?

—¿A colgarte? Eso depende de ti —respondió Perceval, que, envalentonado por su éxito inicial, se sentía con la fuerza del gigante Atlas—. Si contestas a mis preguntas, quizá te deje seguir tu camino.

Lo empujó contra el cadalso de albañilería que servía para apilar troncos y haces de leña cuando se quemaba a algún reo, y lo mantuvo pegado al muro con la punta de su espada.

—¡Ahora, hablemos! Para empezar, ¿cuál es tu nombre?

—No estoy seguro de tener uno. Me llaman Masca-hierro.

Raguenel se echó a reír.

—Puedes intentar morder éste, pero me extrañará que consigas digerirlo. Ahora dime quién os reclutó a ti y a tu hermano... porque supongo que tu doble, que ha desaparecido hace un rato, es tu hermano.

—Sí.

—Bien. Entonces ¿quién era el hombre que os mandaba en el asunto de La Ferrière?

—¡No lo sé!

—¿De verdad?

La punta de la espada le hizo un rasguño en la garganta.

—¡Os juro que no lo sé! —gimió—. Ninguno de los que venían con nosotros lo sabía. Alguien nos reclutó, a mi hermano y a mí, en la taberna de la Truie-qui-file. A los demás no les conocía.

—¿Y al guardia que fue a pagaros en el albergue de Limours tampoco lo conocías?

Una gota de sangre resbaló por el cuello del hombre.

—Sí... Fue él quien vino a la taberna. Se... se llama La Ferrière y nos acompañó.

—¿La Ferrière? —repitió Perceval asombrado—. Pero ¿de dónde sale ese nombre?

—Yo... no lo sé. Sólo dijo que las personas del palacete le habían robado la herencia y que esperaba recuperarla ahora que no quedaba nadie con vida.

El caballero dejó para más tarde el examen de esa extraña pretensión.

—¿Y el jefe? ¿Estás seguro de que no era él?

—¡Oh, seguro! El jefe únicamente nos acompañó la mañana misma, y nadie vio su rostro. Todo lo que puedo decir es que La Ferrière le hablaba con consideración. Cuando todo terminó, desapareció. Soc...

Raguenel no vio llegar el golpe. Únicamente sintió un puñetazo en la espalda, y con un gesto automático hundió su espada en la garganta de Mascahierro. Su grito de agonía fue lo último que oyó antes de sumirse en las tinieblas.

Si Raguenel no fue a reunirse con sus antepasados aquella noche, lo debió ciertamente a su ángel de la guarda, pero sobre todo a la pasión bibliófila del mariscal de Francia, que era uno de los raros militares amigos de la cultura en una época en que los grandes señores valoraban más el arte de manejar la espada que el de manejar la pluma. Esa rareza se llamaba François, barón de Bestein, de Haroué, de Remonville, de Baudricourt y d'Ormes, nombre afrancesado en la forma de Bassompierre por Enrique IV cuando, con diecinueve años de edad, fue llevado a su corte. Leía el latín y el griego, hablaba cuatro lenguas —francés, alemán, italiano y español— con la misma facilidad y poseía una magnífica biblioteca a la que dedicaba todos sus desvelos.

Gran seductor por otra parte, siempre enredado en alguna aventura de faldas, aquella noche se había desplazado hasta una librería del Puits-Certain frecuentada por todos los espíritus cultivados de la colina de Sainte-Geneviève para admirar, y sin duda comprar, una edición de los *Comentarios* de César impresa en Venecia por Aldo Manuzio^[11]. Y también para ver allí a la sobrina del dueño de la librería, a la que hacía asiduamente la corte desde

hacía varias semanas. La bella Marguerite era la principal razón que le había inducido a salir de casa a pesar de la tormenta que se preparaba, cruzar el Sena y ascender a la docta colina. Pero si bien los *Comentarios* acudieron a la cita, no ocurrió lo mismo con Marguerite, que había ido a pasar el día a Suresnes.

Decepcionado, el mariscal no se entretuvo tanto como esperaba y, con sus *Comentarios* recién adquiridos, se volvió a su mansión. Al aproximarse a la plaza Maubert a la luz de las antorchas que portaban sus lacayos —las calles de París no ofrecían en aquella época más iluminación que las lámparas de aceite encendidas en algunas travesías ante las estatuas de la Virgen o de los santos—, oyó un grito y se dirigió de inmediato al lugar de donde procedía: a falta de ternezas y retozos, siempre podría consolarse con una buena pelea.

Pero la velada decididamente no se le presentaba favorable, porque la aparición de su gente puso a los malandrines en fuga y únicamente pudo encontrar en el lugar dos cuerpos tendidos: uno, un hombre de aspecto sospechoso, estaba muerto, y el otro, con la inconfundible apariencia de un gentilhomme, aún respiraba. Además, el rostro de este último le trajo algún recuerdo impreciso: tenía la impresión de haberlo conocido en alguna parte.

Aporreadas por el puño autoritario de sus lacayos, se abrieron unas puertas. Aparecieron unas parihuelas sobre las que fue colocado el herido inconsciente y llevado a la mansión del mariscal, situada no lejos del Arsenal. El cielo, compadecido, no empezó a descargar sus nubes hasta que arribaron a su destino, de modo que el pequeño cortejo llegó seco, pero no le ocurrió lo mismo al médico que el mariscal envió a buscar de inmediato. En cuanto a Perceval, que había perdido mucha sangre, no tenía conciencia de lo que le había ocurrido y seguiría así durante varios días, presa de una fuerte fiebre.

De modo que, al recuperar de nuevo la conciencia, se sorprendió al encontrarse en una habitación desconocida. Una hermosa habitación, con muebles de madera esculpida, tapicería exquisita y techo de artesones pintados, esculpidos y dorados. Debía de ser de noche porque una lamparilla de aceite ardía en la cabecera y un lacayo dormido en un sillón roncaba con aplicación, hundiendo la nariz en los botones de su librea roja y plata. Era ese ruido el que había despertado a Perceval, pero de inmediato echó de menos su anterior inconsciencia: no se sentía bien y le costaba respirar. Además, tenía sed. Al ver cerca de su cabeza una botella y un vaso, quiso servirse, pero le asaltó un dolor en el pecho tan vivo que no pudo contener un gemido. Enseguida, el lacayo se puso en pie y se inclinó hacia él, totalmente despabilado:

—¿El señor está despierto?

—Sí... Quisiera beber...

—Un instante. Voy a buscar al médico.

Éste no debía de estar lejos. Apareció casi de inmediato, y dio muestras de gran satisfacción al encontrar a su paciente con los ojos abiertos. Le tomó el pulso y palpó su frente y sus brazos.

—La fiebre aún persiste —declaró—, pero, gracias a Dios, ha bajado y ya no deliráis.

—¿Delirar?... ¿He delirado mucho tiempo?

—Una semana larga. Hasta el punto de que hemos creído que no podríamos salvaros. La herida es profunda. El pulmón está afectado, pero sois joven y tenéis una buena constitución, de modo que la naturaleza acabará por imponerse. Al menos eso espero... si os mostráis razonable.

En ese instante, la mano de un lacayo volvió a abrir la puerta de la habitación para dar paso al señor de la casa, envuelto en una bata rameada de tonos castaños entretejida con hilo de oro.

—¿Me dicen que nuestro invitado se encuentra mejor? —exclamó—. En verdad es una buena noticia, y tal vez ahora podamos saber quién es.

—Poco a poco, señor mariscal, poco a poco —encareció el médico—. Puede hablar, cierto, pero todavía está muy débil.

El herido intentó incorporarse en el lecho para saludar a aquel imponente señor, y lo reconoció de inmediato. Quien hubiera visto en alguna ocasión al antiguo comandante de los suizos de Su Majestad, ya no podría olvidarlo. En efecto, con sus seis pies y varias pulgadas de estatura, su aspecto se adecuaba a la función que desempeñaba. Por lo demás, a pesar de que ya había cumplido cuarenta y seis años, Bassompierre seguía siendo un hombre seductor, con su cabello rubio, sedoso y rizado con apenas algunas hebras plateadas, un rostro a la vez enérgico y afable, y una barbita sedosa siempre perfumada con una mixtura de almizcle y ámbar.

—Señor mariscal —murmuró el herido—, me siento confuso por causaros tantas molestias. ¿Tendréis la bondad de explicarme por qué milagro os debo la vida?

—¡Oh, muy sencillo! —dijo Bassompierre sentándose en el sillón que había dejado libre el lacayo—. Pasaba por allí con mis hombres, oímos un grito, vimos y...

—... vencisteis. Y por añadidura, si he comprendido bien, os habéis cuidado de mí.

—¡No tiene importancia, amigo mío, no tiene importancia! Pero me gustaría que me dijerais quién sois.

—Un fiel servidor de la casa de Vendôme, señor mariscal —dijo Perceval, que, conocedor de los lazos de amistad que unían a Bassompierre y el duque César, no corría el riesgo de equivocarse. Me llamo Perceval de Raguenel, soy gentilhombre y escudero de la señora duquesa...

El resultado fue inmediato:

—¡Consideraos en vuestra casa! Sin embargo, no entiendo bien qué estáis haciendo en París. ¿Acaso ha regresado vuestra ama?

—En estos momentos la señora duquesa debe de encontrarse en Blois, adonde ha ido a implorar la clemencia del rey.

—¿La clemencia del rey? ¿Qué historias me estáis contando?

—La triste verdad. El duque César y monseñor el Gran Prior de Francia han sido arrestados por orden de Su Majestad y conducidos a la prisión de Amboise. ¿No lo sabíais? —preguntó tímidamente Perceval, que conocía los lazos de amistad que unían a la duquesa d'Elbeuf, hermana de los dos presos, y a la princesa de Conti, de la que se rumoreaba que era la esposa secreta de Bassompierre.

—¡Pardiez, no! —murmuró éste, y su rostro se ensombreció—. ¡Qué extraño! Debe de haberse hecho en secreto, cuando el rumor aún no ha llegado aquí. Pero ahora que pienso, ¿no deberíais estar en Blois, al lado de vuestra ama?

—Sin duda... Pero he tenido que ocuparme, con su permiso, de un asunto grave...

—¿De verdad? Contadme eso.

El médico intervino:

—Perdonadme, señor mariscal, pero este joven acaba de salir de un desvanecimiento prolongado. No debemos fatigarle, y habréis observado que hablar le resulta penoso...

—Muy cierto. ¡Dormid, muchacho! Comed, bebed, reponed fuerzas. Seguiremos esta conversación mañana... siempre, claro está, que deseéis proseguirla.

—Lo haré con sumo gusto, señor mariscal. Gracias.

Y Bassompierre salió después de recomendar al médico que no se divirtiera en «sangrar a ese infeliz muchacho, siguiendo vuestra consabida costumbre. ¡Ya ha perdido demasiada sangre!».

El hombre de ciencia intentó objetar que era la única manera de «dar salida a los humores nefastos que pueden permanecer en el cuerpo de un

paciente, y sólo puede hacerle bien desembarazarse de una sangre sin la menor duda viciada después de tantos días de inconsciencia», pero Bassompierre no quiso atender a razones:

—Ya le proporcionaremos más sangre con la ayuda de buenas carnes y buenos vinos de Borgoña a los que no pueden resistirse los humores más malignos. ¡Haced lo que os digo o enviaré un mensajero al rey pidiéndole que me preste a Bouvard a cambio de un pariente mío!

Así amenazado, el médico se encogió de hombros y se contentó con aplicar a su paciente métodos suaves: un poco de miel y una tisana calmante, que le permitieron concluir con un sueño reparador una noche iniciada con los últimos accesos febriles. Pero antes de sumirse en el sueño, se prometió revelarlo todo al salvador que un Dios providencial había colocado en su camino. ¿Qué mejor confidente, qué mejor consejero podía encontrar que aquel hombre valeroso, inteligente, hábil cortesano cuando convenía, dotado para la diplomacia, que había formado parte del círculo de íntimos de la bella Gabrielle y al mismo tiempo había sabido conservar la amistad de un rey propicio a los celos? Fue a él a quien se asignó la misión de escoltar a la futura reina de Fontainebleau a París. Sabemos cómo terminó aquel viaje: con un hijo muerto y una horrible crisis de eclampsia, pero, lejos de mostrar resentimiento a Bassompierre, el Bearnés se encerró con él durante toda una semana para hablar de la desaparecida y llorar su muerte. Y cuando Enrique IV, poco tiempo después, buscó consuelo junto a la bella pero peligrosa Henriette d'Entragues, a la que hizo marquesa de Verneuil, François de Bassompierre juzgó su deber interesarse por la hermana pequeña de Henriette, la atractiva Marie-Charlotte, y tuvo un hijo con ella. Desde hacía quince años, Marie-Charlotte le arrastraba a un juicio tras otro, con la pretensión de que él había firmado una promesa de matrimonio; Bassompierre lo negaba con todas sus fuerzas, pero eso no le libraba de ver envenenada su existencia. Felizmente había sabido conservar apoyos importantes y, después de la muerte del rey, se había atraído la buena voluntad de la regente. A la gorda María de Médicis se le caía la baba al escuchar sus réplicas a menudo procaces. Por ejemplo, el día en que él aseguró que existían pocas mujeres que no fueran putas, a aquella bobalicona le había parecido espiritual preguntarle: «¿Y yo?». Y Bassompierre contestó, con una gran reverencia y una sonrisa: «Vos, *madame*, sois la reina», haciéndole soltar una gran risotada. Al mismo tiempo se complacía en declararse protector de los jóvenes príncipes bastardos, y después del matrimonio de César con François

de Mercoeur se le vio con frecuencia bajo las enramadas de Anet o en los jardines de Chenonceau.

Sabedor de dónde le había conducido la suerte, Perceval esperó con confianza el momento de las explicaciones. Llegó a primera hora de la tarde del siguiente día. Desde el momento en que el mariscal entró en la habitación, el herido comprendió que las cosas no iban bien.

—Teníais razón, las cosas están muy mal —suspiró—. Vengo de casa de la señora princesa de Conti, y allí he encontrado a la señora duquesa d'Elbeuf llorando como todas las fuentes de París, y confieso que con razón. El rey, la corte y, por supuesto, el cardenal se han trasladado a Nantes, donde el joven príncipe de Chalais ha sido arrestado y arrojado a las mazmorras del castillo. Nuestro rey y Richelieu han interrogado a *Monsieur* acerca de la conspiración que tenía como objetivo impedir su matrimonio, asesinar al cardenal y, si el rey era derrocado, concertar el matrimonio de la joven reina con *Monsieur*. ¿Y que creéis que respondió nuestro buen príncipe?

—Conociéndole, no es difícil adivinarlo —dijo Ragueneil, que tomaba un excelente almuerzo incorporado sobre un montón de almohadas—. Empezó por pedir perdón, juró que nunca estuvo al corriente de nada y acabó por traicionar a todo el mundo.

—¡Exacto! Empezó, por supuesto, por las personas ya arrestadas por el rey. Culpó todo lo posible a los Vendôme, y aseguró que el duque César reunía un ejército en Bretaña para invadir Francia y destronar al rey.

—¡Es abominable! Monseñor el duque únicamente deseaba consolidar su posición en el gobierno de Bretaña para poder afrontar cualquier eventualidad; sabe muy bien que el cardenal lo detesta.

—Y eso no es todo. El joven Chalais, una vez en prisión, ha dicho lo mismo, pero por una razón muy diferente: está perdidamente enamorado de *Madame* de Chevreuse, que al parecer concedió sus favores al Gran Prior Alexandre. Por tanto, busca vengarse de ellos, sin privarse por otra parte de acusar a la que ama.

—¡Misericordia! ¿Y qué ha ocurrido?

—Se ha despojado al señor de Vendôme del gobierno de Bretaña y el rey ha dado orden de derribar las fortificaciones de sus castillos: Ancenis, Lamballe, Blavet, etc.

—¿Vendôme también?

—No. La orden se ha limitado a Bretaña. Además Vendôme es una gran ciudad, muy leal a su duque. Mientras éste no sea condenado, nadie la tocará, y de momento los dos hermanos siguen en Amboise.

—¿Y la señora duquesa?

—No hay noticias de ella. *Madame* d'Elbeuf ignora lo que ha sido de su cuñada. Naturalmente, eso la atormenta... Y ya que estamos en ello, contadme vuestra historia.

Raguenel lo hizo, sin ocultar ni olvidar nada. Su amistad con la familia de Valaines, la tragedia que la había aniquilado, la pena que experimentaba, cómo había encontrado a Jeannette en la chimenea y el relato que ella le hizo. Luego, su decisión de seguir la pista aún caliente de los asesinos, el albergue de Limours y finalmente el incidente que le tenía postrado en el lecho con un pulmón perforado. Para concluir, pidió que le trajeran su jubón, del que tomó el sello de lacre rojo despegado de la frente de Chiara y el collar que había quitado a Mascahierro.

Aunque solía ser locuaz, el mariscal escuchó su relato sin decir palabra. Cuando hubo terminado, Bassompierre tomó el collar y lo acarició con los dedos.

—Conocí a la *signorina* degli Albizzi cuando entró al servicio de la reina madre. ¡Una muchacha muy hermosa... y virtuosa! No me guardaréis rencor, espero, si os confieso que intenté sin éxito obtener sus favores. Cuando la casaron, era pura y luminosa como un hermoso lirio. Nadie comprendió por qué razón se casaba con un hombre mucho mayor que ella.

—Pero que supo hacerla feliz. En agradecimiento, ella le dio tres hijos de los que sólo sobrevive la pequeña Sylvie, confiada en la actualidad a los cuidados de *Madame* de Vendôme. Pero, señor mariscal, puesto que la conocíais, ¿podríais decirme si, aparte de Jean de Valaines, algún otro hombre pretendía su mano?

—¿Otro hombre? —repitió Bassompierre tomando el sello entre dos dedos—. En verdad, lo ignoro. Cuando una dama me dice no, no me tomo el trabajo de insistir y deposito mis esperanzas en otro lugar. Es extraño este sello. Omega... «Yo soy el alfa y el omega, el primero y el último, el comienzo y el fin», dice el Apocalipsis. Si ha elegido este símbolo, ¿pretende ese hombre ser el fin para otros hombres?

—Eso parece señalar a un verdugo.

—Pero un verdugo culto, y no creo que exista ninguno.

—¿Un juez, entonces? Muchos son personas cultivadas.

—Sin duda. Pero, por lo que sé, no es gente dispuesta a mancharse las manos y, según el relato de la criadita, el asesino bañó sus manos en sangre. Apuesto a que no será fácil encontrarlo, y dado el actual estado de cosas, no seré yo quien os anime a seguir buscando.

—Sin embargo, he jurado vengar a *Madame* de Valaines y a sus hijos. Es cierto que mi única pista, de momento, es ese guardia llamado La Ferrière. No será muy difícil encontrarlo, y yo...

Inclinándose, Bassompierre colocó su mano sobre la del herido.

—No os lo aconsejo, e incluso, si queréis creerme, dejaréis de investigar en el futuro. A menos que vuestra intención sea la de agravar las desgracias de la casa de Vendôme... y probablemente poner en peligro a la niña que escapó de la carnicería.

—¿Yo? ¡Dios no lo quiera! Pero no veo en qué...

—Los dos asuntos están relacionados. El ataque al castillo tuvo lugar cuando el cardenal se había apoderado de los príncipes, porque, no os engañéis, fue él quien les hizo prender: para eso le bastó pronunciar la palabra «conspiración». ¡Estáis atado de pies y manos, amigo mío!

—¿No puedo hacer nada? —gimió Raguenel, a punto de romper a llorar.

—Sí. Esperar.

—¿Esperar qué? ¿La muerte del cardenal?

—Un día u otro ocurrirá. Su salud no es la mejor, muy al contrario, y desde que detenta el poder se afilan más cuchillos en Francia que en tiempos de la reina Catalina y de las guerras con los protestantes. La espera no será muy larga.

—La suerte lo protege. Y además, ¿le creéis capaz de haber ordenado una matanza dirigida contra una mujer y unos niños? Tendría que ser un monstruo...

—No le conozco lo bastante para juzgar. No me gusta y me he opuesto a él con todas mis fuerzas, pero aprecio mi cabeza y me gustaría disfrutar de ella durante algún tiempo más.

—Sois amigo del rey y mariscal de Francia. No se atrevería.

—¡Se ha atrevido a encerrar en una prisión a los hermanos del rey! Y también al príncipe de Chalais, que acusa a todo el mundo para hacerse perdonar. Dicen que ha confesado haber querido matar a Richelieu. Seguramente será el primero en ser juzgado y veremos cuál es su suerte. ¿Qué edad tiene la niña que se salvó?

—Aún no ha cumplido cuatro años.

—¡Pobrecilla! En cualquier caso, tiene derecho a vivir...

—He jurado por la memoria de su madre protegerla. Y la mejor manera de hacerlo sigue siendo eliminar a sus enemigos...

Bassompierre sacudió la cabeza con desánimo:

—Sois bretón, ¿no es cierto?

—En efecto, y me enorgullezco. ¿Por qué?

—¡Cabeza dura! Me estoy esforzando en explicaros que es necesario que os estéis quieto. Bien sea que Richelieu haya ordenado la matanza (lo que no quiera Dios, y que me resisto a creer), o bien que el hombre encargado de recuperar las cartas de esa reina estúpida haya aprovechado para ajustar sus propias cuentas, en uno u otro caso, detrás de esta horrible historia se adivina la presencia de la sotana púrpura. Y ahora, aceptad un consejo: para empezar, vais a terminar vuestra curación aquí. Por mi parte, voy a reunirme con el rey en Nantes, pero intentaré averiguar qué ha sido de la duquesa François e y en qué puedo servirla. De camino pasará por Vendôme y allí informaré de lo que os ha sucedido. También os enviaré a vuestro criado para que no estéis solo cuando volváis a emprender viaje. ¿Os parece bien?

—Mi gratitud es inmensa, señor mariscal. No sé si...

—Sobran las explicaciones. Contentaos con darme vuestra palabra de que seguiréis mi consejo y no intentaréis hacer nada que pueda redundar en daño para la casa de Vendôme. ¿Puedo contar con vos?

—No os defraudaré, señor mariscal —murmuró Ragueneau vencido—. Tenéis mi palabra: sabré esperar... tanto tiempo como sea preciso.

Bassompierre le dirigió una ancha sonrisa satisfecha y, a falta de poder palmearle la espalda, le dio unos leves golpecitos en la cabeza.

—¡Así me gusta! Por mi lado, como me muevo bastante tanto entre los círculos de los nobles como de la gente de pluma, tal vez consiga averiguar quién es el personaje que se atreve a tomarse por el Ángel Exterminador y coloca omegas en sus cuños. ¡Hasta la vista, muchacho!

Y después de recoger el sombrero emplumado de azul que había arrojado sobre un arcón al entrar, el mariscal efectuó una de esas salidas en tromba a las que era aficionado, obligando a su invitado a adoptar finalmente la prudente resolución de restablecerse cuanto antes a fin de poder volver a ocupar su puesto desde el momento en que Corentin apareciese con su figura de zorro astuto en aquel elegante dormitorio.

En Vendôme, mientras tanto, la pequeña Sylvie empezaba a olvidar lo que para ella se parecía más a una pesadilla que a una realidad. El ángel había aparecido para llevarla a un lugar magnífico lleno de hermosas damas y apuestos caballeros. Después se había enterado de algunas cosas muy agradables. Por ejemplo, que no tenía nada que temer respecto a la duración de la estancia del señor Ángel en la tierra: se llamaba François y era adorable con ella; la instalaba en su caballo para llevarla a pasear a lo largo del río sin preocuparse por los reproches de su hermano mayor, corría con ella por los

prados, le contaba historias y después, al desearle las buenas noches, le daba sonoros besos en las mejillas y le decía que olía a manzanas y hierba fresca, dos cosas que gustaban mucho tanto a él como a ella. Ella lo quería mucho, y cada día un poco más porque a su lado se sentía protegida.

Sylvie también quería mucho a Elisabeth, que jugaba con ella como si fuese una muñeca, dándose aires de mamá. Le enseñaba a comer sin mancharse, le probaba vestidos inventados por ella que una sirvienta cosía sin parar para adaptarlos a las dimensiones de su cuerpecito, y pasaba largos ratos, armada con un cepillo, intentando alisarle los bucles morenos, tupidos y rebeldes. En otros momentos, le enseñaba a leer en un libro con bonitas estampas de colores que fascinaban a la pequeña; y también, claro está, la llevaba dos veces al día a la capilla para rezar por todos los ausentes, en particular por dos personajes misteriosos que tenían nombres demasiado complicados para la memoria de Sylvie. Rezaban también por su mamá, de la que le decían que había marchado para un largo viaje. En la capilla sonaba una hermosa música, y eso compensaba un poco el largo rato que había de estar de rodillas sobre las losas del suelo, con las manos juntas. Por fin, una tarde soleada, Jeannette apareció en el castillo y Sylvie se llevó una gran alegría porque era la hija de la Tata, y porque jugaba muchas veces con ella cuando el servicio —bastante despreocupado, todo hay que decirlo— se lo permitía.

La recién llegada llevó casi al paroxismo la angustia de *Madame* de Bure, que oficiaba en cierta manera de ama de casa en ausencia de *Madame* de Vendôme. ¿Aprobaría ésta, cuya ausencia se estaba prolongando de forma inquietante, que se alojase de esa forma a los supervivientes de La Ferrière? Es verdad que su caridad era inagotable y que, después de todo, se trataba sólo de una pequeña criada para la que siempre se encontraría un empleo al servicio de Elisabeth.

Por su parte, François y su hermana se iban encariñando con su protegida. Su cháchara y sus reflexiones infantiles, el afecto que les mostraba, les distraían un poco de la ansiedad en que los sumía, cada día un poco más, la falta de noticias. Su madre no daba señales de vida y, para colmo, el caballero de Ragueneil parecía haberse evaporado en el éter. Todo lo que había podido decir su criado al traer a Jeannette fue que había partido en dirección a París sin precisar adónde iba, contentándose con indicar que después iría a Vendôme.

La inquietud común había acercado a los dos menores a su hermano mayor, del que sabían que en caso de desgracia se convertiría en jefe de la

familia. ¡Una pesada carga cuando sólo se tienen catorce años de edad! Louis no podía evitar estremecerse al pensar en la posibilidad de recibir sobre sus hombros una herencia tan pesada. Que por añadidura iba a ser necesario defender, pero ¿contra quién? Si se trataba del rey y de su temible ministro, la partida estaba perdida de antemano, se decía desesperado el adolescente, por más que la villa de Vendôme se alineara al lado de su duque. Lo que era de desear porque, si no, el joven Mercoeur no se imaginaba atrincherado en el inmenso castillo, que había mantenido su aire decididamente feudal a pesar de la vivienda apenas algo menos severa construida en el recinto por su abuela paterna Jeanne d'Albret, y de la decididamente más amable que había ordenado edificar el duque César, pero cuyas paredes se estaban empezando a alzar por entonces. Evidentemente era posible resistir allí mucho tiempo porque la previsión del duque César había abarrotado los almacenes de vituallas, armas y municiones, y los subterráneos daban acceso a una fuente abundante que corría en el nivel del valle. Pero si quería herir a su hermanastro con mayor seguridad aún que arrebatándole Bretaña, el rey no dejaría de atacar Vendôme, símbolo del título ducal y la más amada posesión de César. Amaba su ciudad, y sin embargo, ¡Dios sabía que no le había sido fácil hacerse reconocer por ella!

Incluso después de pasados treinta y siete años, Vendôme no olvidaba el trato que le había hecho sufrir, en noviembre de 1589, el heredero designado por el rey Enrique III, asesinado el 1 de agosto anterior. Enrique IV, todavía protestante por entonces, se había apoderado de la ciudad que le pertenecía por derecho de herencia pero en la que se había hecho fuerte el duque de Mayenne, partidario de la Liga. Y Vendôme había luchado junto al usurpador, grave delito que el rey había castigado entregándola al pillaje, sin excluir sus iglesias y conventos. El gobernador Maillé de Benhart fue decapitado, y el portero del convento de los Cordeliers, ahorcado, Dios sabe por qué.

Una vez pasada la resaca de la borrachera —la guerra es un terrible alcohol—, el Bearnés sintió remordimientos, tanto más vivos por cuanto los curtidores, que representaban la mayor riqueza de Vendôme, habían huido para encontrar refugio en Château-Renault y se negaban a regresar.

Creyendo arreglar las cosas, el rey donó el ducado a su hijo primogénito, César, que tenía entonces cuatro años de edad. Mientras se creyó al niño destinado a convertirse en rey de Francia, los habitantes de Vendôme no pusieron objeciones; pero al morir Gabrielle, y sobre todo cuando Enrique casó con María de Médicis, sopló un viento de revuelta. Hasta entonces villa real y residencia de numerosos hugonotes, a Vendôme no le gustó tener por

amo a un medio Borbón, o dicho de otro modo un bastardo, hasta que el matrimonio del joven duque con *Mademoiselle* de Mercoeur hizo virar el viento. La alta cuna de la nueva duquesa, su profunda piedad y su inagotable caridad, unidas al encanto de César y a su generosidad, atrajeron a muchos corazones. Se fundaron nuevos conventos y sobre todo una ejemplar casa de atención a los enfermos, instalada en el barrio de Chartrain, que fue a inaugurar *Monsieur* Vincent. En cuanto a los protestantes causantes de los primeros disturbios, fueron expulsados.

Sí, ahora había buenas relaciones entre el castillo y la villa pero, desconfiado por naturaleza, el joven Mercoeur no llegaba a convencerse de que en caso de un ataque real el pueblo se pondría de su lado. Probablemente quedaban aún algunos descontentos, que podían arrastrar a otros. Y cuando oía a *Monsieur* d'Estrades conversar con *Monsieur* de Preaulx, el nuevo gobernador, y con su lugarteniente, *Monsieur* d'Argy, Louis no podía evitar echarse a temblar: no reinaba precisamente el optimismo, entre los tres personajes.

Por su parte, François soñaba con hazañas bélicas. Rogaba cada día, con la inconsciencia de sus pocos años, tener la oportunidad de batirse por un padre al que adoraba y de mostrar el valor que sentía hervir en su interior. Un buen asedio, con su alboroto y su violencia, le parecía preferible con mucho a la calma de un verano sofocante vivido en el interior de una vieja fortaleza colgada del flanco abrupto de un cerro a cuyos pies corría mansamente el Loira y donde nunca pasaba nada.

Los tres jóvenes Vendôme tomaron por costumbre subir cada tarde a la torre de Poitiers, tan alta y sólida que le daban el nombre de torreón, por más que no lo fuera. Desde allí, contemplaban la puesta de sol en toda su gloria incandescente, pero sobre todo tenían la esperanza, una y otra vez decepcionada, de divisar una nube de polvo que revelara la llegada de una carroza o al menos de un jinete. Nadie venía. *Monsieur* d'Estrades, tan preocupado como sus pupilos, hacía sin embargo todo lo posible por confortarles explicándoles que era necesario cultivar la virtud de la paciencia y que era muy raro que se encerrase a alguien en prisión para sacarlo de allí al día siguiente, pero que podían depositar toda su confianza en que la señora duquesa removería cielo y tierra en favor de su esposo. Si ella no volvía, era sin duda porque aún no había conseguido ser oída por el rey.

Esas ascensiones vespertinas desolaban a Sylvie, que seguía a François como un cachorrillo siempre que le era posible. Y allí, no le era posible sin ayuda: los escalones del «torreón» eran demasiado altos y empinados para sus

piernecitas. Intentó escalar los dos o tres primeros, pero sólo consiguió magullarse las manos en aquellas piedras irregulares. La única solución era que la llevaran a cuestras, pero estaba muy alto y nadie se sentía con ánimos. Además Louis, ya en la primera ocasión, había hecho escuchar su voluntad:

—Allí arriba tenemos la oportunidad de estar solos los tres. No quiero que nadie venga a estorbarnos.

—¡Es muy pequeña! —intercedió Elisabeth.

—Precisamente por eso no tiene nada que hacer allí. Y además, François, deberías dejar de llevarla detrás de ti a todas partes. Muy pronto llegará el momento de que ingreses en la Orden de Malta y participes en sus peregrinaciones. No pensarás llevarla, supongo.

El interpelado se echó a reír.

—¡Claro que no! Pero sí me gustaría llevarla a Belle-Isle como hicimos el año pasado, para pasar las vacaciones con el duque de Retz. Es muy buena compañera: no tiene miedo de nada.

—Es verdad —dijo Elisabeth—, pero este año no tenemos vacaciones, y todo lo que podemos hacer es rogar al cielo que vuelvan los tiempos felices. Por esta vez, François, Louis tiene razón: hemos de acostumbrar a Sylvie a separarse de nosotros de vez en cuando.

A pesar de sus lágrimas y chillidos, la pequeña tuvo que quedarse al pie de la torre mientras su ángel subía como si ascendiese al cielo. Cuando volvió a bajar ella seguía allí, tendida sobre un escalón, llorando en silencio. Él se sentó a su lado, la incorporó y la sentó sobre sus rodillas para secarle con su pañuelo la carita sucia de polvo y lágrimas.

—Cuando seas mayor —le dijo— también subirás arriba, pero de momento es imposible.

Ella le tendió sus bracitos.

—¡Llevar! —dijo únicamente, pero François puso su cara más seria.

—No. Una dama debe aprender a esperar. Nuestro padre está preso en una gran torre y nuestra madre no puede estar a su lado, pero no por eso se echa al pie de la escalera a llorar y chillar.

Sylvie se llevó a la boca un dedo sucio, bajó la cabeza y dijo tan sólo:

—¡Ah!

Desde entonces, tarde tras tarde, se quedó sentada sin protestar en el primer escalón, pero poco a poco la torre se convirtió en su enemiga y, para su pequeño cerebro, en un símbolo: le parecía que ella iba a permanecer siempre abajo, en la sombra, mientras él ascendía hacia la luz. Le parecía que, incluso cuando fuera lo bastante grande para subir todos aquellos escalones,

nunca iba a poder acompañar al que tanto amaba: él iría más lejos, más arriba, siempre más arriba hasta quedar fuera de su alcance. Por eso, mientras tanto y para aprovechar lo más posible su compañía, se contentaba con trotar incansablemente detrás de sus pasos, con *Madame Jolie* bien apretada contra su pecho. Y François no tenía valor para ahuyentar a la niña que todo el mundo en el castillo conocía como «la gatita».

Como las cosas nunca ocurren como las imaginamos, los dos hermanos estaban bañándose en el río con su preceptor una tarde de agosto cuando vieron de repente que una gran carroza polvorienta, rodeada de jinetes, cruzaba el puente que llevaba a la rampa de acceso al castillo.

Salir del agua, secarse, vestirse y montar en los caballos para volver apenas les exigió unos minutos. Sin embargo, cuando llegaron al patio, el lacayo del caballero de Ragueneau, estaba ya haciendo sus preparativos de marcha. Colorado de júbilo, les gritó:

—Mi amo está en París, en casa del mariscal de Bassompierre, que acaba de darme la noticia. Está herido pero se recupera y voy a reunirme con él...

Aquel atardecer, un soplo de esperanza vino a aliviar a los jóvenes habitantes del castillo. La firme determinación de Bassompierre, su optimismo —que tal vez forzó un poco en beneficio de sus jóvenes anfitriones— eran contagiosos. Prometió hacer lo imposible para abogar por su padre y les tranquilizó, con firme convicción, sobre la suerte de su madre.

—Por graves que sean los cargos que pesan sobre los señores de Vendôme, la señora duquesa no puede ser implicada en ellos. La mujer debe seguir a su esposo allá donde éste vaya, y el rey ha heredado de su padre el respeto por las damas... aunque las ama menos que aquél. Y lo que es más, hay que pensárselo dos veces antes de enemistarse con la casa de Lorena. Creedme, hijos míos —concluyó después de vaciar con evidente agrado una gran copa de vino de Vouvray muy fresco—, volveréis a ver a vuestra madre antes de que pase mucho tiempo.

—¿Y a nuestro padre? —preguntó François.

Los anchos hombros del mariscal alzaron el gran cuello de encaje de Venecia dispuesto sobre el jubón de hilo de Flandes bordado en plata, al tiempo que su amable rostro se ensombrecía levemente.

—Hay que rezar a Dios para que no sufra una prisión muy larga, porque, en lo que respecta a su vida, me niego a creer que pueda estar en peligro: el rey no cargaría su alma con un pecado mortal sólo por ofrecer su cabeza al cardenal.

—El cardenal es un clérigo —exclamó Louis con rabia—. Puede absolver un pecado mortal. ¡Incluso del rey!

El mariscal partió a la mañana siguiente, aprovechando el fresco matutino, y aquella misma tarde Louis, Elisabeth y François volvieron a subir a la torre de Poitiers. Finalmente llegó el día en que quedó recompensada su espera. Vieron llegar a dos jinetes poco antes del crepúsculo, unos días después de la festividad de San Luis, que se celebró en la abadía de la Trinité con una hermosa misa cantada en presencia de toda la villa. Al reconocer al señor de Ragueneil, sintieron verdadera alegría.

El caballero se sintió conmovido al recibir sus muestras de afecto, y todavía más cuando una pequeña figura de tafetán rosa y rizos oscuros desordenados se lanzó contra sus piernas llamándole «buen amigo». El hecho de que la niña conservara el recuerdo del nombre que le daba su madre, pudo con su flema habitual. Alzándola del suelo, la estrechó contra sí y enjugó unas lágrimas furtivas en aquella mejilla satinada...

Ragueneil habría querido continuar al día siguiente su camino en dirección a Nantes para reunirse con *Madame* de Vendôme, pero se vio enfrentado a una verdadera coalición formada por los niños, su preceptor, el gobernador del castillo y *Madame* de Bure: estaba todavía demasiado fatigado para seguir galopando en medio del calor y el polvo en busca de una dama que posiblemente había emprendido ya el camino de vuelta.

—Como no sabemos por qué ruta regresará, corréis el peligro de no encontrarla, caballero —dijo *Madame* de Bure—. Lo mejor, dadas las circunstancias, es esperarla aquí con nosotros.

Era un consejo prudente, y Perceval se dejó convencer, feliz en el fondo por prolongar algún tiempo el descanso después de una cabalgata que le había resultado más dura de lo que pensaba. Y también estaba Sylvie, que parecía dispuesta a pegarse a él como si adivinara que era el último lazo que la unía a su mundo desaparecido. Louis de Mercoeur advirtió con satisfacción que se apartaba un poco de François para pasear con su «buen amigo», que sostenía su manita.

Y después, llegó por fin el feliz día en que apareció la carroza del obispo de Nantes —que ya no lo era—, llevando a éste, a *Madame* de Vendôme y a *Mademoiselle* de Lichecourt; la primera visiblemente fuera de sí, y la segunda tan imperturbable y, por desgracia, tan fea como siempre.

Las primeras palabras de la duquesa después de bajar y librarse de los guardapolvos y cofias destinados a proteger sus vestidos de las salpicaduras de barro —llovía continuamente desde hacía dos días—, antes incluso de

abrazar a sus hijos, fueron para ordenar que se hiciera el equipaje y se preparasen todos para volver a París.

—¿París en este momento? —protestó Louis—. ¡Hace más calor que en cualquier otra parte, y la ciudad apesta!

—No sabía que fuerais tan delicado, Louis. Pues bien, os quedaréis en Anet con vuestra hermana y vuestro hermano, pero yo me voy a dónde se encuentra vuestro padre.

Y entró a toda prisa en la casa en busca de un baño y de ropa limpia, sin decir nada más. Fue Philippe de Cospéan quien informó a los niños. Parecía más calmado que la duquesa, pero muy pronto se hizo evidente que esa calma ocultaba graves preocupaciones.

—Los príncipes ya no están en Amboise —explicó—. Los llevan por el río al torreón de Vincennes. No —dijo con un gesto que cortó la palabra a François—, no se te ocurra hablar ahora de escapar, hijo mío. Es imposible. La embarcación que les transporta está protegida, en el interior y desde las orillas del Loira, por los mosqueteros del señor de Tréville, su teniente. En caso de ataque al barco, tienen orden de hacerlo estallar.

—¿Ha podido hablar con el rey nuestra madre? —preguntó Louis.

—Sí. Él le ha hablado con mucha bondad y le ha dado toda clase de seguridades para vosotros y para ella misma. Ningún peligro os amenaza, ni a vuestras personas ni al ducado. ¡Y menos aún a las posesiones de la duquesa!

—¿Y a nuestro padre? —preguntó François, que apenas podía contenerse—. ¿También le ha dado seguridades?

El obispo desvió la mirada:

—Ninguna. El duque y el Gran Prior serán juzgados por el Parlamento.

—¿Y los demás? —preguntó Ragueneil—. Nuestros señores no eran los únicos acusados de conspiración: estaban *Monsieur*, por más que le haya parecido conveniente traicionar a todo el mundo, *Madame* de Chevreuse, el príncipe de Chalais, del que hemos sabido que estaba detenido...

El rostro austero de Philippe de Cospéan expresó en ese momento un horror extremo, y se estremeció. Después de persignarse, murmuró:

—En cuanto a éste, hay que rogar a Dios que se apiade de él, porque ha sufrido un verdadero martirio. El 18 de este mes fue decapitado en la plaza de Bouffay, en Nantes, a pesar de las súplicas de su madre. ¡Si puede llamarse decapitación a la carnicería que vimos con nuestros propios ojos!

Y contó a los jóvenes horrorizados que, con la esperanza de retrasar al menos la ejecución, los amigos del joven príncipe —sólo tenía dieciocho años— habían secuestrado al verdugo, pero la despiadada justicia del cardenal

había encontrado el remedio: se prometió el perdón a un miserable condenado a la horca si se encargaba de la ejecución. Como nunca había manejado la pesada espada del verdugo, el aprendiz, aterrorizado, utilizó una doladera o hacha de tonelero para separar la cabeza del cuerpo, para lo cual hubo de descargar hasta treinta y seis golpes. El condenado gimió hasta el golpe vigésimo...

Un silencio de muerte acogió aquel espantoso relato. *Madame* de Bure se llevó precipitadamente a Elisabeth, que estaba a punto de desmayarse. Luego François preguntó con un hilo de voz:

—¿Y los demás?

—*Madame* de Chevreuse está desterrada en su castillo de Dampierre, bajo la custodia de su esposo. En cuanto a los conjurados, aquéllos cuyo nombre no ha sido revelado no se atreven a rechistar, y los demás se han dado a la fuga hace mucho tiempo. *Monsieur* se ha casado con *Mademoiselle* de Montpensier *en petit comité* y ha recibido en premio el título de duque de Orleans. Y para terminar, el rey ha dictado un decreto que estipula que quienquiera que atente contra la vida de Su Eminencia será perseguido por crimen de lesa majestad.

—¿Y despedazado por cuatro caballos como Salcède o Ravailac? — exclamó indignado *Monsieur* d'Estrades—. ¡Verdaderamente Richelieu es hoy más rey que el rey!

La cena fue triste. Todos seguían sobrecogidos por la terrible historia, cuyo protagonista tomaba en su imaginación los rasgos de César y de Alexandre. El príncipe de Chalais era un gran señor, y su fin tenía que horrorizar a los Vendôme. Más aún por cuanto, en aquella delirante conspiración, era culpable sobre todo de haber amado hasta la locura a una mujer bonita de la que únicamente había sido instrumento. Sin embargo *Madame* de Chevreuse, a pesar de que el rey la odiaba, escapaba únicamente con una orden de destierro en las tierras de su marido y bajo la guarda de éste. Teniendo en cuenta que siempre lo había manejado a su antojo, no era difícil adivinar que las cadenas que la sujetaban no iban a resultar demasiado pesadas...

—El rey ha querido dar un castigo ejemplar —concluyó Philippe de Cospéan—. Sólo nos queda confiar en que sea el único.

A pesar de su fatiga, aquella misma noche *Madame* de Vendôme mantuvo una conversación privada con su escudero, y escuchó con atención el relato del drama de La Ferrière y lo que había ocurrido después.

—Habéis corrido peligros muy grandes, amigo mío —le dijo ella, al terminar—. Os lo agradezco, pero supongo que postrado en el lecho habéis tenido tiempo de reflexionar sobre esta triste historia. Me cuesta creer que hayan podido querer la muerte de una familia tan honorable. En lo que respecta al verdugo de *Madame* de Valaines, es patente el móvil de la venganza, pero ¿por qué matar a los niños?

—Para que no haya herederos, señora. Supongo que alguien codiciaba el castillo y sus posesiones. Tal vez ese La Ferrière, que fue uno de los asesinos y que, curiosamente, tiene el mismo nombre.

—Pero hay una heredera, puesto que mi hijo salvó a la pequeña Sylvie y vos os hicisteis con los documentos del castillo. Y si esas personas no encontraron las famosas cartas...

—Eso no lo sabemos, señora duquesa. En cambio, lo que sí es seguro es que la pequeña Sylvie correría un grave peligro si alguno de los asesinos llegara a saber que sigue viva. Es necesario ocultarla.

La duquesa alzó una ceja inquisitiva.

—¿En qué estáis pensando, en un convento? Dios sabe que venero a las santas vírgenes que viven en ellos, pero nunca se sabe quién se esconde bajo un hábito monacal, ni, sobre todo, quién es pariente de quién. Puede resultar muy peligroso.

—Inscribidla con un nombre falso.

—No me gusta la idea, aunque es cierto que el convento parece el lugar más indicado para ella. Está lejos de ser tan bonita como su madre. Con todo, es encantadora, cariñosa... ¡y tan pequeña! Tendré que pensar con más calma en este asunto. Pero, volviendo a las cartas que buscaban esas personas, ¿no es posible que estuvieran en posesión del barón de Valaines y que su mujer lo ignorara?

—¿Pensáis que también él habría podido ir a registrar el aposento de la Galigai después del paso de su prometida? Chiara era joven y sin duda le asustaron un poco todos los instrumentos de brujería que abarrotaban las habitaciones de Leonora. Valaines, mucho más sereno y reflexivo, pudo encontrarlas y, sabedor de su importancia, limitarse a guardarlas sin decir nada. ¿Qué pensáis?

—Que le habrían proporcionado un buen seguro contra la volubilidad y la ingratitud de la reina María. Después, únicamente tenía que apresurar la boda.

—Todo eso es posible, en efecto... A propósito, ¿puedo preguntaros si nos detendremos en Anet de regreso a París?

—Sí. ¿Por qué?

—Con vuestro permiso, señora duquesa, me gustaría volver a La Ferrière y hacer una nueva visita a la librería.

—Obrad como mejor os parezca.

Al salir de Vendôme, el día siguiente por la mañana, nadie entendía por qué era tan difícil conseguir que Sylvie se estuviese quieta. La niña, con la mitad del cuerpo asomado por las ventanillas del carruaje^[12], se esforzaba por ver el mayor tiempo posible la torre de Poitiers, su enemiga, una enemiga a la que esperaba vencer algún día. Solamente cuando la torre hubo desaparecido detrás de una loma, se dejó caer sobre los almohadones con un suspiro de satisfacción. Elisabeth le pidió una explicación, pero ella se limitó a sonreírle, cerró los ojos y, acurrucada como un gatito, se durmió con toda la naturalidad del mundo.

Al llegar a Anet, Perceval de Ragueneil apenas se concedió un poco de tiempo para refrescarse; buscó las llaves de La Ferrière, eligió un caballo fresco, silbó a Corentin de la forma que habían convenido entre ellos hacía ya mucho tiempo —un silbido largo, uno corto, uno largo— y se encaminó al pequeño castillo. Era media tarde, y pensaba que dispondría de tiempo suficiente para registrar la librería, incluso aunque tuviese que pasar la noche en ella.

Esperaban profanar el silencio y la soledad que siguen a las grandes tragedias, pero encontraron abiertas las puertas de La Ferrière y el lugar lleno de actividad: estaban haciendo limpieza, arrancando las hierbas del patio y aireando los colchones, algunos de los cuales asomaban por las ventanas.

Dado que las llaves estaban en su posesión, Ragueneil se dirigía ya a pedir explicaciones a dos hombres vestidos de uniforme gris, con el jubón abierto sobre la camisa, y que paseaban sin prisa charlando entre ellos, cuando Corentin le retuvo asiendo la brida del caballo con mano firme: un tercero acababa de aparecer procedente del jardín. No era otro que el guardia del cardenal que había ido al albergue de Limours a pagar a los hermanos Mascahierro.

—Algo me dice que vais a cometer una imprudencia —susurró el criado.

—Pero tengo que enterarme de lo que ocurre —gruñó Perceval, que había palidecido.

—Intentaremos informarnos, pero sin alboroto. Es preferible no llamar la atención.

Así pues, dieron la vuelta y guiaron sus caballos hacia la aldea, pero no habían dado más de cinco pasos en esa dirección cuando vieron al viejo que les había informado la vez anterior, detrás del mismo árbol. Debía de tener

buena memoria porque no intentó escapar sino que, al contrario, se acercó a su encuentro.

—¿Todavía estás aquí? —dijo Ragueneil—. ¿Es que te has venido a vivir?

—No, pero es un buen sitio para ver cosas...

—En ese caso quizá puedas informarme. ¿Quiénes son esas personas del castillo?

—El nuevo dueño y unos amigos suyos...

—¿Cómo el nuevo dueño? ¿Quién le ha permitido entrar?

—Nuestro sire, el rey, al parecer. Es el señor de La Ferrière y dice que el lugar perteneció en otro tiempo a sus antepasados. Así pues, como ahora no queda nadie, el rey se lo ha dado. Parece que es primo de los infelices que murieron aquí... y además, según dice, ha prestado un gran servicio a monseñor el cardenal. Y como monseñor el cardenal y el rey son uno y lo mismo...

Perceval no preguntó más. Había comprendido:

—¡Vamos, Corentin! Nos volvemos. ¡Muchas gracias, amigo! —añadió, y lanzó al anciano una moneda de plata.

—Pero bueno, ¿qué significa todo esto? —preguntó Corentin cuando estuvieron de nuevo en el bosque.

—Muy sencillo. Significa que la matanza no fue inútil, que han encontrado las cartas y que el cardenal no es un ingrato.

Eso fue lo que repitió a *Madame* de Vendôme a su regreso a Anet. La duquesa torció el gesto y dijo:

—¿De modo que Richelieu coloca a uno de sus hombres a nuestra puerta? No me gusta nada. Podría significar que pretende irse apoderando poco a poco de todo el principado.

—Habremos de andarnos con cuidado, pero lo que más me inquieta es Sylvie. ¿Qué le ocurrirá si ese La Ferrière se entera de que existe todavía una Valaines?

—Ya lo he pensado. Lo mejor es cambiarle el nombre. Tenemos en el Vendômois tres feudos sin titular, y estoy segura de que mi esposo no verá inconveniente, cuando le permitan regresar junto a nosotros, en donarle uno. Hablaré con nuestro canciller, y él se encargará de las escrituras necesarias.

—¿Y qué nombre llevará Sylvie?

—Podemos escogerlo juntos, ya que existen tres posibilidades. En primer lugar está Cornevache...

—¡Oh, señora duquesa! ¡No pensaréis llamarla así!

—No, por cierto —contestó *Madame* de Vendôme con una sonrisa—. También tenemos Puits-Fondu, y finalmente L’Isle, que se encuentra en Saint-Firmin.

—Creo que prefiero el tercero.

—Yo también.

Fue así como la niña de los pies descalzos, huérfana y despojada de todo por la barbarie de los hombres, se encontró con un castillo, tierras y un nuevo nombre que le fue enseñado pacientemente, día tras día. Y con el nombre de *Mademoiselle* de l’Isle se educó junto a Elisabeth en las mansiones de los Vendôme. El tiempo borró los recuerdos de su primera infancia, o por lo menos consiguió enterrarlos en las profundidades más recónditas de su memoria.

El duque fue devuelto a su familia cuatro años más tarde, el 29 de diciembre de 1630. El mes de marzo siguiente marchó de Francia con sus dos hijos para servir a Holanda. Le fue devuelto el título de gobernador de Bretaña, pero desprovisto de la función correspondiente. Debió esa súbita generosidad por parte del poder a la tragicomedia representada el 10 de noviembre anterior, que había de pasar a la historia con el nombre de jornada de los Dupes (inocentes, embaucados). Ese día María de Médicis, presa de un furor homérico, echó a Richelieu de su casa en presencia del rey y exigió que fuera devuelto a su obispado de Luçon. Sin embargo, no sólo el cardenal no fue destituido, sino que, al salir al día siguiente del pabellón de caza de Versalles, después de mantener allí una conversación secreta con el rey, su poder era mayor que nunca y estaba en condiciones de llevar a cabo una sonada venganza contra sus enemigos.

Quienes habían apoyado a la reina madre en la jornada de los Dupes fueron detenidos, incluidos el canciller de Marillac y su hermano el mariscal, que entregó su cabeza al verdugo. También recibió su castigo el amable Bassompierre, que no había cometido otro delito que recibir de María de Médicis una carta comprometedora. Pero era un sabio: encerrado en la Bastilla, aunque con ciertas consideraciones a su rango, se dedicó allí a escribir sus memorias. La reina madre fue desterrada a Compiègne, de donde, temiendo por su vida, huyó a Holanda. Todos aquellos acontecimientos dieron mucho que pensar a Perceval de Ragueneil. Desde ese momento fue evidente para él que al menos uno de los asesinos —el jefe, sin duda— había acabado por encontrar lo que buscaba, y las famosas cartas, en manos del cardenal, habían sido un arma poderosa en el momento de su enfrentamiento

con la reina madre. ¿Las había entregado al rey? Era un secreto que tal vez encontraría respuesta cuando éste permitiera a su madre regresar a la corte^[13].

El Gran Prior Alexandre no tuvo tanta suerte como su hermano. Después de dos años de prisión, murió en el torreón de Vincennes, el 8 de febrero de 1629, de una enfermedad de la que algunos pensaron que había intervenido el veneno. Tal vez porque estaba alojado en la misma habitación en que había muerto el mariscal d'Ornano, una estancia de la que *Madame* de Rambouillet decía que valía «su peso en arsénico»... *Madame* de Vendôme cuidó de que el cuerpo de su cuñado fuera inhumado en la iglesia colegial de Saint-Georges, vecina al castillo de Vendôme, con todos los honores debidos a su rango.

Así se extendió al paso de los años el poder del cardenal de Richelieu, apoyado por un rey consciente de su valía. La pesada mano del ministro se abatía sin piedad sobre los nobles más grandes, cuyas rebeliones y conspiraciones arrastraban en ocasiones a provincias enteras, cuando no pactaban con el enemigo. Dos Montmorency murieron en el cadalso: el primero, espadachín impenitente, por haber infringido la severa ley que prohibía el duelo (se había batido en plena Place Royale, a mediodía y delante del lugar en que estaba expuesto el edicto), y el segundo, el duque Henri, a causa de una de las eternas conspiraciones a que se dedicaba Gaston d'Orléans, siempre cobarde y siempre impune. Pero la construcción de Francia proseguía. Los protestantes fueron vencidos en La Rochelle, y el duque de Buckingham, aquel loco enamorado de Ana de Austria, fue asesinado por Felton, un hugonote fanático, y ya no podía molestar a nadie. Subsistía España, la enemiga encarnizada a pesar de los lazos familiares, al acecho tanto en las fronteras del norte como en las del sur; la España a la que la reina de Francia favorecía en secreto...

Mientras tanto, François se convertía en hombre, en un guerrero tal como deseaban los suyos. Desde hacía mucho tiempo había olvidado a la pequeña Louise Séguier, muerta de viruela en el castillo de Sorel. Otros rostros habían venido a reemplazar el de su primer amor. Bravo hasta la locura y seductor también hasta la locura, acumulaba hechos de armas y conquistas femeninas, pero también heridas, para gran disgusto de la niñita de los pies descalzos. Sylvie, en efecto, también crecía, y el amor que había volcado en él desde la primera vez que lo vio, crecía con ella...

segunda parte

LA TEMPESTAD

1637



IV

EL CAMINO DEL LOUVRE

Desde los primeros días del año, París tiritaba bajo un frío polar. El Sena acarreaba bloques de hielo tan enormes que habían mandado a pique varias barcazas cargadas de trigo y mercancías perecederas. Largos carámbanos colgaban de los techos de las casas, tan peligrosos como espadas cuando caían de lo alto. El barro erizaba las juntas irregulares de los viejos adoquines con agujas de hielo dolorosas para los pies y peligrosas para los huesos, de modo que los paseantes caminaban como pisando huevos, inclinados y cabizbajos para resguardarse del frío. Sólo los chiquillos se atrevían a patinar temerariamente en el arroyo de las calles.

Los caballos de *Madame* de Vendôme, calzados con herrajes para el hielo, ignoraban las dificultades de la estación y avanzaban a paso firme. Acababan de pasar la puerta de Saint-Honoré y seguían, al ritmo prudente exigido por el tiempo, la larga calle del mismo nombre que, prolongada por la Rue de la Ferronnerie, la Rue des Lombards y la Rue Saint-Antoine, atravesaba París de oeste a este hasta desembocar delante de la Bastilla. En el interior de la carroza, calentado por unos pequeños braseros, iban solas la duquesa y Sylvie, como en tantas otras ocasiones, salvo que hoy no acudían a visitas de caridad, ni a saludar a *Monsieur* Vincent en Saint-Lazare ni a esta o aquella iglesia: en breves momentos *Mademoiselle* de l'Isle iba a ser admitida entre las doncellas de honor de la reina Ana de Austria, un gran honor al que ella no encontraba demasiada explicación. No estaba segura de sentirse realmente satisfecha. Aquello quería decir que ese día cambiaría el *hôtel* de Vendôme, magnífico y casi nuevo, por las oscuras torres del viejo Louvre; y en los días cálidos del verano, los encantadores castillos de Anet o de Chenonceau por el palacio de Saint-Germain o por Fontainebleau, que aún no conocía. Un cambio de existencia completo.

—La reina es buena —le había asegurado Elisabeth mientras la ayudaba a hacer su equipaje—. Te tratará bien, sobre todo porque ha sido ella, como sabes, la que te ha reclamado desde que en nuestra casa te oyó cantar acompañada a la guitarra. Y también le gusta que hables español. Es un gran favor, y no te sentirás abandonada allí, mi madre y yo iremos con frecuencia. Y como sabes, mis hermanos son visitantes asiduos...

Ésa era la gran ventaja, que tal vez vería con más frecuencia a François. En los últimos años él apenas paraba en casa, excepto cuando tenía que reponerse de alguna herida ante la cual el corazón de Sylvie se sentía desfallecer. Pero estaba contenta de tenerlo allí. En efecto, después de la prisión de su padre, vinieron los dos años pasados en los Países Bajos para aprender el oficio de las armas; ¡dos años de tristeza mortal! Y luego la guerra, la primera gesta heroica ante Casale, en el Piamonte, donde el joven Vendôme se había destacado al cargar a caballo y espada en mano, vestido solamente con las calzas, las botas y una camisa blanca sin abrochar, el largo cabello rubio ondeando al viento. Después, sus hazañas se habían hecho incontables, lo mismo, ay, que sus amantes, porque gustaba a las mujeres mucho más de lo que hubiera deseado la niña a la que dedicaba cada vez menos atención...

—Parece un príncipe vikingo —decía entre risas *Monsieur* de Ragueneau—. ¡Tiene su estatura y la misma divertida incultura! ¡Pero qué espléndido muchacho!

Ciertamente era guapo aquel François a quien su padre había dado cuatro años antes, al regreso de su campaña italiana, el título de duque de Beaufort, que había llevado antes su abuela, la bella Gabrielle. Con más de seis pies de altura, espaldas de luchador, un cuerpo que habría podido servir de modelo a una estatua griega recubierto por una piel curtida por el sol y la intemperie hasta el punto de no mostrar palidez sino cuando su propietario se veía forzado a pasar una temporada de convalecencia en el lecho o la hamaca, y un rostro risueño en el que destacaba como un trofeo la nariz de los Borbones, iluminado por dos ojos de un azul translúcido, de ese matiz peculiar que puede verse en los glaciares de alta montaña, y por unos dientes de predador, tan blancos que hacían estremecer. El resultado era que la mayoría de las mujeres enloquecía por él, y se susurraba que incluso la reina lo miraba con buenos ojos. Sin contar las numerosas novias que se le adjudicaban. Por supuesto, no se había vuelto a hablar de la peregrinación a Malta, cosa que no hubiera desagradado a su pequeña enamorada: al menos, entre monjes soldados y marinos, no cabría hablar de matrimonio.

Porque eso era lo que más temía. Que François —ahora le llamaba monseñor— se casase y ella, perteneciente a una nobleza demasiado modesta para pretender ser digna de él, lo perdiera para siempre. Ya era demasiado hermoso que *Madame* de Vendôme y su hija le hubiesen tomado tanto afecto como para renunciar a enviarla a educarse en un convento. Aquello se debía sobre todo al soberbio desprecio que en general sentían los Vendôme por el estudio. Tenían como principio que un hombre de mundo siempre sabía todo cuanto necesitaba saber. El latín, las armas, las Santas Escrituras, el arte de comportarse en la corte, que incluía la música, la danza y por supuesto la equitación, era todo lo que bastaba. Se había juzgado inútil atiborrar el cerebro de los jóvenes Vendôme con historia, geografía, matemáticas, filosofía y otras fantasías. Y si *Mademoiselle* de l'Isle aprendió más que sus compañeros, lo debió a la persona que se había convertido en su padrino y tutor. Perceval de Ragueuel, que por su parte poseía una cultura extensa, le enseñó el español y el italiano, y al descubrir en ella una bonita voz, dulce y pura como el cristal, la inició en el arte del canto, del laúd y la guitarra. Y como además compartía los mismos maestros que Elisabeth, era a los quince años una damita perfecta, que bailaba con gracia y sabía coser, bordar y administrar una casa que jamás podría aspirar a que fuese principesca. Además, era encantadora. No muy alta pero de una figura exquisita, más graciosa que bella, y también de una viveza agradable. Su rostro en forma de corazón seguía siendo infantil, como la naricilla siempre a punto de arrugarse para reír, las graciosas pecas, las mejillas redondeadas, los dientes blancos que mostraba con frecuencia su risa maliciosa. Su mayor belleza eran unos ojos de color avellana claro, y el cabello castaño con reflejos de un rubio casi blanco. Peinado a la última moda, formaba a cada lado del rostro un espeso racimo de bucles brillantes sujeto por una cinta de seda, y el resto se alzaba en un moño por encima de la nuca. Ese día, las cintas eran de raso blanco, a tono con la elegancia del resto del atuendo.

Jeannette, que se había convertido en su camarera y por ello iba a acompañarla en sus nuevas funciones, la había enfundado en un vestido de terciopelo verde oscuro con un gran cuello y puños altos de encaje de Venecia de una blancura deslumbrante, bajo el cual Sylvie llevaba unos botines forrados. Guantes, una cadena de oro y un amplio manto con capuchón doblado y ribeteado de piel de marta completaban el atuendo, porque si bien *Madame* de Vendôme, al contrario que su esposo, era más bien parca en sus gastos, había querido que su protegida no desentonara en una corte célebre por su elegancia. Además la había provisto de un ajuar lo bastante completo

para no desentonar en ninguna circunstancia, incluida la caza. Le había regalado también un ejemplar de la *Vida de los santos* y uno de esos gruesos misales que habían aparecido a principios del siglo y que toda buena cristiana había de poseer. A condición, obviamente, de que supiera leer.

Por el momento, sentada en la carroza frente a la duquesa, que murmuraba sus oraciones, Sylvie veía desfilar las casas grises, el cielo gris, las gentes grises, y el corazón aceleraba sus latidos mientras se preguntaba qué la esperaba al final del camino.

Súbitamente el pesado vehículo se detuvo, y el cochero asomó por la portezuela, sombrero en mano:

—¿Por dónde pasamos, señora duquesa? La Rue d'Autriche está obstruida por una carreta de coles volcada.

—Ya veo —dijo ésta, ya que el rezo del rosario no le impedía interesarse por lo que pasaba en el exterior—. Ve por la Croix-du-Trahoir, y asunto concluido. No nos retrasará demasiado.

—Es que veo a mucha gente. Quizá nos cueste pasar por ahí...

—Será alguna ejecución. Bien, mientras esperamos rezaremos por el alma del infeliz que nos deja con este tiempo horrible.

En efecto, se trataba de una ejecución. Eran bastante frecuentes en aquella pequeña plaza formada por el cruce de varias calles. Allí se despachaba la morralla indigna de los fastos de la Place de la Grève. Y ese día, como enseguida pudieron ver las ocupantes de la carroza, se preparaban para aplicar la rueda a un malandrín. A pesar del frío, se había reunido una multitud alrededor del cadalso bajo el que estaba instalada una gran rueda a la que el verdugo sujetaría al condenado para romperle los miembros y el tórax, y dejarle después agonizar el tiempo que Dios quisiera... Pero el cochero se había visto obligado a renunciar a la idea de avanzar entre la muchedumbre: el verdugo ocupaba ya su lugar, y una carreta flanqueada por arqueros del prebostazgo traía al desdichado.

Desde el lugar en que el cochero había detenido el carruaje, casi en la esquina de la Rue des Poulies, las pasajeras pudieron ver bastante de cerca el macabro cortejo. El hombre, al que asistía un monje casi congelado, era joven, vigoroso, vestido únicamente con una camisa, y no parecía tener miedo. Miraba aproximarse el cadalso con impasibilidad, y si en ocasiones un temblor sacudía su cuerpo, era debido únicamente al frío. Sobre todo, ni siquiera intentaba volverse para mirar al niño que corría detrás de la carreta gritando y llorando. Era un chiquillo de unos diez años, pobrementemente vestido y

que parecía llegado al último extremo de la desesperación. Una mujer entre la muchedumbre exclamó:

—¡Pobre rapaz! No es culpa suya si su padre es un ladrón. No debe de tener a nadie en el mundo...

Pero el niño acababa de ver a un personaje vestido de negro, montado en un grueso caballo, que vigilaba la ejecución. Se precipitó hacia él, a riesgo de ser pisoteado por la multitud:

—¡Gracia, señor! —imploró—. ¡Perdonadle! Es mi padre y no tengo a nadie más que a él... ¡Por todos los dolores de Nuestro Señor, tened piedad!

—Un ladrón es un ladrón. Debe sufrir el castigo que merece.

—Pero no ha matado a nadie... ¡Encerradlo en prisión, pero no lo matéis!

—¡Basta! ¡Vete! Espantas a mi caballo.

Pero el chicuelo no cejó. El condenado estaba ya en el cadalso, mirando a la muchedumbre. Se le oyó gritar:

—¡Pierdes el tiempo, Pierrot! Es como intentar que se apiaden los muros del Châtelet. ¡Vete, hijo! ¡No es un espectáculo para ti!

Pero el pequeño seguía insistiendo, aferrado al estribo del hombre de negro. Entonces éste alzó su fusta y lo golpeó por dos veces, con tanta fuerza que lo hizo rodar por el barro. No contento con eso, hizo girar su caballo con la intención evidente de pisotear el cuerpo tendido. Fue más de lo que Sylvie podía soportar. Abrir la portezuela, saltar al suelo y colocarse delante del infeliz chico no le costó más que un santiamén.

—¡Retroceded! —gritó—. No es más que un niño y queréis matarlo. ¿Qué clase de monstruo sois?

Sin preocuparse de los estragos que causaba a su atuendo, Sylvie se agachó para ayudar a levantarse al chicuelo, mientras fulminaba al hombre con una mirada indignada. El rostro que vio bajo el sombrero adornado con plumas negras le pareció apropiado al personaje: ancho y grueso, con una gran nariz, bigote y barbita grises y algo ralos. Los ojos infundían temor: inmóviles, de un gris amarillento, tan fríos como los de una serpiente y subrayados por grandes bolsas, no parpadeaban, como si estuvieran esculpidos en piedra.

—¡Sal de ahí, muchacha! —rugió—, si no quieres recibir el mismo trato y...

Un grito de indignación le interrumpió. *Madame* de Vendôme y su cochero entraron en escena. Mientras éste corría a socorrer a Sylvie y a su protegido, aquélla apostrofaba al villano, con la aprobación de la muchedumbre, siempre dispuesta a apreciar los gestos nobles.

—No sé con quién hablo, señor, pero bien se ve que no sois un gentilhomme. No es ésa la manera de dirigirse a una dama noble. *Mademoiselle* de l'Isle es doncella de honor de Su Majestad la reina, y yo soy la duquesa de Vendôme.

Esta vez el hombre se descubrió, pero no desmontó.

—Soy el nuevo teniente civil de París, señora duquesa. Isaac de Laffemas para serviros... y daros un respetuoso consejo: llevaos de aquí a esa joven. Seguid vuestro camino y dejadme hacer mi trabajo. En cuanto a ese mozuelo...

Sin duda éste no se había hecho mucho daño, porque se levantó no sin depositar, de paso, un rápido beso en el guante de Sylvie. Luego, escurridizo como una anguila, se perdió entre la muchedumbre, que se cerró, protectora, detrás de él. Mientras, *Madame* de Vendôme y Sylvie volvieron al carruaje seguidas por la mirada impertérrita del teniente civil, que obligó a los mirones a hacer sitio para que el vehículo pudiera seguir su camino. Sólo cuando estuvo de nuevo sentada, se dio cuenta Sylvie de que le habían robado la bolsa. Quedó tan desconsolada que la duquesa se echó a reír.

—Así son las cosas cuando se ejerce la caridad sin discernimiento —dijo—. Ese raterillo ha encontrado con qué sobrevivir, y nosotras estamos tan embarradas como un par de comadres. ¡Bonita aparición vamos a hacer ante la reina!

Sylvie alzó hacia ella sus grandes ojos, que poco a poco recuperaban la alegría, y se encogió de hombros antes de intentar limpiar con su pañuelo las manchas más visibles de su vestido.

—Perdonadme, señora, pero no me arrepiento de nada. Si las pocas monedas que se ha llevado pueden ayudar a ese pequeño a sobrevivir, daré gracias a Dios.

—En verdad, habláis como el propio *Monsieur* Vincent lo habría hecho en las mismas circunstancias —dijo ella, dándole unas palmaditas en la mejilla—. Estoy orgullosa de vos: en medio de las tentaciones de la corte, sabréis guardar vuestro honor y dignidad. Y recordadlo bien: vuestra única ama allí es la reina. A ella únicamente debéis obediencia ciega. ¿Me habéis comprendido? ¡Ciega!

—Podéis estar segura, señora duquesa, de que no lo olvidaré.

El rodeo no había retrasado mucho a las dos mujeres. Seguían ahora la Rue des Fossés-Saint-Germain y, por encima de los techos y las torrecillas del *hôtel* d'Alençon podían ver ya las grandes torres del castillo real. *Madame* de Vendôme se inclinó para posar una mano tranquilizadora sobre las de Sylvie.

—¡Valor, hija mía, ya llegamos! Veréis que los aposentos son menos fúnebres de lo que permiten suponer las fachadas exteriores. Cuando llegó a París, poco después de su boda con el rey Enrique IV, la reina María (¡que Dios se apiade de ella por la indigencia en que la deja su hijo en Colonia!) renovó los aposentos y los decoró con buena parte del lujo florentino al que estaba acostumbrada.

La observación era oportuna. En efecto, la primera impresión era de fortaleza, más que de palacio: los muros cubiertos de una costra de suciedad negruzca, las torres macizas, los fosos llenos de barro helado —lo que disimulaba hasta cierto punto el mal olor—, el puente levadizo y el primer recinto exterior almenado y jalonado por torrecillas de vigilancia, no tenían nada de acogedor. Entre esta muralla y los fosos se encontraban los dos recintos de juego de pelota que habían utilizado en sus momentos de ocio, a lo largo de distintas épocas, los reyes y sus acompañantes.

El acceso al Louvre era libre para quien fuese vestido convenientemente y no exhibiese un aspecto demasiado patibulario, de modo que una marea humana continua cruzaba en uno y otro sentido el puente levadizo. En principio, únicamente la familia real podía entrar en el patio en carroza y los príncipes de sangre a caballo, pero cuando hacía mal tiempo, las princesas estaban autorizadas a seguir en coche por el largo pasillo oscuro y abovedado que daba acceso al amplio patio central. Así lo hizo la carroza de *Madame de Vendôme*, princesa de sangre por la mano izquierda, pero princesa de sangre a fin de cuentas.

—¡Dios mío, señora! ¿Siempre hay tanta gente? —preguntó Sylvie, un poco asustada al constatar que el coche se abría paso en medio de una muchedumbre.

—Siempre. Incluso cuando el rey no está, como ocurre hoy.

En efecto, los guardias franceses de uniforme azul con bocamangas rojas se las veían y deseaban para contener un gentío variopinto y heteróclito compuesto sobre todo por hombres sobre cuyas cabezas ondulaban los colores de tantas plumas que probablemente habían requerido el sacrificio de todo un rebaño de avestruces. Allí se podía ver a elegantes vestidos de seda y cintas, financieros que exhibían ricas estolas de piel, gacetilleros en busca de chismes noticiosos, provincianos venidos con la esperanza de ver al descendiente de san Luis, extranjeros también, y por supuesto cortesanos que, a falta del rey, se resignaban a recurrir a la reina. Los guardias se esforzaban en empujar a la mayoría hacia la puerta de Borbón, donde los arqueros del prebostazgo, vestidos con chaquetón azul, apostados junto a las puertas

rechazaban sin contemplaciones a los visitantes menos encoquetados. Los demás pasaban al cuidado de los suizos y después, ya en las puertas reales, al de los guardias de corps.

La recién llegada se sorprendió al comprobar que, de hecho, la gran construcción feudal del palacio comprendía sobre todo la fachada de la entrada. Enfrente, y a lo largo del Sena, se alineaban edificios más modernos, levantados por los reyes Enrique II, Carlos IX, Enrique III y Enrique IV. En cuanto al ala Norte, donde habían derribado la torre de la Librairie y la de la Grande-Vis, no era en ese momento más que un amplio solar en obras momentáneamente paradas debido a las bajas temperaturas. El arquitecto Lemercier, que acababa de concluir las obras del Palais-Cardinal^[14], residencia de Richelieu, y de iniciar la construcción de la iglesia de la Sorbona, era el encargado de la remodelación.

La carroza de la duquesa evitó el Grand-Degré o escalera de Enrique II, que llevaba a la Gran Sala y a los aposentos del rey, y se detuvo en el acceso al Petit-Degré, por donde se subía a la residencia de la reina. En el momento de bajar, Sylvie se atrevió a poner su mano en la de la duquesa:

—Perdonadme, señora, pero quisiera saber...

—¿Qué?

—Tengo... tengo un poco de miedo. No me siento digna de un honor tan grande, porque no soy ni muy bella, ni muy noble, ni muy brillante, ni...

—Elegís muy mal el momento para hacer que os repitan lo que os han dicho ya muchas veces. La reina os quiere debido a vuestra voz y a vuestra facilidad para hablar el español. No exageréis vuestra modestia. No sois ni fea ni boba, y vuestra nobleza es más que suficiente. ¡Vamos!

No añadió que la idea de ver a Sylvie provista de un certificado de doncella de honor complacía mucho a su esposo. Exiliado en sus tierras desde su regreso de Holanda, debido a la prohibición de residir no sólo en la corte, sino tampoco en París, el duque César ansiaba disponer de un oído inocente en el entorno de la reina. Era cierto que sus hijos, en particular Beaufort, eran recibidos con agrado, pero jamás conseguirían enterarse de esos pequeños secretos de la intimidad real que tan útil es conocer cuando se ha caído en desgracia. No con el fin de utilizarlos contra Ana de Austria, por supuesto; pero César, que alimentaba un odio feroz contra la «sotana roja», pensaba que en ocasiones es posible llegar a grandes resultados a partir de pequeños detalles aparentemente sin importancia.

A pesar de aquel consuelo de última hora, el corazón de Sylvie latía con fuerza mientras subía la hermosa escalera y llegaba a la antecámara

custodiada por guardias armados con partesanas. Allí las dos mujeres encontraron al jefe de protocolo de la reina, Pierre de La Porte, que era también uno de sus raros confidentes. Se trataba de un hombre joven —unos treinta y cinco años, a lo más—, un normando macizo de rostro amable animado por ojos azul oscuro. Sonrió a la joven inquieta que se adelantaba hacia él, pero, al saludar a la duquesa con gran respeto, no pudo dejar de observar el barro que manchaba los bajos de los vestidos de ambas.

—¿Es que han negado a vuestra carroza el acceso a la Cour Carrée, señora duquesa?

—En absoluto, en absoluto, pero hemos corrido aventuras cuyas primicias reservo para los oídos de Su Majestad. Anunciadnos, *Monsieur* de La Porte. Ya venimos con retraso.

En la gran sala caldeada por el fuego de una chimenea y por las tapicerías tejidas con seda e hilo de oro que vestían los muros, estaba Ana de Austria en medio de sus damas: *Madame* de Senecey, primera dama de honor; *Mademoiselle* de Hautefort, dama de compañía a la que, por esa razón, llamaban «*Madame*»; la esposa del capitán de la guardia, *Madame* de Guitaut; *Mademoiselle* de Pons, *Mademoiselle* de Chémereault, *Mademoiselle* de Chavigny y *Mademoiselle* de La Fayette, que eran sus doncellas de honor, y una visita, la princesa de Guéméné, una de las charlatanas más indiscretas de París. En ese momento, *Mademoiselle* de La Fayette leía en voz alta un grueso libro encuadernado en rojo, pero era evidente que nadie la escuchaba y que la reina estaba pensativa. En una esquina, vestida de negro al estilo de las «carabinas» españolas, la anciana camarera de la reina, doña Estefanía de Villaguirán, a la que llamaban Stéfanille, bordaba sin levantar de la labor su larga nariz calzada con anteojos. Era la de mayor edad del séquito, la única superviviente de la limpieza drástica efectuada por Luis XIII cuando envió de vuelta a su suegro el séquito español de su mujer, al que consideraba, con razón, una caterva de espías. Pero Stéfanille había criado a la infanta y siguió al lado de la reina.

La entrada tumultuosa de la duquesa y de Sylvie detuvo la lectura e hizo aflorar una sonrisa en el rostro preocupado de la soberana. Y no sin razón: la guerra entre Francia y España, su querido país, seguía provocando estragos. El año anterior, todo el norte de la primera había sido invadido y los tercios del cardenal-infante, hermano de Ana, habían avanzado hasta Compiègne. París sólo había escapado debido a una extraordinaria conmoción nacional que movilizó en masa a toda su población masculina a la caza de los españoles. Ahora el peligro había pasado, pero todo el mundo había temblado.

Todos excepto la reina de Francia, que nada deseaba tanto como la victoria de su familia, y que se esforzaba en proporcionarle toda la ayuda posible por medio de una correspondencia secreta que tenía como intermediarios a la duquesa de Chevreuse, su antigua amiga, exiliada en Turena, y a algunos de sus «admiradores». En esos momentos Ana empezaba a sentir los efectos del miedo: su marido no la amaba y desconfiaba de ella; en cuanto a Richelieu, la detestaba por dos razones: primero, porque adivinaba en ella a una enemiga de aquella Francia que él deseaba engrandecer, y segundo por haberla amado tal vez demasiado unos años atrás. Y tal vez incluso ahora...

Es verdad que a sus treinta y cinco años seguía siendo muy bella, y sobre todo luminosa. Rubia de ojos verdes y tez clara y vivaz, tenía muy poco de la española tradicional. Su piel satinada y resplandeciente parecía rechazar las sombras. Su boca parecía una cereza, pequeña y redonda, con un labio inferior ligeramente saliente que denunciaba la sangre de los Habsburgo. Sin ser alta, sabía resultar majestuosa. Su cuerpo, sus brazos y sobre todo sus manos eran la perfección misma. Una mujer muy hermosa que, casada desde hacía veinte años, no había ofrecido a su marido un heredero, sólo algunos abortos espontáneos.

Sylvie ya la había visto, pero ahora se sintió deslumbrada y pensó que iba a amarla. Quizá por la voz dulce que tenía y por la risa ligera, un poco burlesca pero sin malicia, con que saludó la reverencia de las recién llegadas:

—¡He aquí la muchacha! —exclamó—. Pero ¿dónde la habéis llevado, duquesa? ¿A chapotear a orillas del Sena para socorrer a los miserables?

—No, pero casi, hermana. Al venir hacia aquí, como la Rue d'Autriche estaba bloqueada, hemos tenido que pasar por la Croix-du-Trahoir, donde tenía lugar una ejecución. El hombre al que iban a aplicar la rueda tenía un hijo de diez años que lloraba y suplicaba el perdón al teniente civil. Éste lo trató con la mayor brutalidad, y estaba a punto de hacer que su caballo lo pateara cuando *Mademoiselle* de l'Isle bajó para socorrerlo y reprochó a ese malvado su crueldad. Al ver que también ella estaba a punto de ser maltratada, me vi obligada a intervenir yo también. Vuestra Majestad puede comprobar el deplorable resultado.

—¿Y ese niño? —preguntó *Mademoiselle* de La Fayette, una bonita morena de ojos tiernos que sonrió a Sylvie—. ¿Qué fue de él?

—Hizo la única cosa inteligente que podía hacer: se escurrió entre la muchedumbre, pero sin olvidar llevarse la bolsa de su protectora.

La risa de la reina se dejó oír de nuevo, con una alegría que había perdido desde hacía algún tiempo.

—He aquí una caridad mal recompensada, pero procuraremos reparar el pequeño contratiempo causado a una de nuestras hijas, puesto que en adelante seréis nuestra, *Mademoiselle* de l'Isle, y eso me hace muy feliz: me gustan las personas que por encima de cualquier cosa escuchan su corazón. Me serviréis bien, ¿no es así?

Sylvie hizo una nueva reverencia.

—Vuestra Majestad me tiene enteramente a su servicio —murmuró ruborizada, con una sinceridad que hizo sonreír a la reina.

—Me es muy grato escucharlo —dijo al tiempo que le ofrecía la mano, en la que la muchacha depositó un beso ligeramente tembloroso—. Mañana nos mostraréis cómo tocáis la guitarra. Mientras tanto, seréis conducida al apartamento de las doncellas de honor, donde ya tenéis preparado vuestro lugar. Pero —añadió, volviéndose hacia *Madame* de Vendôme—, contadme algo más, querida François, de ese nuevo teniente civil.

—No sé nada más, señora. Lo veía por primera vez...

—Yo puedo hablaros de él —dijo *Madame* de Senecey—, pero me sorprende que Vuestra Majestad no haya oído nunca pronunciar el nombre de *Monsieur* de Laffemas, una de las peores criaturas del cardenal. Es tan feo como cruel.

—¡Alto, alto, querida Senecey, un poco de caridad! Incluso Su Eminencia tiene derecho a ella —dijo la reina, con una ojeada significativa en dirección al grupo de doncellas de honor al que acababa de sumarse Sylvie, conducida por *Mademoiselle* de La Fayette, que estaba haciendo las presentaciones. Una de ellas, *Mademoiselle* de Chémérault, había ingresado en el grupo a petición del cardenal, lo que equivale a decir que había sido impuesta.

—No digo nada malo, señora. Es evidente que un ministro necesita ser servido, pero de todos modos hay servidores y servidores. ¿Sabéis que a éste se le conoce con el mote de Verdugo del Cardenal?

El nombre hizo efecto: todas se estremecieron al evocar al hombre de rojo que últimamente se veía con demasiada frecuencia junto a los patíbulos, con sus brazos de fuertes músculos cruzados sobre el pecho. Incluso a las más valerosas —y la reina era una de ellas— se les hizo un nudo en la garganta.

—¡Dios mío, qué horror! —exclamó Ana de Austria—. ¿De dónde ha salido ese personaje?

—De una buena familia del Delfinado, señora. Hugonotes ennoblecidos por el difunto rey Enrique. El padre, que fue su primer mayordomo, no carecía de cualidades. Se interesaba por la economía del reino. Favoreció el

desarrollo de industrias de lujo como el cuero, las tapicerías y sobre todo la seda. Gracias a él se plantaron grandes cantidades de moreras.

—¡Todo eso resulta de lo más campestre! —exclamó *Madame* de Guéménée—. ¿Y cómo llegó el hijo a convertirse en proveedor de carne de horca?

—Tal vez por sus gustos sanguinarios. Es un leguleyo que pretende ser incorruptible y frío como la muerte. Esas bellas cualidades han debido de seducir al cardenal...

—Pero ¿cómo sabéis todas esas cosas, querida? —preguntó la reina—. No concibo que frecuentéis a esa clase de personas...

Madame de Senecey apartó la mirada, súbitamente incomodada:

—Un primo mío tuvo algunas diferencias con él... que no acabaron precisamente bien, para el pobre. Ese Laffemas fue intendente de la Champaña, de Picardía y de los Tres Obispados^[15]. Y no ignoráis, señoras, que allí son frecuentes las revueltas entre los campesinos abrumados por los impuestos. Las represiones dirigidas por ese hombre fueron despiadadas. Peores quizá que las de su colega Laubardemont, el intendente del Poitou, que ahora hace tres años hizo ejecutar al cura de Loudun, Urbain Grandier. Y ahora ese monstruo, al resguardo de la sotana roja del cardenal, tiene a París bajo sus garras... ¡Dios ayude a París! —añadió la dama de honor persignándose precipitadamente.

De repente la atmósfera se había hecho irrespirable. La reina estaba a punto de pedir a Sylvie que diese alguna muestra de su talento musical cuando, poco después de que la campana de la Samaritaine, a la que hizo eco la de Saint-Germain-l'Auxerrois, anunciara las cuatro, el palacio se llenó con los ecos de una ruidosa comitiva acompañada de órdenes que se entrecruzaban y ruido de alabardas. Casi de inmediato, apareció La Porte:

—¡El rey, señora!

—¿Vuelve de Saint-Germain? ¿Tan pronto?

Aparentemente, a la soberana no se le hacían largas las horas cuando su esposo estaba ausente. La Porte se encogió de hombros.

—¡Así parece, señora! Cazar resulta penoso con este tiempo, y posiblemente el rey se aburría...

Ana se contentó con sonreír, pero sus ojos verdes se posaron en Louise de La Fayette, de quien nadie en la corte ignoraba que inspiraba a Luis XIII una gran pasión, de modo que, si éste se aburría en Saint-Germain, era sin duda porque, como su mujer se había negado a desplazarse allí con aquel tiempo horrible, se había visto privado durante tres días de la presencia de su amada.

Por lo demás, la joven se puso de color escarlata y se apartó un poco de sus compañeras, cuyas expresiones melosas sólo podían desagradarle.

Unos instantes más tarde se presentó el rey, con el rostro enrojecido por el frío y el atuendo impregnado del olor de la nieve y la niebla. Una reverencia unánime desplegó sobre la alfombra los brillantes vestidos de todas las damas. A excepción, claro está, de la reina, que siguió sentada en su sillón.

El monarca había entrado a paso vivo, precediendo a sus gentilhombres, y después de besar la mano de su esposa saludó a todo el círculo de damas.

—Apuesto —dijo— a que todas estabais hablando de esa pieza que los comediantes del Marais representaron anteayer por primera vez, y que ha tenido un gran éxito.

—¿Por qué habría de interesarnos hasta ese punto, Sire?

—Pues porque se trata de una obra española, señora. Escrita por un normando, es cierto, pero dedicada enteramente a vuestro país. *Monsieur de Corneille* la ha llamado *Le Cid*. Al parecer, es admirable.

—Vaya —dijo la reina, entre seria y burlona—, ¡cuántas cosas se aprenden en Saint-Germain!

—El señor cardenal, del que ya sabéis lo interesado que está en todo lo que concierne al arte teatral, me ha enviado un correo al respecto, y añadido a sus alabanzas la sugerencia de que vos tendríais sin duda el mayor placer en ver ese espectáculo. De modo que me propongo en fecha próxima pedir al señor Mondory que venga a representarnos aquí la comedia... ¡Ah! ¡*Madame de Vendôme*, no os había visto!

—Reconozco gustosamente, Sire, que carezco de brillo, en tanto que esta reunión sí que lo tiene.

—No seáis tan modesta. Siempre me complace veros. ¿Supongo que habéis venido con la intención de interesar a la reina en alguna de vuestras obras caritativas?

—Nada de eso, Sire. He venido a hacerle entrega de una nueva doncella de honor. Acercaos, Sylvie, y venid a saludar a vuestro rey: él lo permite. Tengo el honor, Sire, de presentaros a *Mademoiselle* de l'Isle. Es muy joven, como Vuestra Majestad ya habrá advertido, pero se ha educado en mi casa. Baste decir que es tan prudente como piadosa.

—¡Magnífico, magnífico! Sois encantadora, *mademoiselle*.

—El rey es demasiado bueno conmigo —balbuceó Sylvie, inclinándose ante el monarca, pero éste se alejaba ya y, no sin sorpresa, la joven vio que *Mademoiselle* de La Fayette se acercaba a él y lo llevaba hasta el vano de una ventana para hablar con él en privado. La mirada que dirigió a *Madame* de

Vendôme llevaba implícita una pregunta que sus labios no se atrevieron a formular.

La duquesa frunció el entrecejo.

—Aquí, hija mía, no debes ver nada, oír nada ni contar nada. Y sobre todo, no hacer nunca preguntas —murmuró.

—En tal caso, señora duquesa, más habría valido hacerla entrar en un convento. Reconozco que la corte no es muy alegre en estos días, pero es posible pasar el tiempo aquí de una manera bastante agradable. —Una joven de una veintena de años, alta, muy bella, de espléndido cabello rubio, magníficos ojos azules y una tez blanquísima, acababa de intervenir en la conversación.

Madame de Vendôme le sonrió.

—Vos tenéis más edad que Sylvie, *Mademoiselle* de Hautefort, y también mayor experiencia de las cosas de la vida y de la corte, donde os sentís como pez en el agua... Ella aún no ha cumplido quince años... Todo lo que desea es servir a la reina lo mejor que pueda.

—En ese caso, seremos amigas. Yo la tomo bajo mi protección y le enseñaré todo lo que le conviene saber. Conocéis mi devoción hacia Su Majestad —añadió en tono más grave Marie de Hautefort. Y luego, bajando la voz hasta el murmullo—: Como procede de vuestra casa, me sorprendería mucho que hubiera aprendido el catecismo del señor cardenal. Y la reina necesita servidores leales. Cuando el rey se haya retirado, la llevaré a los aposentos de las doncellas de honor. Sabéis que no tenemos superintendente desde que *Madame* de Montmorency se retiró al convento, y yo cuido de este batallón turbulento. ¿No es esta joven precisamente la que...?

Sylvie no escuchó el final de la frase. En efecto, la dama de compañía se había llevado un poco aparte a la duquesa. Aprovechó la ocasión para observar al rey.

Luis XIII no era un hombre guapo, pero poseía ese aire de majestad natural inherente al hecho de llevar la corona. Alto y delgado, de porte elegante a pesar de que prefería los vestidos de caza y los uniformes militares, tenía un rostro flaco y alargado encuadrado por un cabello negro que llevaba largo hasta los hombros y partido en dos por una raya en medio de una frente que revelaba inteligencia. La boca carnosa se adornaba con un hermoso mostacho y una perilla, que con los ojos negros y la gran nariz borbónica componían una fisonomía que al Greco le hubiera gustado pintar. Su salud era frágil, pese a que pasaba a caballo buena parte de su tiempo, ya que padecía de enteritis crónica. Tímido con las mujeres, no por ello carecía de una fuerte

independencia de carácter, y no toleraba la menor intrusión en sus prerrogativas reales. Si otorgaba en la actualidad plena confianza al cardenal de Richelieu, era únicamente porque había reconocido en él a un hombre de gobierno excepcional. Y del mismo modo que su ministro, Luis XIII sabía mostrarse despiadado...

Sin embargo, al verle inclinarse hacia Louise de La Fayette para murmurarle unas palabras que, visiblemente, complacían a la joven, Sylvie presintió el encanto que podía llegar a desplegar aquel hombre un tanto apagado en medio de su séquito de magníficos señores. En cuanto a Louise, era fina y bonita sin duda, pero no podía compararse al esplendor de una Chémereault; Sylvie se enteraría muy pronto de que la llamaban «la Bella Babona», en tanto que *Mademoiselle* de Hautefort recibía el sobrenombre, ampliamente merecido, de «la Aurora»...

Mientras esta última la acompañaba a los aposentos de las doncellas de honor, situados en la planta baja del palacio, Sylvie, con la franqueza ingenua que la caracterizaba, y olvidando ya las recomendaciones de *Madame* de Vendôme, se atrevió a preguntar:

—¿Cómo es posible que el rey se interese por *Mademoiselle* de La Fayette, cuando tiene a su disposición tantas damas más bellas?

—Muy sencillo, querida: la ama, y sobre todo es amado por ella. Para él, eso es una experiencia casi inédita...

—Pero ¿la reina...?

—Se quisieron durante un tiempo, cuando su matrimonio se hizo real, hace una veintena de años. Después, tanto él como ella han buscado amor en otras partes. Pero no os equivoquéis, Louise de La Fayette no es la amante del rey. Como yo tampoco lo he sido...

—¿También a vos os ha amado? Eso me sorprende menos. ¡Sois tan bella!

Un cumplido sincero siempre gusta. Marie de Hautefort correspondió a aquél con una sonrisa deslumbrante, y deslizó su brazo bajo el de la recién llegada:

—Sí, pero yo lo traté a la baqueta, y no estoy segura de que no haya llegado a detestarme. ¡Sin duda porque amo demasiado a la reina! Es una mujer maravillosa.

—¿Y *Mademoiselle* de La Fayette? ¿También la ama?

—Menos que al rey, pero es un alma pura, orgullosa y desinteresada, muy devota. Por mucho que ame al rey (con todo su corazón, estoy segura), nunca aceptará el papel de favorita real, que la horroriza. Dicen que podría dejarnos

muy pronto para encerrarse en un convento. El cardenal, por lo demás, la incita a ello por mediación de su confesor...

—¿El cardenal? ¿Y a él qué le importa?

—¡Oh, mucho y por distintas razones! Por lo menos él lo cree así. Louise pertenece a una gran familia de Auvernia, donde no aprecian mucho a Su Eminencia. Y sin embargo, él no desesperaba de convertir a Louise en una aliada. Como ella no se prestó al juego, Richelieu la empuja al convento porque teme demasiado su ascendencia sobre el rey. Podría contrarrestar la suya propia.

Sylvie sintió una pequeña inquietud.

—¿Y Su Eminencia lo intentó también con vos?

—¿En la época en que el rey me distinguía? Por supuesto, pero yo no soy de las que se dejan conducir dócilmente, y así se lo hice entender. Si un día el rey se fija en vos, también os ocurrirá algo parecido —añadió, al tiempo que colocaba en su lugar uno de los bucles de la joven.

—¡Dios me libre! —exclamó ésta con un gesto tan horrorizado que su compañera se echó a reír—. Pero estoy tranquila, no soy lo bastante bella...

—Sois una fruta deliciosa, de momento aún verde. Cuando maduréis, veremos qué ocurre. Hemos llegado a vuestro aposento —añadió, abriendo la puerta de una habitación pequeña en la que Jeannette, que había llegado con el equipaje, se ocupaba ya en vaciar los baúles—. Esta primera noche instalaos a vuestro gusto, ¡y sobre todo libraos de ese barro! Cenaréis aquí, pero estad preparada porque vendré a buscaros para la ceremonia de acostar a la reina.

La Aurora se disponía a alejarse, y Sylvie tuvo la súbita impresión de que se llevaba con ella toda la luz de aquel día tan triste y frío. La detuvo con un gesto:

—Querría daros las gracias. Sois muy buena al preocuparos tanto por una pequeña provinciana como yo.

—¿Provinciana? ¿Cuándo habéis sido educada con los Vendôme? Decidle al duque de Beaufort que es un provinciano. Me gustaría estar presente para ver su reacción...

El nombre de François, pronunciado tan de improviso, hizo que Sylvie se ruborizase. Su aturdimiento no escapó a la mirada sagaz de su compañera, cuyas bellas cejas se alzaron, al tiempo que rompía a reír. Pero tomó entre sus dedos finos el mentón de Sylvie, con el fin de escrutar sus ojos súbitamente extraviados.

—Caramba, ¿amáis al guapo François, pequeña? No es de extrañar, porque habéis crecido cerca de él y posee todos los atractivos que seducen a las mujeres. ¿Os ha hecho ya la corte?

—¡Oh, no, *madame*! Para él no soy más que una niña, y desde su regreso de los Países Bajos con su hermano y el señor duque apenas lo he visto; con los viajes y las campañas militares, la vida de un joven príncipe transcurre muy alejada de la de una huérfana criada por caridad. Yo tenía cuatro años cuando *Madame* de Vendôme me recogió, después de la muerte de mis padres, y decidió que me criara en su casa. Otra me habría llevado a un convento... donde habría sido muy desgraciada.

—Es posible amar a Dios y no desear engrosar el ejército de sus esposas. En lo que a mí respecta, también pienso así. Pero volvamos al señor de Beaufort: aquí tendréis ocasión de verle con mucha frecuencia.

Los bellos ojos color avellana se iluminaron.

—¿Viene a menudo?

—Mucho. Más vale que lo sepáis desde ahora: es el favorito de las damas, y la propia reina lo recibe con placer. Así pues, ¡cuidado con vuestro corazón! Deberíais elegir un héroe menos solicitado.

—Dichosa vos, si os es posible dar órdenes a vuestro corazón; yo no puedo. Pero por favor, señora, guardadme el secreto...

—Se os ha escapado, y yo no he hecho otra cosa que atraparlo al vuelo. Os lo devuelvo, con la recomendación de que lo guardéis mejor en adelante. Ya veis, puedo ser odiosa para quienes me disgustan, pero no es vuestro caso. Os ofrezco mi amistad, Sylvie de l'Isle; ¡no la traicionéis!

—Ésa es una palabra que desconozco. Me sentiré feliz y orgullosa de ser vuestra amiga.

—Eso me complace. Necesitaba a alguien como vos: no estaremos de sobra ninguna de las dos para servir a la reina y ayudarla en los momentos difíciles que atraviesa.

—¿Nosotras dos? Pero las demás doncellas de honor...

—No valen gran cosa a excepción de La Fayette, que es lo bastante valerosa para oponerse abiertamente al cardenal. Las demás, sobre todo la Chémérault, están a sueldo de él o son demasiado bobas para tener siquiera una opinión. También está Suzanne de Pons, pero tiene su pensamiento puesto en la Lorena y sólo sueña con casarse con el duque de Guisa, del que es amante...

Al dejar a Sylvie, Marie de Hautefort no estaba lejos de dar gracias al cielo por haberle enviado una ayuda, por pequeña que fuera, fiable sin asomo

de duda. Que fuera la pupila de *Madame* de Vendôme era en sí mismo una garantía, y que además estuviera enamorada de Beaufort era una buena noticia inesperada. Había siempre tanto correo secreto por distribuir, que La Porte y ella misma no daban abasto. Sí, la pequeña de L'Isle sería bien recibida. ¡Sin contar con que era encantadora y, sobre todo, transparente!

Por su parte, Sylvie se puso a ayudar a Jeannette a ordenar su ropa y a examinar con más calma el pequeño aposento, compuesto por un dormitorio no demasiado grande y otro reducido en el que se instalaría la sirvienta. Su conversación con la Aurora la había reconfortado, porque se había sentido un poco perdida cuando *Madame* de Vendôme se despidió. El antiguo Louvre, solemne, a la vez lujoso y gélido, le había hecho añorar primero el amplio *hôtel* del *faubourg* Saint-Honoré, construido en la época de Carlos IX pero restaurado según los gustos del momento y que formaba parte de la dote de *Madame* de Vendôme cuando se casó con César. La vida allí no era muy alegre porque, desde hacía diez años, el duque César no obtenía el permiso para volver a pisar París, y se escuchaban más oraciones y cánticos religiosos que arietas de concierto. La atmósfera de piedad extremada se acentuaba también por la vecindad inmediata del austero convento de las Capuchinas, construido hacia 1620 por la duquesa de Mercoeur con los fondos legados por su cuñada la reina Louise de Vaudémont-Lorraine, viuda de Enrique III. Un convento que tenía buena parte de culpa de la repugnancia que Sylvie sentía hacia esa clase de instituciones, porque era sin duda el más severo de Francia y Navarra: las monjas iban descalzas tanto en verano como en invierno, no probaban carne ni pescado, hacían penitencia a lo largo de todo el año, y se decía que las primeras que ingresaron para su inauguración llegaron en procesión, coronadas de espinas.

Las estrechas relaciones entre el convento y el *hôtel* de Vendôme no contribuían a aclarar la atmósfera, pero para Sylvie aquella era de todos modos «la casa», el lugar donde vivían las tres mujeres que más amaba en el mundo: la querida Elisabeth, un poco seria pero tan buena, la duquesa y la excelente *Madame* de Bure. Sin contar a Jeannette, que ahora tendría que representar en solitario a todo aquel mundo.

Mademoiselle de l'Isle debía a su juventud y al hecho de casi pertenecer a una familia principesca el favor de tener a su lado a su propia camarera.

—¡Ahora me he convertido en «carabina»! —decía ésta riendo, y en absoluto asustada por la idea de vivir en adelante en el castillo real.

A sus veinticuatro años, Jeannette era una muchacha alta y robusta, de rostro amable y con frecuencia risueño. No había perdido su prodigiosa

memoria, con la que hasta cierto punto contaban los Vendôme para recoger los rumores de pasillo, los chismes de palacio cuyo conocimiento podía resultar de gran utilidad. Una circunstancia que Jeannette ignoraba. Su deber, hoy como ayer, era velar por la salud física y moral de *Mademoiselle* de l'Isle y, en medio de las tentaciones de las residencias reales, guardar pura y sin tacha la fidelidad que había jurado a Corentin Bellec. Por el momento, vestida con un hermoso vestido de Usseau gris oscuro, con manguitos, cuello y cofia de fino hilo blanco ribeteado por una estrecha orla de encaje, Jeannette se disponía a desempeñar un digno papel entre la muchedumbre de sirvientes del Louvre.

Al día siguiente de su llegada, Sylvie vio a François.

Como la víspera, Ana de Austria dirigía la tertulia en la gran sala y el tiempo seguía siendo igual de malo, pero, como el rey había regresado a sus aposentos, las damas eran más numerosas que el día anterior, y varios gentilhombres las acompañaban.

El gran tema de conversación era *Le Cid*, que muchos habían visto ya y ponían por las nubes.

—Es una maravilla incomparable —proclamó *Madame* de Guéménée que, a despecho de sus cuarenta y cinco años, vivía una intensa vida amorosa—. Nunca se ha llevado a los escenarios tanta nobleza de sentimientos. Yo creí morir cien veces de ternura y admiración.

—*Madame* de Rambouillet asistió ayer con su hija y todo su séquito —dijo el anciano duque de Bellegarde, a sus setenta y cinco años todavía enamorado de la reina—, y hoy, en la cámara azul de Arthénice^[16], todo son alabanzas al *Cid*.

—¡Con la excepción del señor de Scudéry! —interrumpió la princesa de Conti—. Encuentra la obra mal construida, mal escrita e irregular. Ayer, a la salida del teatro del Marais, aseguraba que iba a comunicar a la Academia sus observaciones, para sorpresa e indignación de *Madame* de Rambouillet. Ella le acusó de no haber entendido nada, y dijo que jamás le habría creído privado de gusto hasta ese punto. El pobre hombre casi se echó a llorar, tanto más por cuanto su hermana, *Mademoiselle* de Scudéry, se puso de parte de la marquesa; pero se mantuvo firme. Para él, la pieza no vale nada.

Madame de Guéménée se echó a reír.

—¡Qué gracioso! El pobre Scudéry, aparte de que sus obras nunca alcanzarán un éxito parecido, teme sobre todo los nubarrones que ve amontonarse del lado del Palais-Cardinal. A Su Eminencia, que también

escribe, no debe gustarle lo más mínimo el triunfo de un autor al que ha hecho el honor de invitarle a colaborar, en sus propias obras.

—¡Oh, *madame*! —protestó *Madame* de Combalet, una bonita viuda que era sobrina de Richelieu y, de creer las habladurías, también algo más—. Su Eminencia posee demasiado buen juicio y respeto por las bellas letras para no inclinarse ante un talento tan grande, confirmado además por la voz pública. Al teatro del Marais acuden tanto la nobleza como la burguesía y el pueblo, y todos salen entusiasmados.

—Bien se ve, señora, que lo estimáis mucho. El afecto es ciego ante determinadas debilidades... y todos los grandes hombres las tienen.

La reina intervino:

—¡Señoras, señoras! No dejéis que la pasión os arrastre hasta ese punto. Yo, por mi parte, tengo las mejores razones para creer a *Madame* de Combalet. Fue el propio cardenal quien advirtió al rey, cuando éste se encontraba en Saint-Germain, del valor de esa obra, y le aconsejó que hiciera venir aquí a los comediantes para representarla en palacio. Eso prueba sin la menor duda su entusiasmo —dijo con tono cansado.

—O bien su inteligencia —insistió *Madame* de Guéménée—. Es difícil ir contra la corriente de todo París. Por más que podría alegar que una obra que glorifica a un héroe español es inadecuada cuando estamos en guerra incesante con España...

—Mi tío no mezcla jamás las artes con la política. Además, ¿no está desde hace algún tiempo España de moda? Capas, peinados, sombreros, romances, pавanas y otros bailes. Nos gusta inspirarnos en España, y es normal puesto que se trata del país de nuestra reina bienamada —concluyó *Madame* de Combalet con una reverencia que Ana de Austria no dio muestras de agradecerle, como tampoco sus elogios.

La soberana hizo un levísimo encogimiento de hombros y llamó a Sylvie a su lado haciéndole seña con la mano.

—Seré sensible a todo ello cuando vuelva a reinar la paz entre nuestros dos países —dijo—. Por el momento, la reina de Francia se complace en escuchar canciones francesas, y aquí está *Mademoiselle* de l'Isle, recién admitida en el círculo de mis doncellas de honor, que nos cantará una.

—Acompañándose a la guitarra, si no me equivoco —dijo *Madame* de Combalet, que parecía dispuesta a tener la última palabra.

—¿Por qué no? *Mademoiselle* de l'Isle canta como un ángel y toca muy bien su instrumento. De alguna manera, es un símbolo. ¡La armonía perfecta

que deseamos el rey y yo! Sentaos, hija mía —añadió la reina señalando un almohadón colocado a sus pies—. ¿Qué vamos a escuchar?

—Lo que desee Vuestra Majestad —murmuró Sylvie, que empezaba a afinar su instrumento.

Pero no estaba previsto que cantase durante esa velada. El ujier apostado en la puerta cuando la reina recibía, anunció con voz potente:

—¡La señora duquesa de Montbazon y el señor duque de Beaufort!

La mano de Sylvie contuvo las vibraciones de la guitarra como si deseara al mismo tiempo calmar las de su corazón. Un corazón que se heló de súbito al ver a la brillante y maravillosamente adecuada pareja que se adelantaba. François estaba, como de costumbre, muy elegante: jubón y calzas de terciopelo negro bordado en oro con acuchillados de raso blanco y forros de raso escarlata, un gran cuello de encaje que cubría toda la anchura de sus hombros, y, en el sombrero que sostenía con desenvoltura en la mano, unas ondeantes plumas blancas fijadas al fieltro por un cordón de seda roja. La otra mano sostenía la de una dama extraordinariamente hermosa: alta, morena, de tez muy blanca, magníficos ojos azules, y labios redondos y carnosos que se dirían hechos para besar. Llevaba un vestido de brocado escarlata y raso blanco, y un collar de diamantes y rubíes que realzaba una garganta espléndida, de modo que junto a su compañero componía una pareja de rara elegancia. Se acercaron a saludar a la reina; él barrió la alfombra con sus plumas blancas y ella desplegó sobre el suelo su vestido como si fuera una enorme flor.

El saludo tuvo una acogida diversa. A Beaufort le correspondió una amplia sonrisa, que se redujo bastante para la joven dama.

—¿Dónde os habíais metido, querido duque? —dijo la reina, ofreciéndole la mano—. Hace días que no os veíamos.

—Estaba en Chenonceau, señora, junto a mi padre, cuya salud deja mucho que desear.

—¿Está enfermo el duque César? Es difícil de creer. No me lo imagino en esa situación.

—El aburrimiento lo corroe, señora. Hasta tal punto que a veces me pregunto si no podría llegar a morir.

—¡Nadie se muere en Chenonceau, sería extravagante! Conozco pocas mansiones tan gratas. Sin contar con que el tiempo es más benigno que aquí.

—Sin embargo, preferiría cien veces París, con su barro, su nieve, su mal olor y sus incomodidades, porque aquí le sería posible ponerse al servicio de Vuestra Majestad.

—No seáis tan cortesano, amigo mío, no os sienta bien. —Y luego, cambiando de tono para dirigirse a la dama, añadió—: Y vos, duquesa, ¿nos daréis noticias del señor gobernador de París?

—Tiene la gota, señora. Una excelente ocupación que podría recomendar al señor de Vendôme contra las ideas tristes. Mi esposo maldice, jura, rabia durante todo el día, pega a los criados, ¡pero no se aburre un solo instante!

El tono desenvuelto indicaba a las claras que la hermosa dama no sentía la menor preocupación por su esposo. Casada a los dieciocho años con Hercule de Rohan-Montbazon, que tenía sesenta además de dos hijos, Marie d'Avaugour de Bretagne no se sentía ligada por un deber de fidelidad que consideraba tanto más fuera de lugar por cuanto ninguna de las mujeres de la familia lo respetaba. En efecto, de los dos hijos de Hercule, una era la revoltosa duquesa de Chevreuse, de más edad que su madrastra pese a lo cual seguía coleccionando amantes, y el otro el príncipe de Guéméné, dotado de uno de los ingenios más agudos de su época, pero cuya esposa, presente ese día en el camarín de la reina, hacía otro tanto. Algunos espíritus maliciosos se preguntaban si entre las tres mujeres de la misma familia se había establecido una especie de competencia. En cualquier caso, desde hacía algún tiempo se hablaba de una relación entre Marie de Montbazon y François de Beaufort, sin que ni la una ni el otro hiciesen nada para desmentir el rumor. Eso era algo que Sylvie ignoraba. Ella únicamente advirtió que la reina no parecía muy cariñosa con la bella duquesa, que fue a reunirse con su cuñada Guéméné. Pero retuvo al joven.

—Nos llegan extraños rumores respecto a vos, François —dijo a media voz—. Dicen que pensáis pedir la mano de la hija de *Monsieur* el Príncipe^[17].

—Tendré que casarme algún día, señora. ¿Por qué no con ella? Esa joven tiene al menos la ventaja de ser bella —respondió el joven con una sonrisa que a Sylvie, paralizada en su almohadón, le resultó de una fatuidad odiosa.

—*Monsieur* el Príncipe nunca os aceptará. Él y vuestro padre se detestan. Y además, ¿qué diría *Madame* de Montbazon? —añadió la reina con un punto de acritud que hizo brillar los ojos de Beaufort.

—No hay que prestar oído a todos los chismes, señora. La duquesa de Montbazon no tiene más derechos sobre mi persona que los de toda mujer bonita sobre un hombre de gusto...

—Sin embargo, se dice que la amáis.

François se inclinó hacia ella, y en esta ocasión su voz bajó hasta convertirse en un murmullo.

—Mi corazón no pertenece a nadie, señora, sólo a vos. ¿Cómo mirar a otra mujer cuando está presente la reina? Si he llegado en compañía de *Madame* de Montbazon, es sencillamente porque la he encontrado al pie del Grand-Degré...

Se inclinó un poco más, y Sylvie ya no pudo oír nada más, a pesar de la agudeza de su oído. Pero ya había oído bastante. A punto de echarse a llorar, dejó la guitarra y, deslizándose de su almohadón, consiguió ponerse en pie sin que los dos interlocutores se dieran cuenta de su marcha. Por lo demás, y eso era lo que más la apenaba, François ni siquiera parecía haberse dado cuenta de su presencia. ¡Un mueble! En eso se había convertido para él, sin duda.

Decidida a volver a su habitación, se dirigía a la puerta cuando tropezó con *Mademoiselle* de Chémereault:

—Y bien —dijo ésta con sequedad—, ¿dónde pensáis ir?

—A mi habitación, *mademoiselle*. Me siento un poco mareada; el ruido, la gente, los perfumes...

—¡Cuánta delicadeza! Podría creerse que habéis nacido en un palacio, para tener tantos remilgos. Recordad esto: las doncellas de honor sólo pueden alejarse de la reina en el caso de que ella lo permita. Así pues, volved al sitio del que venís y no os mováis de allí.

—¡Por supuesto que no! —protestó Sylvie—. Su Majestad está charlando en privado con el señor duque de Beaufort. Mi deber para con ella me obliga a no ser indiscreta. Además, no tengo porqué recibir órdenes de vos. ¡Dejadme pasar!

—¡Vaya con la insolente! Pequeña, aquí aprenderéis que éste no es sitio para testarudas. Si os obstináis, informaré a quien corresponde de vuestra conducta. Vuestra estancia en este lugar podría ser muy corta...

—¿Pensáis que eso me importa? Todo lo que deseo es irme de aquí... ¡Apartaos!

Atenta únicamente a su cólera y dolor, Sylvie iba a seguir su camino cuando una mano vigorosa la retuvo por el brazo y la obligó a volverse sobre los talones. Entonces se encontró cara a cara con François, que sonreía ampliamente.

—¡Vaya! ¡Se diría que hemos conservado la vieja costumbre de enfurecernos desde el momento en que alguien se empeña en llevarnos la contraria! Servidor, *Mademoiselle* de Chémereault. Confiadme a esta joven rebelde. La conozco desde hace mucho tiempo y sabré devolverla a la razón.

—Me temo que no pueda hacerse gran cosa. ¡Vaya idea, introducir en el Louvre a una muchacha medio salvaje!

François dedicó a *mademoiselle* una sonrisa burlona.

—¿Medio salvaje? Podéis estar segura de que lo es completamente, *mademoiselle*. Pero no es distinta de la mayoría de las personas que viven en este lugar, donde lo raro es la civilización a juzgar por todos aquéllos, o aquéllas, que no sueñan con otra cosa que retorcer el cuello a sus semejantes.

Sin esperar la reacción de la interpelada, llevó a Sylvie hasta el vano de una ventana y allí volvió a ponerse serio.

—¿Te has vuelto loca, Sylvie? Ya no tienes cuatro años, que yo sepa, y creía que habías aprendido a comportarte en sociedad.

—¡Oh, sé comportarme! Pero no diría lo mismo de vos, señor duque. ¡Hace un momento yo estaba sentada a los pies de la reina y no me habéis prestado más atención que a un... un gato, como me llamabais antes!

Ante la cólera de la pequeña, François recuperó su sonrisa.

—¡Vamos, minina, no maúlles tan fuerte! ¿Sabes que la reina te llama ya «la gatita»?

—¿Os ha hablado de mí?

—Pues sí, pero ahora lo que quiero es hablarte de ella. Sin duda lo ignoras, Sylvie, pero está en peligro. El cardenal la odia y quiere su ruina. La rodea de espías...

—Lo sé. *Mademoiselle* de Hautefort, que es tan bella, me ha hablado.

—¡Oh, ella es la fidelidad misma! El rey estuvo muy enamorado, pero nunca se atrevió a propasarse lo más mínimo. Debo decir que ella jugó con él de una manera cruel, y no paraba de burlarse. Un día en que había recibido una nota que el rey deseaba leer a todo precio, la colocó de forma muy visible en su escote y lo desafió a recogerla...

—¿Y la cogió?

—Sí. Con las tenacillas de la chimenea. La bella Marie nunca se lo perdonó. Después apareció *Mademoiselle* de La Fayette, y él ya no se fijó más que en ella, hasta el punto de que sospecho que la reina siente celos. Sin embargo, sabe muy bien que la pobre muchacha nunca aceptará servir al cardenal en contra de ella. Como ama sinceramente al rey, se dice que piensa en el convento para no verse tentada a ceder a uno o al otro. ¡Ah, ahí está mi amigo Fiesque! Un muchacho encantador. Tengo que presentártelo...

Los despistes de Beaufort empezaban a ser célebres, pero Sylvie, que sabía desde hacía mucho tiempo a qué atenerse, le devolvió a la realidad:

—Me parece que vuestra intención era hablarme de la reina, no del señor de Fiesque. Así pues, ¿qué queríais decirme? —Su tono fue seco, y el duque pareció contrito.

—Perdóname. Quería pedirte que abrieras de par en par tus grandes y bonitos ojos y que me hicieras llegar un mensaje por medio de Jeannette cada vez que pase alguna cosa extraña. Que ella visite de vez en cuando la mansión de Vendôme no llamará la atención de nadie, y allí estará siempre de guardia uno de mis escuderos, Brillet o Ganseville. Ellos sabrán dónde encontrarme.

En su rincón junto a la ventana, François y Sylvie estaban tan absortos que no se dieron cuenta de que el rey entraba. Como estaban medio ocultos por los cortinajes, nadie vio que no lo saludaban. Sólo lo advirtieron cuando la voz de Luis XIII se elevó para abarcar todo el espacio del gran salón.

—Señoras —dijo el rey—, mañana marchamos a Fontainebleau. De camino, pernoctaremos en Villeroy.

—¡Misericordia! —gimió François—. ¡Todos mis planes estropeados! ¡Fontainebleau! ¡En pleno mes de enero y con este frío! ¡Es para no creerlo!

—¿Vos no venís?

—¡No! Sólo marcharán las casas del rey y la reina. Para los demás, será precisa una invitación. Y a mí no me invitarán...

—¿Por qué razón pensáis que nos envían allá abajo?

—No tengo la menor idea. Tal vez el rey desea tener más ocasiones para estar a solas con *Mademoiselle* de La Fayette, y al mismo tiempo impedir que la reina vea a sus amigos parisinos. ¡Oh, no me gusta esto! ¡No me gusta en absoluto!

Parecía desolado, y Sylvie se apiadó de él.

—¿No podéis enviar a uno de vuestros escuderos a instalarse en un albergue de la villa, y hacérmelo saber?

—¿Y por qué no yo, después de todo?

—Seamos serios. Os será muy difícil pasar desapercibido. Un escudero bastará.

—De todas maneras, no estaré lejos. Gracias, mi querida pequeña, eres un ángel.

—¡Lo que es hacerse mayor! ¡Antes el ángel erais vos!

Y, sacando su pañuelo con un gesto gracioso para agitarlo ligeramente en señal de adiós, *Mademoiselle* de l'Isle fue a reunirse con el batallón de doncellas de honor, a las que el anuncio del viaje había convertido en una animada pajarera llena de parloteos.

V

ENCUENTROS EN EL PARQUE

Era cierto que el rey deseaba un poco más de intimidad con la joven a la que amaba, pero la política no estaba ausente de la súbita decisión de enviar a la corte a congelarse en un palacio de verano cuando en Saint-Germain habría estado igual de bien. Sylvie se convenció de ello al ver sumarse a la caravana real, ya de por sí impresionante, la gran litera roja que Richelieu, minado por la enfermedad, utilizaba para sus desplazamientos. Más espacioso que una carroza, el gran armatoste de color rojo ofrecía todas las comodidades de un dormitorio, pero así, rodeado de guardias con casacas púrpura, impresionó desagradablemente a la muchacha.

—Espectacular, ¿no es así? —dijo *Mademoiselle* de Hautefort, que viajaba en su mismo coche—. Su Eminencia posee un agudo sentido de la decoración y el drama. Utiliza su púrpura como un artista. Sin duda porque evoca la del verdugo, y a él le gusta atemorizar...

—¡Demasiado lo consigue! Pero encuentro magnífica la caravana real.

En efecto, era la primera vez que veía desplegarse, alrededor de las carrozas del rey y la reina, a los mosqueteros del señor de Tréville, cuya única función consistía en proteger al soberano en todos sus desplazamientos y que en cambio no formaban la guardia en sus distintas residencias. Eran todos ellos magníficos jinetes, y sus casacas azul Francia que llevaban bordada la cruz flordelisada sobre rayos de oro, más las plumas blancas de los sombreros grises y las gualdrapas a juego de los caballos, ofrecían un espectáculo de gran belleza.

La muchedumbre siempre presente cuando el rey salía de viaje les reservaba sus sonrisas y el calor de sus aplausos, y se mostraba más reservada con los guardias del cardenal. En cuanto a la caballería ligera y los suizos, apenas despertaban expectación. Sylvie, encantada con el espectáculo, aplaudió.

—Se diría que nunca habéis visto soldados —observó con desdén *Mademoiselle* de Chémereault—. Reaccionáis como una pueblerina.

La interpelada sintió rondar la mosca junto a su sensible oreja.

—¿Por qué? ¿Acaso son las pueblerinas las únicas que tienen buen gusto? Ya había visto a mosqueteros aislados, pero el conjunto es verdaderamente admirable.

—¡Puah! Soldados...

—Si preferís los clérigos, es asunto vuestro —la cortó Marie de Hautefort—. Os recuerdo que los mosqueteros son todos gentilhombres, y algunos de ellos parientes míos. ¡Vamos, dejad descansar vuestra lengua de víbora! Y *Mademoiselle* de l'Isle tiene razón: son espléndidos, como dicen los ingleses.

La Bella Bribona prefirió no entrar en conflicto con la dama de compañía y se volvió hacia *Mademoiselle* de Pons, dejando a Sylvie y Marie seguir su conversación.

—En resumidas cuentas —dijo la pequeña—, ¿qué vamos a hacer en Fontainebleau? ¿Lo sabéis vos?

—Sí. En cierto modo, corremos detrás de *Monsieur*. El año pasado, mientras el rey combatía con valor admirable al frente de sus ejércitos para hacer retroceder hasta Flandes a los españoles, *Monsieur* y el conde de Soissons, su fiel satélite, se dedicaban a una nueva trama para asesinar al cardenal. Sin embargo, fiel a sus viejas costumbres, llegado el momento *Monsieur* tuvo miedo y denunció a todo el mundo. El rey, de regreso a París, convocó a su hermano y su primo para pedirles explicaciones, pero *Monsieur* prefirió huir a Orleans, «su» villa ducal, en tanto que Soissons se batía en retirada hacia Sedán, donde el duque de Bouillon le ha ofrecido toda la comprensión que deseaba. Por lo que sé, *Monsieur* pretende reunirse con su primo y su señora madre, que también se ha puesto en camino hacia Sedán.

—Pero Fontainebleau está lejos de Orleans.

—Es un movimiento que podría hacer suponer a *Monsieur* que su hermano el rey aparecerá pronto al pie de sus murallas.

—En ese caso, ¿no habrían bastado los soldados? ¿Por qué la reina y toda la corte?

—Para que *Monsieur* no se espante una vez más. Lo que se pretende ante todo es evitar que vaya a reunirse con Soissons y Bouillon en las Ardenas, donde tendría todas las facilidades del mundo para entenderse con los españoles...

Sylvie miró a su compañera con admiración.

—¿Cómo sabéis todo eso?

Mademoiselle de Hautefort dio unos toquecitos indulgentes en la mano de la joven.

—Os lo explicaré más tarde. Hay otra razón por la que el rey se lleva consigo a todo el mundo, y es que no quiere estar separado un solo día de La Fayette. La reina no se ha equivocado al colocarla en su carroza.

—¿Su Majestad no siente celos?

—Sí. Eso forma parte del carácter español. Allá abajo se es celoso por tradición. Pero estima más juicioso vigilar de cerca a la doncella que tenerla maniatada.

Como estaba previsto, aquella noche se detuvieron cerca de Mennecy, en el castillo construido a finales del siglo anterior por el secretario de Estado Neuville de Villeroy, ya que el mal estado de los caminos y la brevedad de los días no permitía cubrir en una sola jornada el trayecto hasta Fontainebleau. La etapa no resultó agradable. Por más amplio que fuera el castillo con sus dependencias, resultaba un tanto exiguo para un millar largo de personas. Desde luego no faltaron alimentos ni un buen fuego, pero las doncellas de honor, amontonadas en cuatro habitaciones, pasaron una noche incómoda. Y aún hubieron de darse por contentas de que al cardenal no se le hubiese antojado elegir como fin de etapa su castillo de Fleury.

—Porque entonces —comentó Ana de Austria con amarga ironía—, sin duda mis doncellas habrían tenido que acostarse en la paja de un establo. ¡Vaya idea, Dios mío, enviarnos a recorrer el mundo con este espantoso tiempo invernal!

La reina estaba próxima a una crisis nerviosa. Esa tarde Sylvie fue invitada a cantar y, al recibir permiso para elegir canción ella misma, interpretó su canción favorita, un viejo romance que había aprendido de Perceval, que también lo apreciaba mucho:

*L'amour de moy si est enclose
L'est dans ce joli jardinet
Où croît la rose et le muguet
Et aussi fait la passerose*^[18]...

La voz de Sylvie era de una limpidez cristalina. Muy pronto todas se sintieron subyugadas, y la reina todavía más. Cuando la canción hubo concluido, posó su mano sobre la cabellera castaña de la adolescente.

—En casa de *Madame* de Vendôme ya me había parecido que cantabais como un ángel, gatita. Nunca le agradeceré lo bastante que os haya cedido a

mí...

Era el primer gesto afectuoso entre las dos mujeres. Sylvie experimentó un intenso placer, que se reflejó en su sonrisa.

—¿Quiere Vuestra Majestad oír otra cosa?

—Cantáis también en español, por lo que me han dicho.

—Sí, señora. Puedo cantar la *Canción de la Virgen*, del señor Lope de Vega, y también...

—No —dijo la reina—. Nada de canciones de mi país por hoy. El rey se aloja muy cerca de nosotras, y eso podría disgustarle. Repetid mejor ese bonito romance...

—¿No creéis, señora —propuso Marie de Hautefort—, que al rey le agradaría escucharlo? Le gusta la música, y aún más las voces bellas. —La mirada de la joven buscó a Louise de La Fayette, que miraba distraídamente por una ventana. Era hasta entonces la mejor cantante entre las doncellas de honor, y a Luis XIII le complacía escucharla.

—No desea oír más que una sola voz —murmuró la reina, vuelta de nuevo a sus preocupaciones—. Seríamos mal recibidas. Más tarde, tal vez...

Sylvie repitió su canción, entonó después la *Endecha del ruiseñor*, y así concluyó la velada. La reina se retiró a su habitación, procedió a la ceremonia de acostarse, y después cada cual se dirigió a la cama más o menos improvisada que le esperaba. Sin embargo, antes de que Sylvie saliera del dormitorio, Stéfanille la retuvo. Era un gesto absolutamente excepcional. La anciana camarera consideraba en bloque al tropel de doncellas de honor como secuaces de Satanás, y por lo general les oponía una actitud hostil que no contribuían a dulcificar sus severos ropajes negros. En esta ocasión, sus labios delgados dibujaron algo que con un poco de imaginación podía pasar por una sonrisa.

—Habéis distraído a la reina —susurró—. Es buena cosa, pero no basta. Quiero saber si la amáis.

—¿A quién?

—A la reina. Necesita mucho que la amen.

—Cuando llegué el otro día al Louvre, juré guardarle fidelidad y devoción. No sé todavía si la amo, pero creo que eso llegará.

—Sois sincera. En ese caso, nos entenderemos...

Y Stéfanille volvió al lecho de su ama, cuyas cortinillas acababa de cerrar, y se inclinó hacia el interior para decir algo que Sylvie no pudo oír.

Al día siguiente por la tarde, al llegar a Fontainebleau, encontraron el palacio dispuesto para recibirlos. Los furrieles del rey habían hecho un buen

trabajo. Había fuego en las chimeneas, y cada cosa estaba en su lugar. Sylvie y las demás se instalaron con satisfacción. La enorme residencia construida por Francisco I en un magnífico entorno de bosques y lagunas la sedujo de inmediato. Incluso llegó a preguntarse por qué razón los reyes de Francia se obstinaban en pasar la estación fría en el viejo Louvre, sombrío y huraño, cuando incluso el invierno era más agradable aquí. Los árboles escarchados, las extensas alfombras de nieve fina que tan bien reseguían el dibujo de los jardines, todo la atraía; y se prometió volver a disfrutar allí del placer experimentado antaño en los jardines de Anet y Chenonceau. De modo que a la mañana siguiente, aprovechando que no estaba de servicio, Sylvie se abrigó con una gruesa capa forrada de vero, se calzó botines y guantes, y marchó a pasear por los alrededores sin avisar a nadie por miedo a que quisieran acompañarla. Tenía necesidad de estar sola, porque para ella la única forma de descubrir las cosas es en conversación consigo misma. Al menos así lo pensaba, porque ignoraba aún que el descubrimiento podía resultar mucho más agradable hecho entre dos.

Salió del patio Oval por la puerta Dorada, donde fue saludada por los centinelas; siguió la terraza que dominaba el Parterre y rodeó por fuera la sala de baile, el ábside de la capilla de Saint-Saturnin y el pabellón del Tibre. Una vez allí, podía elegir entre el Parterre y el parque, y se decidió por este último. El cielo estaba magnífico, de un azul muy pálido atravesado por pequeñas nubes gordinflonas como querubines.

Al llegar a una bifurcación en las proximidades del pabellón Sully, dudó. ¿Iría hacia el canal, que extendía su larga cinta azulada por toda la extensión del parque, o hacia la zona de bosque? Eligió el segundo camino, atraída por los bosquetes de acebos con sus hojas brillantes y sus bonitos frutos redondos y rojos, y lamentó no haberse provisto de un cuchillo para llevarse algunas ramas a su habitación. Como siempre le costaba mucho renunciar a algo que deseaba, se acercó más con la idea de que tal vez conseguiría partir las ramas con las manos, pero a los pocos pasos se detuvo de golpe: había alguien en el bosquecillo. Dos voces, un hombre y una mujer.

Las dos voces que hablaban con animación eran las del rey y *Mademoiselle* de La Fayette. En aquel momento, era él quien hablaba, y jamás habría pensado Sylvie que aquel hombre tan frío y reservado fuera capaz de expresarse con tanta pasión:

—¡No me abandonéis, Louise! —suplicaba—. Soy un hombre solo, presa de todas las conspiraciones, de todos los odios y también de todos los

desprecios. No tengo sino a vos, únicamente a vos, y si partís no me quedará nada en este triste mundo.

—¡Sire, Sire, no me malinterpretéis! Lo sabéis todo de mi corazón, que es enteramente vuestro, pero os hago más daño que bien. ¿Creéis que no veo las sonrisas a mi paso, que no oigo los murmullos, las risitas burlonas? Todos acechan el momento en que no podré resistirme a vos ni a mí misma. El cardenal quiere mi marcha. La reina (y es natural) me detesta porque, por mi causa, vos la descuidáis.

—¡Descuidarla! Como si no supiera que de ella no cabe esperar más que el disimulo y la traición. Pronto hará veintidós años de nuestro matrimonio, y ¿podéis decirme qué ha aportado la reina de Francia a mi reino? ¿Hijos? ¡Ninguno! ¿Ayuda, asistencia, comprensión de mi difícil tarea? Menos aún. La reina es española y morirá española. ¡Ah, sí, lo olvidaba! Hace doce años su corazón palpitaba por un inglés medio loco cuya «pasión» nos costó una guerra. Parece que la reina sea incapaz de amar a un francés. Y al rey menos que a cualquier otro...

—¡Es vuestra esposa, Sire! ¡Habéis sido unidos por Dios!

—¡A ella deberíais decírselo! No, Louise, no me habléis de la reina. O entonces decidme que no me amáis.

—¡Oh, Sire, cómo podéis acusarme de que no os amo cuando no dejo de daros toda clase de pruebas de mi ternura...!

—¡Entonces, dadme una todavía mayor! Dejadme llevaros a Versalles. Allí estoy en mi casa y nadie se atreverá a molestarme. ¡Os tendré/a mi lado, guardada, protegida, y seremos el uno del otro lejos de todos, libres y felices por fin! Sólo existirán Louise y Louis...

—¡No debéis decir esas cosas! ¡Por piedad! Si me amáis, no digáis nada más.

—¡No, no lloréis, por favor! No soporto vuestras lágrimas.

Sylvie oyó los sollozos y pensó que ya se había mostrado bastante indiscreta. Además, su fino oído le reveló un ruido de pasos que se aproximaban. Dejó el resguardo del bosque en el que se había acurrucado y, esforzándose por hacer el menor ruido posible, se dirigió hacia la gran avenida. Pero como continuamente se volvía para comprobar que no hubiese movimiento entre los matorrales de acebos, tropezó con una topera que no había advertido y fue a caer a los pies de dos personajes de los que al principio vio únicamente los bajos de un largo ropaje rojo y un par de botas negras bastante embarradas.

—¡Y bien! ¿Qué ocurre ahora? —preguntó una voz impaciente cuyo timbre grave hizo estremecer a Sylvie.

—Una joven que se ha perdido, a lo que parece, monseñor.

Una mano enguantada de negro la ayudó a ponerse de nuevo en pie. Reordenó entonces sus faldas y vio con consternación que la mano en cuestión pertenecía al teniente civil, señor de Laffemas. En cuanto a la persona situada detrás de éste, reconoció en ella sin la menor dificultad al cardenal. Pero aún no había tenido tiempo de recuperar del todo su compostura, cuando el hombre de los ojos amarillentos la reconoció:

—¡Qué feliz sorpresa! *Mademoiselle* de l'Isle.

—¿Quién es *Mademoiselle* de l'Isle? —preguntó el cardenal.

—La más joven, y también la más reciente de las doncellas de honor de la reina, Vuestra Eminencia. Trabamos conocimiento hace unos días, en la Croix-du-Trahoir. Ya he contado la anécdota a Vuestra Eminencia. Es la joven doncella a la que no gusta mi manera de aplicar la justicia del rey.

No faltó más para que Sylvie se enfadara. Se inclinó en una profunda reverencia pero, toda acalorada, exclamó:

—¡El niño al que vuestro caballo iba a cocear, señor, no estaba condenado que yo sepa, y tampoco estaba reclamado por la justicia del rey! Monseñor —añadió, inclinada aún en una reverencia de la que nadie la dispensó, y mirando bien de frente, allá arriba, el rostro flaco y altanero—, se trataba de un niño, el hijo del hombre al que iban a ejecutar, y su único delito fue pedir piedad para su padre.

La voz profunda, grave, dijo despacio:

—El padre merecía su suerte. El niño tenía que haberlo sabido.

—No sabía más que una cosa: que era su padre y que lo amaba.

Una rápida mirada de Richelieu cerró la boca de Laffemas, que iba a protestar:

—Reconozco que no merecía un trato tan brutal, pero es difícil exigir mucha mansedumbre de quien está encargado de vigilar que se aplique la ley. Ya veis que os doy la razón, señorita. ¿Me haréis el favor, a cambio, de perdonar al señor de Laffemas? Es uno de mis mejores servidores...

Mientras hablaba le tendió la mano para ayudarla a incorporarse, cosa que ella aceptó gustosa antes de suspirar sin entusiasmo:

—Si ése es el deseo de Vuestra Eminencia, perdono al señor de Laffemas... ¡pero a condición de que no vuelva a empezar!

Una sonrisa inesperada y por ello tanto más agradable iluminó el rostro severo del cardenal.

—Se guardará mucho de ello... por amor a vos. Sois valerosa, *Mademoiselle* de l'Isle, y ésa es una cualidad que aprecio. ¡Veamos hasta dónde alcanza...!

Sylvie dirigió una mirada inquisitiva al cardenal.

—Son muchos los que me temen —prosiguió Richelieu—. ¿Os doy miedo?

—No —respondió la muchacha sin vacilar—. Vuestra Eminencia es príncipe de la Iglesia, y por tanto un hombre de Dios. Nunca se debe temer a un hombre de Dios.

—Deberíais vocear esa opinión por las cuatro esquinas del reino. Me haríais un gran servicio... Pero, a propósito de voces, me ha llegado la noticia de que cantáis maravillosamente... No os sorprendáis: las noticias corren muy deprisa en la corte. ¿Vendréis a cantar para mí?

—Me debo a la reina, monseñor...

—En ese caso le pediré que me conceda ese placer. Hasta la vista, *Mademoiselle* de l'Isle. ¡Venid, Laffemas, regresamos!

Sylvie no había acabado de saludar cuando la silueta alta y rígida, envuelta en un manto púrpura forrado de piel de marta, se alejaba ya, reduciendo a la mediocridad la estatura del hombre negro que caminaba a su lado, encorvado en una actitud sumisa que sublevó el corazón de Sylvie. Tendría que confesarse, porque sólo había perdonado con los labios, sin que su corazón interviniese. Decididamente, no le gustaba aquel teniente civil.

Después de una ojeada al bosque de acebo inmóvil y silencioso, se dirigió de vuelta al castillo, cuidando de acompañar el ritmo para no alcanzar a los dos paseantes, y no retuvo un suspiro de alivio cuando les vio entrar en el castillo por la puerta Dauphine. Por su parte, ella siguió el mismo camino por el que había venido. De ese modo tendría tiempo de reflexionar sobre qué hacer para evitar el temible honor que le estaba reservado. Lo mejor sería contarle todo a la reina. Acostumbrada desde antiguo a oponerse a Su Eminentísima, tal vez Ana de Austria la ayudaría a librarse de aquella prueba.

Iba tan absorta en sus pensamientos que no vio a *Mademoiselle* de Hautefort, abrigada entre magníficas pieles, correr hacia ella.

—¿Dónde estabais? —exclamó la Aurora—. ¡Os buscan por todas partes!

—¿Quién puede buscarme? Si no es a vos y al círculo de Su Majestad, no conozco a nadie aquí...

—¿Y por qué no había de ser precisamente Su Majestad?

—¡Si es ella, corramos!

Se disponía ya a hacerlo, cuando Hautefort la retuvo:

—¡Un momento, por favor! ¡Dejadme recuperar el aliento...! ¡Uf! He corrido como una loca cuando *Monsieur* de Nangis me ha dicho que os había visto pasear en dirección al parque. La verdad es que la reina no os reclama. Soy yo quien he querido evitar que hicierais una tontería. ¡No es oportuno ir por allí esta mañana!

—¿Porqué?

En lugar de responderle, la joven hizo otra pregunta.

—¿No habéis encontrado a nadie? —preguntó en tono cauteloso.

—No... es decir, sí. Salía del bosquecillo que veis al fondo y me he caído justo delante del cardenal, que paseaba por ahí con el señor de Laffemas...

—¡Misericordia! ¿Estaba allí? Pero ¿adónde iba?

—Lo ignoro. Hemos cruzado unas palabras, y después Su Eminencia ha vuelto a palacio con su acompañante. Vos, que todo lo sabéis, ¿me diréis que está haciendo aquí el teniente civil de París?

—Si os imagináis que pasa el tiempo en el Châtelet, os equivocáis. Por encima de cualquier otra cosa, está al servicio de la sotana roja para toda clase de trabajos sucios fuera de París. A fin de cuentas, cabecita de chorlito, no ha sido tan mala idea la de ir a pasear a ese rincón. Vuestra conversación debe de haber sido escuchada, y eso habrá permitido a los tórtolos desaparecer discretamente.

—¿De quién habláis?

—Pues del rey, al que decenas de ojos han visto llevar a *Mademoiselle* de La Fayette precisamente al lugar donde os encontrabais. El cardenal no desdeña, de vez en cuando, dedicarse en persona al trabajo de sus espías. Gracias a vos, no habrá llegado a enterarse de una conversación que sin duda le interesaba mucho...

Sylvie se echó a reír.

—Los tórtolos, como les llamáis, no estaban muy lejos, os lo aseguro: exactamente en el interior del bosque de acebos...

—¿Les habéis visto?

—No, pero he oído sus voces y las he reconocido.

—No quería ser indiscreta... Bueno, ¿qué he dicho de extraño? —preguntó, al ver el gesto de desesperación de su compañera.

—¡Hace falta ser joven... o cabeza de chorlito, como os he llamado hace un momento! ¿Habéis tenido ocasión de escuchar cosas que han hecho que Richelieu salga corriendo hasta el fondo del parque, a pesar de sus varias enfermedades, y os habéis tapado virtuosamente los oídos? Querida, debéis saber que en la corte la gente no para de espiarse mutuamente, y que muchos

darían diez años de existencia para sorprender la cuarta parte de la mitad de un insignificante secreto.

—No es mi caso —afirmó Sylvie, que se ruborizó por decir una mentira tan grande; pero, por simpática que le resultara Marie de Hautefort, no quería contarle las pocas frases de amor desesperado que había sorprendido. Le gustaba Louise de La Fayette, tan dulce, tan melancólica, tan dividida entre su deber, su conciencia y su amor, en medio del batallón burlón y a menudo malicioso de las doncellas de honor, y con las miradas de la corte fijas en ella. En cuanto al rey, también le inspiraba piedad porque todos parecían negarle el derecho al amor. Por el bien del Estado, él aceptaba la férula de un hombre terrible cuyo genio (había quien empleaba ese término al referirse a él) se expresaba casi siempre mediante un autoritarismo despiadado.

Iba a tener muy pronto una prueba suplementaria. Cuando recorrían la terraza que domina el Parterre, vieron salir de la puerta Dorada a dos jóvenes, uno de los cuales llevaba las insignias de capitán de una compañía de guardias franceses. Los dos hablaban animadamente, y uno de ellos procuraba calmar al otro. El joven capitán, hermoso como un dios griego, debía de tener unos diecisiete años y parecía muy encolerizado. El eco de sus últimas palabras llegó hasta las dos jóvenes:

—... y he rehusado. Con tanta calma y respeto como he podido, pero he dicho que no.

—¿Te has atrevido?

—Sí, porque me gusta mi libertad. Es demasiado reciente para enterrarla ya, y...

Se interrumpió al ver a las paseantes, se quitó el sombrero y las saludó con la gracia de un bailarín. Su compañero le imitó. Ambas correspondieron a los saludos.

—¡Vaya, *Monsieur* de Cinq-Mars —dijo Hautefort en tono burlón—, os veo muy irritado! ¿Alguien os ha disgustado, o, peor aún, habéis disgustado vos a alguien?... Soy vuestra servidora, *Monsieur* d'Autancourt.

—Ni una cosa ni la otra. Si se hubiera presentado cualquiera de los dos casos no estaría aquí sino en el prado, con la espada en la mano.

—¿Un duelo, vos? ¿Cuándo el cardenal os muestra tanta benevolencia?

El encantador capitán —con su rostro delicado, de mirada intensa y boca sensual— era demasiado novicio para desconfiar de las preguntas de una mujer bonita.

—Acaba de darme una nueva prueba de ella. ¿Sabéis en qué quiere convertirme? ¡En gran maestro del guardarropa del rey!

—¡Vaya! —se extasió la joven—. ¡Un bonito ascenso!

—¡Ah! ¿Eso creéis? ¡Pues yo no opino igual! Ese cargo me obligaría a permanecer continuamente junto al rey, que es el hombre más triste que conozco. Soy demasiado joven para comprometer así mi libertad. Tengo amigos con los que me divierto, señorita, y...

—Y amantes con las que pasáis buenos ratos...

—En efecto. De modo que me he negado de plano.

—¿De plano? ¿Al cardenal? ¿Y no os ha enviado de camino hacia la Bastilla?

—Ya veis que no. El cardenal se ha contentado con sonreír y callar. Es un buen hombre, ¿sabéis?, cuando se sabe tratarle.

—¡No lo quiera Dios! Os lo dejo entero a vos. Somos vuestras servidoras, señor gran maestro.

Insinuó una reverencia de despedida, pero el compañero de Cinq-Mars le pidió, ruborizado:

—¿No me haréis el favor, señorita, de presentarme a vuestra amiga?

Esta vez la sonrisa de la joven fue amplia y sincera.

—Con sumo gusto. Sylvie, os presento al marqués D'Autancourt, hijo del mariscal-duque de Fontsonne. *Mademoiselle* de l'Isle es doncella de honor de la reina.

Desde el momento del encuentro, el joven marqués no había apartado de Sylvie unos ojos dulces bastante expresivos de que la muchacha le gustaba. Él mismo no carecía de atractivo: rubio, delgado, muy joven, con una silueta elegante y ágil que revelaba al hombre acostumbrado al ejercicio corporal; no era tan guapo como su camarada, pero Sylvie lo consideró de inmediato mucho más simpático y le sonrió. Había en el señor de Cinq-Mars un poso turbio de avidez y violencia, y una gracia lánguida que la disgustaba.

Intercambiaron algunas palabras corteses y se separaron. Las dos jóvenes se apresuraron a regresar a los aposentos de la reina. Mientras caminaban, Sylvie se informó:

—¿Quién es ese señor de Cinq-Mars?

—El pequeño protegido de Richelieu, que lo conoce desde la infancia. Es hijo del difunto mariscal d'Effiat, un gran soldado que poseía tierras en América y en Turena, además del magnífico castillo de Chilly, donde el cardenal se aloja con frecuencia. Gracias a él, este joven imberbe es teniente general de Turena, teniente general del gobierno del Bourbonnais y capitán de una compañía de guardias. Si Richelieu toma en sus manos su porvenir, llegará a duque y par, y a uno de los más altos cargos del reino.

—No me gusta mucho.

—Es comprensible. ¡No se parece en nada al señor de Beaufort!

Sylvie se contentó con ruborizarse y no respondió.

Aquella tarde, en el salón de la reina al que había acudido toda la corte, Sylvie volvió a ver al cardenal y sintió una vaga angustia, pero él se contentó con sonreírle sin renovar su petición. Ella sintió alivio.

La estancia en Fontainebleau fue muy breve. Dos días más tarde, el rey decidió bruscamente marchar a Orleans. Luis XIII conocía bien a su hermano y sabía que el miedo lo dominaría en cuanto le viese aproximarse, sobre todo con fuerzas tan formidables. El éxito fue inmediato: *Monsieur* cayó en brazos del rey, juró que al marchar a su villa ducal no deseaba otra cosa que encontrar un poco de reposo lejos del tumulto del Louvre y de París, y sobre todo aseguró que no alimentaba respecto de su real hermano ningún designio contrario a la buena armonía de la familia. Sylvie, por su parte, encontró antipático al duque de Orleans. Era más guapo que el rey y no carecía de cierto encanto, pero le desagradaron su boca blanda y su mirada, siempre errante arriba, abajo, a izquierda y derecha, pero sin detenerse nunca —o muy raramente— en su interlocutor. De hecho, cuando estaba junto a su hermano parecía la copia a la aguada de un grabado al aguafuerte, más insegura y difuminada; y Sylvie comprendió mejor la exclamación de la reina cuando, en el momento de la conspiración de Chalais, le atribuyeron la intención de casarse con su cuñado después de la muerte de su esposo: «Yo no ganaría nada con el cambio».

Aquella misma noche, el rey envió a los generales de sus ejércitos y a los gobernadores de las provincias una carta en la que decía que, al haber recibido de *Monsieur* seguridades sobre su afecto, daba gustoso al olvido la falta que había cometido al retirarse a sus tierras sin el permiso del rey. Una fórmula diplomática para dar a entender que el duque de Orleans había regresado a la senda del deber, y que el enemigo no debía ya esperar ninguna clase de ayuda por su parte.

Sólo faltaba que cada cual volviera a su casa, y mientras *Monsieur* embarcaba en su galeota para descender el curso del Loira hasta Blois, la corte se separó: el rey deseaba volver tan aprisa como le fuera posible a su pequeño castillo de Versailles, y en cambio la reina decidió detenerse en Chartres para rezar a Nuestra Señora e implorar de ella el don del Delfín que no venía. *Mademoiselle* de La Fayette, enferma, había obtenido permiso para volver a París directamente desde Fontainebleau. Quería, además, retirarse por breve tiempo a un convento. El permiso le fue concedido con tanta más

facilidad por el hecho de que sus ojos continuamente enrojecidos por las lágrimas y las noches de insomnio irritaban a la soberana.

Por su parte, Sylvie estaba encantada de volver a París, donde las oportunidades de ver a François eran mucho más numerosas que al albur de los caminos. Allí le esperaba una sorpresa en la forma de una carta de su padrino, pidiéndole que le hiciera una visita en cuanto lo permitiera su servicio.

En efecto, desde hacía seis meses Perceval de Ragueneil no era sino escudero honorario de la duquesa de Vendôme y se había instalado en París, en el elegante barrio del Marais. Una herencia inesperada de un primo apenas mayor que él, soltero y sin más familia, le había proporcionado una considerable fortuna. El primo no amaba en el mundo otra cosa que el mar, y recorría los océanos con una patente de corso, actividad que le proporcionó pingües riquezas y una fea herida de sable. Consiguió regresar a su casa de Saint-Malo para morir allí, y legó su barco, su tripulación y el resto de sus bienes a Perceval, con quien se había peleado más de una vez en su infancia y al que apenas había visto después, pero al que consideraba «el único hombre decente que he encontrado en este jodido planeta».

Para Ragueneil, que únicamente poseía en el mundo su salario de escudero y un caserón medio en ruinas en los alrededores de Diñan, aquello fue un regalo inesperado de la Providencia. Adquirió una libertad nueva. Rico, inteligente, culto, noble y bastante bien parecido, habría podido elegir entre cinco o seis buenos partidos, pero siguió fiel al amor de su juventud y al que había dedicado a Sylvie, a quien consideraba ahora como su hija: quería vivir para ella, porque ella era obra suya en mayor medida que de los infortunados Chiara y Jean de Valaines, cuyos nombres, para protección de su hija, habían quedado sepultados en las tinieblas del olvido. Él le había enseñado todo, sintiendo un placer cada vez más vivo al modelar a aquella niña no muy bonita pero que, al crecer, iba ganando en encanto. Era inteligente, traviesa y dulce, aunque fácilmente irritable, y él no había conseguido atenuar esa irascibilidad de su carácter. Era una polvorilla, y sin duda lo seguiría siendo toda su vida. Por eso le había causado alguna inquietud el saber que iba a convertirse en doncella de honor de la reina.

—Aún no tiene quince años —intentó explicar a los Vendôme—. Es demasiado joven para vivir en la corte.

—¡Tonterías! —replicó el duque César (la escena tuvo lugar en Chenonceau, donde se había retiñido la familia para pasar las fiestas de Navidad)—. Hay jóvenes que se casan a esa edad. *Madame* de Guéméné

sólo tenía doce años en 1604, cuando se casó con su primo. Y Charlotte de Montmorency, hoy princesa de Conde, apenas tenía catorce cuando mi padre la vio danzar en un *ballet* en el Louvre y se enamoró locamente de ella. Esta niña es encantadora, y gracias a vos posee todo lo necesario para hacer carrera en la corte. Estoy seguro de que no le costará nada encontrar un marido...

—¿No hay bastantes gentilhombres en vuestro entorno, monseñor, para buscarle un marido sin necesidad de alejarla hasta ese punto de una casa y una familia en las que tiene depositado todo su afecto?

—A su edad, el corazón no tiene amarras. El de *Mademoiselle* de l'Isle tendrá muchas ocasiones para descubrir motivos de interés. Por otra parte, si como decís está tan apegada a nosotros, nos beneficiará disponer de ojos y oídos en el séquito de la reina.

Perceval era demasiado delicado para insistir. A César, lo sabía, no le gustaba Sylvie, a la que reprochaba no sólo su excesiva libertad de lenguaje, sino sobre todo el amor evidente que profesaba a su hijo François. Un hijo de Francia, aun bastardo, podía aspirar a una alianza muy superior a una muchacha de la pequeña nobleza. ¿No había obtenido él mismo la mano de una princesa de Lorena poseedora de una de las mayores dotes que era posible encontrar? Además, le molestaban las incesantes limosnas de su mujer, que se extendían a todas las clases sociales, incluso y sobre todo a las prostitutas. Le parecía que hacía demasiadas, que habría tenido que mirar más por él, ya que ella conservaba la inapreciable suerte de poder vivir en París y aparecer en la corte con sus hijos, en tanto que él se veía forzado a vivir todo el año en el campo, aunque ese «campo» consistiera en uno de los castillos más bellos de Francia. Había contado cada piedra, cada adorno, y para pasar el tiempo cazaba, bebía, jugaba, o retozaba con algún jovenzuelo local mientras suspiraba por todos los hermosos narcisos de la corte, pulidos, adonizados, tanto o más perfumados que las mujeres, cuya sociedad podían frecuentar sus hijos. Cosa que por otra parte no ocurría, porque ni Mercoeur ni Beaufort habían heredado los gustos helénicos de su padre y ambos encontraban a las mujeres infinitamente más interesantes. Por fin la duquesa había consentido en librarle de una de esas malditas hembras, tal vez precisamente la que más temía porque ni sabía disimular ni se tomaba siquiera la molestia de ocultar la desconfianza que él le inspiraba.

Perceval sabía todo eso, y era una de las razones por las que había elegido alejarse de los Vendôme cuando le había sonreído la fortuna. El odio que César sentía por Richelieu le acompañaba tanto como sus efebos, pero desde luego no le bastaba. Mantenía excelentes relaciones de vecindad con

Monsieur, además de una correspondencia discreta con los enemigos encarnizados del cardenal: el conde de Soissons, refugiado en Sedán junto al temible duque de Bouillon, y *Madame* de Chevreuse, exiliada como él en Turena, pero que no por ello había disminuido su infatigable actividad conspiradora. Y Perceval temía que las tortuosas intrigas del padre fueran causa de desgracias y dolores para sus familiares. César se engañaba si creía que el todopoderoso ministro vacilaría en hacer caer su cabeza si ésta llegaba a resultarle demasiado molesta; el rey, que detestaba a su hermano bastardo, firmaría la sentencia de muerte con entusiasmo. Al menos, de producirse un drama, Sylvie encontraría un refugio natural junto a la persona que, con permiso de la duquesa Françoise, llamaba ahora padrino. Y precisamente pensando en ella se había complacido en arreglar con gusto la pequeña mansión que había comprado en la Rue des Tournelles, en la vecindad inmediata de la Place Royale, centro mágico de la elegancia parisina.

Vivía allí entre libros, servido por su fiel Coentin, que esperaba con paciencia que Jeannette diera el sí a sus proposiciones de matrimonio, y por una vigorosa matrona de cuarenta años, Nicole Hardouin, dotada con todas las cualidades de una buena doméstica y que llevaba su casa con puño de hierro. También ella contaba con un pretendiente eterno, un oficial de justicia del Châtelet, de nombre Desormeaux.

Fue por tanto a esta casa adónde se dirigió Sylvie, en compañía de Jeannette, en una de las sillas de manos que se encontraban en las cercanías del Louvre y que «eran un refugio maravilloso contra los insultos del barro». La escapada encantaba a la joven. Sólo había ido en dos ocasiones a la nueva casa de Perceval, pero guardaba de ella un recuerdo afectuoso. Tal vez porque, acostumbrada desde la infancia a las grandes residencias de los Vendôme —el inmenso *hôtel* de París, Anet, Vendôme, Chenonceau o La Ferté-Alais—, encontraba allí una vivienda de dimensiones humanas: un pequeño edificio con patio y jardín, cuyo portal se abría a la calle y que incluía en el patio una especie de pabellón construido en la época de Enrique IV; en el piso principal, a uno y otro lado de la escalera central de madera bellamente tallada, se abrían una sala bastante grande, un dormitorio y un guardarropa. En el primer piso estaban el gabinete de Ragueneau, atiborrado de libros, y dos habitaciones, una de ellas ocupada por Nicole. Coentin se había instalado encima de la cuadra, en una de las alas que daban al patio, mientras que la otra estaba reservada a la cocina y sus dependencias. En la parte trasera de la casa, se extendían los modestos parterres de un pequeño jardín en torno a una bonita fuente; en los días cálidos, le daba frescor la

sombra de un gran tilo que embalsamaría el aire cuando llegara el mes de junio, y que entretanto hacía las delicias de *Achille*, el gato de la señora Hardouin.

Fue al felino a quien primero encontraron Sylvie y Jeannette. Cruzaba el patio con paso cansino, les dirigió una mirada indiferente y fue a instalarse delante de la chimenea de la cocina con la esperanza de conseguir un adelanto de su comida. Jeannette fue detrás de él para charlar con Nicole en tanto que Corentin, con una gran sonrisa en su apacible cara redonda, acompañaba a Sylvie hasta el gabinete de lectura, donde encontró a su padrino en compañía de un hombre de una cincuentena de años, vestido de burgués con un traje gris de cuello blanco vuelto, y que a su entrada volvió hacia ella un rostro estrecho y alargado por una barbita entrecana, como el bigote. Había colocado sobre un taburete su sombrero de copa alta ceñido por un cordón negro y su amplia capa, y estiraba hacia el fuego de la chimenea sus pies calzados con grandes zapatos de hebilla. Perceval y él parecían absortos en una conversación de la que no estaba excluida la política, porque Sylvie pescó al vuelo los nombres del duque de Orleans y del conde de Soissons, pero que su entrada cortó en seco. El visitante se puso en pie y anunció que debía despedirse.

—No tengáis tanta prisa, amigo mío —protestó Ragueneil—. Dejadme al menos presentaros a mi ahijada, *Mademoiselle* de l'Isle. Sylvie, he aquí un hombre que ha dedicado su vida al bien de los demás: Théophraste Renaudot, médico, filántropo y, desde hace unos seis años, editor de nuestra querida *Gazette* —añadió, tomando de la mesa el cuadernillo de ocho hojas cuya aparición aguardaban los parisinos con impaciencia todas las semanas—. No tiene más que un defecto —concluyó Perceval entre risas—, ¡adora al cardenal!

—No exageréis —sonrió el hombre mientras intercambiaba con Sylvie los saludos de rigor—. No lo adoro, pero le debo mucho porque fue el padre Joseph, su consejero íntimo, quien me sacó de mi Loudun natal y me trajo a París. Aquí he conseguido, gracias a él, más o menos todo aquello por lo que suspiraba. ¡Oh! Ya sé —añadió mientras se envolvía en la capa— que es de buen tono, si se quiere brillar en el gran mundo, abominar de Su Eminencia, y admito que se trata de un hombre de hierro, pero espero sinceramente que llegará el día en que se haga justicia a sus altas miras políticas. En su cabeza no hay más que una idea: Francia, en tanto que los príncipes e incluso la reina estarían dispuestos a convertir el reino en una colonia española como Cuba, México o el Perú.

—No cabe duda de que tenéis razón, amigo mío, pero me gustaría que no interviniese tanto en la vida privada de otras personas... Es tarde, os acompaño. Calientate junto al fuego, Sylvie. Vuelvo enseguida.

La joven se desprendió de su gran capa con capucha forrada de vero y de sus guantes de piel, y acercó un taburete para sentarse al calor de las llamas, hacia las que tendió manos y pies, helados a pesar de su protección.

Cuando volvió al gabinete, Perceval se detuvo unos instantes en el umbral para observarla con detenimiento. Ella se dio cuenta de su presencia y se volvió:

—¿Qué hacéis ahí en lugar de sentaros en vuestro sillón?

—Te miro. Tienes más que nunca el aspecto de un gatito. ¿Eres feliz en la corte?

—Feliz es una palabra muy grande, pero reconozco que es más agradable de lo que me temía. La reina es buena y amable, y... la creo muy desgraciada debido al amor del rey por *Mademoiselle* de La Fayette. Que a su vez llora continuamente y tampoco es feliz. Por lo demás, aunque no estoy en las mejores relaciones con las doncellas de honor, por lo menos tengo una amiga.

—¿Quién?

—*Mademoiselle* de Hautefort. Es bella, valerosa, muy insolente y leal a nuestra ama.

—Eso está bien. Podías haber elegido peor.

—¡Oh, fue ella quien me eligió! Y ahora, padrino, decidme, por favor, a qué debo el placer de veros.

Perceval se echó a reír.

—¡Diablos! ¡Qué rápidamente has captado el tono de la corte! Pero es verdad que no te he hecho venir para intercambiar madrigales —dijo, repentinamente serio, al tiempo que se sentaba junto a su ahijada y tomaba entre las suyas una de sus manos—. ¿Conoces a un tal señor de La Ferrière?

—No. ¿Quién es?

—Un oficial de la guardia del cardenal. Ha pedido tu mano a *Madame* de Vendôme, que me ha rogado que te lo hiciera saber.

—¿Mi mano? ¿Eso significa que quiere casarse conmigo?

—No hay otra traducción posible.

—¿Y... qué ha contestado la señora duquesa?

—Que te daba plena libertad de elección y nunca te obligaría a nada. Y que además, yo soy tu tutor.

—Muy bien, perfecto. No hay nada más que hablar.

—¡Oh, sí! Hay que hablar, porque ese La Ferrière va a hacer toda clase de esfuerzos por gustarte, y podría llegar a conseguirlo: no tiene un aspecto desagradable, y sin duda el cardenal hará de él un partido envidiable...

—¿Queréis decir que yo podría mirarle con agrado cuando lo conociera?

—Exactamente. Ahora bien, Sylvie, en ningún caso debes aceptar entregarle tu mano. Por esa razón *Madame* de Vendôme ha querido que sea yo, y no ella misma, quien hable contigo.

—¿No es un poco extraño?

—No, porque yo sé con toda exactitud quién es ese personaje, y en cambio la señora duquesa no sabe más que lo que yo le he dicho. En el actual estado de cosas, ella se ha limitado a responder que, en cualquier caso, os consideraba un poco joven para el matrimonio.

—¿Y es verdad?

—En absoluto. Muchas muchachas se casan a los quince años. La reina sólo tenía catorce. Y el rey también, por cierto, pero volvamos a tu pretendiente. No debes permitir a ningún precio que te seduzca.

La joven dejó escapar una risita alegre.

—¿Seducirme? Nadie puede seducirme. Sabéis bien que sólo amo y amaré siempre a François.

—Son cosas que se dicen cuando se tiene tu edad. Con el tiempo, se cambia.

—Yo no cambiaré.

—Sin embargo, sería preferible que lo hicieras, Sylvie. Aparte de que no se casará contigo, es incapaz de ser fiel a una sola mujer. Dicen que está enamorado de *Madame* de Montbazon, de *Mademoiselle* de Borbón-Condé, y de no sé cuántas más...

—Ninguna de ellas cuenta porque en realidad sólo ama a una mujer, ¡a la reina!

—¡Pequeña tonta! ¡Haz el favor de no decir esas cosas! ¡Ni siquiera aquí!

—Sin embargo, es la verdad —suspiró Sylvie triste, pero se repuso y dirigió a Perceval una mirada que volvía a ser límpida—: Volvamos a nuestro tema, ¿por qué no debo escuchar a ningún precio las súplicas del señor de La Ferrière? ¿Y por qué sois vos quien debe hacérmelo saber?

—Porque... te quiero mucho, y tú, o al menos así lo espero, también me quieres un poco.

Sylvie dejó su taburete y fue a sentarse a los pies de su padrino para apoyar la cabeza en sus rodillas.

—Mucho más que eso, y sabéis bien que os escucharé siempre.

Conmovidamente, él acarició los sedosos cabellos castaños.

—En ese caso, procura creerme sin obligarme a contarte nada más.

—¿Porqué?

Él dudó y luego dijo, sin responder a la pregunta:

—¿Te acuerdas un poco de tu primera infancia? Quiero decir, antes de que François te llevara a la casa de su madre.

La joven cerró los ojos para concentrarse.

—Un poco sí... Recuerdo una bonita casa con árboles, a una mujer joven y hermosa que era mi madre... y también a mi nodriza, que era la madre de Jeannette... y luego sucedió algo horrible, pero impreciso, que no puedo explicar...

—¿Jeannette no ha hablado contigo alguna vez de esa época? —preguntó Perceval inquieto. Mucho tiempo atrás había hecho jurar a la criada que no hablaría nunca del castillo de Valaines, a fin de proteger a Sylvie de una verdad que tal vez fuera preciso revelar algún día, pero mejor cuanto más tarde.

—No. Dice que no se acuerda de nada... ¡pero estoy segura de que miente!

—Pues bien, haz como si te estuviera diciendo la verdad y no le preguntes. Más adelante te lo contaré yo mismo, cuando lo crea oportuno. Has de saber únicamente que La Ferrière está relacionado con esa cosa terrible que tratabas de recordar hace un instante. ¿Te bastará con eso?

Ella se levantó para rodear con sus brazos el cuello de su padrino y besar su mejilla:

—¡Me conformaré! Y ahora, tengo que marcharme. Es hora de volver al Louvre. Podéis estar tranquilo: no haré nada que pueda disgustaros o apenaros.

Cuando Sylvie hubo partido, Ragueneau reflexionó un momento y luego se sentó a la mesa, cortó una pluma de oca, la mojó en tinta y escribió. Después secó el escrito con arena, lo selló y llamó a Corentin:

—Ten. Encuentra al duque de Beaufort y entrégale esto. ¡Tengo que verlo lo más pronto que pueda!

Luego volvió a sentarse en su sillón y meditó largo tiempo, con los ojos fijos en el fuego de la chimenea.

VI

EN EL PALAIS-CARDINAL

Sylvie no tardó mucho en conocer al que, por una oscura razón sólo conocida por él mismo, acababa de pretenderla en matrimonio.

Aquella tarde había fiesta en el Louvre. Sus Majestades recibían al duque de Weimar, un príncipe protestante. En la Gran Galería construida antaño por Catalina de Médicis en el lugar que ocupaba un lienzo de la muralla de Carlos V que unía el Louvre con su castillo de las Tullerías, los comediantes del Marais representaban *Le Cid*. El viejo Louvre estaba iluminado desde los jardines hasta los techos, y miles de velas ardían en sus aposentos. La corte había acudido al completo, y por primera vez la nueva doncella de honor pudo admirarla en todo su esplendor. Hombres y mujeres competían en lujo y elegancia. Por doquier se veían rasos, brocados, telas y encajes de oro o plata, lazos, plumas y bordados de realce que servían de marco a una profusión de perlas y pedrerías multicolores.

El propio rey, que, sin llegar al descuido célebre de su padre, gustaba de vestir con sencillez, brillaba como un sol, aunque sin llegar a eclipsar a los dos polos de atracción de la velada, la reina y el cardenal de Richelieu: dos siluetas resplandecientes, ambas vestidas de púrpura. No se sabía qué resultaba más impresionante, la sotana de muaré escarlata sobre la que destellaba una gran cruz del Espíritu Santo en diamantes, o el vestido de brocado de Génova de Ana de Austria, que, por una vez, había elegido los mismos colores de su enemigo a fin de no dejar que acaparara las miradas. Y lo consiguió a la perfección, porque al esplendor de su vestido añadía el brillo de su belleza. La banda de encaje escarchado de pequeños diamantes que encuadraba el escote profundo de su vestido dejaba admirar la blancura de su garganta, sobre la que reposaba un fabuloso collar compuesto por grandes rubíes en forma de pera y un asombroso conjunto de diamantes cuadrados, regalo de boda del rey de España, su padre, pero que debido a su tamaño no

había podido llevar más que después de llegada a la edad adulta. Una diadema y seis pulseras a juego completaban un atuendo de un esplendor casi bárbaro y hacían de ella un ídolo ante el cual parecía natural caer de rodillas. Pero algunos creyeron entender que la reina, al lucir únicamente joyas españolas y excluir las que le había regalado su marido, espléndidas también, y al hacerlo para asistir a una obra de teatro «española» en compañía de un príncipe alemán, se estaba permitiendo el lujo de lanzar un desafío.

Marie de Hautefort no se dejó engañar, y tampoco Beaufort cuando acudió, vestido de tisú de oro y terciopelo castaño oscuro, a saludar a su soberana.

—Estáis milagrosamente bella, señora —dijo con emoción—. Al veros de tal manera adornada, quisiera caer a vuestros pies y rezar, rezar para que os dignarais conceder una mirada amable al infeliz así prosternado.

—¿Tendréis queja de la que os concedo? —respondió ella con una sonrisa que formó un nudo en el estómago de Sylvie.

Al mismo tiempo, tendió una mano cargada de anillos sobre la que él posó sus labios mientras hincaba la rodilla en tierra. La escena no pasó inadvertida al rey.

—¿Por qué servicio, señora, recompensáis tan generosamente a mi sobrino Beaufort? —dijo con un tono en el que vibraba una nota de cólera. Pero su esposa no se inmutó.

—¡Por un cumplido bien expresado, Sire! Eso es algo que nunca deja de tener valor a los ojos de una mujer, por más reina que sea.

—Por mi parte me hace muy desgraciado no haber sabido encontrar, antes que el señor de Beaufort, las palabras capaces de proporcionarme semejante favor —dijo el cardenal, que se había acercado.

—¿Acaso no sabe Vuestra Eminencia que corresponde a las reinas arrodillarse delante de la Iglesia? Lo contrario no tendría ningún sentido —respondió ella con un imperceptible encogimiento de hombros que, sin embargo, no escapó a la mirada del ministro, en la que brilló una chispa peligrosa.

Pero la escaramuza no pasó de ahí: los comediantes pedían respetuosamente, por medio del maestro de ceremonias, permiso para empezar. Cada cual se acomodó en su lugar ante la escena, que ocupaba todo el ancho de la galería y se cerraba mediante un gran telón de terciopelo.

Olvidando la punzada de dolor que acababa de sentir, Sylvie se apasionó con la obra del señor Corneille. La belleza de los versos la encantó tanto como la dramática historia de los dos amantes separados por las inflexibles

leyes del honor. Mondory, el director del grupo, era un magnífico Rodrigo, y Marguerite Guérin una sublime Jimena. La mayor parte del auditorio había visto ya *Le Cid* en el teatro del Marais, pero no por ello dejó de aclamar con entusiasmo desde que el rey dio la señal para que empezaran los aplausos. Y lo hizo con calor, además: le había gustado aquel drama heroico y prometió a la reina, gozosa, que lo haría representar de nuevo para ella. Richelieu, por su parte, anunció que también él daría algunas representaciones en el Palais-Cardinal, y que el autor recibiría una pensión. Sólo los aplausos entusiastas del duque de Weimar debían ser puestos en cuarentena: el buen hombre, arrullado por la música de unos versos que no siempre comprendía del todo, se había quedado dormido profundamente durante la representación.

Entre las doncellas de honor reinaba una gran excitación.

—Es tan bello que podría despertar el amor de la mujer más fría —dijo una.

—¡He creído llegar al éxtasis al menos una docena de veces! ¡Ah! «*Percé jusques au fond du coeur d'une atteinte imprévue aussi bien que mortelle...*»^[19] —añadió la vecina.

—¡Nunca se han escuchado sentimientos más nobles! ¡Ah, podría morirme ahora! —suspiró una tercera—. ¡Ved qué conmovida está nuestra reina!

—*Monsieur Boileau* ha escrito: «Todo París mira a Jimena con los ojos de Rodrigo» —dijo Marie de Hautefort, más conmovida de lo que deseaba admitir, y que reía para ocultar su emoción—. Pero también podríamos decir que todas las mujeres ven a Rodrigo con los ojos de Jimena. Y vos, gatita —añadió volviéndose hacia Sylvie—, ¿qué habéis sentido?

—¡Lo mismo que vos! Es tan hermoso que en varias ocasiones me han venido las lágrimas a los ojos.

—Y bien, señoritas, parece que habéis apreciado los versos del señor Corneille —dijo una voz profunda que hizo que aquel bello coro se estremeciera y perdiera la compostura, como solía suceder a todas las personas que se encontraban de súbito en presencia del cardenal. Tan sólo Marie de Hautefort, sin dar muestras del menor nerviosismo, hizo frente a la situación:

—Espero que sea asimismo la opinión de Vuestra Eminencia. ¡Es bien conocida la infalibilidad de vuestro gusto en materia de arte y literatura! ¿Os proponéis tal vez hacer ingresar a nuestro autor en la Academia?

Los grandes hombres no están libres de pequeñas debilidades. La adulación de la Aurora hizo sonreír a Richelieu:

—¡Veremos! Es cierto que se trata de una gran obra... aunque puede señalarse alguna ligera debilidad en los versos. ¿Cómo es que no veo a *Mademoiselle* de La Fayette?

—Está enferma —acudió al relevo *Mademoiselle* de Chémérault, a la que la presencia del ministro no atemorizaba por mucho tiempo—. Tenía tan mal aspecto hace un rato que la reina le ha aconsejado insistentemente que reposara un poco. De hecho —añadió audazmente la joven—. Su Majestad de seguro que no deseaba ver a su doncella y al rey intercambiar a distancia suspiros y miradas lánguidas.

—¡No creo que a la reina le agrade vuestro comentario, *mademoiselle*! —replicó Hautefort, cuyos grandes ojos azules despedían rayos.

La sonrisa de Richelieu, que la contemplaba con visible placer, la obligó a contenerse.

—¿Quién no comprendería a la reina? ¡Sobre todo en presencia de un príncipe extranjero! ¡Ah, *Mademoiselle* de l'Isle, no os había visto! Es verdad que todo se oscurece un tanto cuando se alza la Aurora. ¡Sin embargo, estáis encantadora! —añadió al tiempo que recorría con su mirada de entendido el vestido de espesa seda blanca bordado con florecitas de plata, regalo de Elisabeth de Vendôme, que Sylvie se ponía por primera vez y que le sentaba de maravilla.

Un cumplido siempre agrada, pero ella se ruborizó hasta la raíz del pelo cuando la mirada de Su Eminencia se detuvo insistentemente en el amplio *décolleté*. A Richelieu le gustaban las mujeres; era algo conocido, y corrían algunas historias al respecto por los «pasillos» frecuentados por las chismosas de la corte. Para disimular su vergüenza, la joven se inclinó en una reverencia.

—Doy las gracias a Vuestra Eminencia —murmuró.

—¿Por qué? Es a Dios a quien debemos dar las gracias por haberos creado para el placer de la vista. Permitid, por otra parte, que os presente a uno de mis fieles, que me lo ha suplicado porque os admira. Aquí tenéis al barón de La Ferrière —añadió al tiempo que se hacía a un lado para dar paso a la persona que su alta silueta roja había ocultado hasta ese momento—. Es oficial de mis guardias, pero esta noche no está de servicio. Saludad a *Mademoiselle* de l'Isle, querido Justin, ella lo permite.

Sylvie estuvo a punto de decir que ella no había permitido nada en absoluto, pero juzgó prudente no atraerse el enfado del cardenal por un asunto tan nimio. Respondió al saludo del recién llegado pensando que Perceval se equivocaba al atormentarse así: aunque no la hubiera puesto en guardia contra el personaje, éste la habría disgustado a primera vista. Tenía ante ella a seis

pies de terciopelo verde guarnecido de trencilla, bordado, adornado con nudillos rojo y plata, con cuello y cañones de encaje. Por encima de todo ello, una barba rojiza no del todo desagradable, y que tal vez incluso le habría gustado si la boca fuera menos blanda y los ojos verdes no tan huidizos. Al saludarla, él le dedicó un cumplido del que ella no llegó a entender la mitad, tan rebuscado era, y que el cardenal no tuvo la paciencia de escuchar hasta el final: se alejó, e hizo refluir así el batallón de doncellas de honor, devoradas por la curiosidad. Sylvie se sintió fascinada por las manos del barón, verdaderas palas de lavar ropa que asomaban entre delicados manguitos de encaje.

Anunciaron la cena, y La Ferrière concluyó con la petición de ser autorizado a conducirla a la mesa y acompañarla en ella. La pobrecilla, que pensaba dar por concluido el encuentro con alguna banalidad, no esperaba aquello. Por supuesto, no tenía el menor deseo de acabar la velada en compañía de aquel soldadote y, no sabiendo qué responder, buscó con la mirada una tabla de salvación, pero la reina estaba ya fuera de la galería, y lo mismo ocurría con sus compañeras. La Ferrière tomó su silencio por aceptación, y se apoderaba ya de su brazo para llevársela cuando una voz cálida, precisa y bien timbrada, se hizo oír a espaldas de Sylvie:

—Mil perdones, señor, pero me corresponde a mí el honor de acompañar a *Mademoiselle* de l'Isle al banquete.

Soberbio, arrogante, con una sonrisa burlona de lobo que dejaba ver la blancura de sus dientes, François de Beaufort acababa de aparecer junto a Sylvie, cuyo brazo liberó con un gesto firme. El otro hizo una mueca, tratando sin mucho éxito de ocultar su disgusto.

—Señor duque —balbuceó—, resulta asombroso que un príncipe tan grande se preste a ser el caballero de una simple doncella de honor.

—¡Asombraos pues, querido! Pero también sería lícito preguntarse de dónde salís vos, para ignorar que una mujer bonita tiene derecho a todos los homenajes, ¡incluso a los de un rey! Preguntádselo, si no, a *Mademoiselle* de La Fayette.

—*Mademoiselle* de La Fayette pertenece a una gran casa...

—*Mademoiselle* de l'Isle, pupila de mi madre, pertenece a la de Vendôme, y yo siento por ella el más tierno afecto. ¡Por eso no tengo el menor deseo de verla en compañía de uno de los chusqueros del cardenal!

La Ferrière se puso de color grana y buscó maquinalmente a su costado una espada ausente:

—Me responderéis de vuestras palabras —gruñó.

—¿Un duelo? ¿Con vos? ¡Bromeáis! ¿Qué diría vuestro buen amo si sus propios guardias quebrantaran su edicto favorito, el que le permitió hacer caer la cabeza de un Montmorency? Servidor vuestro, señor, os deseo buenas noches.

Se echó a reír en las narices del barón y levantando la mano de Sylvie, que no había soltado, la condujo por el *parquet* en dirección a la gran estancia transformada por una noche en sala de banquete. Sylvie se sentía flotar. Ella también reía, y mientras seguía el rápido paso de François, su amplio vestido se hinchaba como un globo y sus rizos bailaban a lo largo de sus mejillas. Tenía la impresión de estar volando hacia el paraíso...

—¿Cómo habéis adivinado que ese hombre me importunaba, monseñor? Siempre aparecéis en el momento preciso...

—Es que lo vigilaba, mi querida niña. ¡Cuándo pienso que ese cernícalo se proponía convertirnos en su esposa! ¡Parece mentira!

—Pero ¿cómo sabéis eso? ¿Fue la señora duquesa quien os dio la noticia?

—No, por cierto. Fue Ragueneil. La otra noche me mandó recado pidiéndome que pasara por la Rue des Tournelles. Estaba inquieto y me lo contó todo.

Sylvie se detuvo en seco, obligando a su caballero a hacer lo mismo.

—¿Y os encargó que cuidarais de mí? —murmuró, aterrizando bruscamente en el suelo desde su nube. ¡Había sido tan maravilloso creer que él volaba espontáneamente en su auxilio!

—¡Es muy natural, porque yo frecuento la corte y él no! Pero de todas formas, prevenido o no, nunca habría permitido a ese cernícalo plantar sus garras sobre... mi gatita.

—¡Vos también! —gimió Sylvie, consternada—. ¡Muy pronto todo el mundo me llamará así!

—En primer lugar, ni yo soy todo el mundo, ni lo es la reina. Y tampoco lo son *Mademoiselle* de Hautefort y las demás personas que te aprecian en este palacio. —La miró con una pequeña llanita en el fondo de sus ojos azules que calentó el corazón de Sylvie—. El nombre te sienta bien —continuó, llevándose a los labios la mano que seguía sin soltar—. Tienes toda la gracia, la espontaneidad, la suavidad de un gatito. Dicho eso, Sylvie, tienes que prometerme que me avisarás si ese La Ferrière se obstina en rondarte.

—¿Y qué haréis? ¿Retarle a un duelo? Os arrestarían antes incluso de haber llegado a cruzar los aceros. Richelieu se alegraría mucho de tener una oportunidad de poneros la mano encima. Ese hombre probablemente es uno de sus favoritos...

—¡En tal caso, tiene muy mal gusto! Pero no te preocupes de lo que pueda hacer yo. ¡Prométemelo, y basta!

—¡Pero si no paráis quieto! ¿Cómo estaré segura de llegar hasta vos? Además, pronto llegará la primavera, y con ella la reanudación de la guerra con España. Regresaréis al ejército...

El rostro de Beaufort se ensombreció de repente, y se endureció.

—No. Sabes hasta qué punto se sospecha de nosotros aquí. Mi padre sigue en el exilio. Sólo mi madre, mi hermana, mi hermano y yo somos tolerados en la corte, donde la reina sigue recibiéndonos amistosamente. ¡Pero se nos niega el derecho a combatir por nuestro país! —concluyó con amargura.

—¿Cómo? ¿No se os permite regresar al frente? ¿Después de vuestra hazaña en Noyon?

En efecto, el otoño anterior François, siempre tan atolondrado como valiente, se había lanzado a caballo, solo, empuñando la espada, con su cabello rubio y su camisa al viento, contra las trincheras españolas dispuestas ante Noyon. Por supuesto, los demás le habían seguido y habían acabado por obtener la victoria. Aquella insensatez le había valido una herida y la admiración del rey.

—Se llegó a decir incluso que Su Majestad quería nombraros capitán general de su caballería.

—¡Me habría hecho tan feliz! Pero el cardenal se opuso, porque precisamente en Noyon estuvo a punto de ser asesinado. *Monsieur* y nuestro primo, el conde de Soissons, a cuyo ejército habíamos sido agregados Mercoeur y yo, planeaban apuñalarlo, pero cuando el sicario se acercaba ya, *Monsieur* se espantó y lo denunció. Después de lo cual, Soissons y él se dieron a la fuga... ¡y adiós mi nombramiento de capitán general! Ni mi hermano ni yo estábamos al corriente de ese proyecto, pero eso no impidió que nos hicieran pagar igual que si fuésemos culpables. Se nos ha prohibido alistarnos en ninguno de los ejércitos, y el rey (¡debería decir el cardenal!) se ha opuesto al matrimonio de Mercoeur con la hija de nuestro amigo el duque de Retz.

—¿En qué podría disgustarle ese matrimonio?

—¡Bretaña, gatita, Bretaña! Retz posee Belle-Isle, una importante plaza estratégica. ¡El cardenal nunca permitirá que se instale en ella un Vendôme!

—¿No es allí donde pasabais antes las vacaciones?

La mirada de François se extravió de súbito.

—¡No sabes lo que es Belle-Isle, Sylvie! No conozco un lugar más bello, más libre... Un país de clima suave, defendido por un cinturón de rocas

salvajes en las que rompe el mar sin conseguir nunca desgastar su granito. Los colores del océano son más ricos que en ningún otro lugar, y en el fondo de los valles recorridos por arroyos plateados, los árboles son los de un clima más meridional... los mismos que hay en mi principado de Martigues. Si pudiera llevarte allí, comprenderías por qué amo tanto Belle-Isle, el lugar donde puedo imaginar que soy dueño del mundo entero. Y nunca volveré...

Se repuso con una brusca sacudida de hombros, como si quisiera librarse de la ensoñación a que se había dejado arrastrar, y tomó de nuevo la mano de su compañera:

—¡Ven, aprisa! Me muero de hambre, y si tardamos mucho no nos quedarán ni siquiera las sobras.

—¡Un momento, por favor! Sois amigo del conde de Soissons, que además es vuestro primo. ¿Por qué no reuniros con él en Sedán?

—¿E incurrir en el delito de rebelión contra el rey? ¿Pactar con los españoles a los que acabo de combatir? Deseo poner mi espada al servicio de un príncipe francés, no al de uno extranjero. Por eso prefiero la inacción, ya que el rey prescinde de mí...

—Y además —dijo Sylvie con un asomo de severidad en su acento—, por encima de todo no tenéis el menor deseo de alejaros de la reina, ¿no es así?

Él no respondió, pero por su incomodidad ella comprendió que había acertado. Sin embargo, en lugar de enfadarse con él, pensó que era digno de compasión, atrapado como estaba entre los furores de un padre que soñaba con eliminar de un golpe tanto al rey como al cardenal, y su amor por la reina, que le obligaba a toda clase de miramientos con el uno y el otro.

Reemprendieron la marcha más despacio y en silencio. Sylvie no advirtió al joven que les había seguido desde la Galería con la esperanza de que Beaufort encontraría a alguien y le dejaría su lugar al lado de la muchacha. Cuando llegaron a la sala del banquete, Jean d'Autancourt giró sobre los talones y se alejó...

Unos días más tarde, Sylvie cantaba para la reina en medio de un círculo de damas atentas cuando entró el rey sin hacerse anunciar. La canción se apagó súbitamente en la garganta de la joven, que se apresuró a incorporarse para saludar a su soberano.

—¡No os mováis, señoras! —dijo éste—. ¡No os mováis! Y vos, *Mademoiselle* de l'Isle, continuad. Precisamente de vos he venido a hablar a vuestra ama.

—¡Dios mío! ¿Qué ha hecho para que vengáis aquí con tanta urgencia, Sire? —preguntó Ana.

—Nada grave, tan sólo que todavía no ha accedido al deseo del cardenal de que cante para él.

La reina frunció el entrecejo.

—Mis doncellas de honor no están a la disposición del cardenal —dijo con sequedad—. *Mademoiselle* de l'Isle me contó su encuentro con Su Eminencia y... la súplica que él le formuló, porque no cabe hablar de una orden. Fui yo quien se negó a dejarla ir al Palais-Cardinal. ¡Es demasiado joven para aventurarse así en una casa llena de hombres!

—¿La casa de un servidor de Dios? ¿Correría allí más peligros que en una iglesia? En casa del cardenal hay sobre todo clérigos.

—Hay sobre todo guardias, espías de todos los pelajes y gente poco recomendable. ¿Por qué no enviáis allí a *Mademoiselle* de La Fayette, que con tanta frecuencia ha cantado para nosotros y cuya voz apreciáis?

—Me da la impresión de que desde hace algún tiempo la estimáis menos que antes. En cualquier caso, no es a ella a quien reclama el cardenal. Sabéis muy bien cuánto le gustan las novedades. ¿No podríais darle ese placer?

—¿Por qué habría de hacerlo cuando su intención constante es la de perjudicarme?

La cólera empezaba a asomar en la voz de la soberana, y a poner un deje español en su acento. Se preparaba una escena. En ese momento Marie de Hautefort, con su habitual desenvoltura, intervino en la discusión:

—Con el permiso de Vuestras Majestades, ¿puedo sugerir una solución?

La mirada de Luis XIII, llena de dureza en el instante anterior, se suavizó al posarse en la que había amado.

—Hablad, señora.

—Su Majestad la reina tiene razón al decir que *Mademoiselle* de l'Isle es demasiado joven para ir sola a la casa del cardenal. Por tanto, propongo acompañarla yo misma.

El rey se echó a reír, algo muy raro en él.

—¡Vaya con la fiera guerrera! En verdad, no creo que nadie se atreva a atacar a *Mademoiselle* de Hautefort ni a su compañera. Si esta solución es de vuestro agrado, señora, yo la respaldo gustosamente, y añadido que incluiré a uno de mis guardias, el pequeño Cinq-Mars.

Al cardenal le gusta particularmente esa linda flor cortesana. La reina se vio obligada a ceder.

—En tal caso, ¿por qué no? Pero a condición de que *Mademoiselle* de l'Isle esté también de acuerdo. ¿Qué decís vos, gatita?

—Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad —respondió Sylvie.

El incidente quedó zanjado. El rey mostró su satisfacción con un pellizco en la mejilla de la joven y luego, siguiendo su costumbre, fue a reunirse con *Mademoiselle* de La Fayette en el vano de la ventana.

Al atardecer del día siguiente, Sylvie y su compañera emprendieron a pie el camino hasta el Palais-Cardinal.

Era un rectángulo noble y tranquilo, un palacio colocado sobre un dibujo de jardines flanqueados por casas antiguas a cuyos propietarios iba expropiando poco a poco Richelieu con el fin de agrandar sus parterres y setos. Sobre todo, un palacio nuevo y flamante cuyas piedras claras y grandes ventanales de cristales brillantes acentuaban la vejez del Louvre y la suciedad de sus vetustas murallas, a pesar de que se habían derribado las torres y los lienzos del ala Norte para rehacer el perímetro y las construcciones de la Cour Carrée, con la consecuencia de que por ese lado el panorama estaba dominado por los escombros, los bloques de piedra y los andamios. Todo ello —el nuevo palacio y las obras en curso— incumbía a Jacques Lemercier, el arquitecto del cardenal, que desde hacía diez años se veía absorbido por aquella inmensa obra. Había atendido a lo más urgente al dedicarse en primer lugar a la residencia del cardenal, pero al mismo tiempo reconstruía la Sorbona, continuaba el Val-de-Grâce y levantaba la iglesia de Saint-Roch. En la actualidad era un hombre extenuado, pero Richelieu tenía razones para estar satisfecho: su palacio era una obra maestra.

Conocedora ya del lujo de aquel lugar —había venido dos años antes cuando, para la inauguración del pequeño teatro del ala oriental, Richelieu había dado una fiesta, un gran *ballet* mitológico en el que tuvo lugar una suelta de pájaros en honor de la pequeña *Mademoiselle*, la hija de Gastón d'Orleans—. Marie de Hautefort se contentó con apreciar los cambios sobrevenidos después, pero Sylvie abrió unos ojos como platos. ¡Aquella mansión parecía mucho más regia que el Louvre! Además de los veinticinco jardineros que, en los jardines, se atareaban en la preparación de la llegada de la primavera, el servicio uniformado con librea roja era numeroso, y el interior del palacio fastuoso. No había nada que no fuera de gran calidad, desde las pinturas firmadas por Rubens, Perugino, Tintoretto, Durero, Poussin y otros maestros, hasta las alfombras tejidas con hilo de oro y seda, pasando por los mármoles y los bronce antiguos, y las admirables tapicerías que narraban la historia de Lucrecia, sin olvidar los muebles de marquetería, las estatuillas preciosas, la abundancia de cristales, lapislázulis, ágatas, amatistas, zafiros, perlas incrustadas en oro y plata para formar obeliscos, espejos, globos, candeleros y joyeros. Una cueva de Alí Baba, incluso para una

muchacha acostumbrada a mansiones magníficas. Su mirada asombrada tropezó con la del joven Cinq-Mars, que le sonrió:

—El cardenal es titular de numerosos beneficios eclesiásticos, abadías y otros, de los que proviene su fortuna. Es bello, ¿no es así?

—¡Casi demasiado!

—¿Advierto una ligera crítica en vuestra voz? Por mi parte, pienso que nada es demasiado bello si contribuye a embellecer la vida... ¡o a la persona!

Él mismo era un modelo perfecto de elegancia, y aunque su traje de terciopelo conservaba unas hechuras vagamente militares, su tahalí bordado de oro y perlas finas valía sin duda una fortuna. Además, de cada uno de sus gestos parecía emanar un aroma suave.

En el primer salón encontraron a *Madame* de Combalet, que en casa de su tío oficiaba de ama de llaves, o de ama sin más, según las habladurías. No por ello dejaba de ser la imagen misma de la respetabilidad en su forma de vestir, y exhibía un luto lujoso —su esposo había fallecido después de pocos meses de matrimonio— que realzaba su belleza.

La aparición de *Mademoiselle* de Hautefort no pareció alegrarla demasiado, y en cambio ofreció a Cinq-Mars una cálida sonrisa.

—No sois, que yo sepa, pariente de *Mademoiselle* de l'Isle. Entonces, ¿por qué la habéis acompañado, estando yo aquí para recibirla?

Hacía falta una artillería más pesada para hundir los baluartes de la Aurora. Alzó su bonita nariz y miró de arriba abajo a la dama, de menor estatura que ella.

—Precisamente porque no tiene ningún pariente, la reina considera oportuno que vaya acompañada. Es demasiado joven para andar por las calles sin protección.

—Podíamos haber enviado a alguien a buscarla.

—Pero no lo habéis hecho, y ya no tiene remedio. Ahora...

—Ahora tened la bondad de esperar en este salón en compañía del señor de Cinq-Mars. Su Eminencia no desea compartir con nadie el placer que se promete... ¡Dadme esa guitarra!

Fue preciso obedecer, pero por la cólera que llameaba en sus grandes ojos, era evidente que la orgullosa joven no estaba habituada a esperar en las antecámaras. De mal humor, se dejó caer en un sillón mientras Cinq-Mars, también molesto, se arrellanaba en otro e indicaba un tercero al paje que había traído la guitarra desde el Louvre.

Guiada por *Madame* de Combalet, Sylvie atravesó una galería poblada de estatuas de hombres ilustres, entre las que la única mujer era Juana de Arco,

antes de llegar al gabinete en que la esperaba Richelieu, sentado junto al fuego, con un gato en su regazo y otro apaciblemente dormido en el almohadón en que reposaban los pies de su amo. Parecía cansado y el color amarillento de su tez era el de un enfermo, pero acogió a su visitante con gran amabilidad:

—Su Majestad es infinitamente buena por haber consentido en separarse de vos por unos momentos. Esta tarde tengo una gran necesidad de buena música.

—¿Vuestra Eminencia está enfermo? —preguntó Sylvie mientras afinaba su instrumento.

—Un poco de fiebre tal vez... y también los problemas del Estado. ¿Qué vais a cantarme?

—Lo que plazca a Vuestra Eminencia. Sé muchas viejas canciones, pero conozco poco las nuevas.

—¿Conocéis *El rey Reinaldo*? Es una canción del siglo pasado. Le gustaba mucho a mi madre...

Sylvie sonrió, preludió y entonó la canción. No le gustaba la historia del rey que regresa herido de muerte junto a su mujer que acaba de dar a luz un hijo, y no quiere que la informen de su estado. La madre intenta engañar a la joven nuera respecto de los ruidos que oye, pero por las lágrimas que no puede retener, ésta comprende. Entonces:

*Ma mère, dites au fossoyeur
Qu'il fasse la fosse pour nous deux
Et que l'espace y soit si grand,
Qu'on y referme aussi l'enfant^[20]...*

El cardenal había cerrado los ojos y, con el gato en el regazo, acariciaba con sus largos dedos el pelaje sedoso.

—Seguid cantando —ordenó cuando ella hubo terminado, sin abrir los ojos—. Lo que queráis.

Ella obedeció. Interpretó una canción de Margarita de Navarra, después *Si el rey me hubiese dado* y finalmente *Mi amor*, que era su preferida. El cardenal parecía en tal estado de relajación que ella llegó a pensar que dormía, pero cuando se dispuso a levantarse, él alzó bruscamente los párpados:

—Cantad otra, por favor. Vuestra voz es fresca y pura como una fuente. Me produce un bienestar infinito. A no ser que estéis fatigada.

—No, pero... quisiera beber un poco de agua...

—Tomad mejor un dedo de malvasía. Está en ese mueble —añadió señalando con la mano un rincón de la amplia sala.

Sylvie se levantó y fue a servirse, consciente de que él seguía cada uno de sus gestos. Cuando hubo bebido unas gotas de vino, Richelieu preguntó:

—¿Amáis a alguien?

La pregunta era tan inesperada que la joven estuvo a punto de dejar caer el vaso de cristal grabado. Se rehízo con rapidez, dejó el vaso y, volviéndose hacia el cardenal, dijo mirándole directamente a los ojos:

—Sí.

—¡Ah!

Hubo un silencio, roto únicamente por el crepitar del fuego en la chimenea. Sylvie iba a volver a su asiento cuando él le pidió que le sirviera.

—Yo también bebería un poco de vino... Como no soy vuestro confesor, no os preguntaré a quién amáis. Me contraría, pero no me incumbe.

—De todas maneras, monseñor, es una pregunta a la que no respondería, pero estoy contenta de que me la hayáis planteado.

—¿Porqué?

—Porque... —Dudó un instante, pero se armó de valor y prosiguió—: Porque monseñor comprenderá mejor por qué no puedo en ningún caso mirar favorablemente a la persona que Vuestra Eminencia se tomó la molestia de presentarme.

—¿El pobre La Ferrière no os gusta?

—No, monseñor. En absoluto. Y no llego a imaginar por qué rogó a Vuestra Eminencia que solicitara mi mano a la señora duquesa de Vendôme.

—¡Ah! ¿Sabéis eso?

—Sí, monseñor... y suplico a Vuestra Eminencia que tenga a bien dar las gracias al señor de La Ferrière por el honor que me hace, pero también rogarle que no se empeñe en seguir adelante por una senda que no puede conducirle a ninguna parte.

—Pero que tal vez me interese a mí.

El tono sonó más seco, pero Sylvie no se azoró:

—¡Oh, monseñor! Mi importancia es demasiado insignificante para que mi destino ocupe siquiera un instante del tiempo de un príncipe de la Iglesia y un ministro todopoderoso.

De nuevo se hizo el silencio; luego Richelieu le tendió la mano.

—Venid, pequeña. Más cerca. Aquí, sentaos a mi lado para que pueda leer en vuestros ojos.

Ella fue a sentarse a sus pies y no intentó eludir la mirada imperiosa fija en la suya. Entonces él sonrió.

—No me tenéis el menor miedo, ¿no es cierto? —Lo dijo con tanta dulzura que ella le devolvió la sonrisa.

—No, monseñor. Ninguno —respondió, sacudiendo sus bucles brillantes.

—¡Muy bien, por lo menos sois sincera! Dios mío, qué descanso para un hombre como yo, que no ve más que expresiones hipócritas, rostros adúladores, aterrorizados o despectivos. Dejo aparte, por supuesto, al rey y a otras pocas personas. Pues bien, ya que no me tenéis miedo, voy a proponeros un trato...

—No soy muy hábil, monseñor, y...

—No necesitáis habilidad de ninguna clase: no se volverá a hablaros del barón de La Ferrière, pero, a cambio, vendréis de vez en cuando a cantar para mí.

La respuesta llegó de inmediato, espontánea, al tiempo que los bonitos ojos color de avellana se iluminaban.

—¡Oh, con mucho gusto! Tantas veces como lo desee Vuestra Eminencia. En fin..., por supuesto, si lo permite la reina.

—¡Por supuesto! Podéis estar segura de que no abusaré. Ahora, cantadme aún alguna otra cosa.

Sylvie volvió a rasguear su guitarra pero, en ese instante, un hombre pareció surgir de una tapicería, silencioso como un fantasma: un monje cuya tonsura se había agrandado y cuya larga barba raleaba debido a su avanzada edad. Richelieu hizo a Sylvie una seña para que detuviese el preludeo.

—¿Qué ocurre, padre Joseph?

Sin responder, Joseph du Tremblay se aproximó, se inclinó al oído del cardenal y le habló en voz baja. El rostro relajado de Richelieu se endureció:

—¡Habrà que pensar en ello!... *Mademoiselle* de l'Isle, debo despediros porque me es imprescindible volver al trabajo. *Madame* de Combalet os espera en la galería, y también vuestra escolta. Gracias por estos breves momentos, pero cuando regreséis (y espero que sea pronto), enviaré a buscaros a fin de no desorganizar el servicio de Su Majestad la reina... ¡Dios os guarde!

Sylvie le dedicó una bella reverencia, recogió su guitarra y salió para reunirse con Cinq-Mars y Marie, que bostezaban sin disimulo.

—¡Vaya! —observó el joven—. Debéis de haber dado un verdadero concierto, a juzgar por el tiempo que ha pasado.

—No os quejéis, habría durado más todavía de no ser porque cierto padre Joseph ha entrado para reclamar la atención del cardenal.

—¡Brr! —exclamó *Mademoiselle* de Hautefort—. Tan sólo el nombre de ese viejo me hace estremecer. ¿Cómo habéis encontrado a Su Eminencia?

—Muy amable. Incluso he sido invitada a volver, si la reina lo permite...

—¡Oh, lo permitiré! Acabáis de apreciar que no resulta fácil decir no al cardenal. A propósito, ¿os ha ofrecido al menos un regalo?

—No —dijo Sylvie, muy contenta—. Ha hecho algo mejor: ¡ha prometido que no volvería a hablar de ese ridículo matrimonio con el señor de La Ferrière!

Bajaban en ese momento la escalera de honor y se cruzaron con el teniente civil de París, que subía. Saludó educadamente a las dos jóvenes, pero su mirada amarillenta envolvió a Sylvie con una expresión de cólera que desmentía su sonrisa.

—¡Qué individuo tan feo! —comentó Cinq-Mars cuando estuvieron en el patio—. Nunca comprenderé por qué el cardenal, que en lo demás es hombre de tan buen gusto, se complace en rodearse de figuras siniestras como la de ese hombre, o la del padre Joseph.

—¡Vaya! ¿Y vos? —exclamó la Aurora entre risas—. Sois uno de sus íntimos, ¿no? A él le debéis ese puesto de maestro del guardarropa que habéis tenido el descaro de rehusar.

—Me parece bien que no hayáis dicho «la locura», porque a mi juicio es la cosa más sensata que jamás he hecho. Un joven de mi edad necesita libertad, alegría y también la compañía de sus iguales.

—¿Los alegres libertinos del Marais, por ejemplo?

—¿Por qué no? Me gusta su compañía...

—Y la de una bella damisela de la que se rumorea que está loca por vos. El rostro del joven se ruborizó, pero no de vergüenza sino de placer:

—Ya quisiera yo que estuvieseis en lo cierto. Es una reina, una diosa...

—¡Diablos! ¡Cuánto lirismo! Pero si os importa mantener buenas relaciones con el cardenal, deberíais andar con cuidado: se dice también que está interesado en ella.

—¡No es el único, en todo caso! Señoritas, ya estamos de vuelta en el redil. ¡Os beso las manos y me vuelvo a mis asuntos!

Un profundo saludo, una pirueta, y el muchacho había ya desaparecido como un fuego fatuo. Las jóvenes le siguieron con la vista y luego, siempre escoltadas por el paje silencioso como una sombra, se dirigieron a los aposentos de la reina, cuyas ventanas iluminaban el gran patio. Era ya tarde.

Desde hacía mucho rato los guardias de la puerta habían sido relevados por los guardias de corps que tenían asignada la protección nocturna de los aposentos. El marqués de Gesvres desempeñaba con estricta severidad el mando de la guardia, pero las doncellas de honor sabían que era posible entrar en la casa de la reina por la pequeña escalera que utilizaban diariamente y que comunicaba su residencia y los antiguos aposentos de la reina madre con las estancias de Ana de Austria. Se entraba por una puerta pequeña vigilada por un portero bonachón que tenía toda clase de miramientos con las doncellas.

La Cour Carree estaba silenciosa aquella noche, y no se veía luz en los aposentos del rey. Durante la tarde, Luis XIII había partido para Saint-Germain después de una riña con *Mademoiselle* de La Fayette. Una riña que amenazaba prolongarse porque, dos días más tarde, Luis XIII tenía previsto marchar a restaurar el orden en Normandía, donde el Parlamento estaba haciendo de las suyas. Era un caso frecuente, y no pasaba año en el que no se produjera una revuelta en uno u otro punto de su reino, pero habría necesitado poseer el don de la ubicuidad para estar presente en todas partes a la vez. De modo que se limitaba a atender lo más urgente, incluso a pesar de que marcharse le desgarraba el corazón. Esta noche sin duda lloraba en su castillo de Saint-Germain semivacío, y al mismo tiempo las lágrimas de Louise debían de fluir en algún lugar del Louvre...

Ignorantes de aquel nuevo drama, Marie y Sylvie iban a llamar a la puertecita cuando ésta se abrió con brusquedad. Aparecieron dos hombres, que hicieron un movimiento de retroceso al ver a las dos jóvenes. Pero enseguida uno de ellos se colocó delante de su compañero, al que dejó en la sombra corriendo la pantalla de la linterna sorda que llevaba.

—¡Ah, sois vos, señoritas! Su Majestad empezaba a preocuparse. Id pronto a acompañarla, porque vuelve a sufrir de los nervios. Perdonadme que os deje subir solas, pero debo acompañar al médico a su casa.

—¿El médico? ¿Quién está enfermo? —preguntó *Mademoiselle* de Hautefort.

—Doña Estefanilla. Esta noche en la cena ha comido pastelillos de crema hasta empacharse. Había que atenderla sin tardanza y la reina no ha querido que fuésemos a buscar a uno de los médicos reales. Además, Bouvard está en Saint-Germain. De modo que he ido a buscar a la Rue de l'Arbre-Sec a un médico del que hablan muy bien, el doctor Dupré. Ha estado perfecto, y ahora lo acompaño de vuelta.

—Pobre Stéfanille —sonrió Hautefort—. ¡Siempre le digo que es demasiado golosa!

Sylvie, por su parte, no dijo nada y se contentó con mirar con curiosidad al médico embozado hasta los ojos en una capa negra, en tanto que la frente desaparecía hasta las cejas bajo un sombrero redondo de burgués. Tampoco él dijo palabra, pero tiró con impaciencia del brazo de La Porte, que se lo llevó enseguida.

—Qué médico tan raro —observó Sylvie—. ¿Por qué se esconde?

—Quizá teme el frío en la garganta. ¡Venid, estamos en plena corriente de aire!

Entró en la pequeña antecámara, pero Sylvie permaneció aún un instante en el umbral. La silueta del médico, que sobrepasaba en toda la cabeza a su compañero, y sobre todo su porte, le parecían familiares. Se reunió rápidamente con su compañera, que seguía protestando por la corriente de aire.

La reina estaba en su alcoba charlando con Stéfanille, que se mostraba curiosamente activa para estar enferma. ¡Aquel doctor Dupré tenía que ser un gran sabio! Las dos conversaban en español pero, gracias a Perceval, Sylvie lo conocía bien y captó al vuelo las últimas frases.

—¿Creéis prudente lo que acabáis de hacer? —preguntó la camarera, ocupada en retirar las diademas de diamantes que adornaban la cabellera de Ana.

—Yo no veo las cosas como tú. Nuestro amigo se va mañana a Turena, a la vista y con el conocimiento de todo el mundo. He pensado que sería oportuno confiarle una carta para mi cuñado. Tiene que saber que el cardenal acaba de enviar otra vez al señor de Bautru a Sedán, con nuevas proposiciones para intentar hacer entrar en razón a *Monsieur le Comte*^[21].

—¡Me extrañará que lo consiga! —dijo Marie de Hautefort con su habitual libertad de acción y lenguaje, utilizando el francés (entendía el español, pero lo hablaba muy mal)—. Soissons ha jurado no someterse a obediencia hasta que Richelieu haya muerto o caído en desgracia. ¡También ese hombre os ama, señora!

—¡Qué locuras decís! Ahora, gatita, contadme cómo ha ido vuestra visita.

—¡Mejor imposible, señora! —exclamó Marie—. ¡Desplegó todo su poder de seducción, se mostró encantado y espera poder renovar un día cercano un placer tan grande! Al menos así lo tengo entendido, porque el señor de Cinq-Mars y yo hemos esperado en la antecámara. ¡Sylvie entró sola en la guarida del tigre, bajo la protección de Combalet!

—¡Dejadla hablar a ella!

—No hay nada que rectificar, señora —confirmó Sylvie con una sonrisa tímida—. *Mademoiselle* de Hautefort lo ha expresado tan bien como si hubiera estado presente.

—¿Os ha pedido el cardenal que volváis?

—Sí, pero he respondido que únicamente Vuestra Majestad podía decidirlo, puesto que os pertenezco.

—¿Y no os ha propuesto ser... de él? ¿En secreto, al menos?

—No es tan necio, señora —intervino de nuevo la Aurora—. No la primera vez; se ha contentado con ofrecer un trato.

—¿Un trato? ¡Es increíble! ¿Y de qué clase, si puede saberse?

—De clase matrimonial. Si *Mademoiselle* de l'Isle acepta volver a iluminar sus sombríos ensueños, Su Eminencia promete que no se volverá a hablar de entregarla a *Monsieur* de La Ferrière.

La reina se levantó con tal ímpetu que algunos cabellos le quedaron enredados en el peine de Stéfanille. Sus ojos verdes lanzaban chispas de un furor tal que las aletas de su nariz se estremecían.

—¡Qué audacia! ¡Como si la suerte de esta niña dependiera únicamente de él! Debería saber que no «se entrega» a una de mis doncellas de honor sin mi aprobación. Y menos todavía a uno de esos belitres que carecen del temor de Dios. Jamás, oídllo bien Sylvie, habría yo aceptado ese matrimonio, por más que el cardenal hubiera cubierto de oro a vuestro pretendiente. Por tanto, es un trato sin objeto el que se ha atrevido a proponer, y si quiere escucharos otra vez, es a mí, no al rey, a quien deberá solicitarlo.

Lentamente, Sylvie se arrodilló, tomó la mano de Ana y se la llevó a los labios. En sus ojos brillaban las lágrimas.

—¡Gracias, señora! ¡De todo corazón, gracias!

—Sedme fiel, pequeña, y nunca tendréis de qué arrepentiros.

Era más que tarde cuando Sylvie consiguió finalmente dormirse. Su insomnio obedecía sin duda a los nervios de una velada inhabitual, pero sobre todo a que la intrigaba la silueta de aquel médico, y no conseguía apartarla de su cabeza. Pudo conciliar el sueño, al fin, después de haber tomado una decisión, y a la mañana siguiente, aprovechando uno de los ratos libres que le dejaba su servicio junto a la reina, salió acompañada por Jeannette con el pretexto de ir a comprar unos guantes en el comercio de *Madame* Lorrain, en la Rue Saint-Germain, cerca del cruce con la Rue de l'Arbre-Sec en la que residía el «médico» de La Porte.

—Tienes que encontrarme la dirección de un tal Dupré que fue llamado ayer por la noche para cuidar a doña Estefanilla —dijo a Jeannette—. Lo

único que sé de él es que vive en la calle que pasa justo por detrás de Saint-Germain-l'Auxerrois.

—Entonces lo más sencillo será entrar a rezar unas avemarías. Siempre hay en la iglesia mujeres del barrio, y al diablo si no encuentro una que me pueda informar...

—¿Al diablo? ¿En una iglesia? —dijo Sylvie horrorizada, al tiempo que se persignaba. Jeannette la imitó, pero se echó a reír:

—¡Se me ha escapado! ¡Diré una avemaría de más!

Finalizaban las vísperas cuando las dos mujeres, envueltas en sus mantos provistos de capuchón, entraron en el viejo santuario cargado de historia que era la parroquia del Louvre y cuyas campanas habían tocado a rebato la noche de San Bartolomé. Era una iglesia magnífica, y cuando uno entraba bajo las bóvedas que la madre de Luis XIII había hecho pintar de un azul sembrado de flores de lis, se tenía verdaderamente la impresión de encontrarse en un lugar mágico. La sensación se acentuó aquel día cuando la iglesia, acabados los rezos, se vació. Sólo quedó el sacristán, ocupado en apagar los cirios del altar. Sin dudar, Jeannette se dirigió a él, mientras su ama se arrodillaba para una breve plegaria. La conversación no duró mucho rato. Jeannette, mediante una moneda, no tuvo la menor dificultad para obtener una respuesta, pero ésta no la satisfizo, y tampoco a Sylvie.

—No hay ningún médico en la Rue de l'Arbre-Sec. Para encontrar uno, hay que llegarse a la Rue de la Ferronnerie...

—¡Ah!

Sylvie no se sintió demasiado sorprendida. El porte del médico de la noche anterior delataba a una legua de distancia al gentilhombre, a pesar de los severos ropajes, adecuados a su supuesta profesión. Y un gentilhombre, además, al que ella estaba segura de haber reconocido... Acabó sus rezos y fue a comprar los guantes, tal como había anunciado. No porque los necesitara en realidad, sino porque no le gustaba mentir.

Aquella tarde, en el círculo de la reina la concurrencia era bastante escasa. Un chisme salido de no se sabía dónde pero que las cotillas de la Place Royale difundían con regocijo, decía que el rey, siguiendo los consejos del cardenal, tenía la intención de repudiar a la mujer que no conseguía darle descendencia, y siguiendo los consejos de su propio corazón pensaba ofrecer el puesto a *Mademoiselle* de La Fayette. No hacía falta más para que damas y caballeros suspendiesen sus visitas. En cambio, se anunció a *Madame* de Vendôme. Apenas se la había visto en los últimos tiempos, ocupada como estaba en aliviar las miserias que pasaban al alcance de su escarcela. Atareada como de

costumbre y sonriente también como de costumbre, con nuevas huellas de barro en los bajos de su vestido e incluso sin aliento por haber subido demasiado aprisa las escaleras, entró en tromba y corrió derechamente hacia la reina.

—Y bien, duquesa, ¿de dónde venís con tanta prisa? —preguntó ésta.

—¡Del burdel, señora! —respondió la visitante con una gran reverencia, y sin desconcertarse ante la carcajada general que siguió a sus palabras.

—¡Señoras, señoras! —intervino la reina, que tampoco había podido impedir que se le escapara la risa—. Sabéis la profunda caridad que practica *Madame* de Vendôme, de acuerdo además con *Monsieur* de Paul, que por su parte se ocupa de los hijos abandonados de esas infelices. Algunas de ellas se ven empujadas por el vicio, pero otras sufren una esclavitud odiosa y la duquesa intenta arrancarlas de ella y encaminarlas a una vida honesta.

—¡No es tarea fácil! —gruñó *Madame* de Guéménée—. Hace falta mucho valor para introducirse así en los bajos fondos...

—O bien cubrirse con la égida de una virtud intachable, lo que no todo el mundo puede decir —aventuró *Madame* de Senecey con una sonrisa burlona dedicada a la princesa, cuyas aventuras amorosas no eran un secreto para nadie.

Ésta se puso de un color escarlata. Al verlo, la reina optó por desviar la conversación y se dirigió de nuevo a *Madame* de Vendôme.

—¡Se hace difícil veros, hermana! Y todavía más a vuestra hija, que no viene nunca. Incluso vuestros hijos nos tienen un poco abandonadas...

—¡No lo creáis! La pobre Elisabeth está en cama con fiebre y un catarro de pecho. Mercoeur se ha ido a refunfuñar junto a mi esposo en Chenonceau. No se repone de la ruptura de su matrimonio con *Mademoiselle* de Retz, porque no comprende en qué ha desagradado al rey...

—Es muy difícil saber lo que agrada o desagrade al rey. A veces es necesario tener paciencia; puede suceder que cambie de opinión. ¿Y... el señor de Beaufort?

—Ha partido esta mañana para Turena... pero yo creía, hermana, que vos lo sabíais.

—No sé cómo habría podido saberlo —repuso con sequedad Ana de Austria mientras agitaba nerviosa el pequeño abanico de seda que le servía para preservar su rostro del ardor del fuego de la chimenea.

Debido a su rango entre las doncellas de honor, Sylvie no pudo seguir bien el hilo de la conversación, sobre todo porque las dos damas hablaban en voz bastante baja, pero oyó lo suficiente. Su instinto no la había engañado: el

pretendido médico no era otro que François, comprometido, al servicio de la reina, en una aventura que podía resultar peligrosa, puesto que se trataba de una correspondencia secreta entre la reina y su cuñado. Si el cardenal llegara a saberlo...

En los días siguientes vio a Richelieu en dos ocasiones. *Madame* de Combalet fue en persona a buscarla y a llevarla de vuelta. Las visitas se desarrollaron en todos sus detalles como la primera: Sylvie cantó mientras el cardenal acariciaba a uno u otro de sus gatos; él le hizo una o dos preguntas de apariencia banal sobre su infancia en la casa de los Vendôme, y bebió con ella una copa de vino de España o de malvasía, antes de devolverla a su guía. En su última visita le ofreció unas monedas de oro que ella quiso rehusar porque le parecía indigno recibir un salario. El cardenal estuvo a punto de enfadarse:

—Una joven bonita siempre necesita algún perifollo que añadir a su atuendo para presentarse en la corte. Además, durante algún tiempo no disfrutaré de vuestras canciones. La corte va a instalarse en Saint-Germain, donde el rey tiene costumbre de celebrar la Pascua, y en cuanto a mí, marchó mañana mismo a mi castillo de Rueil.

La noticia supuso un alivio para Sylvie. En realidad no le gustaban nada las veladas en el Palais-Cardinal. Cuando no cerraba los ojos, Richelieu la observaba con una insistencia que le resultaba embarazosa. Además, en una ocasión se había encontrado en presencia del barón de La Ferrière y, a pesar de las garantías que le había dado su amo, no le gustó nada la manera que tuvo de relamerse mientras la miraba en silencio, a la manera de un gato que se dispone a zamparse un ratón.

Así pues, con un ánimo más ligero se dedicó con Jeannette a los preparativos para seguir a la reina a Saint-Germain. La joven camarera, por su parte, mostraba una franca alegría que intrigó a su ama.

—¿Por qué estás tan contenta? No sabes, como tampoco yo, si nos gustará Saint-Germain.

—Claro que no, pero espero que al menos allá abajo dejarán de seguirnos.

—¿Seguirnos? ¿Qué quieres decir?

—Lo que digo. Cada vez que salimos para hacer compras o ir a visitar al señor de Ragueneil, alguien nos sigue: un hombre que parece un lacayo de casa buena, de figura agradable, y que además no se esconde. Desde que ponemos el pie en la calle está ahí, y cuando tomamos una silla de manos, él nos sigue en otra.

—¿Y no has conseguido saber quién es?

—Es difícil. No hace nada malo, después de todo. Os sigue incluso cuando vais, de noche, al Palais-Cardinal. Lo sé porque yo también os he seguido.

Sylvie se echó a reír.

—¡Vaya, pues debemos formar una bonita procesión! ¿Por qué no me has dicho nada?

—Para no preocuparos. Después de todo, tal vez sea sólo un enamorado —dijo Jeannette.

—Veremos. De ahora en adelante yo también voy a tener los ojos bien abiertos.

—No os atormentéis, cuando volvamos a París será Corentin quién se ocupe. ¡Ya le he dicho dos palabritas! Pero estoy muy contenta de ir al campo. Allí me siento mejor que en ninguna parte.

Y se fue a doblar las faldas de Sylvie para colocarlas en un baúl.

VII

LA NOCHE DEL VAL-DE-GRÂCE

—Esta noche han matado a otra —anunció Théophraste Renaudot al reunirse con Perceval de Ragueneil bajo la bóveda del Grand Châtelet, por la que se accedía al Pont-au-Change viniendo de la Rue Saint-Denis—. Es la tercera en dos meses.

—¿Y quién era?

El publicista se encogió de hombros:

—Una buscona, como las anteriores; una de esas mujeres que pretenden ser libres y nunca comprenderán que así están más expuestas.

—¿Es posible verla?

—Es posible. ¡Venid!

Entraron en la parte derecha de la vieja fortaleza, donde se encontraba el depósito de cadáveres, bajo las escaleras que conducían a las salas de los tribunales. El depósito era una sala baja, estrecha y maloliente, cerrada mediante una puerta con una ventanilla que permitía ver el interior. Allí se exponían los cuerpos de los ahogados extraídos del Sena y los encontrados en las calles. Permanecían en su desnudez trágica hasta el paso de las religiosas hospitalarias del vecino convento de Sainte-Catherine, que los cubrían con un sudario antes de llevárselos al cementerio de los Santos Inocentes para darles sepultura.

Ese día había dos cuerpos: el de un anciano que un pescador había encontrado en sus redes y el de una joven cuyo aspecto hizo estremecerse a Perceval. Era el cadáver flaco y exangüe de una muchacha de largos cabellos negros que le recordó vagamente a Chiara.

—Como las otras, ha sido degollada —comentó Renaudot—. Y como en las otras, hay esa cosa. —Señalaba el sello de lacre rojo colocado en la frente de la desgraciada.

—¡La letra omega! —murmuró Perceval.

—Pues sí. Es una historia muy extraña. ¡Pero venid! No nos quedemos aquí. Por mucha costumbre que tenga, este lugar siempre me pone carne de gallina.

Volvieron al aire libre con cierta sensación de alivio, aunque del Gran Matadero, situado en las cercanías, llegaban efluvios poco agradables; pero el Sena, crecido y de un color terroso, arrastraba en aquel mes de mayo perfumes de hierba fresca y de marea.

—¿Me acompañáis a casa? —preguntó Renaudot.

—Es lunes —respondió Ragueneil, obligándose a sonreír—. Y sabéis muy bien cuánto me interesan vuestros coloquios...

Se adentraron entre la doble hilera de edificios altos que bordeaban el Pont-au-Change, en los que tenían sus comercios orfebres y cambistas, hasta llegar, ya en la isla de la Cité, al Mercado Nuevo y la Rue de la Calandré. Théophraste Renaudot residía allí, en una gran casa con el rótulo del Grand-Coq en la que había conseguido acomodar a su familia, las oficinas de la *Gazette*, una estancia de acogida a los pordioseros —nunca faltaban en las cercanías de Notre-Dame y del hospicio del Hôtel-Dieu— y una gran sala en la que, desde el 22 de agosto de 1633, se celebraba todos los lunes lo que él llamaba «la conferencia». Se trataba de una idea absolutamente nueva: una reunión en la que, sin distinción de edades ni condición social, todos los asistentes podían exponer sus sentimientos y sus ideas en relación con un tema elegido de antemano. Renaudot, después de cuatro años de práctica de aquel experimento, había conseguido atraer a un buen número de habituales —burgueses en su mayoría—, cuyos pensamientos iban más allá del fondo de su bolsa y que se esforzaban, de una manera conjunta, en dar respuesta a los acontecimientos destacados y en discernir la bondad o maldad de las cuestiones que afectaban a sus conciencias en tanto que hombres. De hecho, lo que aportaba Renaudot era una alternativa plebeya a los «gabinetes de investigación y curiosidades» que se reunían en las mansiones de grandes personajes —principalmente parlamentarios, como el presidente de Mesme y *Monsieur* de Thou—, cuya fortuna les permitía la investigación y la adquisición de obras de carácter científico. No se admitía a mujeres, pero ellas contaban con sus propios cenáculos, en los que se reunían las «preciosas» y los ingenios más selectos.

La idea de las «conferencias» se le había ocurrido a Renaudot dos años después de la creación de su *Gazette*, y le permitía dar a conocer sus trabajos además de proporcionarle una publicidad honesta y permitirle en ocasiones profundizar en novedades tanto más interesantes en la medida en que quienes

tomaban la palabra allí tenían garantizado el anonimato. El rey y Richelieu, colaboradores discretos pero importantes de la *Gazette*, estaban interesados en ellas. En cuanto a Perceval, desde su encuentro con el publicista el año anterior, había adquirido la costumbre de asistir todas las semanas.

—¿Sobre qué vamos a debatir hoy? —preguntó cuando ambos se internaban en el dédalo de callejuelas que llevaban al Mercado Nuevo.

—De la vida en sociedad, pero me pregunto si no pedir una excepción al orden del día para proponer interesarnos por la seguridad de las calles durante la noche.

—No estoy seguro de que os secunden. La vida de las busconas no ofrecerá ningún interés para esas personas imbuidas de respetabilidad. El hecho de que sean asesinadas debe de parecerles algo propio de la naturaleza de las cosas...

—Sin embargo, se dan circunstancias excepcionales en esos crímenes. ¿Quién puede asegurar que, después de las meretrices, el asesino no perseguirá a mujeres honestas?

El desarrollo de la sesión dio la razón a Perceval: los hombres presentes, algunos de los cuales traían ya preparadas sus intervenciones, estuvieron de acuerdo en declarar que las mujeres de mala vida no debían ser incluidas en la «sociedad», y que su suerte no interesaba a nadie.

—¡Con la excepción de *Monsieur Vincent*, de la señora duquesa de Vendôme y de algunas otras almas caritativas! —se indignó Perceval—. Son seres humanos, y la suerte que les ha sido reservada es espantosa.

—Estoy de acuerdo —dijo alguien—, pero esos crímenes son asunto del teniente civil y de la policía. Es a ellos a quien corresponde actuar.

—No. ¡Nos corresponde a todos! Reaccionáis así porque se trata de pobres criaturas que comercian con sus cuerpos, pero ¿y si el asesino atacara a una mujer honesta, a una de vuestras esposas, por ejemplo?

La pregunta fue recibida con una carcajada general. ¡Era imposible, vamos! Ninguna mujer respetable se aventuraría por los bajos fondos de París. Y de noche, menos.

—¿Y si yo os dijera —replicó Ragueneil— que un crimen similar en todos los aspectos tuvo lugar hace unos diez años, en la provincia, y que la víctima fue una dama noble?

Renaudot, que seguía el debate con atención apasionada, intervino:

—¿El mismo crimen? ¿Acompañado por las mismas circunstancias?

—Las mismas. La dama fue además violada, lo que tal vez sucedió también a estas infelices por más que, dada su profesión, el término pierda

aquí su sentido. Y nunca se nos hubiera ocurrido hablar sobre el tema si la letra griega con la que se señala la frente de las muertas no indicara a un hombre de cierta cultura, que podría (¿por qué no, después de todo?) incluso formar parte de esta reunión.

La tempestad de protestas que provocaron estas palabras era lo menos propicia a una discusión seria. Renaudot le puso fin con su energía habitual al declarar que, en lo que a él concernía, iba a hacer toda clase de esfuerzos para encontrar al asesino del sello de lacre rojo, y que invitaba a todas las personas de buena voluntad presentes en la sala a informarle, en el caso de que alguien descubriera una pista. Y de inmediato levantó la sesión con el argumento de que faltaba la serenidad de espíritu necesaria para discutir con calma. Era visible que tenía prisa por terminar, y mientras la concurrencia, aún agitada, empezaba a marcharse, retuvo a su lado a Perceval.

—¿Por qué no me contasteis la historia de esa noble dama cuando os hablé de la primera víctima como de un asunto curioso y nada más?

—Porque quise tomarme algún tiempo para reflexionar, y quizás intentar descubrir al asesino por mis propios medios, pero me temo no estar muy dotado para ello —contestó Ragueneil con una sonrisa amarga—. De todas maneras, de no haberse celebrado la conferencia, os habría puesto al corriente.

—¡Vamos a mi casa! Estaremos tranquilos: mi mujer ha salido a visitar a una prima en la Rue des Francs-Bourgeois, y mi hijo Eusèbe está ocupado en la confección de la *Gazette*.

Con su curiosidad siempre despierta excitada hasta el frenesí, el padre de todos los periodistas futuros daba casi la impresión de padecer el baile de San Vito. Sólo se relajó una vez sentado frente a Ragueneil, ambos separados por una mesa en la que dispuso vasos y una jarra de vino fresco.

—Servíos. Ahora, os escucho.

—Con una única condición: lo que voy a contaros está destinado exclusivamente a vuestros oídos. No debe ser en ningún caso publicado en la *Gazette*... ni en parte alguna.

—Tenéis mi palabra.

Perceval narró entonces la matanza de La Ferrière, aunque se abstuvo de mencionar la existencia de Sylvie. Quería mucho a Théophraste y tenía confianza en él, pero era un hombre demasiado próximo al cardenal y convenía evitar el riesgo de que se lo contara todo...

Mientras tanto, en Saint-Germain tenía lugar el último acto de un drama que se venía incubando desde hacía meses.

Corría el 19 de mayo, y en el patio del castillo una carroza esperaba a *Mademoiselle* de La Fayette. La amiga del rey se despedía ese día del mundo para entrar en religión, en la orden de las Hijas de la Visitación de Santa María. Así concluía la bella historia de amor de Luis XIII, minada por un exceso de intereses contrarios. La profunda piedad y la desesperación de Louise se conjugaban con la voluntad del cardenal, que, al no haber conseguido convertirla en una aliada suya, deseaba que se alejara. Todo ello a despecho de la familia de la joven y del confesor del rey, el padre Caussin, que, aunque había reconocido en ella la vocación religiosa, la animaba a continuar junto al rey porque detestaba a Richelieu. Y finalmente, también en contra de la resistencia desesperada de Luis XIII, destrozado en el alma por la idea de perder a la que llamaba su «bello lis». Fue un criado, un simple y vil criado, quien inclinó la balanza: un tal Boisenvall que debía precisamente a Louise su posición de primer camarero del rey —¡el único favor que ella solicitó nunca!— y que, poseedor de la confianza del uno y de la otra, hizo todo lo posible para que riñeran, con la esperanza de conseguir así el favor del cardenal-ministro. Una de esas peleas llevó a Luis XIII, enloquecido de amor, a plantear la propuesta insensata que Sylvie había oído en el parque de Fontainebleau: apartarla de la corte e instalarla en Versalles, para entregarse allí enteramente el uno al otro. En ese instante, el pudor de Louise había podido medir la profundidad del abismo que la amenazaba... y en el que deseaba apasionadamente dejarse caer. Finalmente había tomado una decisión, y dicho adiós a la reina y a sus compañeras.

Quiso la casualidad que la corte estuviera de duelo. El emperador Fernando II, tío de Ana de Austria, acababa de morir, y los vestidos negros y las tocas habían sustituido a los colores vistosos y los escotes seductores. El ambiente se adaptaba bien al sufrimiento de la que marchaba así hacia el despojamiento de las vanidades mundanas; Louise de La Fayette derramó lágrimas sinceras al subir al coche y dejar Saint-Germain por el convento de la Rue Saint-Antoine.

En cuanto a Luis, había reprimido sus lágrimas y saltado a caballo unos momentos antes para ir a ocultar su dolor en su querido Versalles, no sin arrancar antes de su bienamada un último grito de amor:

—¡Ay, nunca volveré a verle!

En lo cual, se equivocaba.

Apenas desaparecieron la carroza de ella y los jinetes de la escolta de él, la reina pidió que se preparara su propio carruaje para regresar a París. En ausencia del rey, prefería poner una distancia mayor entre su persona y el

cardenal, que seguía instalado en su castillo de Rueil, en medio de sus invernaderos y sus gatos. Además, el tiempo templado, gris y lluvioso, hacía infinitamente triste la vecindad del bosque próximo. Y para terminar, la llegada de la primavera había hecho que numerosos jóvenes reclutas fueran a nutrir, con vistas a próximas operaciones militares, los diferentes cuerpos de tropas del sur, donde el rey había ordenado recuperar de manos españolas las islas de Lérins; del norte, donde los tercios del cardenal-infante, hermano de la reina, no iban a tardar mucho en entrar en actividad; y también del este, porque en la Champaña se reunían hombres para marchar sobre Sedán, donde el conde de Soissons se había hecho fuerte y se negaba a someterse. En cuanto a la revuelta de los Croquants (los «palurdos», campesinos que protestaban por el aumento de los impuestos) en el Périgord, el mariscal de La Valette disponía de efectivos suficientes para acabar con ella sin necesidad de refuerzos.

Durante el viaje de regreso, Sylvie observó que Su Majestad secreteaba mucho con *Mademoiselle* de Hautefort, a la que había colocado a su lado. Por alguna razón conocida únicamente por ella, Marie parecía encantada de volver a aquel Louvre que, sin embargo, le gustaba muy poco.

La propia Sylvie no estaba descontenta de aproximarse al *hôtel* de Vendôme, adonde pensaba enviar a Jeannette en busca de noticias de François, de quien nada sabía desde el traslado a Saint-Germain.

Tal como lo temía, Jeannette volvió con las manos vacías: la familia estaba en el campo y no había noticias del duque de Beaufort. De modo que sólo cabía esperar y mirar caer la lluvia mientras rasgueaba melancólicamente su guitarra.

Una mañana, tres días después de su regreso, Jeannette le entregó un billete que acababa de traer uno de los lacayos que habían quedado en la Rue Saint-Honoré. Las pocas palabras que contenía aceleraron los latidos de su corazón: «Ola, gatita, tengo que hablarte en secreto. Un coche te esperará delante de la iglesia después de la hora de acostar a la reina». Estaba escrito por una mano torpe, y con un montón de faltas de ortografía, pero llevaba la firma de François, del que Sylvie conocía desde siempre su desprecio por las artes de la pluma. Apretó el billete contra su corazón, lo cubrió de besos y lo deslizó en su corsé.

—Esta tarde quiero estar muy guapa —declaró a Jeannette, que rió al verla tan feliz.

—¿Qué nos pondremos? ¿Nuestro bello vestido blanco?

—Prefiero que no. No voy a un baile ni a una velada oficial. Me gustaría ponerme el vestido de tafetán color limón bordado con margaritas blancas y el escote de encaje. A él le gusta ese color, porque dice que es el del sol. ¡Una buena cosa en un tiempo tan triste!

—Estad tranquila. Estaréis muy bonita.

En efecto, el espejo se lo confirmó muy pronto. Jeannette la envolvió después en una gran capa con capuchón, de seda negra forrada de terciopelo, que la ocultaba totalmente, y se abrigó ella misma de forma parecida. No iba a permitir que Sylvie saliera sin ella mientras no fuera mayor de edad... ¡ni luego tampoco! La esperaba en el coche.

Como conocían las costumbres de palacio y disponían de los medios para salir y entrar a voluntad, las dos mujeres llegaron sin tropiezo a las proximidades de Saint-Germain-l'Auxerrois donde, en efecto, esperaba un carruaje con las armas de los Vendôme y, en el pescante, Picard, uno de los cocheros de la casa.

—Ya ves que podías haberme dejado venir sola —dijo Sylvie mientras subía al vehículo.

—¿Y atravesar la Rue d'Autriche a las once de la noche sin protección, a vuestra edad? ¡Ni en sueños! Adónde vayáis, yo iré con vos.

Era bueno sentirse así protegida, y Sylvie buscó la mano de su fiel compañera para estrecharla. El coche se puso en marcha pero, en lugar de doblar a la izquierda para seguir la Rue Saint-Honoré, giró a la derecha. Sylvie apartó las cortinillas y preguntó a Picard:

—¿Adónde me lleváis?

—Donde me han ordenado que os lleve, señorita. ¡Tened la bondad de mantener las cortinillas cerradas!

La espera impaciente de la muchacha se tiñó de curiosidad: ¿la esperaba François en una casa propia? ¿Qué podía ser tan «secreto» para que no hubiera podido ir hasta el Louvre a decírselo? O ¿es que deseaba estar con ella a solas por unos momentos? ¡Qué maravilla sería! El pensamiento la hizo enrojecer de emoción, y el viaje le pareció interminable. Sin embargo, Jeannette apartaba de tanto en tanto las cortinillas con discreción para averiguar en lo posible el camino que seguían.

—Vamos a algún lugar del Marais —susurró—. ¡Oh! Veo las torres de la Bastilla y los fuegos que encienden allí por la noche.

El coche entró poco después en una calle estrecha, y luego en el patio apenas iluminado de un edificio más pequeño que la casa de Ragueneil; el portal se abrió al paso de los caballos y volvió a cerrarse de inmediato. La

silueta de un lacayo se silueteó como una tinta china a la débil luz que venía del vestíbulo. Sylvie bajó sola y caminó hacia él. La estancia estaba únicamente amueblada con un cofre sobre el que reposaba un candelabro de tres brazos que el hombre —un desconocido— empuñó para conducir a la visitante a lo largo de una escalera vetusta cuyos escalones crujían. Después siguieron una galería estrecha con unas tapicerías deshilachadas que olían a humedad. Sylvie no alcanzaba a comprender qué podía estar haciendo François, siempre tan rumboso, en un lugar así, cuando ante ella se abrió una puerta.

La decoración cambió. Se encontraba en un gran gabinete tapizado de cordobán dorado y pintado, amueblado como un salón de conversación, con cómodos sillones dispuestos en torno a una mesa en la que aparecían los restos de una cena que la muchacha examinó con severidad. Conocía el apetito casi proverbial de François, pero en una ocasión así, bien habría podido invitarla.

Abandonada a sí misma, giró sobre los talones para inspeccionar todos los rincones de la habitación, y hubo de rendirse a la evidencia: allí no había nadie. Se sentó en un sillón y al poco rato, al ver un cestillo con cerezas, fue a coger un puñado y empezó a comerlas, lanzando después los huesos y los rabos a la chimenea, en la que habían encendido un fuego que contrarrestaba el frío húmedo del ambiente. Demasiado nerviosa debido a su cita, a la hora de la cena no había podido tragar más que un trozo de bizcocho.

Las cerezas estaban deliciosas pero, a medida que comía, Sylvie sentía crecer su descontento: ¿por qué François la hacía esperar de aquella manera? Fue a coger más cerezas, y cuando volvía a su sillón se abrió una puerta disimulada entre los paneles de madera. Entró un hombre, pero no era François sino el duque César.

La sorpresa, y sobre todo la decepción, hicieron levantarse a Sylvie y olvidar su buena educación, mientras las cerezas se escurrían entre sus dedos.

—¿Cómo? ¿Sois vos? —exclamó.

Se hizo evidente que él no esperaba ese recibimiento. Al retrasar su aparición, había pretendido abrumar a la niña de temor y respeto. En cambio, ella lo miraba con ojos llameantes de cólera y sin acordarse en absoluto de saludarlo.

—Si no lo supiera, os preguntaría dónde os han educado, hija mía. ¿Dónde están las maneras que la duquesa se esforzó en inculcaros?

Sylvie comprendió que era forzoso rectificar, porque persistir en su actitud no arreglaría nada. Aquel hombre, al que ella nunca había querido, era

el padre de François, y le debía respeto. Con una gracia llena de encanto, se inclinó en una profunda reverencia:

—Monseñor —murmuró. Y luego, como él no se daba prisa en decirle que se incorporase, añadió—: Debéis comprender mi sorpresa: recibo una carta de Fran... del señor duque de Beaufort, acudo y...

—Y me encontráis a mí. Comprendo perfectamente vuestra sorpresa, pero necesitaba hablaros.

—En ese caso, ¿por qué tomar de prestado el nombre de vuestro hijo? Os bastaba llamarme, y yo habría acudido igualmente.

—Es posible, pero no seguro. Por otra parte, el billete podía extraviarse y caer en manos indeseables, y os recuerdo que el rey me ha prohibido no solamente aparecer en la corte, sino también vivir en París. ¡Levantaos, maldita sea!

—Con mucho gusto, monseñor —dijo Sylvie con un suspiro, porque empezaba a notar que las rodillas le temblaban. Se incorporó y lo observó con cierta tristeza. Hacía algún tiempo que no lo veía, y pensó que el exilio, por más dorado que fuera, no le sentaba bien.

A los cuarenta y tres años, César de Vendôme parecía una copia estropeada y envejecida de François. No había echado barriga porque, como todos los Borbones, era un cazador fanático, y las largas cabalgatas y la práctica de las armas le habían hecho conservar su silueta y su musculatura. Pero el rostro acusaba las huellas de las pasiones y los vicios que devoraban a aquel hombre. Como François, era muy alto y tenía la complexión de un atleta. Como François, tenía la nariz arrogante y los ojos azules de su padre el Bearnés, pero sus ojos estaban inyectados de sangre, la boca se reblandecía, los dientes antaño magníficos amarilleaban y los cabellos rubios no sólo se habían agrisado sino también eran más ralos, en tanto que la nariz aparecía hinchada y roja debido a las excesivas libaciones. ¿Qué hacer en el campo después de la caza, sino beber? Y sobre todo entregarse a una atracción demasiado intensa por los jóvenes mancebos, a los que recompensaba con una generosidad que abría en su fortuna inquietantes agujeros. Además, la añoranza de su gobierno de Bretaña, donde se sentía un rey, le corroía sin cesar. Le habían devuelto el título pero no la función, e incluso tenía prohibido regresar allí. Pero aquel nativo de tierra adentro, hijo de una bella picarda y un bearnés, apegado a cada parcela de un reino conquistado con grandes esfuerzos, adoraba el mar. Era la única de sus pasiones que había transmitido a su hijo menor.

Por su parte, César examinaba a la adolescente con cierto asombro. Cómo, ¿era ésta la minúscula criatura de tez descolorida cuya única belleza residía en los inmensos ojos color avellana, que François había llevado un día a su casa como si fuera un animalito extraviado, y que su esposa y su hija habían tomado bajo su protección? Sin duda no alcanzaría la belleza de madona de su madre, pero aun así el cambio era impresionante. Con su boca un poco grande, la pequeña nariz corta y la forma ligeramente almendrada de los ojos, evocaba todavía a una gatita, el sobrenombre que le había dado Elisabeth. Pero su tez se había iluminado y dorado, y la masa de bucles castaños, sujeta encima de cada oreja por cintas amarillas, mostraba ahora un espesor sedoso con reflejos casi plateados de un efecto subyugante. No tenía nada de una madona, pero su carita traviesa no carecía de encanto. En suma, aquella chiquilla en la que se reflejaba ya el brillo de la corte seduciría sin duda a más de un hombre. Lo importante era que entre ellos no se contara Beaufort, y César se sintió reafirmado en un proyecto al que tal vez habría renunciado si se hubiera encontrado con una «*Mademoiselle* de l'Isle» asustadiza e insignificante.

—Sentaos —dijo por fin, señalando el sillón del que se había levantado ella, y yendo a su vez a recostarse contra la mesa de la cena—. Y en primer lugar, responded a una pregunta: ¿qué sentimientos os inspira mi hijo Beaufort?

La brutalidad de aquellas palabras hizo que Sylvie se tornara tan roja como las cerezas que mordisqueaba un momento antes. El hombre que fijaba en ella sus ojos helados y cuyos labios dibujaban una semisonrisa sarcástica, era la última persona en el mundo a la que deseaba abrir su corazón. Incluso habría preferido a Richelieu, que al menos la distinguía con muestras de cierta simpatía. Así pues, se esforzó en que su voz no temblara.

—Todas las personas de vuestra casa me son queridas, monseñor. Al menos, todas las que han sido buenas conmigo.

—Lo cual excluye a Mercoeur, que no os estima, y a mí mismo...

—Que tampoco me estimáis. Sin embargo, monseñor, habéis sido muy generoso conmigo al darme un nombre, bienes y una posición...

—Todo eso lo debéis a la duquesa. Es la mujer más testaruda que respira aún sobre la tierra, ahora que su madre ya no existe. Pero en fin, me satisface ver que sois agradecida y espero que sabréis demostrármelo. Pero... no habéis respondido a mi pregunta, joven. ¿Amáis a Beaufort, tal como creemos todos en nuestra casa? Hablo de amar. ¿Sí o no?

Sylvie alzó la cabeza y miró directamente a los ojos que estaban sopesándola:

—Sí. —No dijo más, pero lo dijo con tanta firmeza que no era posible la duda. Como César no decía nada y seguía observándola, apretó con fuerza sus manos la una contra la otra, y añadió—: Creo que le he amado siempre desde que me encontré en el bosque, y estoy segura de que nunca amaré a otra persona.

Habló con sencillez: fue una constatación tranquila que no por ello perdió un ápice de su fuerza. Ni por un instante puso en duda Vendôme su palabra. Sin embargo, quiso saber más.

—No pensaréis que, a pesar de todo, os será posible convertirlos en su esposa, ¿verdad? Puesto que no entrará en la Orden de Malta, Beaufort sólo puede unirse a una princesa.

—Sé todo eso, pero para amar no es necesario el matrimonio. Tampoco es necesario estar siempre juntos. El verdadero amor lo soporta todo: el alejamiento, las separaciones, la soledad e incluso la muerte.

—¿Quién diablos os ha enseñado todo eso? —exclamó César, sorprendido por la filosofía de aquella jovencita—. ¿Ese buen Ragueneil que fue vuestro maestro?

—Nadie. Creo, monseñor, que siempre lo he sabido.

—Pues bien, es muy loable, pero falta ver lo que significa en la práctica, y si os he hecho venir es para juzgar la solidez de vuestro amor. Si Beaufort estuviera en peligro, ¿qué haríais?

El corazón de Sylvie dejó de latir por un instante, pero no dejó que su angustia se transparentara.

—Lo que estuviera en mi mano para ayudarle.

—¡Ahora lo veremos! Está en peligro —dijo el duque, recalcando cada sílaba.

—¿De qué?

—De muerte si consiguen prenderle. Lo que, felizmente, no ha sucedido todavía.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido?

—Se batió en duelo en Chenonceau y mató a su adversario.

Aterrorizada, Sylvie cerró los ojos por un instante. Sabía hasta qué punto eran inflexibles en ese tema los edictos de Richelieu. Un duelo había llevado a Montmorency-Bouteville al cadalso. El terrible cardenal no dudaría un momento en enviar al mismo lugar a un nieto de Enrique IV. Posiblemente incluso disfrutaría al hacerlo.

—¿Cuál fue el motivo del duelo?

Vendôme dudaba en contestar pero Sylvie, alzando hacia él su mirada límpida, añadió:

—¿Una... mujer?

—Sí. *Madame* de Montbazon, de la que tal vez ignoréis que es su amante —dijo con brutalidad—. *Monsieur* de Thouars habló mal de ella delante de mi hijo, que no lo soportó y cumplió con su deber de gentilhombre y de amante. Marie de Montbazon está loca por él...

—Pero él ama a otra —repuso Sylvie—. Lo cual es algo bastante conforme con la naturaleza de las cosas...

—¿Otra? ¿De quién se trata?

—Si no lo sabéis de cierto, tal vez lo sospechéis. Yo he llegado a pensar que la bella duquesa de Montbazon no era más que una magnífica cortina de humo. Y precisamente la existencia de esa otra mujer añadiría gravedad a su caso, si se da la circunstancia de que los hombres del cardenal lo prendan. ¿Dónde está?

—No voy a decíroslo, y por el momento el duelo sigue siendo un secreto. Sin embargo, siempre cabe la posibilidad de una indiscreción. Si Richelieu se entera, enviará a uno de sus torturadores, a sonsacar la verdad a los testigos o a los servidores. Y esos miserables serían capaces de hacer confesar a san Pedro que quiso violar a la Virgen María, tan abominables son sus métodos. Si apresan a Beaufort, nada podrá salvarlo... salvo vos, tal vez.

—¿Yo? Pero ¿qué puedo hacer?

El duque César hizo una pausa, se apartó de la mesa en que estaba recostado con indolencia y fue a abrir un armario, del que tomó algún objeto.

—Me han dicho que estáis en excelentes relaciones con el cardenal.

—Es mucho decir. He tenido el honor de ir a cantar para él en tres ocasiones, en su palacio. Reconozco que me ha tratado con cierta bondad...

—Luego, no desconfía de vos. ¡Excelente!

—No veo por qué —dijo Sylvie con una voz que traslucía su inquietud. No le gustaba la sonrisa cruel con que Vendôme examinaba el objeto que tenía en la palma de la mano.

—Pues bien, voy a abriros los ojos, y al mismo tiempo a evaluar la solidez de ese gran amor que decís experimentar: si François es apresado, nada podrá salvarlo excepto...

—¿Excepto?

—La muerte de Richelieu. En caso de extremo peligro, os arreglaréis para que la sotana roja os pida que vayáis a adormecer sus dolores con vuestra

música... y le adormeceréis de forma definitiva.

Sylvie sintió que su garganta se secaba de golpe.

—¿Cómo? ¿Queréis que...?

—Que lo envenenéis... con esto —dijo, colocando delante de la joven un frasquito de cristal muy oscuro, cuidadosamente cerrado con un tapón de esmeril—. No debería seros muy difícil: he sabido que en cada visita bebéis un poco de vino español y servís una copa a vuestro anfitrión.

Decididamente sabía muchas cosas pero Sylvie, arrastrada por la indignación, dejó para más tarde averiguar quién era él, la o los que le informaban.

—¿Yo? ¿Hacer una cosa así? Verter la muerte con discreción y tenderla luego, ¿con una sonrisa, supongo?, a quien me ha acogido con toda confianza. ¿Por qué no recurrís a un lacayo cualquiera, sobornándole? Hay todo un ejército en el Palais-Cardinal.

—Por una razón muy sencilla: Richelieu hace que otra persona pruebe antes todo lo que come o bebe. Por lo demás, vos misma lo hacéis sin siquiera daros cuenta cuando bebéis en su presencia, imagino.

—Sí, es verdad. Nunca bebe el primero. ¿Es desconfiado hasta ese punto?

—Más aún. Es verdad que le gustan los gatos, pero no es ése el motivo por el que hay tantos en sus mansiones. ¡Tomad este frasco!

—No. Nunca me prestaré a un acto tan vil, tan cobarde. Si queréis la muerte de Richelieu, atacadle vos mismo, de frente y a cara descubierta.

Vendôme dejó escapar un sonoro suspiro y se encogió de hombros:

—Me pregunto si Ragueneil no os ha hecho leer demasiadas novelas de caballerías. En nuestros días, es necesario matar para no ser muerto... Ahora bien, si preferís que Beaufort suba al cadalso para dejar allí su cabeza...

—¡No! ¡Oh, Dios mío, no! —Había gritado porque, con la velocidad de un relámpago, su imaginación le había mostrado la imagen espantosa que el duque evocaba.

—En ese caso, querida, habréis de elegir entre ese anciano precoz, roído ya por la enfermedad, y la persona que afirmáis amar; pero si detienen a Beaufort, tendréis que elegir muy deprisa.

Espantada ante aquel horrible dilema, todavía intentó discutir:

—¿Aún no lo han detenido?

—No, pero puede ocurrir de un momento a otro, y podéis estar segura de que os lo haré saber.

—No es seguro que el cardenal me llame. No lo ha hecho desde que se instaló en el castillo de Rueil.

—Eso no quiere decir nada. El Louvre está más cerca de su palacio que Saint-Germain de su residencia de verano, donde además cuenta con otras distracciones, pero volverá. Si apresan a mi hijo, sin duda lo encerrarán en la Bastilla y ese maldito clérigo rojo estará tan contento de tenerlo en su poder que querrá acercarse para disfrutar más directamente de sus tormentos.

—En ese caso, seguramente no me pedirá que vaya a cantarle. Tendrá, como vos decís, otras distracciones...

—¡Vamos! Querrá complacerse en vuestra angustia. Sois una preciosa muñeca: ¿no es una estupenda diversión hacer que sufra una muñeca?

—Lo estáis haciendo vos mismo sin daros cuenta, monseñor —repuso con amargura la muchacha—, y no me parece que eso os divierta. ¿Por qué monseñor François no huye, si teme a la gente del cardenal?

—Porque está loco y le gusta jugar al gato y al ratón, incluso cuando él mismo es el ratón. Pero además creo que ninguna fuerza en el mundo podría hacerle marchar de Francia, donde su corazón está ligado por tantos intereses. ¡Tomad esto! Y haced lo que os he ordenado, con plena conciencia de que, si Beaufort llega a poner la cabeza en el tajo del patíbulo, no viviréis lo bastante para llorarle: yo os estrangularé con mis propias manos.

—No os daré ese trabajo, monseñor —replicó Sylvie—. Si muere yo moriré también, sin necesidad de la ayuda de vuestras manos. Obedeceros es firmar mi condena de muerte. ¿Creéis que el rey me dejará vivir si mato a su ministro?

—Si sois lo bastante hábil, nadie sospechará de vos. ¿No habréis bebido antes que él? Al servir el vino en su copa, echáis también esto. Me han asegurado que se trata de un veneno rápido, parecido al *aqua tofana* tan querida por los venecianos... Y además —añadió con cinismo—, si os detienen tendréis al menos la satisfacción de saber que habéis salvado a la persona que amáis...

Sylvie no podía esperar más cosas de Vendôme. Tendió la mano.

—Dadme —dijo únicamente.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro sombrío de César:

—¡Vaya, valéis más de lo que pensaba! Naturalmente, esto deberá quedar entre nosotros.

De golpe, Sylvie dejó escapar toda la cólera que hervía en su interior desde hacía un rato.

—¡No me toméis por una boba, señor duque! ¿Qué creéis que voy a hacer? ¿Agitar esto en las narices de la primera persona que encuentre, para decirle que en vuestra obsesión por eliminar al cardenal no habéis encontrado

mejor solución que hacer de mí una envenenadora? Si la señora duquesa lo supiese, moriría, y por nada del mundo querría causarle el menor disgusto.

—¡En tal caso, cuidado de que no tenga el de perder a su hijo!

—¡Lo pintáis demasiado fácil! En todo caso, me gustaría saber lo que contaréis a monseñor de Cospéan la próxima vez que os confeséis con él. Sin duda, nada relacionado con esto —añadió, al tiempo que agitaba el frasco—. En ese caso vuestra confesión será nula, e iréis derecho al infierno en caso de que os sorprenda la muerte antes de que hayáis podido haceros perdonar ese crimen. ¡Y os estará bien empleado!

Después de disparado ese último dardo, Sylvie guardó el frasco en un bolsillo de su vestido, recogió la capa que se había quitado al entrar, y, volviendo la espalda al duque sin dirigirle una sola palabra, levantó todo lo posible su naricita y salió de la sala con pasos rápidos, pero con la majestad de una reina.

Sin embargo, al llegar al pie de la escalera se detuvo para recuperar el aliento, como si hubiera llegado al término de una larga carrera. Su corazón se había desbocado, y tuvo miedo de desmayarse. Para tranquilizarse, fue a sentarse en el viejo cofre, y deseó súbitamente beberse el contenido del maldito frasco y acabar de una vez con una existencia que ya nada tenía que ofrecerle. François se había batido por una mujer que era su amante, pero amaba a otra que no era ni sería jamás Sylvie. Sin embargo, luego se le ocurrió que su muerte no ayudaría a François si se mataba ahora. Era cierto que él corría un terrible peligro, porque no podría esperar ninguna piedad ni del cardenal ni del rey. La reina sin duda intercedería en su favor, pero ¿qué peso tendrían las súplicas de una mujer odiada por el ministro y de la que el rey deseaba librarse?

Permaneció allí unos instantes, intentando poner en orden sus pensamientos. Y se le ocurrió una idea: si François era arrestado, ella haría lo que le había ordenado el duque, pero en lugar de verter el veneno en la copa del cardenal, lo haría en la botella y bebería al mismo tiempo que su víctima. Al menos todo habría terminado, y esa solución tenía la ventaja de que, en caso de ser arrestada, le evitaría el horror de una ejecución en la plaza pública... y posiblemente la tortura. Sí, sin duda era la mejor solución. Después se arreglaría con Dios como mejor pudiera.

Un poco más serena, volvió a guardar el frasco en su bolsillo, se envolvió en la capa y regresó al coche en el momento en que el lacayo acudía con su candelabro pero sus ojos jóvenes se habían habituado ya a la oscuridad.

—¿Qué tal? —preguntó Jeannette.

—No me hagas preguntas, te lo ruego. Quizá más tarde te diré...

El portal volvió a abrirse, y traqueteando sobre los gruesos adoquines, el carruaje se dirigió de vuelta al Louvre.

Al día siguiente, Sylvie, mal repuesta de la penosa velada que se había prometido tan dulce, recibió la orden de prepararse para acompañar a la reina, que se retiraba uno o dos días al Val-de-Grâce. Tan sólo *Mademoiselle* de Hautefort, La Porte y ella misma servirían a Su Majestad. Vio en ello una prueba de confianza que la conmovió y que fue confirmada por Marie: la reina quería que la acompañara su «garita» y deseaba oír la cantar en la capilla.

El convento del *faubourg* Saint-Jacques era muy querido por Ana de Austria por varias razones, la primera de las cuales era que ella misma había ordenado su construcción dieciséis años antes. Tenía allí una residencia que daba a un jardín en el que le gustaba retirarse a reposar. Además, el convento de benedictinas estaba situado fuera de las murallas de París, en un camino campestre en el que los únicos edificios eran conventos, como convenía a la larga vía que seguía la de las estrellas y que desde hacía siglos era recorrida por los miles de peregrinos que iban a Santiago de Compostela a rezar ante la tumba del Apóstol; pero para la reina tenía un doble significado, porque ese camino ilustre era también el que llevaba a España. En ninguna parte como allí se sentía en su casa, y la abadesa, Louise de Milly, ahora madre de Saint-Étienne, era una amiga incondicional, en tanta mayor medida porque había nacido en el Franco Condado, una región sometida entonces al rey de España.

Fiel a sus costumbres policíacas, el cardenal había intentado encontrar una o dos espías entre las buenas monjitas, pero al parecer no lo consiguió, o bien, aisladas en una comunidad ardientemente devota de su bienhechora, nunca consiguieron transmitir informaciones valiosas.

En el Val, Ana de Austria llevaba durante el día una vida casi monacal. Participaba en los oficios uniendo su voz a la de las religiosas, con una piedad profunda, y tomaba sus comidas en comunidad. Su alojamiento, compuesto por un pequeño pabellón que se proyectaba sobre el jardín, no contenía más que dos estancias: un salón en la planta baja, abierto mediante una puerta-ventana, y en el primer piso una habitación que se prolongaba en una pequeña terraza. En cuanto a Hautefort y Sylvie, les habían sido asignadas dos celdas situadas detrás del pabellón, pero la segunda comprendió muy pronto que, en esa extraña casa monjil o por lo menos en la parte de la misma habitada por Ana, las noches no se dedicaban a dormir, sino que por el

contrario se desplegaba una intensa actividad. Marie se dedicó a aleccionarla antes de que empezara a hacer preguntas:

—¿Recordáis que en Villeroy, camino de Fontainebleau, os pregunté si amabais a la reina?

—Y yo os respondí que le había jurado una devoción absoluta.

—Así lo hemos entendido ella y yo, y por esa razón os hemos traído. Aquí, nuestra buena ama tiene derecho a ser ella misma, al resguardo de los espías del cardenal. Puede recibir a quien quiera, preferentemente de noche, y sobre todo ponerse al día en la correspondencia que mantiene con su hermano el cardenal-infante, con *Madame* de Chevreuse, su amiga exiliada, y con varias personas más. Algo que en el Louvre es imposible.

—Sin embargo, es fácil entrar y salir a voluntad.

—Cuando se es doncella de honor y porque, en principio, eso no tiene consecuencias, pero hay ojos en todas partes, y todos están fijos en la reina.

—¿Y aquí? ¿Son ciegas las monjas?

—No ven más que lo que se les quiere mostrar... es decir, nada. Nuestra situación tiene la ventaja de que nos encontramos en el interior de la clausura del convento, y al mismo tiempo tenemos autonomía. Sólo está al corriente la madre de Saint-Étienne, y hace de forma que sus hijas ignoren lo que ocurre en el pabellón. Si no fuera así, sería imposible recibir mensajeros y enviarlos...

—¿Mensajeros?

—Sí. El portillo abierto en el muro del jardín y disimulado con hiedra permite todas las idas y venidas. ¡Ahora, al trabajo! Voy a enseñaros a cifrar un mensaje.

Sylvie cayó entonces de su nube, pero hubo de acabar por rendirse a la evidencia: la correspondencia de la reina con sus amigos del exterior no tenía nada de inocente, y los «asuntos de familia» que se trataban en las cartas a los hermanos de Ana de Austria, el rey de España y el cardenal-infante, constituían un delito de alta traición: se explicaba en ellas, en lenguaje cifrado, todo lo que Ana podía averiguar sobre los proyectos, incluidos los militares, del rey y de su ministro. Por añadidura, si era normal escribir a sus hermanos, no lo era tanto hacerlo con el antiguo embajador de España en Francia, el conde de Mirabel, expulsado por Richelieu del país e instalado en Bruselas, y no unido a ella por ningún lazo de parentesco. Finalmente, también figuraba Inglaterra, por la intermediación de un antiguo servidor del querido Buckingham, llamado Auger, secretario en la actualidad del embajador inglés.

El papel desempeñado por La Porte en esas actividades era primordial. A través de él se introducía todo el material —tintas simpáticas al limón y otras—, que naturalmente no guardaba en el Louvre, sino en una pequeña vivienda que ocupaba en el palacio de Chevreuse, Rue Saint-Thomas-du-Louvre, del que su hermano era guardián. Además era él quien hacía llegar a los diferentes intermediarios, gentilhombres ferozmente hostiles a Richelieu o clérigos a sueldo de la muy católica España, las cartas escritas de propia mano por la reina.

Sylvie hablaba y escribía el español. Le encargaron transcribir con ayuda de una plantilla algunos mensajes no demasiado comprometedores. Ella lo hizo, pero no sin sentir una inquietud que confió a Hautefort:

—¿No estamos corriendo grandes riesgos? Si los espías del cardenal supieran el menor detalle de lo que está ocurriendo aquí, podríamos encontrarnos en la Bastilla, y la propia reina...

—¿Tenéis miedo?

—¿Yo? ¿De qué, Dios mío? —repuso Sylvie con tristeza, al pensar en el frasquito de veneno que había conseguido esconder en su habitación del Louvre.

—A vuestra edad y con vuestro encanto, tenéis derecho a esperar de la vida otra cosa que los muros de una prisión.

—Lo mismo puedo decirlo a vos.

La Aurora alzó su hermosa cabeza coronada por una masa de cabellos rubios, y esbozó una sonrisa llena de orgullo.

—Quizá, pero yo amo a la reina y estoy dispuesta a servirla incluso en un calabozo. Al que, por lo demás, ella nunca iría. El rey se contentaría con repudiarla, que es lo que está deseando.

—Pero ¿por qué actúa ella de esa manera? Es, perdonadme, algo indigno de una reina de Francia.

—¡No os equivoquéis, gatita! Lo que hacemos aquí no está dirigido contra el rey ni contra Francia. Si España consigue una gran victoria, el rey se verá obligado a despedir a Richelieu. Y las consecuencias serán más graves aún si conseguimos llevar la duda a su espíritu.

—¿La duda? ¿Esperáis hacer pasar por traidor a Richelieu?

—¿Por qué no? *Madame* de Chevreuse, que desde su provincia lleva a cabo un trabajo ingente, nos ha encontrado a un falsificador admirable, del que sólo falta asegurarnos de su lealtad. Y creedme, cuando caiga la sotana roja, el pueblo al que aplasta con impuestos bailará de alegría y ayudará a sus señores a reconstruir las fortalezas cuyas torres y murallas están siendo

derrribadas por orden del cardenal. El propio rey será más feliz cuando se deshaga de una férula que le resulta muy pesada, creedme. Podremos hacer regresar a la reina madre, que vive de la caridad del obispo de Colonia...

El alegato era bello, y Sylvie demasiado novicia en los enmarañados asuntos de la corte para sentir la necesidad de ver con más claridad en ellos, ocupada como estaba con sus propios tormentos. Después de todo, había jurado servir a la reina, y la serviría hasta el final.

La primera noche, como La Porte había sido enviado a reunirse con uno de los intermediarios y Hautefort trabajaba en una descodificación difícil, fue Sylvie la que quedó de guardia en la puerta del jardín, después de que le explicaran su mecanismo. Debía abrir al recibir determinada señal. La noche era templada y la joven guardiana no corría el riesgo de pasar frío. Incluso encontró algún placer en contemplar las estrellas al tiempo que respiraba las fragancias de los parterres en que rosas y peonías empezaban a abrirse, y la madreselva y el espino blanco a exhalar su delicado perfume. Un lugar ideal para soñar con el amor cuando se tienen quince años, pero el hombre embozado al que abrió ya cerca de la medianoche no poseía ninguna cualidad susceptible de alimentar ese ensueño: olía a sudor, a caballo y cuero recalentado. No por ello dejó Sylvie de acompañarlo al salón. Allí, él sostuvo con la reina una larga conversación en voz baja, y después fue confiado de nuevo a la compañía de la joven, que le hizo salir por el mismo lugar.

—Mañana por la noche tendréis que volver a montar la guardia —le dijo Marie—. Acaban de anunciarnos a alguien mucho más importante... No os molestará demasiado, espero.

—Con este tiempo es un placer, ¡y es tan hermoso el jardín!

Por toda respuesta, la joven dama acarició suavemente la mejilla de su compañera.

—Decididamente, os quiero mucho —dijo.

En efecto, al día siguiente, cuando acababan de sonar diez campanadas en la capilla de la abadía, cuya cúpula aparecía iluminada por la luna, un nuevo visitante anunció su llegada. Sylvie descubrió en el umbral una silueta masculina de buena estatura envuelta hasta los ojos en una capa negra, y con un sombrero sin plumas del mismo color calado hasta las cejas. Pero en lugar de entrar rápidamente, el hombre se quedó parado en la puerta. Ella se impacientó:

—¡Entrad, señor! ¡Os esperan!

Esta vez entró, y mientras ella volvía a cerrar, se desprendió de su capa.

—¡Dime que sueño, Sylvie! ¿Acaso no eres tú?

Ella ahogó un grito bajo la presión de su puño cerrado.

—¿Vos? ¡Oh, no es posible!

—Se diría que esta noche a los dos nos cuesta creer en la realidad de las cosas —susurró François—. ¿Qué diablo haces aquí? ¿Ahora te han convertido en portera?

Parecía muy enfadado, pero ella estaba demasiado asustada para advertirlo.

—Soy doncella de honor de la reina y hago lo que ella me ordena. Pero ése no es vuestro caso. ¡Vos, en París, cuando os están buscando por todas partes! ¿Acaso estáis loco?

Él le tomó el mentón entre dos dedos para alzarle el rostro. A la luz plateada de la luna, ella vio el brillo de sus dientes, descubiertos por una sonrisa.

—Di mejor que siempre hay en alguna parte alguien que me busca. En cuanto a lo de estar loco, sabes desde hace mucho tiempo a qué atenerte, mi gatita. Pero, caramba, ¿lloras?

—¡Marchad, os lo suplico! ¡Huid lo más lejos posible!

—Es lo que voy a hacer enseguida. Ahora déjate de tonterías, preciosa. ¿No dices que obedeces órdenes de la reina? ¡Pues yo también, con la diferencia de que no me limito a esperarlas! Me gusta adelantarme a sus deseos.

Una cortina levantada en ese momento en el interior del pabellón dejó al trasluz la silueta de *Mademoiselle* de Hautefort.

—Haremos bien en ir —dijo Beaufort—. Nunca hay que hacer esperar a las damas.

Y corrió hacia la luz como un hombre que conoce el camino. Sylvie sólo pudo recoger sus faldas y correr tras él. Llegó al salón cuando él saludaba ya a la dama de compañía:

—¿Habéis reclutado a la gatita? No es mala idea. Bajo su apariencia frágil, es una persona muy decidida...

—¡Y segura! Eso es lo importante. No disponemos de muchas alternativas entre las doncellas de honor. Además, habla y escribe el español tan bien como el conde-duque de Olivares, y mejor, en cualquier caso, que la reina de España^[22]... ¡Venid! Se os aguarda con impaciencia.

Con un dolor súbito, Sylvie, todavía bajo el efecto de la emoción que había sentido al ver a François, vio que lo llevaba hacia la escalera que conducía a la alcoba de la reina, mientras que el visitante de la víspera había sido recibido en el salón. Se secó con rabia nuevas lágrimas, al pensar que el

Val-de-Grâce no era sólo un centro de espionaje político, sino también el lugar de citas de una naturaleza más tierna. Una idea de la que se arrepintió enseguida: ¿una cita en presencia de *Mademoiselle* de Hautefort, poseedora de la lengua más afilada de toda la corte? Pero unos instantes después, *Mademoiselle* de Hautefort volvió a bajar:

—Ya habéis trabajado bastante por esta noche, querida —dijo sin mirar a Sylvie, que se había sentado cerca del fuego de la chimenea más para quemar ciertos papeles que por necesidad de calor—. Id a acostaros. Yo misma acompañaré al duque cuando salga.

La joven se levantó, pero no se movió de donde estaba y miró a su compañera, que acabó por volverse hacia ella.

—¿Y bien? ¿No habéis oído? Os he dicho que fuerais a dormir, Sylvie.

—¿Por qué? —preguntó ésta sin dar un paso.

Marie frunció el entrecejo:

—¿Qué significa «por qué»?

—Sois demasiado aguda para no haberlo comprendido, pero os lo aclararé: ¿por qué me habéis enviado a mí a abrir la puerta del jardín al visitante de esta noche?

—Ayer os desenvolvisteis muy bien.

—Ayer, vos estabais muy ocupada y La Porte estaba ausente. Esta noche, vos podíais encargáros de esa... tarea. Así pues, repito: ¿por qué yo?

Hubo un silencio. Luego Marie se acercó y colocó sus manos sobre los frágiles hombros de la muchacha, que temblaban visiblemente.

—Tal vez para poner a prueba vuestra abnegación, pequeña... ¿Os sentís mal? —preguntó con dulzura.

Medio sofocada por las lágrimas que retenía a duras penas, Sylvie sacudió la cabeza.

—Y en este momento me detestáis —prosiguió Marie—, pero hacedme la justicia de reconocer que os previne, diciéndoos que vuestro corazón estaría sujeto a tormentas muy fuertes, con el guapo François.

—¡No es eso solamente! ¡Temo por él! ¿No sabéis que arriesga su cabeza al venir aquí?

—La arriesgamos todos: vos, yo, La Porte e incluso la abadesa. Creía que lo habíais comprendido.

—Lo he comprendido y lo he aceptado... pero con él, es distinto. Corre el rumor de un duelo en el que ha matado a su adversario por los bellos ojos de *Madame* de Montbazon, y en lugar de huir se presenta aquí, ¡a las puertas del París, o del cardenal, que es decir lo mismo!

—¿Dónde habéis oído ese rumor?

Sylvie comprendió que, arrastrada por la angustia y el dolor, había hablado demasiado. Esbozó un gesto de impotencia.

—Un rumor, ya os digo. Creo que fue Jeannette, mi camarera, quien lo oyó en el *hôtel* de Vendôme.

—¡Me dejáis de una pieza! Me llegan muchas informaciones de diferentes amigos, y eso lo ignoraba... ¿Y por qué no me lo habéis contado antes?

—Pues bien, os lo cuento ahora. En cuanto a lo que pueda haber de verídico en ese chisme, no tenéis más que preguntárselo al señor de Beaufort, ahora que lo tenéis al alcance. Buenas noches. Voy a acostarme, ya que así me lo ordenáis.

—No os he ordenado nada en absoluto. Era un simple consejo. El tiempo corre más deprisa cuando se duerme, y mañana lo que ha ocurrido esta noche no será más que un mal sueño...

—¡Es fácil para vos decir eso! ¡Buenas noches!

Pero, una vez en su habitación, Sylvie no se acostó. Quería esperar la salida de François y hablarle a solas. Eso era imposible bajo la mirada de halcón de Marie. La solución era salir de la abadía y esperar a François en el exterior. Evidentemente, habría que buscar la forma de volver a entrar, pero no hacía tanto tiempo que Sylvie trepaba a los árboles del parque de Anet o de los bosques de Chenonceau: la hiedra del muro le ofrecería toda clase de apoyos. ¡Sólo faltaba llevar a la práctica su proyecto!

Empezó por quitarse las enaguas que hinchaban su sencillo vestido de tela marrón de Flandes, sin más adorno que un cuello y manguitos blancos; y como, al faltarle el relleno interno, la falda resultaba un poco larga y podía estorbar sus movimientos, la alzó lo suficiente para dejar libres los pies sujetándola en las caderas mediante un cinturón fuerte de cuero; luego se quitó los manguitos y el cuello, cuya blancura podía resultar demasiado visible, y finalmente se puso una capa corta con capuchón que disimularía bien su rostro, y unos guantes de cuero necesarios para agarrarse a las ramas de la hiedra: no era cuestión de aparecer al día siguiente con las manos despellejadas y las uñas rotas.

Así equipada, salió por la ventana de la habitación que daba al huerto y aterrizó sobre un sembrado de coles de las que se esforzó en no pisotear las cabezas redondas. Luego corrió a la puerta, la abrió, volvió a cerrarla y se encontró fuera de los muros, en una placita adornada por un calvario, en el otro lado de la cual se alzaba el noviciado de los Capuchinos. Sus ojos agudos

inspeccionaron los alrededores: no había ningún caballo a la vista. François, prudente por una vez, debía de haber venido a pie. Pero ¿de dónde?

Lo único que podía hacer era esperar. La luna, aunque ya empezaba a declinar y jugaba al escondite con unas pequeñas nubes, aún brillaba demasiado. De modo que, para evitar ser vista, Sylvie se acurrucó entre la espesa hiedra que cubría el muro de la abadía.

La espera al fresco creciente de la noche le pareció interminable; acababan de sonar las dos en la capilla cuando finalmente reapareció François. No estaba solo: lo acompañaba La Porte, armado hasta los dientes. Los dos hombres ascendieron juntos *el faubourg* en dirección a la puerta Saint-Jacques. Furiosa pero decidida a continuar hasta el final, Sylvie les siguió rogando a Dios que Beaufort no hubiera dejado su montura demasiado lejos. Mientras, llegados a la vista de las murallas más o menos ruinosas de París, los dos hombres siguieron su camino a lo largo de los fosos, en dirección sur. Sylvie apretó los dientes y continuó su persecución, preguntándose adónde la llevarían así, pero era tenaz y habría aceptado dar la vuelta a París con tal de intercambiar unas palabras con el hombre al que amaba, que tenía su vida entre sus manos y que jugaba con ella de un modo tan loco...

La caminata tenía algo de irreal. Encerrada detrás de sus torres redondas o puntiagudas y de sus almenas, París vivía su inquietante vida nocturna, iluminada por los rayos cada vez más oblicuos de la luna. Sólo rompían el silencio los gritos de los centinelas desde los muros, el eco de una canción tabernaria en un cuerpo de guardia, los maullidos de los gatos en celo, el ladrido de un perro inquieto. Y Sylvie andaba y andaba...

Finalmente llegaron al Sena, cuya ancha cinta brillaba con un resplandor sordo de mercurio, y Sylvie comprendió por qué no habían encontrado ningún caballo atado a un árbol o sujeto a una anilla cuando los dos hombres descendieron hasta la orilla y se separaron: había allí una barca a la que François saltó con un gesto de adiós. Desesperada por no poderle hablar, ella abrió la boca para gritar, llamarle, pedirle que esperara y —¿por qué no?— la llevara con él, pero ya era demasiado tarde: impulsado por las largas pértigas de dos bateleros, el esquife se alejaba rápidamente a favor de la corriente... Agotada, Sylvie se dejó caer de rodillas, escondió el rostro entre las manos y se puso a llorar. Ni siquiera se dio cuenta de que La Porte, al emprender el camino de vuelta, pasaba a tres toesas^[23] de ella sin verla.

Cuando volvió a la realidad y miró alrededor, estaba sola en un rincón oscuro flanqueado a un lado por la puerta de Nesle y la silueta siniestra de la

antigua torre del mismo nombre, y al otro por los jardines y el magnífico palacio de la reina Margarita. Abandonado después de la muerte de ésta, el lugar se había convertido en refugio de una fauna variopinta.

Sylvie se puso en pie trabajosamente y pensó con desánimo que sería preciso rehacer todo el camino que había recorrido, y confiar en encontrar sin dificultad *el faubourg* Saint-Jacques. Pero llegó en ese momento a sus oídos un grito espantoso, el de una persona a la que degüellan, seguido de un jadeo y un ruido de pasos precipitados. Alguien se le vino encima con brusquedad y cayó con ella al suelo; sin embargo, se levantó de inmediato, jurando abominablemente, y al desaparecer en las tinieblas dejó tras de sí un extraño olor a polvo y cera caliente.

Esta vez Sylvie, casi sin fuerzas, tardó un poco más en levantarse. Acababa de ponerse de nuevo en pie cuando dos hombres salieron de entre las espesas sombras de la torre. También ellos corrían, y a punto estuvieron de volver a derribarla, pero la vieron a tiempo:

—¡Hay alguien! Una mujer, creo.

—Decid mejor una ramera. A estas horas, las mujeres honestas están acostadas. ¿Has visto huir a un hombre, muchacha?

—Quitad la pantalla a vuestra linterna, amigo mío. Al menos veremos qué cara tiene.

Una luz amarillenta la deslumbró, pero para entonces ya sabía quién era el que había hablado. Sólo que la sorpresa había sido tan grande que la dejó momentáneamente sin habla.

—¿Tú, Sylvie? —exclamó Perceval de Ragueneil en el colmo de la estupefacción—. Pero ¿qué haces aquí y a semejante hora?

VII

LAS IDEAS DE MADEMOISELLE DE HAUTEFORT

El compañero de Perceval se acercó y Sylvie reconoció en él al hombre de la *Gazette*, aquel Théophraste Renaudot al que había conocido en casa de su padrino. Su presencia le pareció más bien embarazosa y optó, según una técnica muy femenina que dominaba ya a la perfección, por responder con otra pregunta:

—Pero ¿y vos? ¿Qué hacéis tan lejos de vuestra casa?

—Perseguimos a un criminal. La mala suerte ha querido que llegáramos justamente cuando acababa de cometer su crimen, y además se nos ha escapado...

—De haberlo sabido, me habría aferrado a su ropa: me ha tirado al suelo de un empujón, como habéis estado a punto de hacer vos.

—¿Has visto su cara?

—¿Y cómo, en esta oscuridad en la que no es posible distinguir ni siquiera a una persona? Sólo he captado su olor. ¡Puah, era espantoso! Suciedad, sudor y también cera caliente, cosa que no acabo de entender.

—Te lo explicaré más tarde. Lo que quiero saber es por qué estás aquí. ¿Quién te ha traído?

—Nadie. Seguía a alguien, eso es todo.

—¿Desde el Louvre? —dijo Perceval señalando la orilla de enfrente—. ¿Cruzando el Sena?

—No vengo del Louvre, pero no os diré nada más. Por lo menos, no ahora —se corrigió.

Su mirada estaba fija en Renaudot, y Ragueneil comprendió lo que quería decir: su amigo era, de forma pública y notoria, adicto al rey y al cardenal, de quienes se decía que incluso escribían en su publicación. Por más que fuera el mejor hombre del mundo —y Perceval estaba seguro de ello!—, amaba

demasiado su oficio y la investigación de informaciones curiosas para no interesarse en lo que podía estar haciendo, a las tres de la madrugada, una doncella de honor de la reina a orillas del Sena, en un lugar donde no se encontraba más que a marinos y a algunas muchachas dedicadas tanto a su servicio como al de una fauna menos respetable.

—¿Cómo has venido?

—A pie y estoy muy cansada, de modo que me gustaría volver. ¿Y vos?

—En barca desde la isla de la Cité. Mi amigo Théophraste tiene una siempre dispuesta para sus expediciones. Te llevaremos con nosotros.

—Gracias, padrino, pero no me viene bien. Idos sin mí, yo volveré sola...

Muy a su pesar, Renaudot comprendió que aquella extraña personita no estaba dispuesta a decir de dónde venía y que Ragueneil no permitiría que se marchara sola. Sobre todo, comprendió que él mismo estaba de más.

—Lo mejor es que os deje, amigo mío.

—Iba a rogároslo.

—Si me necesitáis, sabéis dónde encontrarme. Por lo demás, me asombraría que nuestro hombre vuelva a actuar esta noche, aunque haya echado a perder hasta cierto punto su obra: el sello es ilegible...

Unos instantes más tarde, se perdía entre las densas sombras de la torre de Nesle y volvía a embarcar en el esquife que había amarrado río arriba. Sylvie y su padrino quedaron solos.

—¿Me contarás ahora de dónde vienes? —murmuró él—. Será mejor que lo sepas enseguida, Sylvie, no te dejaré sola hasta que estés en lugar seguro.

—Vengo del Val-de-Grâce, y si os parece bien, regreso allí.

—¿Tan lejos? ¿Cómo has hecho todo este camino?

—Es fácil: se pone un pie delante del otro, y así sucesivamente.

—¡No digas locuras! Debes de estar muerta de cansancio.

—Sí, bastante. Sin embargo, tengo que volver... por más que no tengo ningunas ganas.

Exhausta, se dejó caer al suelo y se puso a llorar con los grandes sollozos de una niña pequeña... o de una mujer, cuando sus nervios, tensos hasta el extremo, acaban por ceder. Perceval se arrodilló a su lado:

—Sólo una pregunta, pequeña. ¿A quién has seguido hasta aquí? Sabes que a mí puedes contármelo todo.

La respuesta pareció llegar de las profundidades de la tierra.

—A François... y La Porte, que le ha acompañado hasta una barca. Se ha marchado por el río. Esperaba poder hablarle... pero no ha sido posible porque estaba La Porte.

—Espérame aquí.

Perceval había visto, a la entrada de la recién abierta Rue de Seine, la enseña de una casa de alquiler de caballos. Se empeñó en despertar al amo, cosa nada fácil porque el buen hombre tenía el sueño pesado, pero finalmente, después de algunas palabras y del paso de varias monedas de su bolsa a la mano del chalán, consiguió un caballo por un precio razonable, tomó en sus brazos a una Sylvie todavía desconsolada para subirla a la grupa, y marchó al trote corto. Sylvie, con los brazos alrededor de la cintura de su padrino y la cabeza apoyada en su espalda, lloró a todo lo largo del camino. Perceval no le hizo más preguntas. En primer lugar, porque era difícil charlar a lomos de un caballo al trote, y en segundo lugar, porque reflexionaba.

Eran las cuatro cuando llegaron a la vista del Val, y en los alrededores los gallos de todos los conventos hacían coro al del cura de Saint-Jacques-du-Haut-Pas. Sylvie, entonces, secó sus lágrimas y explicó de qué manera se proponía entrar.

—¿Ahora una escalada? —gruñó Ragueneil—. ¡Decididamente, no tienes miedo de nada! Te ayudaré a trepar por el muro, pero escúchame bien. Cuando vuelvas al Louvre, pedirás un permiso de unos días para cuidar de tu viejo padrino, que necesita tu guitarra para aliviar una crisis de gota, y vendrás a mi casa. Con Jeannette, por supuesto. Creo que tenemos muchas cosas que contarnos...

Ella asintió con un vigoroso movimiento de la cabeza, y luego se alzó sobre la punta de los pies para besar a Perceval.

—No sé qué habría hecho sin vos, padrino. ¡Me sentía tan desgraciada! ¡Quizá me habría tirado al río!

Por la firmeza con que la sujetó por los hombros, Sylvie comprendió que él tenía miedo:

—¡Te prohíbo incluso el pensamiento de semejante abominación! Nadie, enténdelo bien, nadie vale tanto como para morir por él...

Poco después, Sylvie estaba de nuevo en su habitación y se desvestía a toda prisa para acostarse. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su vestido estaba manchado de sangre.

A la mañana siguiente, su cansancio era tal que apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Sin embargo, nadie se dio cuenta, y tampoco de algunos errores que cometió en el servicio. Marie no paraba de hablar en susurros con la reina, y las dos parecían en un estado de excitación permanente. Ana de Austria, que desde hacía mucho tiempo no aparecía de tan buen humor, resplandecía. Sus mejillas estaban arreboladas y sus ojos

verdes brillaban. Tenía hasta tal punto el aspecto de una mujer feliz que Sylvie se preguntó sobre los sentimientos que le inspiraba. Hasta la noche anterior la amaba y la compadecía, pero esa mañana quizás empezaba a detestarla por diversas razones: en tanto que reina, traicionaba al país cuyo trono ocupaba, y en tanto que mujer, le arrebatava el ser al que más amaba ella en el mundo...

Sin embargo, el buen humor de Ana de Austria no resistió a su regreso al Louvre. Aquella tarde, el rey entró en sus aposentos con paso de triunfador, mientras agitaba negligentemente un papel entre sus largos dedos.

—¡Grandes nuevas, señora! —exclamó—. ¡Me dan noticia de la victoria de nuestras tropas en el Cateau-Cambrésis! Las de vuestro hermano han sido expulsadas para siempre, así lo espero, y en cuanto a Landrecies, su caída es cuestión de días.

Las damas presentes aplaudieron, pero la reina palideció y no pudo responder nada.

—¿Y bien? —insistió Luis XIII—. ¿Eso es todo lo que tenéis que decir?

—Vos estáis contento, Sire, y eso basta para que yo lo esté también. También vuestra salud va mejor, por lo que veo.

En efecto, después de la marcha de Louise de La Fayette, el rey había permanecido unos días en Versalles, agobiado bajo el peso de un dolor tan cruel que le había provocado un acceso de fiebre. Su rostro mostraba aún las huellas.

—No os preocupéis por mi salud, señora —sonrió, agitando el mensaje en las narices de su esposa—. Esto me ha curado. Ya lo veis, nada como una victoria sobre España para devolverme las fuerzas; y el comprobar que compartís mi alegría me hace aún más feliz. Lo celebraremos los próximos días, en... ¡eso es, en el castillo de Madrid^[24]! Me parece de lo más apropiado.

Dicho lo cual, se volvió, prendió fuego al papel en un candelabro y lo arrojó a la chimenea. Después, tomó de la mano a *Mademoiselle* de Hautefort y la condujo hasta el vano de una ventana, como hacía antes con su querida Louise.

Al día siguiente, todo París comentaba la vuelta de la Aurora al favor real, y Sylvie obtenía un permiso de unos días para cuidar de su padrino.

—¿Creéis que es el mejor momento para abandonar vuestro puesto? —la riñó Marie, que, apoyada en una cómoda de la habitación de Sylvie, observaba sus preparativos de marcha.

—No abandono mi puesto, voy a ayudar a una persona a la que quiero mucho.

—¡Vamos! ¡A mí no me engaños, pequeña! Yo diría más bien que sois vos quien necesita reponerse. Los dolores del padrino han aparecido muy oportunamente después de nuestra estancia en el Val-de-Grâce, de la que imagino que no guardáis el mejor recuerdo. ¿Me equivoco?

Apartándose de la cómoda, Marie asió a su amiga por los hombros y la hizo volver.

—¡Miradme, Sylvie! Cuando intentáis mentir, se lee en vuestro rostro como en un libro. Tengo razón, ¿no es así?

—Sí... ¡Oh, Marie, intentad comprenderme! Viví una noche horrible. Ya sé, vais a repetirme que estaba prevenida y que había arriesgado demasiado al entregar mi corazón...

—No, no es eso lo que iba a deciros. Lo que habéis sufrido vos, yo también lo conozco: sé lo que cuesta abrir a quien se ama una puerta que no es la propia.

Los ojos de Sylvie, repentinamente secos, se abrieron desmesuradamente.

—¿He oído bien? ¿Me estáis diciendo que... que le amáis, también vos?

—¡Claro que sí! Os estoy diciendo exactamente eso, y no soy la única. Quiero añadir que él nunca sabrá nada, y que si llegara a saberlo le dejaría indiferente: no tiene ojos más que para la reina, y nosotras somos para él simplemente unas amigas encantadoras que acuden a favorecer sus amores.

—¡Es insensato! ¿Por qué hacéis eso?

—Sería demasiado largo explicároslo. Solamente puedo deciros esto: al no tener mi amor ningún futuro, lo someto al que profeso a mi soberana. No quiero que una infanta de España y una reina de Francia sea expulsada, repudiada por consejo de Richelieu, que la odia tanto más porque nunca ha conseguido que ella lo amara.

—Más parece que estáis procurando lo contrario. ¿Qué creéis que ocurrirá si llega a saberse a quién recibe la reina en su alcoba, en secreto?

—Pero no se sabrá. Sólo estamos en el secreto tres personas: vos, yo y La Porte. Éste es más fiel que un perro, y en cuanto a nosotras, amamos demasiado al señor de Beaufort para querer otra cosa que su bien. Y su bien forma parte del plan que se me ha ocurrido.

—¿Un plan? ¿Por qué?

—Porque gusta a la reina, y es el único nieto de Enrique IV al que mira con ojos de mujer enamorada. ¿Partís a pesar de todo?

—Sí. ¡Concededme estos días! Soy menos fuerte que vos y necesito reponerme. Por lo demás, me parece que podéis bastaros sola para defender a nuestra ama, ya que habéis recuperado toda vuestra influencia en el ánimo del rey.

Hautefort se encogió de hombros:

—¡Toda mi influencia es mucho decir! Digamos que ha sido una suerte, pero que no conviene hacerse demasiadas ilusiones respecto de lo que pueda durar. El cardenal deseaba que el rey dirigiera sus atenciones a *Mademoiselle* de Chémereault para reemplazar a La Fayette, pero sucede que ella no le gusta. El rey contestó que su cara no le resulta simpática, y que a fin de cuentas prefería «reconciliarse» conmigo. Pero este retorno podría no ser muy sólido.

—¿No depende sobre todo de vos? Antes os causaba placer, me dijisteis, maltratar a vuestro enamorado, y de ahí que prefiriera a *Mademoiselle* de La Fayette. ¡Sed más dulce con él!

Marie se echó a reír.

—¡Vaya con la predicadora! Hay que tomarme como soy, gatita, o bien dejarme. Además, si cambiara, el rey lo encontraría extraño. Está acostumbrado a mis maneras.

Sylvie no insistió, pero al alejarse una hora más tarde, en compañía de una Jeannette encantada, experimentó un sentimiento de alivio y liberación. Le resultaba asfixiante el ambiente del viejo Louvre, atiborrado de intrigas, donde continuamente se entrecruzaban odios, amores e intereses de toda índole. En casa de Perceval esperaba recuperar un poco de la alegre despreocupación de la infancia. Un poco tan sólo, porque había tenido buen cuidado de llevarse consigo el frasco de veneno, cuyo contacto le bastaba para echar a perder su alegría, pero que le era imposible abandonar. Por su parte, Jeannette estaba por lo menos tan contenta como ella, porque el contacto diario con la servidumbre del palacio y sobre todo con las camareras de las doncellas de honor, no era precisamente una fuente de felicidad.

La habitación tapizada de brocatel amarillo a la que Nicole Hardouin condujo a Sylvie a su llegada a la Rue des Tournelles gustó a la joven a primera vista: daba al jardín y nunca había sido ocupada desde que Ragueneau había comprado la casa. Entonces la había hecho pintar y tapizar de nuevo, con la esperanza de que tal vez un día su hija adoptiva vendría a habitarla. El cuidado puesto en los más pequeños detalles, como el espejo de Venecia y los objetos de tocador, de plata, conmovió a Sylvie: era la prueba de un cariño auténtico, y dio por ello las gracias a su padrino cuando, después de la cena,

se sentaron a solas en el gabinete de Perceval. Pero él rechazó su agradecimiento.

—Es a mí mismo a quien he querido complacer. Me sentía feliz imaginando que un día vendrías a tomar posesión de esa habitación. Por tanto, hice lo que pude para convencerte de que aquí estarías en tu casa.

—Lo habéis conseguido. ¡Me siento tan bien! —suspiró ella, mientras acariciaba el brazo del sillón en que estaba sentada.

—¿Mejor que en el Louvre?

—¡Oh, el Louvre...! —Hizo un gesto evasivo que lo expresó todo.

—No eres feliz allí, tal como yo temía. No estuve de acuerdo en que te nombraran doncella de honor tan joven, pero ¿qué podía hacer para impedirlo? La reina te solicitaba, y al duque César le convenía por no sé qué oscura razón...

—No tiene hada de oscuro: quería librarse de mí.

—Es posible, pero tuve también la impresión de que tú misma deseabas alcanzar esa posición.

—Nada más cierto. Me pregunto ahora si tenía razón o estaba equivocada. ¡Todo es tan complicado y tan difícil a mi alrededor que acabo por no saber ya quién intriga con quién y por qué!

—¿Así están las cosas? ¿Y la reina?

Sylvie estuvo a punto de decir que la reina intrigaba más todavía que el resto, pero se contentó con suspirar.

—¡Oh! La reina es muy buena, y tengo la suerte de contar con una amiga en su dama de compañía.

—¿*Mademoiselle* de Hautefort?

—Sí. Con todo, adora a la reina y su amistad, supongo, depende exclusivamente de la calidad de mi lealtad a nuestra ama.

—Si no te comportas bien, podría convertirse en una enemiga. Y una enemiga temible, puedes estar segura. Pero no tienes nada que temer: amas a Su Majestad.

—Sí... sí, claro.

La ligera reticencia no escapó a Perceval, que, sin embargo, no insistió en el tema. Se inclinó para tomar la mano de su «hija» y la conservó unos instantes entre las suyas, lo que le permitió comprobar que temblaba.

—Explícame ahora cómo llegaste, la otra noche, al lugar en que te encontré. Si, como me dijiste entonces, seguías a François desde la abadía del Val-de-Grâce, eso quiere decir que aparentemente él estaba allí, como diría el

buen maestro Pero Grullo. Y en tal caso, si querías hablar con él, ¿por qué hacer todo ese camino escondida? Supongo que os habíais visto en el Val.

—Sí, al llegar. Pero cuando se marchó, se suponía que yo estaba ya en la cama.

—¿Tanto tiempo se quedó?

De golpe, Sylvie enrojeció. Le pareció oír a Marie afirmar: «Sólo estamos en el secreto tres personas: vos, yo y La Porte». Por culpa de su loca ocurrencia de la otra noche y de las pocas palabras pronunciadas para explicarla, también Ragueneel había entrado en el secreto... ¿Era grave? La mirada que dirigió a su padrino estaba tan cargada de ansiedad que él se conmovió, al comprender que acababa de tocar un punto muy sensible.

—Ven aquí —dijo, y la atrajo hacia él—. Ven a mi lado para que sientas mejor cuánto te quiero y deseo ayudarte. Sólo tienes quince años, y nadie a quien pedir consejo sino a mí, a mí que preferiría morir a traicionarte o hacerte daño...

Sylvie rompió en sollozos y, dejándose caer al suelo, apoyó la cabeza en las rodillas de Perceval. Sabía que podía confiarle todo, que sería más discreto que un confesor y que el peso que llevaba sobre sus hombros era demasiado para un corazón de quince años. Entonces, en voz baja, como si temiera que las mismas paredes pudieran oírla, se liberó de su carga: la correspondencia secreta con el enemigo, las visitas nocturnas y, sobre todo, la visita interminable de Beaufort.

—¡Si le hubieseis visto andar por las calles cuando se marchó! Por más que ocultara el rostro, parecía haberse convertido en el rey del mundo.

—Es algo parecido. ¿Y la reina, qué aspecto tenía por la mañana?

—¡Oh, radiante! Nunca me ha parecido tan feliz. Se diría que acababa de recibir noticias maravillosas. Es cierto que ignoraba el éxito de nuestras armas ante los españoles, un éxito que el rey le anunció ayer sin la menor consideración. Luego tomó la mano de *Mademoiselle* de Hautefort para hablarle en privado... Pero volviendo a Beaufort, ¿qué pensáis?

—Que se ha convertido en amante de la reina —gruñó Perceval, rotundo—. ¡Y eso constituye una verdadera locura!

Era exactamente lo que imaginaba Sylvie, pero a pesar de ello hizo una última tentativa, muy femenina, para salvar sus ilusiones naufragadas.

—¡Pero ella tiene quince años más que él!

—Eso no cuenta, Sylvie. Es muy bella, es la reina y tú sabías ya que él la amaba. Ahora sabemos que también ella le ama. Falta saber hasta qué punto.

—¿Qué queréis decir?

—Que los riesgos que corren son enormes. ¿Qué sucederá si Richelieu, siempre al acecho, descubre que ella engaña al rey?

—Un escándalo, supongo, y la repudiación por adulterio.

—Sin duda, y ella es lo bastante inteligente para calcular los riesgos que afronta. Sin embargo, los afronta en un momento en que su situación no es ciertamente brillante. ¡Eso es lo más asombroso!

—Sobre todo porque *Mademoiselle* de Hautefort pretende que todo forma parte de un plan ideado por ella a despecho del amor que siente también por François.

—¿Un plan?

—Es la palabra que empleó. Añadió que François es el único nieto de Enrique IV al que la reina mira con amor... Os confieso que no entiendo nada y que me siento muy muy feliz aquí, junto a vos ¡y lejos de todas esas intrigas que me desbordan!

Perceval se contentó con acariciar la cabeza sedosa colocada sobre sus rodillas. Reflexionaba con tanta intensidad que Sylvie, sorprendida por ese silencio súbito, le creyó dormido. No era así, tenía los ojos abiertos de par en par, pero fijos en un punto indeterminado, e incluso tomó su pipa de un pote de porcelana colocado sobre una mesita y la encendió. Ella no se atrevió a interrumpir su meditación. Finalmente, él preguntó:

—¿Y *Mademoiselle* de Hautefort, que tiene un plan, ha vuelto al favor del rey? Dime, Sylvie, ¿se reúne Luis XIII a menudo con la reina, por las noches?

Ella sacudió la cabeza.

—Nunca desde que entré a formar parte de las doncellas de honor.

Silencio, de nuevo. Perceval exhalaba bocanada tras bocanada con aplicación, y la habitación fue llenándose de un humo que hizo toser a Sylvie. Aquello le hizo volver a la realidad.

—¡Insensato! —dijo por fin—. Insensato o genial. Si se trata de lo que pienso, el plan de tu amiga es la tirada de dados más peligrosa que nunca haya visto intentar. Se juega su cabeza, la de Beaufort, quizá también la tuya, e incluso la de la reina.

—¿Cómo puede ser?

—¡Oh, muy sencillo! Espera que tu François le hará un niño a su real amante.

—¿Qué? ¡El rey se volvería loco de rabia!

—Pero ella ha recuperado su influencia sobre él y cuenta con ella para convencer a un hombre que tiene tanta más necesidad de un heredero por cuanto su salud se debilita, y que si falleciera ahora, dejaría a *Monsieur*, el

incapaz *Monsieur*, como heredero de la corona de Francia. Si Beaufort deja preñada a la reina, la sangre del niño será, a pesar de todo, la de san Luis y Enrique IV.

—¿Olvidáis al cardenal? Su influencia es mucho mayor que la de Marie.

—Pero no llegó a igualar la de *Mademoiselle* de La Fayette. Añade a eso que, si muere el rey, él también está perdido. Antes incluso de la coronación en Saint-Denis, será destituido... ¡o algo peor! ¡Acumula tantos odios en su contra! Me pregunto incluso si ese golpe audaz de la dama de compañía no contará de alguna forma con su visto bueno...

—¡Dulce Jesús! —suspiró Sylvie, y volvió a ocupar su lugar en el sillón—. ¿Os dais cuenta de lo que acabáis de decirme, padrino? ¿Qué será de François si tenéis razón?

Raguenel mostró la palma de las manos en un gesto de ignorancia.

—Pienso que tendrá necesidad de la protección divina y que lo mejor que podría hacer es huir a Inglaterra o a los Países Bajos en el más breve plazo. ¡Vamos, Sylvie, no pongas esa cara de tragedia! No son más que suposiciones.

—Pero que suenan como verdades. François debería cruzar el canal de la Mancha o una frontera enseguida. Su presencia en París es simplemente una locura, después de ese duelo en el que ha matado a su adversario.

—¿Un duelo? ¿De dónde has sacado eso?

Esta vez, obligada por su juramento, Sylvie no podía revelar su fuente. Hizo un gesto evasivo y apartó la mirada para que su padrino no pudiera leer la mentira en sus ojos.

—De las doncellas de honor. Hablaban del tema, el otro día. Con medias palabras, desde luego, porque François es muy querido entre ellas. Al parecer tuvo en Chenonceau una discusión a propósito de *Madame* de Montbazon, con un gentilhomme de la región. El cardenal no ha sido informado de nada, porque de otro modo François ya estaría en la Bastilla, pero es insensato presentarse en París, aunque sea en secreto.

Raguenel adelantó el labio en una mueca de duda.

—¡Me dejas asombrado! Un suceso como ése no puede guardarse mucho tiempo en secreto. Mi amigo Renaudot, que mantiene una correspondencia muy amplia con las provincias, habría tenido alguna noticia y, como conoce los lazos que me unen a los Vendôme, me lo habría dicho.

—Sobre todo, se lo habría dicho al cardenal.

—No lo creo. No oculta su opinión de que Su Eminencia tiene en ocasiones la mano demasiado pesada. Pero voy a intentar informarme.

Mientras tanto, mi pequeña, destierra esas historias de tu bonita cabeza y aprovecha las vacaciones. Mañana, para empezar, saldremos a dar un paseo...

Para quienes vivían en el Marais, e incluso más lejos, dar un paseo significaba un único destino: la Place Royale, lugar de todas las delicias y centro de la vida elegante.

Construida por Enrique IV en el espacio ocupado por un antiguo mercado de caballos, esta magnífica plaza ofrecía un conjunto arquitectónico plenamente conseguido. El color rosado del ladrillo se aliaba con gracia al blanco de la piedra de los sillares y al gris azulado de la pizarra que cubría las altas techumbres de una serie de pabellones aristocráticos, unidos entre ellos por una agradable galería cubierta, una especie de claustro por el que paseaba toda la alta sociedad parisina cuando el tiempo no permitía el acceso a los hermosos senderos flanqueados por olmos cuidadosamente recortados. En el centro, unos armoniosos setos de boj encerraban los arriates floridos, que recordaban las villas del campo romano o florentino.

En la plaza se vendía limonada fresca, pastelillos, tortas y barquillos napolitanos. Antes de los edictos del cardenal el lugar era también escenario de duelos, pero incluso después subsistía la costumbre de las citas, con la diferencia de que ahora se trataba sobre todo de citas galantes. Las mujeres más bonitas de París exhibían allí los atuendos más lujosos, rodeadas por elegantes pretendientes. Ellas habían instaurado una especie de código de la coquetería por medio de nudos en las cintas, cuyo significado variaba según el lugar en que estaban colocados. Por ejemplo, el *favori* colocado sobre la cabeza mostraba los colores del pretendiente preferido; el *mignon* iba prendido con agujas sobre un corazón disponible, y el *badin* colgaba del abanico lleno de libertad desafiante...

En cuanto a los felices propietarios —o inquilinos, en ocasiones— de los pabellones de la plaza, pertenecían a la alta nobleza o a la gran magistratura, porque hacía falta ser muy rico para tener el derecho de contemplar desde un balcón propio la alegre animación cotidiana o los festejos públicos dados por el rey o por la ciudad con ocasión de un matrimonio o de una visita real. Allí residían el duque de Rohan, la princesa de Guéménée, el conde de Miossens que más tarde se convertiría en mariscal d'Albret, la marquesa de Piennes, la mariscal de Saint-Géran, el mariscal de Bassompierre —a pesar de la circunstancia de que se alojaba en la Bastilla desde hacía unos diez años—, el consejero Aubry, el consejero Larcher, la condesa de Saint-Paul y algunos otros, todos ellos en mansiones suntuosas cuya riqueza de ornamentación y mobiliario respondía a la gracia exterior de los edificios.

Cuando Sylvie apareció del brazo de su padrino, no pasó desapercibida porque ambos formaban una pareja agradable de contemplar, por más que no se tratara, ni de lejos, de la más suntuosa; pero el vestido de raso de la joven, de ese color amarillo luminoso que tanto le gustaba y que aclaraba todavía más utilizando cintas blancas, armonizaba con el jubón y los gregüescos de seda espesa de un tono gris claro de Raguenel. En honor a su joven compañera, había renunciado momentáneamente a sus paños de color marrón, gris oscuro o negro para mostrar el aspecto de un gentilhombre elegante. Así el cuello, las mangas y la vuelta de las botas iban adornados con encajes, y sobre su sombrero gris ondeaban unas plumas amarillas y blancas a juego con las cintas que sujetaban su espada.

Desde su aparición bajo los olmos, fueron muchos los saludos que dieron y recibieron. Aquel hermoso día de comienzos del verano parecía haber invitado a las preciosas a desertar de los salones, con la excepción de la marquesa de Rambouillet, a la que ninguna fuerza humana habría podido arrancar de su célebre salón Azul.

Sus dos principales rivales, la vizcondesa d'Auchy y *Madame* des Loges, habían reunido su círculo bajo los árboles, y tomaban pastelillos y limonada mientras alguno de los poetas asiduos a sus salones recitaba versos. Sin embargo, Sylvie empezaba a lamentar no haber elegido un lugar de paseo más tranquilo. Desde que habían entrado en la plaza, Perceval no paraba de saludar o de besar manos, y el andar de ella iba puntuado por reverencias en cada ocasión en que la presentaban a una dama. Todas coincidían, por lo demás, en encontrarla «¡Tan encantadora...! ¡Tan fresca y joven!». En cuanto a los hombres, se retorcían el mostacho y le dirigían guiños que pretendían ser irresistibles pero que la divertían mucho.

De súbito, la atención se apartó de ellos para centrarse en dos jóvenes que acababan de hacer su aparición. Eran Henri de Cinq-Mars y Jean d'Autancourt. Allá donde iba, el joven amigo del cardenal atraía todas las miradas. Era tan bien parecido que hacía olvidar quién era su protector; y poco faltaba para que se agradeciera a Richelieu haber traído de su Auvernia natal a semejante obra maestra... Hoy, vestido de azul celeste y plata, y tocado con un sombrero blanco de plumas azuladas, parecía un ángel. Y un ángel guardián, porque sostenía a su amigo, cuyos rasgos tensos y su palidez mostraban que convalecía aún de alguna enfermedad, o tal vez de una herida.

Desde uno u otro de los círculos de paseantes se hicieron numerosas señas de amistad o gestos de llamada para atraer a los dos jóvenes, pero ellos los ignoraron y se dirigieron sin vacilar hacia Sylvie y su padrino.

—¡*Mademoiselle* de l'Isle libre del servicio de la reina, *Mademoiselle* de l'Isle en la Place Royale! —exclamó Cinq-Mars después del intercambio de saludos protocolarios—. ¡Qué novedad tan agradable! ¿No es cierto, querido Jean?

Su mirada llena de malicia buscó la de su amigo, cuyas mejillas pálidas acababan de enrojecer, pero cuyo rostro expresaba una sincera alegría.

—Debo deciros —continuó el joven— que os traigo a un verdadero héroe que todas las damas van a disputarse. Acaba de regresar directamente de las puertas de la muerte.

—¿Habéis sido herido, *monsieur*? —se inquietó Sylvie mientras sonreía a aquel joven por el que sentía una innegable simpatía.

—Una nadería, *mademoiselle*... pero por la cual doy gracias a Dios, ya que me ha valido un instante de interés por vuestra parte.

—¿Una nadería? —se escandalizó Cinq-Mars—. ¡Un disparo de mosquete en pleno pecho delante de Landrecies, cuando cargaba solo contra un reducto español...!

—Tenéis suerte de seguir vivo —observó Perceval—. ¿No era una locura esa carga?

—No me lo parece, señor caballero. Distrajo la atención de los españoles mientras un grupo de los nuestros colocaba explosivos al pie de ese mismo reducto...

—¡Magnífico! —aplaudió Sylvie—. Pero, *monsieur*, podían haberos matado...

—En la misma situación está cualquier soldado cuando hace la guerra, *mademoiselle*... y me parece que estamos hablando demasiado de mí. ¡Sería tan agradable hablar de vos!

—Luego hablaremos de ella tanto como quieras. Dejadme añadir tan sólo que el propio rey fue a verle a la casa de su señor padre, donde estaban cuidándolo, y le abrazó. Un héroe, os digo, y bien podéis estar orgullosa, señorita, de haber conseguido que se prendase de vos...

Al ver que Sylvie se ruborizaba a su vez, Ragueneil se apresuró a desviar la conversación hacia otros temas, después de haber felicitado calurosamente al joven; pero, durante todo el tiempo se dedicó a observar con discreción a aquel muchachote rubio tan visiblemente enamorado de su Sylvie. El interés aumentó cuando aparecieron dos nuevos personajes: uno era el abate de Boisrobert, y el otro el barón de La Ferrière.

El primero, muy conocido en la plaza, reunía en su persona dos condiciones improbables: era a la vez hombre de Iglesia y un libertino

reconocido; adoraba a los jovencitos. Pero como se trataba de un hombre de gran talento y cultura —en su primera juventud había reunido una importante biblioteca mediante la imposición de un diezmo sobre los libros raros de los señores de su parentela o conocidos, con los que practicó el arte sutil de solicitar la obra en préstamo y no devolverla nunca—, se había convertido en el consejero literario de Richelieu. Al abate se debía la reciente creación de la Academia Francesa.

No tenía más que elegir a cuál de los distintos grupos esparcidos entre los árboles sumarse, en la seguridad de que su presencia habría sido bien acogida, pero al divisar al resplandeciente Cinq-Mars, cuya belleza le fascinaba, se dirigió hacia él como la mosca hacia la miel, arrastrando al militar, del que uno podía preguntarse qué estaba haciendo en su compañía. Pero el joven capitán era el único que le interesaba y, con una insolencia muy de su estilo, se lo llevó aparte después de haber dirigido con la mano un saludo desenvuelto a las demás personas del grupo. La Ferrière aprovechó la ocasión para dirigirse a Sylvie:

—Es una rara felicidad encontraros, *mademoiselle* —dijo, omitiendo saludar a los dos hombres que la acompañaban—. Tan rara que me atrevo a pedirlos que deis unos pasos en mi compañía. El día es hermoso, y tenemos muchas cosas que decirnos.

Mientras hablaba, intentó apoderarse de su mano, pero Sylvie no tuvo tiempo de abrir la boca porque Jean d'Autancourt levantaba ya su bastón para mantener a distancia a aquel patán:

—¡Despacio, señor! *Mademoiselle* no es de esas personas a las que se puede tomar de la mano y llevar a saber dónde sin que pongan inconveniente a ello. ¡Empezad por consiguiente por saludar al señor caballero de Ragueneil aquí presente, que es su padrino y pariente!

—¿Y quién sois vos para mezclaros en lo que no os importa? *Mademoiselle* de l'Isle me conoce, porque he tenido el honor de solicitar su mano, y no os ha pedido que intervengáis. ¿O bien preferís que lo discutamos espada en mano, en un lugar más tranquilo? Pero no tenéis aspecto de poder sostener vuestra causa —agregó con una sonrisa aviesa.

A pesar de su herida, el joven se adelantaba ya, pero Perceval le retuvo:

—¡Por favor, marqués, esto me concierne! Marchad, señor, de un lugar en el que no sois deseado. Añado que ni él ni yo cruzaremos el acero con un provocador como vos. ¡Fuera de aquí!

—No estoy dispuesto a marcharme. Además, la señorita todavía no ha dicho nada y...

El tono iba subiendo, pero Cinq-Mars exclamó:

—¡Llevaos a vuestro amigo, señor abate! Si no, tendré el disgusto de informar a Su Eminencia de los modales de sus guardias cuando no se encuentran de servicio...

—¡Y tendréis todo mi apoyo! —gruñó el abate—. No voy a preguntaros si habéis perdido la cabeza, La Ferrière, porque nunca la habéis tenido.

—¡Cuántas historias por una doncella! Como si no supiéramos lo que vale la virtud de las doncellas de honor de la...

No acabó la frase; le quitó el aliento la bofetada que acababa de propinarle D'Autancourt con toda la fuerza de su cólera:

—¡Aunque después deba subir al cadalso, os mataré, miserable, por este insulto innoble!

El otro iba a responder, pero Cinq-Mars, con un vigor inesperado en él, sujetó uno de sus brazos en tanto el abate se encargaba del otro.

—¡Señores, señores! —suplicaba este último—, estamos entre personas de buena crianza...

—¡Seré yo quien te mate, pipiolo! —espumeaba La Ferrière—. ¡Antes de que pase mucho tiempo me darás razón de esto!

—¿Razón? Sería un verdadero milagro, porque parecéis estar tan privado de ella como de buenas maneras.

El incidente no había pasado inadvertido. Varias personas se acercaban. Trabajando hábilmente en equipo, el abate y el joven capitán se llevaron a aquel energúmeno hacia la salida del jardín. Por encima del hombro, Cinq-Mars gritó alegremente:

—¡Perdonad que os deje, querido Jean, pero el abate no lo conseguirá él solo! ¿El señor de Ragueneil accederá sin duda a acompañaros a vuestra carroza?

—¡Será un placer, señor!

Sylvie, que se había colgado de su brazo, murmuró:

—¡Vámonos, padrino, por favor! ¡Qué escándalo! Se me han quitado las ganas de ver a nadie...

—Es muy natural. Pero ya nadie nos mira, ahora que se han llevado a ese bruto.

Era cierto. Toda aquella gente civilizada se habría sentido avergonzada de comportarse como vulgares mirones, y las conversaciones interrumpidas se reanudaban.

—Tenéis razón, pero prefiero irme. *Monsieur* —añadió, esforzándose por sonreír—, os doy las gracias por haberme protegido de ese loco furioso. No

soy cobarde, pero confieso que me da mucho miedo. Y tenéis todo mi agradecimiento —añadió, al tiempo que le tendía su mamita enguantada, que él tomó con visible emoción, pero sin poder articular palabra.

—¿Dónde tenéis vuestro coche, marqués? —preguntó Perceval—. Os acompañaremos hasta él.

—Muy cerca, al final de esa avenida; pero si me lo permitís, seré yo quien tendré el honor de acompañaros hasta vuestra casa.

—¡Oh! Está muy cerca...

—Sin duda, pero la señorita todavía no se ha repuesto de la emoción... y además, será un inmenso placer para mí.

A Perceval no le costó trabajo creer esa última afirmación. Ofreció su brazo al joven, que lo rehusó y mostró su bastón:

—Gracias, puedo caminar solo. No abandonéis a *Mademoiselle* de l'Isle.

A la salida del jardín encontraron una carroza de sobria elegancia, de color verde oscuro con ribetes rojos, y con el interior y las cortinillas de terciopelo a juego; como única decoración, las armas de los duques de Fontsonne. Los lacayos iban vestidos con los mismos colores.

Al llegar, fue imposible impedir que el herido descendiera para ofrecer su mano a Sylvie, y preguntara luego a Ragueneil:

—¿Puedo esperar, *monsieur*, que me autoricéis a venir a saludaros un día próximo?

Perceval le sonrió con afecto. Decididamente aquel muchacho le gustaba cada vez más.

—¡Seréis siempre bienvenido! ¿No es así, Sylvie?

—Siempre.

Por la noche, cuando terminaban de cenar, Perceval, que no había hecho hasta ese momento ningún comentario, volvió a plantear el tema:

—Así pues, Sylvie, ¿qué piensas de nuestro joven marqués?

—¿Qué queréis que piense? —sonrió la joven mientras recubría un fresón con azúcar en polvo—. Todo lo mejor, naturalmente.

—Yo también. Mira..., cuando llegue el momento de casarte, me gustaría que pensaras en él. Cualquiera mujer se sentiría orgullosa de uncirlo a su carreta, como dicen los graciosos de la corte. Y él te adora.

Sylvie plantó los codos sobre la mesa, apoyó el mentón entre los dedos enlazados y dirigió a su padrino una mirada maliciosa.

—¡Me preguntaba cuánto tiempo tardaríais en hablarme de él! Estáis dándole vueltas al magín, ¿no es cierto? Pero quizá vais demasiado aprisa. No es costumbre que una joven solicite a un marido, y de momento no tengo

noticia de que él os haya pedido mi mano. Ni siquiera de que piense hacerlo. Pertenezco a la pequeña nobleza y eso puede parecerle poco a un futuro duque..., aparte de que apenas poseo dote.

—Me extrañaría mucho que sea un hombre que se preocupe de esos detalles...

La entrada súbita de Jeannette acompañada por Corentin le interrumpió. La criada se excusó por aparecer de ese modo sin haber sido llamada, pero ella y su compañero tenían que comunicarles una cosa, y en efecto los dos parecían muy excitados.

—El hombre que nos sigue cada vez que salimos a pasear por París —dijo Jeannette—, pues bien, acabo de verlo: ¡es el lacayo que ha ayudado a vuestro amigo a subir al coche!

—¿Estás segura? —preguntó Sylvie.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Vos misma habríais podido reconocerle, sabíamos que parecía un lacayo de casa grande, pero no sabíamos de cuál. Ahora ya lo sabemos...

—Pero ¿por qué *Monsieur* d'Autancourt me habrá hecho seguir? —exclamó la joven, a punto ya de enfadarse—. Es un procedimiento...

La mano de Perceval, firme y tranquilizadora, fue a colocarse sobre la suya.

—¡No te enojés! Podría ser un recurso de enamorado. De todas maneras, creo que no tardaremos en aclarar este pequeño misterio.

En efecto, no tardaron mucho. Al día siguiente, mientras Sylvie ayudaba a Nicole a preparar una gran perolada de confitura de fresas y Jeannette, sentada en un rincón de la cocina, bordaba una camisa para su ama, se abrió el portal para dejar pasó al bello carruaje de la víspera: Jean d'Autancourt rogaba al caballero de Ragueneil que le concediera unos momentos de atención. Y a pesar de tratarse de un joven tímido, no se anduvo con rodeos:

—He venido a preguntaros, señor, si acogeríais de buen grado una visita del señor mariscal-duque de Fontsonne, mi padre.

Perceval se echó a reír e indicó al joven que tomara asiento.

—¿De buen grado, cuando se trata de tan gran honor? ¡Querido marqués, soñáis! ¿Y por qué motivo desea visitarme vuestro señor padre?

—Para pedir os la mano de *Mademoiselle* de l'Isle. Sois su padrino, su tutor también, creo, y el único hombre en el mundo que posee la llave de su felicidad...

Esta vez, Perceval dejó de sonreír.

—¡Diablos! ¡No perdéis el tiempo! Es posible incluso que os apresuréis demasiado. ¿Estáis seguro de que el mariscal aceptará la gestión que pretendéis imponerle? Sus expectativas sobre vuestro futuro son sin duda muy superiores a la alianza con una huérfana de la pequeña nobleza, y...

—¡No conocéis a mi padre, señor, bien lo veo! Porque en tal caso sabrías que es la mejor persona que existe en el mundo: leal al rey, buen cristiano y un padre atento, algo que no abunda en las familias actuales, os lo concedo. Desde la muerte de mi madre ha volcado sobre mi persona todo su cariño. Sólo anhela mi felicidad, y cuando vea a Sylvie... quiero decir a *Mademoiselle* de l'Isle, se prenderá de ella a primera vista, como me ha sucedido a mí.

—Estoy dispuesto a creerlo, pero en tanto no sea él mismo quien me lo diga, no podré estar absolutamente seguro...

—¿Queréis decir... que rechazáis mi petición?

—No, por cierto. Sin embargo, tampoco la acepto. Me haría muy feliz la unión entre vos y mi pequeña Sylvie, pero hasta que me sea presentada una petición oficial, es decir venida de vuestro padre, no podré plantearme una respuesta en firme. Además, no ignoráis que Sylvie ha sido criada por y en casa de *Madame* de Vendôme, con cuya opinión es necesario contar también...

Jean hizo una mueca.

—¿La duquesa o el duque? No os oculto que en mi casa no se le aprecia mucho. Es un agitador, un personaje peligroso...

—He aludido a la duquesa. Únicamente su aprobación cuenta para mí. Y finalmente, si podemos reunir todos esos elementos, faltará el más importante: la propia Sylvie. Será ella, y sólo ella, quien acepte o rehúse. La quiero demasiado para imponerle un matrimonio sin amor...

—Es muy natural. Pero, en ese caso, concededme una oportunidad para hacerme amar a la espera de que mi padre regrese de la guerra.

—¿Qué queréis decir?

—Permitidme venir a verla. En la corte no es nada fácil, y voy allí en muy escasas ocasiones. A propósito... si os parece que me apresuro en exceso a presentaros mi súplica, es también a causa de su cargo de doncella de honor.

—¿No iréis a decirme que compartís las ideas de ese La Ferrière sobre las doncellas de honor?

—¡Dios me guarde! Pero el palacio es un hormiguero de intrigas. Ella está sola allí... ¡y es tan joven!

La preocupación se reflejaba en el rostro regular, incluso un poco severo, del joven, y Perceval se sintió conmovido, pero aún quiso saber algo más. De forma repentina, e incluso brutal, preguntó:

—¿Por esa razón la habéis hecho seguir?

Si había creído desconcertar a D'Autancourt, se equivocó. El joven enrojeció, pero respondió sin vacilar:

—Sí. No me asombra que os hayáis dado cuenta. Mis hombres recibieron la orden de no ocultarse. Y el término que habéis empleado es impropio: no la hago seguir, la hago proteger. Desde que la conocí en el parque de Fontainebleau, es para mí infinitamente preciosa... ¡y parece tan frágil! Además, no dispone de carroza ni de servidores varones. Tan sólo de una criada joven que la acompaña en un París casi tan peligroso como el Louvre. Quería que siempre hubiera cerca de ella alguien dispuesto a socorrerla. Así pues, alquilé una casa pequeña en la Rue d'Autriche e instalé en ella a mis servidores más fieles: dos hermanos, Séverin y Saturnin, que se parecen bastante entre sí y que me son plenamente fieles. Los dos se relevan para garantizar, con carta blanca respecto a cómo hacerlo, la seguridad de *Mademoiselle* de l'Isle, sobre todo cuando yo estoy en el ejército. ¿Os parece ofensivo?

Raguenel se admiró en su fuero interno del poder de la fortuna puesta al servicio del amor, y pensó que debía dar gracias a Dios por haber puesto en el camino de su pequeña Sylvie a aquel muchacho de veinte años que daba prueba de tal madurez. Sería, sin la menor duda, un esposo ideal, pero ¿lo aceptaría Sylvie mientras su querido François no estuviera, a su vez, casado? A menos que... Después de todo, ¿no podía estar sujeto a cambios imprevisibles un corazón de quince años, incluso enamorado?

—De ninguna manera —suspiró finalmente—. Muy al contrario, porque de ese modo me probáis la profundidad de vuestro amor. En estas condiciones, me parece honesto confiar a ese amor de que dais prueba, y también a vuestro honor de gentilhomme, la verdad relativa a mi pupila, porque esa verdad reafirmará sin duda en vos la necesidad de protegerla que yo también me he impuesto.

Instintivamente, Jean aproximó su sillón al de Perceval, que fue hasta un armario y extrajo de él un frasco de vino de España y dos copas, que llenó. Ofreció una y volvió a sentarse.

—El nombre y el feudo de L'Isle fueron concedidos a Sylvie por los Vendôme cuando tenía cuatro años, después de un drama del que acababa de ser víctima inconsciente. Se llama en realidad Sylvie de Valaines. Es la hija...

—¿... Del barón de Valaines, cuya familia fue tan misteriosamente exterminada hará... una decena de años?

—En efecto, se recurrió a un velo de misterio para cubrir un crimen espantoso. Sólo los Vendôme y yo conocemos la verdad. Una verdad que compartiré con vos si me dais vuestra palabra de no revelarla a nadie, ni siquiera al duque vuestro padre, hasta nueva orden.

—¡La tenéis! ¡Hablad, os lo ruego! No os arrepentiréis.

—Pues bien, el mismo día en que su legítimo señor, el duque César, era arrestado en Angers, en 1626, la baronesa de Valaines, que era una querida amiga mía, y toda su familia, fueron asesinados. Sólo pudo escapar la pequeña Sylvie, que fue recogida por el actual duque de Beaufort...

Perceval habló largo rato, escuchado con atención apasionada por Jean d'Autancourt. Lo contó todo: el robo de las cartas de María de Médicis, el martirio de Chiara y la marca impuesta por su verdugo, su propia búsqueda de la verdad y, finalmente, los lazos de cariño que unían a Sylvie con François desde que él la llevase a Anet.

—¡Es muy natural! —comentó Jean sin pestañear.

—Añadiré que ella ha olvidado el drama de su primera infancia, O al menos, los recuerdos que conserva son tan vagos como los de una pesadilla.

—¿Y los asesinos? ¿Los conocéis?

—Conozco a uno de ellos: ese La Ferrière que tanto se interesa por mi pequeña. Consiguió que le donasen el castillo so pretexto de que llevaba su nombre y que tenía que haberle pertenecido desde hacía años. En cuanto al otro, el asesino del sello de lacre, puedo decir que sigo ignorando quién es, pero tengo la seguridad de que se encuentra en París y de que continúa matando de la misma manera. La única diferencia es que ahora ataca a las rameras. Todo eso explica por qué yo no deseaba que Sylvie fuera doncella de honor tan joven. En el *hôtel* de Vendôme o en los castillos de la familia, estaba mucho mejor protegida porque quedaba oculta a la curiosidad pública. Habría preferido cien veces que viviera conmigo.

—Pero ¿la decisión no os correspondía a vos?

—No. Sobre todo desde el momento en que la reina expresó su deseo de tenerla a su lado.

—¡Habrá que conformarse con lo que tenemos! —suspiró el joven—. Para empezar, mi gente seguirá vigilando sin descanso.

—Es una personita muy vivaz y muy obstinada.

—Decid mejor que es adorable...

—¿Y que la adoráis? Estoy seguro de ello, pero habéis de saber que aún no está preparada para el matrimonio, con quien sea, y que probablemente será difícil despegar su corazón del amigo de la infancia al que adorna con todas las cualidades...

—¿Intentáis decirme que debo tener paciencia? La tendré, podéis estar seguro... ¡pero dejadme a pesar de todo probar suerte!

—¿Por qué no? Tal vez conseguiréis llevarla poco a poco a... compartir vuestros proyectos de futuro. Esta noche le diré solamente que me habéis visitado y que yo os he autorizado a venir a distraerla siempre que lo deseéis.

El joven marqués se ruborizó de nuevo, pero sus ojos grises se iluminaron.

—¿Creéis que aceptará mi presencia?

—Lo contrario me asombraría. Os tiene simpatía. Y además, ¿no sois ahora de alguna manera su héroe?

En efecto, Sylvie, halagada en el fondo por inspirar un sentimiento sincero, descubrió con placer a un compañero muy agradable en el futuro duque de Fontsonne. No le faltaban ingenio, cultura ni buen humor. Le gustaba la música, todas las músicas incluida la de los versos, y resultó ser un admirador apasionado del señor de Corneille. Sylvie pasó a su lado ratos encantadores, en la casa o en el exterior. Con Ragueneau o con Jeannette en el papel de carabina, se les vio juntos en la comedia, en las librerías de la Rue Saint-Jacques, en las tiendas de curiosidades del Marais, en la Place Royale, o, en carroza, en el paseo del Cours-la-Reine. Fueron un poco a todas partes con la excepción de los salones, a pesar de algunas invitaciones motivadas sobre todo por la curiosidad, con el fin de no dar carácter oficial a una relación que se planteaba en el plano de la pura amistad. Por lo demás Jean supo, con una prudencia impropia de sus pocos años, evitar la menor alusión a los sentimientos profundos que despertaba en él su joven compañera: estaba allí sólo para distraerla durante las vacaciones que le habían concedido...

Y que terminaron al cabo de un mes, con la llegada de un billete de *Mademoiselle* de Hautefort, que suplicaba a Sylvie que regresara lo más pronto posible. «Os necesito —escribía la Aurora—, y Su Majestad os echa de menos».

¿Qué hacer después de aquello, sino el equipaje? Sylvie y Jeannette dejaron entre suspiros la Rue des Tournelles y regresaron al Louvre.

IX

JAQUE A LA REINA

Mademoiselle de Hautefort se había hecho un esguince al bajar el Grand-Degré sin consideración por sus zapatos nuevos de tacón alto, pero, indomable según su costumbre, no por ello había abandonado sus funciones de dama de compañía. Sentada, por privilegio especial del rey, en un taburete^[25], con el pie vendado reposando sobre un almohadón, dirigía a un ritmo infernal el *ballet* de las camareras, que tenían pocas razones para felicitarse de su humor. Acogió a Sylvie con la disposición del perro al que acaban de quitar su hueso.

—¡Vaya, por fin habéis venido! Os doy mi palabra de que empezaba a creer que no volveríamos a veros nunca más.

—Os equivocabais. He venido desde el momento en que me habéis llamado.

—Eso es precisamente lo que os reprocho: ¡ha sido necesario llamaros! Al parecer, no se os ha ocurrido que podíamos necesitaros. ¡Bien es verdad que estabais muy ocupada asegurándoos un brillante porvenir!

—¿Yo? ¿Un brillante porvenir? —dijo Sylvie, un poco sorprendida por la regañina.

—¿Qué, si no? Se os ve en todas partes en compañía del futuro duque de Fontsonne...

—¡Eso no quiere decir nada! *Monsieur* d'Autancourt vino en mi ayuda en una circunstancia penosa; le estoy enormemente reconocida y hemos hecho amistad. ¡Nada más!

Una chispa alegre iluminó por fin los ojos azules de la Aurora.

—Eso también lo sé..., ¡y no os deis tantos humos, Sylvie, que no os sienta en absoluto! Quiero añadir, para evitar cualquier malentendido, que no deseo para vos nada mejor que el que lleguéis a ser la esposa de ese amable muchacho. Ahora, hablemos de otra cosa. La reina desea trasladarse mañana

al Val-de-Grâce. Yo haré que me lleven con ella, pero supongo que os haréis cargo de que necesitaremos a alguien que cojee menos que yo.

—La reina cuenta con una treintena de doncellas de honor. ¿Tanta necesidad tenéis de mí para... rezar en un convento? —dijo Sylvie medio en serio medio en broma, pues la perspectiva no la atraía lo más mínimo. Pero su réplica hizo que Marie palidciera súbitamente:

—¿Qué significa ese lenguaje? ¿Habéis olvidado vuestra fidelidad bajo los árboles de la Place Royale? Los Fontsonne son leales al rey y...

—¡Son soldados! —la interrumpió Sylvie—. Estaría bonito que los oficiales no le fueran leales. Pero también lo son a la reina, y no es en su compañía donde aprenderé lecciones de traición. ¿Debemos ir al Val? ¡Pues bien, iremos al Val! Solamente he querido haceros rabiar un poco. ¿Será cosa de mi faceta de «gatita»? ¡Soy muy traviesa! —concluyó con una sonrisa irónica.

—Pues no es el mejor momento para travesuras, os lo aseguro. En nuestra última visita allá abajo, durante vuestra ausencia, La Porte, que estaba citado con Auger, estuvo a punto de ser detenido por un destacamento de la guardia que perseguía a un ladrón que había cruzado la muralla de París escalando unos escombros...

Sylvie ardía en deseos de saber si François había vuelto, pero por la cara de su compañera comprendió que corría el riesgo de una nueva regañina.

Además, acababa de entrar *Mademoiselle* de Pons, y por más que se tratara de una persona bastante anodina, no era el mejor momento para tocar el tema. De hecho, la recién llegada venía a invitarla a acudir a la alcoba de la reina, que acababa de levantarse y que la acogió con mucha bondad.

—¿Sabéis que os añoraba, hija mía? —dijo al tiempo de tenderle una mano, sobre la que se inclinó Sylvie—. Vuestra voz posee el don milagroso de expulsar las preocupaciones y mitigar las penas. ¡No me abandonéis!

—Vuestra Majestad sabe hasta qué punto deseo complacerla. Habría regresado antes si me hubiese atrevido a pensar que la reina podía necesitarme.

—¡Más de lo que creéis! Esta tarde cantaréis para mí, y mañana me acompañaréis a la abadía para cantar allí las alabanzas a la Reina del Cielo. Necesitamos mucho de su auxilio...

Ana de Austria parecía nerviosa y Sylvie se dio cuenta de que la atmósfera del Louvre había cambiado durante el último mes. Había menos gente alrededor de la reina. Con la llegada del verano, sin duda París se vaciaba en beneficio de los castillos, pero era extraño de todos modos que el

círculo de Su Majestad se limitara a media docena de personas. Sylvie no pudo por menos que comentarlo con Marie. Ésta se encogió de hombros y dijo:

—Olvidáis que también nosotras deberíamos estar en Fontainebleau o en Chantilly, que el rey ha designado como residencia de verano este año, y adonde desea que nos traslademos con la mayor celeridad.

—¿Por qué entonces no vamos allí?

—¡No hagáis tantas preguntas! La reina ha echado la culpa a su equipaje, que no está a punto... y a vuestra ausencia, porque yo me veo bastante impedida, pero marcharemos de París dentro de pocos días. Y eso nos da tanto más trabajo. —Y, bajando la voz, añadió—: Esperamos correo...

En efecto, si el Louvre parecía un tanto adormecido, en cambio el Val-de-Grâce se reveló pletórico de actividad. Instalada en el salón junto a una mesa cubierta de papeles, *Mademoiselle* de Hautefort, entre masaje y masaje a su pie, redactaba largos despachos en tanto que Ana de Austria recibía a numerosas visitas. Las diurnas se relacionaban sobre todo con obras de caridad. La reina escuchaba desgracias y distribuía limosnas, pero Sylvie sabía que la vida nocturna era más interesante. La primera noche, la joven introdujo a un inglés de aspecto altivo, lord Montagu, que era al mismo tiempo un antiguo amigo de Buckingham, un antiguo amante de *Madame* de Chevreuse y un fiel amigo de la soberana. Lo recibió en su alcoba pero la visita no duró mucho: Walter Montagu venía únicamente a comunicarle las inquietudes de su cuñada, la reina Enriqueta de Inglaterra, en relación con los rumores que le habían llegado de una repudiación inminente; le traía la seguridad de que, en la eventualidad de una caída en desgracia, el reino británico estaría dispuesto a acogerla. Después de su partida, Ana recitó sus oraciones, procedió a acostarse y se apagaron todas las luces, para sorpresa y alegría de Sylvie, que durmió como un ángel en la estrecha cama conventual que le habían atribuido. Al día siguiente, la jornada resultó muy parecida: hubo muchos y largos oficios religiosos, debido a que era la festividad de Santa Ana, madre de la Virgen María, en honor de la cual *Mademoiselle* de l'Isle fue invitada a cantar con las monjas, a las comidas consiguientes, por supuesto, y a algunas visitas diurnas. A la caída de la tarde, viendo que La Porte se disponía a salir, Sylvie supuso que iría a encontrarse con François, pero comprendió que no era el caso cuando mencionó que no regresaría antes de la apertura normal de las puertas del convento. Por su parte, la reina manifestó su intención de acostarse después del último oficio: se sentía cansada y deseaba tomar un largo reposo.

—¿No esperamos a nadie esta noche? —preguntó Sylvie, mientras ayudaba a acostarse a su compañera. Parecía tan feliz, que Marie no pudo reprimir una sonrisa:

—No. Id a dormir.

La joven no se lo hizo repetir. Se sentía a la vez decepcionada y aliviada por no ver a François, pero de los dos sentimientos, el alivio era el más fuerte. Un alivio que sólo duró hasta la salida de la misa del día siguiente.

—Espero que hayáis aprovechado bien la noche —le susurró la Aurora—. Porque, aproximadamente a media noche, habréis de montar guardia junto al portillo. Esperamos a un monje.

Al encontrarse en el jardín a la hora indicada, Sylvie tuvo la impresión de encontrarse sola en el mundo. A media tarde, una tormenta había limpiado la atmósfera. El aire nocturno estaba cargado de olores de tierra y hierba húmeda. Debido al calor que había reinado desde varios días atrás, las ventanas de la abadía se mantenían abiertas de par en par. Las de la reina también, pero por prudencia se habían apagado todas las luces, como si el pabellón estuviera sumido en el sueño. El silencio y la soledad tenían algo de angustioso, y Sylvie se vio obligada a hacer un esfuerzo para no desertar de su puesto.

De súbito, cuando sonaba la cuarta campanada de la medianoche, se oyó la contraseña y ella se apresuró a abrir la puerta. En el umbral se dibujó una silueta alta, cubierta con un capuchón, y al reconocerla se aceleraron los latidos de su corazón. En cambio, el monje hizo un movimiento de retroceso:

—¡No sois Marie! —susurró.

—Es evidente, me parece. Entrad, soy Sylvie.

—¡Ah, mi gatita! ¡Qué alegría! Me dijeron que habías dejado tu puesto para irte a vivir con tu padrino, ¿y tal vez a casarte?

—Y a mí me dijeron que os habíais batido en duelo y matado a vuestro adversario. Entonces, ¿qué hacéis aquí? ¿Estáis loco?

¡Ya está! ¡Por fin lo había dicho! Sylvie se sintió un poco mejor, porque le parecía imperioso que él lo supiera. Oyó una risa ahogada:

—Esa doble circunstancia nos demuestra que no conviene hacer demasiado caso a los rumores de la corte. En general, basta con creer la mitad de la mitad: tú no estás en casa de Ragueneil, y yo no he matado a nadie.

—¿No os habéis batido?

—Sí, pero el señor de Thouars salió del compromiso con un arañazo por el que no me guarda rencor, porque espera que reanudemos nuestra discusión en una ocasión próxima. ¡Cuándo tenga tiempo!

Iba a entrar en el pabellón, pero ella lo retuvo:

—¿Por qué, François? ¿Por qué tantas imprudencias?

Entonces él le tomó el mentón como solía hacer tiempo atrás, y le explicó, con una dulzura infinita:

—Pues porque la amo como el loco que soy, gatita. Y porque ella me ama también. Por lo menos, así me lo parece... Lo entenderás mejor cuando tengas más años. Todavía no eres más que una niña pequeña.

Se alejó a largas zancadas silenciosas sin sospechar la tempestad de dolor y furia que acababa de provocar en aquella «niña pequeña». Su excusa era que lo ignoraba todo de los sentimientos profundos de Sylvie, y la tormenta interior se calmó al ritmo de las excusas que se esforzaba en encontrar para él. De su breve conversación, sin embargo, algún consuelo le quedaba: él no había matado a su adversario, y por consiguiente no corría el riesgo de caer bajo el peso de la justicia terrible del cardenal. Pero entonces, ¿por qué el duque César había ido a verla desde su exilio dorado, corriendo también él el riesgo de ser detenido, si no había habido ninguna muerte? ¿Y por qué el frasco de veneno? Todo resultaba incomprensible, y sobre todo complicado... a menos que su título de doncella de honor, concedido a petición de la reina, no se debiera a su talento de cantante o a su conocimiento del español, sino al deseo de colocar junto a ella a alguien ciegamente adicto a la casa de Vendôme... y sobre todo a François de Beaufort.

Permaneció allí hasta el canto del gallo, sentada en un banco húmedo. Entonces reapareció el falso monje y se dirigió al portillo, donde ella se reunió con él y le abrió sin decir palabra. Pero antes de salir, él se inclinó, le dio un beso en la frente y desapareció en la densa oscuridad que precede al alba. Un beso que no proporcionó el menor placer a la joven. ¡Qué feliz debía de sentirse François para haber tenido ese gesto espontáneo! Una manera como otra de compartir su alegría, y también de darle las gracias por haber abierto para él la puerta del paraíso...

Entonces Sylvie volvió a su banco y lloró hasta que el relente del amanecer la ahuyentó en busca de su lecho y de ropa seca.

Cinco días más tarde, dejaban París por Chantilly. La reina intentó ganar tiempo diciéndose enferma, pero pese a ello le fue preciso ir a reunirse con un esposo que se impacientaba. Pero como no había podido concluir todos los asuntos que pensaba tratar en el Val, dejó tras ella a La Porte con varias cartas por distribuir. Finalmente se puso en camino, sin gran entusiasmo.

—No me gusta mucho Chantilly —confió a Sylvie, ya de camino—. El lugar es hermoso, las fuentes magníficas y el bosque soberbio, pero todo ello

fue confiscado cuando el cardenal hizo caer en el patíbulo la cabeza de Henri de Montmorency, y siempre me produce una sensación de disgusto entrar allí...

—¿La reina cree en fantasmas?

—¡Oh, sí que creo! Y los más jóvenes son los más dolorosos.

Los bellos ojos verdes se nublaron. Sylvie no se atrevió a seguir la conversación. Se preguntaba tan sólo en qué sombra pensaba Ana de Austria: ¿en la de Montmorency, o en la nunca olvidada de Buckingham?

La noticia llegó como una bomba; la recibió Marie de Hautefort a través del señor de Chamblay, su primo, que le servía en ocasiones de correo: La Porte acababa de ser arrestado en la Rue Coquillière, cuando era portador de una carta importante de la reina a la duquesa de Chevreuse. Había sido encarcelado en la Bastilla, donde esperaba a ser interrogado. Pero había aún algo peor: acompañado por el obispo de París, monseñor de Gondi, el guardián de los Sellos había entrado en el Val-de-Grâce, registrado el pabellón de la reina y sometido a la madre de Saint-Étienne a un interrogatorio en regla, operaciones todas ellas que no aportaron grandes descubrimientos, sólo algunas viejas cartas de *Madame* de Chevreuse o de amigos poco apreciados por el rey, pero nada relacionado con España. Más tarde se sabría que monseñor de Gondi, gran amigo de los Vendôme y poco sospechoso de simpatías hacia el cardenal, había prevenido a la madre de Saint-Étienne y ésta pudo hacer limpieza. Pese a ello, él se vio obligado a relevarla y a pedir a las religiosas que procedieran a la elección de una nueva abadesa, después de lo cual la madre y tres de las monjas fueron trasladadas a otro convento.

No cuadraba con el temperamento de la orgullosa española el dejar que se maltratara a sus fieles sin reaccionar. Sabedora de que el ataque es la mejor defensa, fue a pedir cuentas a su esposo.

—¡Todo esto es indigno! Baja política, de la que tanto gusta el cardenal. ¿Qué es lo que busca, a fin de cuentas?

—La prueba de vuestra colusión incesante con el enemigo. Una colusión que, en vuestro caso como en el de no importa qué otra persona, tiene el nombre de traición.

—¿Traición? ¿Porque me escribo con mis hermanos? ¿No sabíais que era española cuando os casasteis conmigo? Podíais haber elegido a cualquier otra.

—No fui yo quien os eligió. La política lo hizo por mí. Pero no se trata tanto de vuestra correspondencia con el cardenal-infante, que en efecto sería bastante normal siempre que no rebasase los límites del afecto familiar, sino

de las cartas al conde de Mirabel. Ése no pertenece a vuestra familia, que yo sepa.

A pesar de la angustia mortal que experimentaba, la reina no perdió la compostura.

—Nunca he escrito al conde de Mirabel desde que fue expulsado de Francia tras la reanudación de las hostilidades.

Era dar prueba de un gran aplomo, porque ignoraba si en un registro en la casa de La Porte había sido descubierto el escondite donde guardaba la clave cifrada y su sello, pero al parecer su tiro al azar dio en el blanco. Luis XIII se encogió de hombros y le volvió la espalda dando a entender que la entrevista había concluido:

—Eso ya lo averiguaremos —se limitó a decir—. Os deseo buenas noches, señora.

A pesar de su valor, la reina apenas durmió aquella noche, sobre todo porque muchos cortesanos y la mayor parte de las mujeres de su servicio de honor aprovecharon tan magnífica ocasión para descubrir que padecían extrañas enfermedades, tan repentinas como molestas. Sólo quedaron *Mademoiselle* de Hautefort, *Mademoiselle* de Senecey y Sylvie. La primera estaba furiosa.

—¡Son cobardes o traidoras vendidas al cardenal! —gritó—. Ya ajustaremos cuentas con ellas cuando hayamos salido de este mal paso.

—¡Si salimos de él alguna vez! —suspiró Ana de Austria.

Pero lo peor estaba aún por venir. Apareció al día siguiente en la persona del guardián de los Sellos, acompañado por un escribano. Pierre Séguier, canciller de Francia desde hacía año y medio, era el miembro más destacado de una gran familia parlamentaria. No por ello dejaba de ser, en las proximidades ya de la cincuentena, un nuevo rico sin maneras ni tacto, imbuido de su poder y, en apariencia al menos, totalmente carente de sentimientos. Una pesada máquina dedicada a hacer cumplir la ley al pie de la letra, sin matices y sin preocupaciones por lo que podía quedar aplastado debajo de sus grandes ruedas. Fue introducido en los apartamentos de la reina, que lo recibió sentada en un sillón alto con aspecto de trono, rodeada por Marie y Sylvie. Él saludó con el mínimo de cortesía admisible para una dama, pero no ciertamente para una soberana. El detalle no escapó a la mirada de la Aurora, cuyo hermoso entrecejo se frunció. El ataque fue inmediato y devastador.

—¿Y bien, *monsieur*, qué venís a hacer aquí con vuestro vestido rojo y vuestros papeles? ¿No sabéis que es necesario obtener audiencia para tener el

honor de ser recibido por la reina?

—La urgencia, *madame*, es mi excusa, y también las órdenes que he recibido del rey.

—¿Del rey o del cardenal?

—Del rey, *madame*, y os ruego que me dejéis cumplir con los deberes de mi cargo. ¡Es a la reina a quien deseo hablar, no a vos!

—Hablad, pues. ¿Qué queréis? —dijo con calma Ana de Austria, cuya mano apaciguadora se había posado sobre la de su fiel dama de compañía.

—Como bien sabéis, *madame*, *Monsieur* La Porte, vuestro jefe de protocolo, ha sido arrestado, conducido a la Bastilla y sometido a interrogatorio, al haberse encontrado en su posesión cartas comprometedoras.

—¿Comprometedoras para quién? Supongo que se trata de una carta de amiga dirigida a la señora duquesa de Chevreuse, de la que he sabido que se encontraba enferma...

—La duquesa está exiliada, *madame*, y vos no lo ignorabais.

—En efecto, pero ¿debe eso afectar a la gran amistad que siempre he sentido por ella... y qué aún siento? El rey lo sabe muy bien.

—Del mismo modo que sabe también el... amor que sentís por nuestros enemigos, pero...

—El rey Felipe IV es mi hermano, así como el cardenal-infante, y su esposa es hermana de vuestro rey —le interrumpió la reina, irritada—. Las disensiones políticas no pueden hacer olvidar los afectos familiares. ¿O es que acaso ignoráis lo que significan esas palabras?

—De ninguna manera, *madame*, de ninguna manera. Mi familia recibe el afecto que le corresponde, pero lo que es normal en un particular podría no serlo para quien lleva una corona. Únicamente el rey, vuestro esposo, *madame*, y el reino deben ocupar vuestro corazón. Más aún, guardar algún cariño a vuestros hermanos, e incluso hacérselo saber, no sería un gran crimen, si las efusiones del corazón no ocultaran extrañas revelaciones...

A costa de un enorme esfuerzo de voluntad, la reina rompió a reír de una manera que un observador atento habría considerado un tanto forzada.

—¿Extrañas revelaciones? ¡Palabra, señor canciller, estáis loco!

—No os recomiendo esa actitud, *madame*. Hemos escuchado ya a vuestro servidor en varias ocasiones...

—Ha sido interrogado —murmuró la reina, que palideció—. ¿Le han...?

—¿Presionado sobre ese tema? Aún no, pero no tardará en hacerse, si se obstina en callar. Esta noche ha sido escuchado por Su Eminencia, que ha ordenado que lo sacaran de la prisión para interrogarle personalmente.

—Bajo tortura puede confesarse cualquier cosa. ¿Qué no diríais vos, señor, si os pusieran las tablillas en los pies, si os hincharan el vientre obligándoos a tragar litros de agua, si...?

—Cuando uno no tiene nada que reprocharse, nada tiene que temer —dijo virtuosamente Séguier—. Temo, sin embargo, que él tenga bastantes cosas que reprocharse... ¡y vos también, *madame*!

Incapaz de contenerse, Marie de Hautefort saltó:

—¡Estáis dirigiéndoos a la reina, *monsieur*! ¡Respetad al menos esa corona de la que os decís fiel servidor!

—No lo niego, pero debo al rey toda la luz posible en este penoso asunto. Nadie más que yo desea encontrar a Su Majestad inocente de todo crimen, pero obra en nuestro poder una carta...

Sin mirarlo, la reina tendió un brazo hacia el escribano, que se limitó a enseñarle un papel preparado cuyo encabezamiento ella siguió con la mirada, con una angustia que apenas si podía controlar.

—¿Qué es esta carta?

—Un... billete más bien, escrito por la reina al antiguo embajador de España, el conde de Mirabel. Y lo que contiene no es de una... naturaleza que... contribuya a calmar la cólera del rey...

Simuló leer el documento. Entonces, impulsada por un pánico repentino, Ana de Austria cometió un grave error. Se levantó con rapidez, arrancó el peligroso papel de manos de Séguier y lo guardó en su escote. Sorprendido por lo repentino de su proceder, el canciller quedó con las manos vacías, pero enseguida sus ojos se estrecharon.

—Debéis devolverme ese papel, *madame*. Es de suma importancia.

La reina alzó el mentón con insolencia y dijo:

—¿Qué papel? Yo no he visto ningún papel. Ahora, señor canciller, tened la bondad de retiraros.

Pero Séguier no se movió. Con una voz a la que la cólera añadía progresivamente volumen, rugió:

—¡No juguéis conmigo, *madame*! El rey me ha dado plenos poderes para encontrar la verdad. Debo registrar estos aposentos.

—¡Muy bien, registrad! —replicó desdeñosa Ana—. No encontraréis nada.

—Sin duda, porque os habéis apoderado de mi prueba. Un gesto muy irreflexivo, *madame*, porque en sí mismo es ya una prueba... Tendréis que restituírmela. Si no...

—Si no, ¿qué? Imagino que no pensáis ponerme la mano encima.

—¡No me obliguéis a ello, *madame*! ¡Ya os lo he dicho: tengo plenos poderes!

La palidez de la reina se transformó en lividez, pero al punto Marie de Hautefort se colocó delante de ella, formando una barrera con su cuerpo.

—¡Insultáis a la reina! Es un crimen de lesa majestad...

—¡Apartaos si no queréis que os haga detener por los guardias que están ante la puerta!

—No os obedecerán.

—¡Lo veremos! ¡Llamadles, escribano!

—¡No!

Era la reina quien había gritado. Apartó con suavidad a su dama de compañía, decidida a impedir que los guardias intervinieran en aquella escena tan deshonrosa, y se enfrentó erguida a Séguier, fulminándolo con sus ojos verdes:

—¡Os he ordenado que os retirarais!

—¡Y yo os he dicho que me devolváis la carta!

Antes de que ella pudiera hacer un gesto, se abalanzó sobre la reina, extrajo el billete escondido entre sus senos y luego, con una mano ávida, palpó los bolsillos disimulados en el vestido, pero ya Marie de Hautefort le atacaba con todas sus fuerzas, y en esta ocasión Sylvie, petrificada antes por el terror, hizo lo mismo. Entre las dos apartaron a aquel hombre de su ama, que estaba a punto de desmayarse. Con un gesto violento, Marie empujó al canciller con tanta fuerza que le hizo tropezar.

—¡Fuera de aquí, miserable! —exclamó—. ¡Ya habéis hecho bastante daño, y responderéis de esto!

—No he hecho más que mi deber —balbuceó Séguier, despojado de toda su soberbia y batiéndose en retirada—. ¡He obedecido al rey!

—El rey es un gentilhombre y vos sois un gañán. ¡Fuera!

Esta vez desapareció con su escribano, que no había hecho el menor movimiento durante todo el tiempo que duró la escena. Sylvie, inclinada sobre la reina caída en el suelo, se esforzaba en reanimarla.

—¡Necesita un médico! —exclamó—. ¡Qué horrible injuria, Dios mío! ¡Puede morir!

—Id a buscar a *Madame* de Senecey. Yo voy a ver al rey, y creedme que me va a oír.

—El rey se ha ido de caza. ¿No habéis oído partir los perros y los caballos?

—Al menos traeré al médico Bouvard. ¡El rey no perderá nada por esperar!

Pero ni esa tarde ni al día siguiente pudo Marie cumplir su intención de vengarse. Por otra parte, bajo el peso de la inquietud, olvidó hasta cierto punto el tema: durante los dos días siguientes, la reina estuvo casi inconsciente. Postrada en su lecho, con los ojos abiertos de par en par, se negaba a ingerir cualquier clase de alimento sólido y únicamente tragaba con esfuerzo un poco de agua azucarada. Bouvard diagnosticó una aguda crisis nerviosa y la sangró dos veces, sin obtener, como era previsible, otro resultado que el de debilitarla un poco más. Durante ese tiempo, los esbirros de la justicia registraban sus aposentos, a excepción de su alcoba, en la que velaban las damas leales. Y salvo *Monsieur* de Guitaut, el capitán de su guardia, y *Monsieur* de Brienne, antaño un buen consejero para ella, nadie se presentó ni siquiera para pedir noticias. Vivió encerrada en su alcoba como una apestada, mientras sus cortesanos se entregaban, a dos pasos de ella, al agradable juego de los pronósticos: ¿quién sería la nueva reina de Francia cuando el rey la hubiera repudiado? ¿Hacía falta, no es cierto, un heredero del reino? Alguien se atrevió incluso a proponer —sabe Dios por qué— el nombre de *Mademoiselle* de Chémereault y fue castigado con una bofetada magistral de la bella mano de la Aurora:

—Cuando se es rey de Francia, no se sustituye a una infanta por una puta —dijo ella con amabilidad antes de desaparecer entre un revuelo de tafetán tornasolado, dejando a todo el mundo silencioso e inquieto.

Durante ese tiempo, el guardián de los Sellos recibía una considerable reprimenda del cardenal, en el silencio acolchado del gabinete de éste:

—¿Os habéis atrevido a levantar la mano a la reina de Francia? ¡Os habéis vuelto loco! ¡Por ese insulto del que podría exigirnos cuentas sangrantes España, tendría que haceros despedazar por cuatro caballos! Más aún, cuando sabíais muy bien que vuestro billete no era más que una falsificación que imitaba su escritura.

—Tenía que hacerla confesar. ¡Eran vuestras órdenes, monseñor!

—Nunca os he ordenado nada semejante. Hay otros medios para hacerla confesar, pero exigen sutileza. ¡Voy a verme obligado a viajar hasta Chantilly uno de estos días, cuando ese maldito La Porte se haya decidido por fin a hablar, para intentar borrar el efecto de vuestra incalificable torpeza!

Era raro que el cardenal se enojara hasta ese punto, sobre todo con uno de los miembros principales del Parlamento, pero detestaba tanto la fuerza bruta como los errores incontrolables en que incurrían en ocasiones algunas

personas en el cumplimiento de sus deseos. Odiaba a la reina, pero no deseaba su caída. Lo que pretendía era inspirarle un santo terror, un miedo suficiente para conseguir que volviera a comer de su mano, domeñada por fin bajo el yugo que, de grado o por la fuerza, había de soportar al lado del rey. En una palabra, quería someter a aquella orgullosa española que desde hacía tanto tiempo le desafiaba y no cesaba de conspirar contra él, y luego contra el rey también; pero una vez pasada la alarma, quería que ella diese un heredero al trono. Y el rey ya no se acercaba a su mujer...

Richelieu se sentía de repente viejo, pero no era hombre para lamentarse mucho tiempo de sólo una de sus innumerables preocupaciones. Fue a servirse unas gotas de aquel vino de Alicante que apreciaba, tomó en brazos a su gato favorito y se sentó junto a una ventana abierta a sus hermosos jardines. ¡Sí, iría muy pronto a Chantilly! Después de todo, la estupidez de Séguier le permitiría jugar al pacificador ante la bella española, de la que sabía que en la actualidad había sido abandonada por todos o casi todos. Esta vez, al acariciar a su gato, el cardenal sonreía...

Mientras, en Chantilly, continuaba la ronda de rumores falsos. Se decía que la reina no sólo iba a ser repudiada, sino además arrestada y conducida a la fortaleza de El Havre en espera de un juicio solemne.

El día en que empezaba a circular ese vientecillo insidioso, Marie de Hautefort encontró en su libro de horas un mensaje bastante pintoresco, así redactado:

«Deveis estar bastante cansada de vivir encerrada con un tiempo tan bueno. Venid a respirar haire puro del lado de la casa de Sylvie en compañía de la otra Sylvie, que tendrá ganas de dar un paseo. Se esta fresco, incluso a las tres...».

Por supuesto no había firma, pero el tono de la carta y la ortografía extravagante anunciaban a un amigo fácil de identificar. De modo que a la hora más calurosa de la tarde, dejando a la reina al cuidado de Stéfanille y de *Madame* de Senecey mientras la corte se entregaba a las delicias de la siesta, las dos amigas, provistas de un cestillo, abandonaron el castillo y el tranquilo lago que lo rodeaba por el puente del Rey, y se encaminaron al bosque con el pretexto de ir a coger fresas silvestres con las que tratar de estimular el apetito de su querida enferma.

La «casa de Sylvie», situada lejos del doble castillo^[26], era un pabellón a la italiana rodeado de un jardín florido que dominaba un estrecho valle por el que fluían dos arroyos que iban a dar a una fuente de mármol antes de verter conjuntamente sus aguas en un lago. Construida en el siglo anterior por

François de Montmorency, el primogénito del condestable, debía su nombre al poeta Théophile de Viau, que, perseguido por sus escritos y amenazado incluso con la hoguera, había sido escondido allí catorce años antes por la joven y encantadora esposa del último duque de Montmorency, decapitado cinco años antes por haber conspirado contra el cardenal, ¡en compañía de Gastón d'Orleans, por supuesto! Ella se llamaba María-Felicia, princesa de Orsini, de una gran familia romana, y tantas eran sus gracias que el infeliz poeta, viendo en ella a una ninfa de los bosques, le había dado el sobrenombre de Sylvie, se había enamorado de ella y había escrito una pequeña serie de odas a su protectora.

*Je passe des crayons dorez
Sur les lieux les plus reverez
Où la vertu se refugie
Et dont le port me fut ouvert
Pour mettre ma teste à couvert
Quand on brusla mon effigie^[27]...*

La voz clara de *Mademoiselle* de Hautefort recitaba con talento los versos. Desde siempre había amado a los poetas, tal vez en memoria de su antepasado el vizconde trovador Bertrán de Born. Un trovador que no tenía nada de delicado y cuyos furiosos serventesios llamaban a la guerra o al amor según fuera el estado de sus relaciones con su bienamado soberano, Ricardo Corazón de León. Marie había heredado su apasionamiento, su insolencia y su gusto por la rebeldía.

—¿Qué fue de ese Théophile? —preguntó Sylvie.

—Murió en París, pronto hará once años, el 25 de septiembre de 1626 en la pequeña mansión de Montmorency, de unas fiebres que algunos encontraron extrañas. La víspera de su muerte había pedido a su amigo Boissat que le llevara anchoas...

—Es evidente que le conocíais bien.

—Me gustan sus versos. Además, era del Agenois. No está tan lejos de nuestras tierras de Hautefort...

Mientras conversaban, las dos jóvenes habían llegado al final de su paseo. Cuando estuvo delante de aquella encantadora mansión, Sylvie pensó que le gustaría vivir en un lugar parecido. Era el sitio ideal para reponerse de las heridas, intentar olvidar y recuperar el gusto por la vida. El aire parecía más puro, más transparente que en cualquier otro lugar. Cerró los ojos para

respirarlo mejor, pero una carcajada de su amiga le hizo abrirlos de nuevo. Marie le señaló un pescador, vestido con uniforme de guardabosque, que parecía dormitar al borde del lago, con el sombrero tan hundido que ni siquiera se veía el color de su pelo. Y al mismo tiempo, recitó:

*En regardant pescher Sylvie
Je voyais battre les poissons
A qui plus tost perdrat la vie
En l'honneur de ses hameçons*^[28].

—Se diría que la gentil duquesa ha cambiado mucho. ¡Veamos quién se esconde debajo de ese sombrero! —añadió, tomando de la mano a su amiga para correr hacia el hombre, al que abordó con la pregunta ritual—: ¿Pican?

El pescador levantó la cabeza y el corazón de Sylvie dio un vuelco, por más que se lo esperara un poco: era François. Él les sonrió.

—Sois puntuales, ¡eso está bien!

Pero ya Marie empezaba a reñirle:

—¡Ya me temía que erais vos! ¿Qué clase de insensato sois, querido duque, para dedicaros a este género de juegos en semejante momento? ¿No sabéis en qué situación nos encontramos?

—Precisamente por eso estoy aquí. Es necesario que la reina salga del castillo esta misma noche. Lo he preparado todo y...

—¿Una fuga? ¿Nada menos? ¿Queréis que la reina de Francia ponga pies en polvorosa como una delincuente espantada?

—¡Menos palabras rimbombantes, querida! Hay precedentes y no tendrá que descolgarse por una ventana con una escala de cuerda como hizo antes, en Blois, la reina madre, que era mucho más vieja y también más gorda. Bastará que al anochecer volváis aquí a respirar aire fresco. En el bosque os cambiaréis de ropa y no será *Mademoiselle* de Hautefort quien salga: será la reina vestida como *Mademoiselle* de Hautefort. Las dos sois rubias y de la misma estatura. Traeréis a Su Majestad aquí, donde estará todo preparado. Sylvie —añadió volviéndose hacia la joven, que le miraba sin decir palabra—, tú irás con ella. ¡Me da demasiado miedo que la tomen contigo cuando se descubra la fuga!

—¿No sentís la misma preocupación en lo que a mí respecta? —observó Marie.

—No —respondió François con una franqueza desarmante—. Y eso por varias razones: sois la mujer más valerosa que conozco, pertenecéis a una

casa grande y, sobre todo, el rey os ama.

—¡Vaya amor! Ni siquiera me lo encuentro por casualidad en un recodo o detrás de una puerta. Caza todo el día, vuelve a la noche cerrada y las consignas son severas: ningún miembro de la casa de la reina puede acercársele. ¿Y dónde pensáis llevarla... suponiendo que aceptemos vuestra oferta?

—No tenéis opción. A menos que preferáis ver a vuestra ama arrojada a una prisión a la espera de un juicio preparado de antemano. La llevaré a los Países Bajos, donde su hermano la acogerá con alegría. Después, podría gobernar la provincia en sustitución de la difunta infanta Isabel Clara Eugenia.

—¿Y vos volveríais en triunfo al frente de un ejército español, vos, un príncipe francés, para arrasar el reino a fuego y sangre? ¿En eso soñáis? Porque estáis soñando, permitidme que os lo diga.

—Lo que yo haga carece de importancia. Sólo cuenta la reina... ¡ella sola!

—No lo dudaba. ¡Estáis loco, pero la amáis sinceramente!

—¡Decid más bien que la adoro! —exclamó él con una voz tan apasionada que el corazón de Sylvie tembló.

—En tal caso, explicadme cómo es posible que, siendo como sois su amante, todavía no le hayáis hecho un niño.

Brutalmente devuelto a la tierra desde las alturas de su ensoñación, Beaufort se quedó sin respiración. Casi se ahogó al responder:

—¡Me parece que sois vos quién está loca! ¿Queréis que Europa entera la señale como adúltera? ¿Que la arrastren tal vez hasta el patíbulo o que la encierren en un convento hasta el fin de sus días? ¡Sabed, señorita, que hago todo lo necesario para que nuestros amores no tengan consecuencias!

—¡Y vos sois el nieto del Vert-Galant! —suspiró Marie—. ¡Permitidme deciros, querido amigo, que por más que sois el prototipo del amante perfecto y un auténtico paladín, no por ello dejáis de ser también un pánfilo! ¿Por qué creéis que os he facilitado el acceso a su alcoba? Hace semanas que vigilo las menstruaciones de la reina, pero ¡ay!, siempre se presentan puntuales a la cita.

—Eso... eso es una locura —tartamudeó François, desconcertado.

—¡No, monseñor, es política! ¡Mi política! Porque habéis de saber que estoy preparada para disimular cualquier retraso de modo que el rey pueda creerse el padre... ¡o por lo menos hacer como si se lo creyera! ¿Comprenderéis por fin que la reina encinta es la reina salvada? ¡Hace veinte años que el reino espera el hijo que nunca llega! Estoy segura de que el mismo cardenal aceptaría a ese hijo como el Mesías, aunque luego se dedique

a silenciar a todos los que hayan podido participar en su concepción. ¿Queréis apostar?

—Es una locura —repitió François.

Se oyó entonces la dulce voz de Sylvie:

—No, monseñor, porque al igual que nuestro rey, vos descendéis de san Luis. Lo que no es aceptable en un gentilhomme cualquiera, puede ser adecuado en un príncipe de sangre si el bien del reino lo exige...

—¿Tú también?

—¿Qué os decía? ¡Es inteligente, esta chiquilla! —exclamó Marie, triunfal.

—Más que yo, sin duda —suspiró François con amargura—. De todas maneras, es demasiado tarde. A menos que sigáis mi plan: me llevo a la reina esta noche...

—¿Y le hacéis un hijo en Bruselas? ¡Oh, qué buena idea! De todas maneras, está fuera de cuestión que os la llevéis. Tenéis que daros cuenta de que para ella sería la manera más sencilla de declararse culpable. Por otra parte, no aceptará...

—Intentadlo, a pesar de todo.

—No aceptará porque yo sabría impedírselo incluso en el caso de que tuviera la tentación de hacerlo. Debe quedarse donde está: ¡reina de Francia, frente a y en contra de todos!

—¿Y qué va a ser de mí? Nunca más tendré la posibilidad de estar a solas con ella. El Val-de-Grâce ha sido invadido. Han descubierto y tapiado el portillo...

—En caso de necesidad podéis saltar el muro. La puerta no era más que una comodidad suplementaria... ¡Ya me las arreglaré para proporcionaros algún rato de intimidad, pobres amantes! ¡Pero no aquí! En la situación en que nos encontramos es imposible, pero, en el Louvre por ejemplo, se me ocurre una idea... A menos que juzguéis que la puerta de las cocinas y un disfraz adecuado son indignos de vos.

—Puesto que me abris la puerta del paraíso, podéis hacerme pasar por el infierno si queréis, pero, por piedad, ¡no me hagáis esperar demasiado tiempo! Me muero sin ella, y no me he atrevido a ir a saludarla...

—Una actitud prudente. En este momento agravaríais su situación. Por lo demás, tenéis algo más urgente que hacer.

Sacó de un bolsillo un librito encuadernado en tafilete rojo y se lo tendió:

—Puesto que tenéis tantas ganas de viajar, ¡corred a la Turena, al castillo de Couzières! Entregaréis esto, sin más explicación, a la señora duquesa de

Chevreuse. Ella comprenderá lo que significa.

—¿Y qué es lo que significa?

—¡Dios mío, qué curioso sois! Que debe huir, por supuesto, y lo más lejos posible. Richelieu es muy capaz de hacerla detener si La Porte habla.

—Cosa muy de temer si se utilizan determinados medios.

—Yo creo que no. De cualquier forma, voy a asegurarme. Ahora os dejaremos con vuestros peces e iremos a buscar fresas. ¡Dios os guarde, amigo mío!

Él la retuvo aún, con los ojos puestos en Sylvie:

—Mi mayor deseo es que os guarde a vos, a vos y sobre todo a esta niña... La reacción de Sylvie fue inmediata:

—¡No soy un bebé, señor duque! ¡Y soy muy capaz de guardarme yo misma!

Giró sobre los talones pero, a pesar de su aparente cólera, se sintió súbitamente llena de dulzura y calor. Él se preocupaba por ella. ¡Ya era algo!

El día siguiente era 15 de agosto. El rey y la reina se trasladaron en cortejo a la capilla seguidos por las miradas ávidas de toda una corte al acecho. Era la primera vez que los dos esposos se veían después de la insultante visita de Séguier. Únicamente intercambiaron saludos protocolarios. Vestida de raso color rosa viejo y llevando al cuello las enormes perlas ofrecidas por su padre en el momento de su matrimonio, Ana, admirablemente peinada y discretamente maquillada, estaba muy bella, y también serena en apariencia. La nobleza de su actitud forzó el respeto de unas gentes dispuestas, en su mayoría, a destrozarla a poco que tuviesen en la manga a una candidata a la sucesión. Comulgó al lado de su esposo y luego, una vez acabada la misa, hizo venir a su secretario de órdenes y le dictó una carta dirigida a Richelieu en la que juraba no haber mantenido nunca contactos con el extranjero...

Era un riesgo enorme, por supuesto, pero estaba dispuesta a todo para salvar a su fiel La Porte y a la madre de Saint-Étienne.

Mademoiselle de Hautefort partió en el mismo coche que el citado secretario. Anunció un corto viaje a París para llevar las limosnas que, con ocasión de la Asunción de la Virgen María, hacía llegar siempre la reina a varias comunidades religiosas; y declaró que regresaría de inmediato. En realidad, iba a dedicarse a una actividad muy distinta: como sabía que, en ciertas condiciones, era posible que los presos de la Bastilla se comunicaran entre ellos, fue a ver a una amiga suya, *Madame* de Villarceaux. Ésta tenía autorización para visitar al caballero de Jars, amigo suyo y preso desde hacía

varios años. Y así lo hizo la misma tarde, acompañada por una sirvienta cargada de golosinas que no era otra que la Aurora disfrazada con una peluca morena y un maquillaje a propósito. Marie entregó al caballero un billete destinado a La Porte que contenía las instrucciones de la reina respecto de lo que sabían y lo que no sabían sus perseguidores, y sobre lo que convenía o no confesar. Después de lo cual, con el ánimo más ligero, recuperó su aspecto habitual y tomó el camino de Chantilly, donde la atmósfera seguía igual de pesada, y la reina y sus escasas fieles eran mantenidas en un ostracismo que la española no olvidaría fácilmente. Alguien, sin embargo, hizo una visita a sus apartamentos que fue muy comentada: Jean d'Autancourt se presentó, rodeado por toda la parafernalia de una casa ducal, a saludar a la reina en nombre del mariscal, su padre, y en el suyo propio... y también a despedirse de Sylvie: al estar ya lo bastante curada su herida, regresaba al ejército. Después fue también a despedirse del rey, que acababa de volver de su partida de caza cotidiana.

Un poco confusa ante lo que era casi una declaración oficial, Sylvie no por ello se sintió menos orgullosa de su amigo, y también triste al verlo partir; ¡habían pasado juntos unos ratos tan agradables!

—Cuidaos mucho, os lo suplico —le dijo con una inquietud en la voz que a él le encantó—. No estoy segura de que os encontréis totalmente repuesto...

—¡Oh, sí, estoy repuesto! Gracias a vos en gran parte, pero me es muy grato saber que os preocupáis por mí. ¿Me daréis una prenda de amistad para atraerme la suerte?

—¿Una prenda?

—Sí... Vuestro pañuelo, o una cinta.

Perpleja, Sylvie contempló por un instante el cuadradito de batista que se había convertido en una bola apretada en su mano. ¡Imposible darle eso! Entonces, con un gesto vivo, deshizo el lazo de una de las cintas de raso amarillo que sujetaban la masa de sus bucles a uno y otro lado de su rostro, y se lo tendió. El gesto fue tan nervioso que algunos cabellos quedaron adheridos al raso. Jean tomó la cinta y la rozó con los labios antes de guardarla junto a su pecho.

—Será mi talismán. Me traerá suerte y nunca me separaré de ella. ¡Gracias, oh, gracias!

Y salió a toda prisa para no abandonarse, delante de su amada, a la emoción que le embargaba. Después de su marcha, Sylvie permaneció pensativa largo rato, lamentando que su corazón no estuviera libre para darlo a aquel muchacho junto al cual la vida sería sin duda muy dulce...

Cuando Marie de Hautefort volvió de París, Sylvie experimentó una intensa sensación de alivio. Sin ella, la atmósfera en el entorno de una reina que permanecía postrada en los momentos que no pasaba en la capilla, era irrespirable. *Madame* de Senecey, impresionada por aquel abatimiento, apenas se atrevía a disponer lo estrictamente indispensable para la vida cotidiana. Y naturalmente, el aislamiento continuaba.

—¡Se diría que somos unas apestadas! —se irritaba la dama de honor—. ¡Esas gentes tienen que haber perdido la cabeza para comportarse así con su reina!

—¡Oh, no! No la han perdido. Por el contrario, apostaría que si se comportan así es por miedo a perderla. Y eso es ridículo —dijo Sylvie—. Yo no temo por la mía. ¿Y vos?

—¡Bonito estaría! El rey es un hombre de honor, ¡qué diablos!

—Sin la menor duda, pero me pregunto si no necesitará también él que lo tranquilicen.

El regreso de Marie despejó aquella atmósfera. Traía excelentes noticias. La Porte guardaba silencio o bien revelaba algunos hechos en total consonancia con lo que su ama estaba dispuesta a confesar. Con la esperanza de sonsacarle algo más, le habían enseñado los instrumentos de tortura con toda clase de detalles relativos a su modo de empleo, pero lo único que habían obtenido de él era un desdeñoso encogimiento de hombros.

—Cuando el dolor es insoportable, supongo que se acaba por confesar cualquier cosa —había dicho—. Pero en ese caso, ¿dónde está la verdad?

Llegaron a enseñarle un billete de la reina —falso, por supuesto—, en que le apremiaba a confesarlo todo, como había hecho ella misma. En esa ocasión le hicieron reír.

—No me toméis por un ingenuo. Conozco la mano y el estilo de Su Majestad. Ella nunca ha escrito esto...

En ese punto estaban cuando el cardenal aconsejó al rey que interrogara él mismo a su esposa. Luis XIII se negó en redondo:

—Es una tarea demasiado dolorosa para mí. Me siento incapaz de hacerlo bien. ¡Encargaos vos mismo!

Richelieu no deseaba otra cosa. Partió para Chantilly y solicitó una audiencia de la reina con todas las formalidades y el respeto debido. Acudió con dos secretarios de Estado, Chavigny y Sublet de Noyers, y pidió que *Madame* de Senecey fuera también testigo de la conversación, lo que desagradó vivamente a Marie de Hautefort. Sabía bien que, si la reina se veía privada de su apoyo, quedaba desarmada. Sin embargo, tuvo que pasar por

ello. Sylvie, por su parte, fue alejada desde el momento en que la carroza del cardenal entró en el recinto lacustre de Chantilly. Aprovechó la ocasión para volver a ver la bonita casa a orillas del lago, con la esperanza secreta pero improbable de encontrar allí a cierto pescador de caña.

No había nadie, a excepción de una familia de patos que paseaba en procesión por el agua y de una pareja de cercetas que alzaron el vuelo al aproximarse la muchacha, pero el lugar seguía conservando todo su encanto, y Sylvie, sentada entre los juncos y mordisqueando uno de aquellos tallos finos y flexibles, pensó que le gustaría que aquella mansión fuera realmente suya para poder acoger en ella a quien amaba. El hermoso pabellón que había servido de refugio a un poeta debía poder abrigar amores sinceros y tiernos y aliviar las heridas del corazón. Tenía que ser de nuevo posible, como lo fue antaño a la bella duquesa de Montmorency, olvidar allí el rango principesco y preocuparse solamente de pescar escuchando como música de fondo el canto de los pájaros...

Mientras tanto, en el castillo tenía lugar un verdadero drama. Frente al cardenal, Ana de Austria empezó, con bastante torpeza, por alegar su completa inocencia, y, en su turbación, juró por el santo sacramento que se la acusaba sin fundamento. Pero su adversario era demasiado fuerte. Con mucha suavidad, con paciencia, Richelieu derribó una por una todas sus defensas, hasta que ella acabó por pedir ser escuchada únicamente por él. Por supuesto, le fue otorgada su petición. Entonces, sin retener ya lágrimas de cólera y vergüenza, la reina acabó por confesar que había escrito, desde luego, al cardenal-infante, pero también una o dos veces a Mirabel, «que me ha mostrado siempre respetuosa amistad y devoción». Richelieu, satisfecho del resultado y por otra parte conmovido ante la turbación de tan alta dama, le aseguró que no venía como justiciero y que únicamente deseaba su felicidad y la del rey, ante el cual iba a interceder sin demora a fin de que aquella fea historia fuera rápidamente olvidada y volviera a reinar la armonía en la pareja real.

Sorprendida por una mansedumbre que no esperaba, la reina exclamó:

—¡De cuánta bondad dais prueba, señor cardenal!

Y le tendió una mano, ante la que se inclinó él respetuosamente sin atreverse a tomarla. A continuación se retiró para ir a reunirse con el rey. En la galería, casi desierta a su llegada, vio amontonarse a una multitud de cortesanos. Antes de cruzar por entre sus espinazos doblados, dijo en voz alta y con frío desdén:

—¡Me alegra ver, señores, que por fin venís a recibir noticias de Su Majestad la reina! Yo mismo os las voy a dar: la reina se siente aún un poco cansada, pero tal vez mañana os concederá el favor de recibir vuestros homenajes...

Marie de Hautefort, que en cuanto salió el ministro se precipitó a ver a la reina, pudo oír sin embargo lo que decía aquella voz cortante como un látigo, y sonrió: en fin, la alarma había sido grave, pero todo había acabado sin desperfectos importantes. Lo que no quería decir que la partida hubiese concluido.

El cardenal se marchaba satisfecho. Había asustado lo bastante a la española para hacerla renunciar a sus perpetuas traiciones, y con su clemencia la había convertido en deudora suya. Faltaba saber cómo reaccionaría Luis XIII a las confesiones de su mujer. Pero en realidad apenas tenía opción: tratarla como a un criminal de Estado era impensable, y repudiarla sería peligroso porque España lo consideraría una maquinación. Sólo quedaba el perdón, y Richelieu lo obtuvo, no sin esfuerzo. Antes de concederlo, el rey exigió una confesión escrita y la promesa formal de no reincidir. Así se hizo, y después los rumores de la corte reanudaron su habitual actividad: la tesis oficial fue que la reina, atrapada por unos sentimientos familiares muy naturales, se había dejado manipular por esos incorregibles españoles.

La estancia en Chantilly concluyó de forma pacífica, y el 4 de septiembre Sus Majestades marcharon juntos a Fontainebleau, donde el rey tenía la intención de organizar grandes cacerías durante una quincena...

François de Beaufort había desaparecido por prudencia (la de Marie de Hautefort, porque él no tenía ninguna). Más valía evitar motivos de riña en una época tan delicada. El rey se esforzaba en poner buena cara a su mujer, pero era visible que lo hacía a regañadientes. No era momento para lanzar a Luis XIII tras una nueva pista, y la joven dama de compañía se dedicó con su habitual firmeza a hacer entrar en razón al frenético enamorado.

—Id a visitar de nuevo el cielo azul de Turena —le aconsejó la Aurora—. A principios del otoño, el paisaje es encantador. Y entretanto, las aguas volverán a su cauce...

—¿Cuándo volveré a verla? —repuso François.

—Os lo haré saber, ¡pero, por el amor de Dios, tened paciencia!

—¡Yo creía que, por el contrario, deseabais que me diese prisa!

—Cada cosa a su tiempo. Primero necesitamos comprobar que el rey se decide de nuevo a tomar el camino de la alcoba de la reina...

—Y si lo toma, ¿a mí me dejaréis fuera? —exclamó el joven, furioso—. ¿Qué soy yo para vos, un garañón?

Ella le dedicó la más impertinente de sus sonrisas.

—Así es, más o menos. Con vos, estamos seguras de tener un niño magnífico. ¡Así pues, joven atolondrado, tenéis que comprender que si el rey vuelve a honrar a su esposa necesitaremos de vos más que nunca! En los raros momentos en que la frecuentaba, sólo ha conseguido abortos espontáneos. Ahora, si consigo llevar adecuadamente las cosas, podréis ser feliz sin peligro. ¿Habéis comprendido?

—Creo que sí. ¡Pero por piedad, no me hagáis esperar demasiado! ¡Me muero!

—¡Tanto más dulce será la resurrección!

Y François se volvió a Chenonceau, donde aquel verano habían pasado largas temporadas *Monsieur* y la pequeña *Mademoiselle*, una niña inteligente y taimada que divertía a todo el mundo. La duquesa François e se había reunido con su marido y su hija, las relaciones entre ambas familias se habían estrechado y Beaufort, privado de su amigo Soissons que se había pasado al enemigo, y sintiéndose de humor melancólico, entabló cierta amistad con *Monsieur*, a pesar de que le constaba que aquel hombre valía muy poco. Pero Gaston d'Orleans sabía, cuando se lo proponía, desplegar un considerable encanto.

El otoño que comenzaba reservaba grandes alegrías, tanto al rey como al cardenal. En el terreno militar, las buenas noticias se sucedían. El duque de Saboya, cuñado del rey, había obtenido una victoria sobre los españoles, y las tropas francesas consiguieron otra en La Capelle, en el norte. Finalmente, en el sur el duque de Halluin salió vencedor en la batalla de Leucate, en el Rosellón.

Lleno de alegría, Luis XIII hizo cantar un *Te Deum* en Notre-Dame, en medio de un fasto muy conveniente para confortar el corazón de sus súbditos, que no escatimaron las aclamaciones. Por desgracia, la reina llegó con mucho retraso y puso como excusa que no sabía que tenía que asistir a la ceremonia.

Al oírlo, *Mademoiselle* de Hautefort suspiró y elevó hasta muy arriba sus bellas cejas. En algunos momentos se preguntaba si la persona a cuya causa se había entregado en cuerpo y alma era tan inteligente como le hubiera gustado creer... Una pregunta que también la joven *Mademoiselle* de l'Isle se planteaba ya desde algún tiempo atrás...

tercera parte

LA HORA DEL DEMONIO



X

LOS SECRETOS DE MARIE DE HAUTEFORT

Texto. François estuvo tascando el freno en Chenonceau hasta mediados de noviembre. Sorda a los suspiros de la reina, ciega ante las cartas delirantes que le hacía llegar el amante desesperado, *Mademoiselle* de Hautefort pretendía dejar libre su plaza al rey con la esperanza de que se decidiría a pasar junto a su mujer esa noche que la corte esperaba desde hacía tres años con ávida curiosidad. Por desgracia, nada ocurría. Luis XIII ponía buena cara a su esposa y le mostraba todo el respeto que era de desear, pero no se decidía a comportarse como un marido, a pesar de los reproches con que le abrumaba Marie, cuyo favor recuperado ante el rey seguía vigente.

En cambio, al menos dos veces por semana se dirigía al convento de la Visitación, en la Rue Saint-Antoine, para platicar allí con la hermana Louise-Angélique, antes Louise de La Fayette. Era la única persona a la que se permitía aproximarse a la reja del oscuro locutorio. Ella aparecía como una sombra blanca tras los barrotes a los que en ocasiones él se aferraba con la esperanza insensata de llevársela de nuevo a su lado.

A pesar de las victorias que se sucedían, la atmósfera de la corte volvía a ser irrespirable. En primer lugar, se guardaba un nuevo luto: en esta ocasión se trataba del cuñado del rey, el duque Víctor Amadeo de Saboya, al que tenía un gran cariño. Su muerte iba a complicar considerablemente los asuntos de Italia, porque el duque dejaba como heredero a un niño de cinco años, cuyos derechos sería preciso defender.

Cansada de suplicar sin obtener satisfacción, Marie de Hautefort decidió que era hora de complacer a la reina e hizo llamar a Beaufort, que acudió tan rápido como pudo traerle su caballo. Al mismo tiempo, ella se trasladó al convento de la antigua doncella de honor, pidió una entrevista y permaneció con ella bastante tiempo. Volvió satisfecha y se dispuso a preparar una hazaña peligrosa para François: reunirse con la reina de noche y en pleno Louvre.

Él se había introducido ya una vez, disfrazado de médico, con el pretexto del falso empacho de Stéfanille, pero sólo había estado un momento, el tiempo de una breve charla y de hacerse cargo de algunas cartas. Ahora se trataba de proporcionar a los amantes un rato de auténtica felicidad, rogando a Dios para que fuera fructífero. Por suerte, el rey seguía galopando de un castillo a otro, en los alrededores de París. Su último capricho era visitar con frecuencia el pequeño castillo de Saint-Maur, que había pertenecido a Catalina de Médicis. Situado en una revuelta del Marne, se trataba de un lugar encantador donde los pesares y los ensueños del rey se diluían en una suave melancolía. En dos o tres ocasiones ya, se había trasladado allí desde Versalles, sin olvidar hacer un alto en el camino, en la Rue Saint-Antoine.

Los temores de Marie resultaron infundados. La noche de la visita de François todo se desarrolló sin el menor contratiempo. Entró en el palacio por la mañana con el aspecto terroso de un hortelano que llevaba coles a las cocinas, y desde allí, gracias a un cocinero sobornado, consiguió llegar hasta un escondite donde le esperaban una librea de lacayo y una peluca morena. Estuvo oculto todo el día, hasta que el viejo Louvre, repleto de escondites y pasadizos secretos, durmió al fin. Marie fue entonces a buscarlo, con la promesa de volver antes del amanecer para facilitarle la salida. Lo cual ocurrió punto por punto, según el plan previsto.

Al día siguiente la reina estaba alegre, aunque se esforzaba por no hacer demasiado aparente su gozo interior a las numerosas miradas —de las doncellas de honor u otras— que la espiaban sin descanso. Se había reanimado al calor de aquel muchacho tan joven y tan enamorado que le hacía recuperar sus veinte años y olvidar los quince que les separaban. Sin embargo, Marie no estaba del todo satisfecha:

—Me pregunto si las cosas no han ido demasiado bien —confió a Sylvie, que le preguntó por su aspecto preocupado.

—Pero ¿qué queráis que pasara?

—No lo sé, pero en una mansión como ésta, de noche, siempre hay pequeños incidentes... encuentros. Pero, tanto a la ida como a la vuelta, no se ha tropezado con nadie, a excepción de criados dormidos y guardas apoyados en sus alabardas, con una falta de curiosidad increíble...

—¿No exageráis? Iba vestido de lacayo y acompañado por vos. ¿Quién iba a interesarse por él?

La Aurora se pasó por la frente una temblorosa mano.

—Es posible que tengáis razón, pero, Sylvie, la aventura de anoche será la única que tenga este escenario. ¡He pasado demasiado miedo!

—También yo —confesó la joven—, pero ¿creéis que los dos se contentarán con estos cortos momentos? Yo le observé a él, y a ella la he visto esta mañana, cuando entró en su alcoba. He visto la misma felicidad reflejada en sus rostros... —Al acabar la frase, hubo de retener sus lágrimas.

Marie tuvo entonces para ella un gesto inesperado, caluroso y lleno de afecto. Cogió entre sus manos las de su joven compañera.

—¡Pobre gatita! Estoy de tal modo obsesionada por su gloria, por querer para ella el mayor triunfo de una reina, dar un heredero a este reino contra viento y marea, que me olvido de vuestro pobre corazoncito, que como amantes egoístas ellos no paran de pisotear. ¿No me guardáis rencor por ello? ¿Y seguiréis ayudándome?

—Si pisotean mi corazón, lo mismo hacen con el vuestro, pero su excusa es que lo ignoran. Y además, sois la única amiga que tengo en este palacio. En estas condiciones, ¿qué no haría por ayudaros?

Un mismo impulso las echó en brazos la una de la otra. Fue un abrazo sin palabras inútiles, venido del corazón y que sellaba una especie de pacto. Marie lo rubricó al decir:

—Rezaré a Dios para que me conceda el poder ayudaros algún día... Mientras tanto, el próximo encuentro tendrá lugar en el Val-de-Grâce. Allí estaré más tranquila.

—¿En la abadía? Pero ¿cómo lo haremos? Han reemplazado a la superiora y tapiado la puerta...

—Pero no han levantado más el muro. Con una buena cuerda, un muchacho de veinte años podrá saltarlo sin dificultad. ¡Sobre todo si está tan enamorado como ese loco!

Demasiado feliz para poner reparos, la reina dejó todo en manos de su fiel dama de compañía. Ella también prefería el Val. Incluso con una abadesa hostil. Decidieron que el próximo encuentro tendría lugar en cuanto el rey anunciara su intención de ir a pasar unos días en Versalles. La reina iría entonces a recogerse en su convento favorito. Sólo se quedaría allí una noche, para no despertar nuevas sospechas.

El rey partió el primero de diciembre, y el día 2 la reina anunció su intención de efectuar una breve visita al Val-de-Grâce entre el jueves 3 y el viernes 4, con el fin de meditar en un lugar que le era querido, y en el momento en que se iniciaba el Adviento. Como de costumbre, sólo la acompañarían unas pocas personas.

Para su gran sorpresa y alivio, Sylvie no formó parte del séquito. En el último momento, la reina decidió que la acompañarían su dama de honor y su

dama de compañía. Aquello provocó burlas de las doncellas de honor, que lo consideraron el anuncio de una inminente caída en desgracia, pero Marie de Hautefort hizo callar a todas al decir que, como la reina sólo iba al Val por unas horas, en una visita tan corta no necesitaría la presencia de su cantante favorita: en la capilla sólo se celebrarían los oficios ordinarios. Luego dijo a Sylvie, aparte:

—Habida cuenta de los últimos acontecimientos, era preferible una dama más madura. Lo cual no cambiará nada de lo que está decidido —añadió, sonriendo—. *Madame* de Senecey necesita muchas horas de sueño, y puedo aseguráros que dormiré como un ángel. ¡Yo me ocuparé de ello!

Como el equipaje que solía llevar en tales circunstancias estaba preparado, Sylvie decidió ir a pasar la noche en casa de su padrino. La idea de quedarse en el Louvre sólo con la compañía de las demás doncellas de honor, propensas a los celos y con frecuencia de una malevolencia mezquina hacia ella, no le atraía. Se fue, por tanto, a la Rue des Tournelles, siempre acompañada por Jeannette.

La señora Nicole y Corentin la recibieron con los brazos abiertos y procuraron compensar la decepción que le esperaba allí: no vería al caballero hasta la mañana siguiente.

—Su amigo el señor Renaudot ha venido a buscarle hace un momento —explicó Corentin—, como ha ocurrido muchas otras veces. Cenan juntos y luego no sé bien lo que hacen, pero siempre están fuera hasta altas horas.

—¿Y no sabes adónde van? —preguntó Sylvie.

—A fe que no. Me preocupa un poco porque tengo idea de que salen a correr no sé qué aventuras, y no me gusta mucho que el señor Perceval me venga con misterios.

—¿Misterios? ¿A ti, que eres su acompañante desde siempre?

—¡Pues sí! Dice que no quiere que Nicole se quede sola por la noche. Por más que el barrio sea elegante, no siempre es seguro. Pero posiblemente sea su amigo quien no quiere que vaya yo.

—¿Qué dices? —sonrió Sylvie—. El primer motivo me parece más válido. Tienes que vigilar la casa. Esta noche cuidarás también de Jeannette y de mí... y dile a Nicole que cenaré con vosotros. Espero que nos prepare algún guiso sabroso...

—No paséis cuidado —dijo Corentin, recuperando su buen humor—, ¡está ya metida hasta el cuello en masa pastelera!

Por la casa se difundían aromas de mantequilla y caramelo. Sylvie fue a descansar a su habitación mientras esperaba la hora de sentarse a la mesa. El

tiempo gris, frío y ventoso no hacía atractivo el jardín, cuyo suelo estaba alfombrado de hojas muertas.

La ausencia de Perceval la inquietaba. ¿Seguía buscando al misterioso criminal al que había aludido cuando se encontraron a orillas del Sena, cerca de la puerta de Nesle? Fue la pregunta que le hizo cuando, a la mañana siguiente, lo encontró a la mesa del desayuno.

Hablaron de unas cosas y otras, pero sólo cuando Perceval volvió a su gabinete, donde Corentin acababa de encender un buen fuego, planteó Sylvie la cuestión que le quemaba los labios.

—No he olvidado nuestro encuentro en la puerta de Nesle, padrino. Me habíais dicho que buscabais a un asesino. ¿Es a él a quien perseguís de noche con el señor Renaudot, o buscáis a otro?

El rostro fatigado de Raguenel se distendió en una sonrisa cansada.

—Perseguiamos aún al mismo, por desgracia. Es un monstruo que parece poseer el poder de desaparecer en las tinieblas una vez consumada su fechoría. El miserable ataca a las mozas que se ofrecen en las calles. Las viola, las degüella y las marca en la frente con un sello de lacre rojo con una letra griega impresa: omega.

—¡Qué horror! Pero perseguirle es una tarea ingente. ¡París es muy grande! ¿No os ayuda la ronda?

—No es lo bastante numerosa para vigilar todos los lugares peligrosos. Y además, con frecuencia son corruptos. ¡Necesitaríamos una verdadera policía!

—Pero a fin de cuentas, ¿por qué os interesáis por la suerte de esas desventuradas? ¿Es para ayudar a *Madame* de Vendôme, que cada día está más dedicada a su redención?

—No. He hablado con ella, pero no puede hacer nada. Renaudot y yo tenemos la idea de ir una noche al barrio de los Inocentes, en la corte de los Milagros, para encontrar al Gran Coesre, el jefe de los bandidos, e intentar conseguir su ayuda...

—¡Estáis locos! ¡No saldréis vivos de allí!

Él le dedicó una sonrisa que se parecía bastante a una mueca.

—Eso es lo que nos hace dudar. Si nos asesinan para robarnos, las víctimas no ganarán gran cosa. Sin embargo, hemos observado que los asesinatos tienen lugar sobre todo las noches de luna llena. Es bastante extraño, porque son las noches más claras...

Sylvie se colocó a sus pies y tomó en las suyas las manos de su padrino:

—Os lo suplico, dejad de poner en peligro vuestra vida de esa manera. Sé muy bien que es espantoso, pero esas mujeres saben que corren peligro,

puesto que cualquier paseante tardío lo corre en la noche de París. Y si os sucediera alguna cosa..., yo no tendría a nadie en el mundo. ¡Y os quiero mucho!

Conmovido, él la sentó sobre sus rodillas como cuando era pequeña y la besó con ternura:

—¡No te atormentes, corazón mío! Sabemos defendernos y vamos siempre bien armados. Lo peor es la ley del silencio que rige en los bajos fondos. Nadie quiere ayudarnos porque todo el mundo tiene miedo...

—Entonces renunciad.

—No; es imposible. No puedo renunciar; lo he jurado y...

Calló al comprender que se adentraba por un camino espinoso, pero Sylvie le había oído muy bien.

—¿Lo habéis jurado? ¿A quién?

La voz de Corentin, que acababa de entrar sin ser oído con una brazada de leña, se hizo oír de súbito:

—Deberíais decirle la verdad, señor caballero. Ahora ya es lo bastante mayor, y como vive en la corte conviene que lo sepa todo acerca de sí misma, a fin de protegerse mejor.

—¿Tú crees?

—Sí. Ya es tiempo...

Perceval apartó a Sylvie y la hizo sentarse en el sillón situado frente a él.

—Tienes razón —dijo a su leal Corentin.

Contó entonces su amistad con los Valaines, el cariño que sentía por Chiara y el drama de La Ferrière, la forma en que François salvó a Sylvie, su instalación en la casa de Vendôme y la decisión de cambiarle el nombre y no ahorrar ningún esfuerzo para borrar de su memoria los recuerdos que podía conservar de su primera infancia.

Ella le escuchó con atención apasionada, y, cuando él hubo terminado guardó unos momentos de silencio.

—¡Sylvie de Valaines! —suspiró finalmente—. ¡Es verdad que me llamaba así, ahora me acuerdo! Es como si acabais de desgarrar una cortina de niebla acumulada a mi alrededor... Todo reaparece... ¡Oh, es asombroso! ¡Y Jeannette ha callado todo este tiempo!

—Te quiere y ha prometido callar, como tú has de prometerme que lo guardarás todo en el fondo de tu memoria y no permitirás que vuelva nunca a la superficie. ¡Sería demasiado peligroso! Ya es bastante que ese La Ferrière salido de no se sabe dónde se haya atrevido a pedir tu mano.

—¿Creéis que lo sabe?

Perceval sonrió con ternura a su ahijada.

—No hay necesidad de saberlo para desear casarse contigo, mi gatita. ¡Eres preciosa! Pregúntaselo si no a nuestro amigo D'Autancourt.

—Entonces ¿pensáis que el miserable que asesina en las calles es el mismo que mató a mi madre?

—Estoy convencido. El procedimiento es el mismo, y la firma también...

—Pero ¿por qué? Cuando se quiere a alguien...

—El amor en un ser básicamente malvado puede ser el peor de los males. La desgracia de tu madre consistió en haberse visto mezclada sin quererlo en lo que puede llamarse un secreto de Estado.

—¿También? —suspiró Sylvie.

—¿Por qué dices «también»?

Ella se encogió de hombros.

—Sabéis bien lo que os he confiado, padrino. Empiezo a preguntarme si las mujeres de mi familia no sufren una maldición que se transmite de madre a hija. En todo caso, gracias a vos comprendo ahora por qué; cuando estábamos en Anet, siempre nos prohibían ir a pasear del lado del castillo que se llama La Ferrière...

De vuelta en el Louvre, adonde llegó acompañada por Perceval hasta el cuerpo de guardia, Sylvie encontró a la reina y a sus damas entregadas a un alegre alboroto que no tenía nada que ver con lo que debía de haber ocurrido la noche anterior en el Val-de-Grâce: habían llegado correos de Roma, precediendo a un convoy con estatuas y bronce antiguos destinados al Palais-Cardinal. Venían cargados con sacos cuya destinataria era la reina, y que contenían tesoros: guantes, perfumes, encajes de Venecia, brocados de Milán, corales destinados a formar collares, y otros muchos de esos objetos menudos y muy caros que hacen enloquecer a las mujeres. Aquel día, el gabinete de la reina parecía una pajarera... o una tienda de modas.

—¿Esos regalos vienen de Roma? —se asombró Sylvie—. ¿Es el Papa quien los envía?

Marie de Hautefort soltó una carcajada:

—¡Claro que no, cabeza de chorlito! Estos regalos los envía un personaje que ha encontrado la forma de intimar con el cardenal y de gustar a la reina al mismo tiempo. Es *monsignore* Mazarino...

—Nunca he oído ese nombre.

—¿Y cómo podríais haberlo oído? Llamó la atención de Richelieu con ocasión del asunto de Casale, en el que jugó un papel destacado como diplomático. Luego estuvo aquí... hace tres años, creo, como vicenuncio de

Su Santidad, y poco después el Papa le envió como nuncio extraordinario. El cardenal lo aprecia...

—¿Y a pesar de eso Su Majestad le tiene estima?

—Pues sí. No es un hombre de alta cuna, pero tiene bastante atractivo y, si queréis saberlo todo —la Aurora se inclinó hacia su joven compañera para susurrarle al oído—, ¡se parece un poco al difunto duque de Buckingham!

—¡Dios mío! Pero ¿entonces...?

—¡Chissst! Calma. Su recuerdo no supone una amenaza para nadie. Por más que Mazarino haga toda clase de esfuerzos para no caer en el olvido. Por lo que yo sé, arde en deseos de volver a Francia, e incluso de nacionalizarse para trabajar junto a nuestro ministro, de quien proclama a los cuatro vientos que es el más grande hombre que ha conocido. ¡Yo lo odio!

Ese juicio tajante puso fin a la conversación. Sylvie la olvidó muy pronto. La reina repartía algunos de los regalos romanos, que visiblemente la encantaban. Hacía tiempo que no se la veía tan alegre. Con un precioso espejo de mano de marfil labrado examinaba su imagen con una sonrisa llena de complacencia. Se encontraba bella, y lo estaba...

—Es inútil preguntar si todo fue bien la noche pasada —murmuró Sylvie al reunirse de nuevo con Marie en el camarín de las joyas.

—De maravilla. Aunque perdieron mucho tiempo por culpa de un pique de celos relativo a *Madame* de Montbazon. Y luego nuestro amigo se marchó contento sólo a medias, sobre todo porque no volverán a verse durante bastante tiempo. Hemos entrado en el Adviento y pronto llegarán las fiestas de Navidad. Vamos a poder descansar un poco, Sylvie. Sobre todo si mañana las cosas van como deseo...

—¿Qué ocurre mañana?

—Ya lo veréis. En fin... ¡espero!

Sylvie no se atrevió a insistir. La Aurora parecía decidida a no decir nada más. De modo que la velada se alargó hasta hacerse interminable para la joven curiosa, a pesar de que la reina la invitó a cantar. Ana de Austria se sentía sobreexcitada, y le apetecía escuchar una voz dulce y una música agradable. Mientras Sylvie cantaba un romance, se preguntó en quién estaría pensando la reina mientras acariciaba distraídamente las turquesas incrustadas en el bello espejo que acababa de recibir: ¿en el hombre que se lo había enviado, en el amante de la noche pasada, o en el recuerdo aún vivo del guapo inglés cuya imagen no habían conseguido borrar los años transcurridos?

El día siguiente amaneció gris, apagado, azotado por un viento inclemente que quitaba las ganas de salir. Las horas fueron arrastrándose entre la misa y

las diferentes devociones, las audiencias, las comidas y las visitas de la tarde, entre las cuales se contaron *Madame* de Vendôme y Elisabeth, a las que Sylvie no veía desde hacía mucho tiempo. Venían de Saint-Lazare, donde *Monsieur* Vincent estaba inquieto por el número creciente de niños abandonados, con la intención de recurrir a la generosidad de la reina. Después de obtener plena satisfacción a sus peticiones, no prolongaron la visita y se contentaron con besar a Sylvie antes de marcharse. Por otra parte, el tiempo empeoró con la aparición de fuertes vientos y remolinos que no anunciaban nada bueno.

—¡Vamos a tener una bonita tormenta! —observó Hautefort mientras contemplaba las maniobras de los patrones que se apresuraban a atracar sus barcas en el Sena. Luego añadió, bajando la voz—: Empiezo a creer que el Cielo está con nosotros.

A partir de ese momento permaneció sin moverse en el vano de una ventana, observando el empeoramiento progresivo del tiempo. Hacia las cuatro estalló la tempestad, con una violencia tal que partió ramas de árboles, arrancó las lonas de los andamios del patio del Louvre e hizo volar las pizarras de los tejados de varias casas. Duró largo rato, hasta el punto de que el confesor de la reina aconsejó a las damas que orasen. Sólo Marie de Hautefort siguió en el mismo lugar, tan rígida y ausente, tan pendiente del cielo negro cuyas voces furiosas parecía escuchar, que nadie se atrevió a molestarla...

Y luego, de súbito, al estruendo de fuera se añadió el del interior del palacio. Llamadas, órdenes, resonar de armas y el anuncio de una llegada repetido de puerta en puerta hasta que las del salón de la reina se abrieron ante un caballero calado hasta los huesos que, al saludar, envió a los cuatro puntos cardinales una rociada de gotas procedente de las plumas informes de su sombrero.

—Y bien, *Monsieur* de Guitaut, ¿qué venís a decirnos con tanta urgencia? —preguntó Ana de Austria, que había reconocido al capitán de la guardia.

—Anuncio al rey, señora... en caso de que Vuestra Majestad tenga a bien ofrecerle la hospitalidad de sus aposentos.

—¿Dónde está mi esposo?

—En el convento de la Visitación, señora. El rey viajaba de Versalles a Saint-Maur, donde su servicio le ha precedido esta mañana, pero la tormenta es tan terrible que las damas del convento han suplicado a Su Majestad que no se aventure a cruzar el bosque de Vincennes, donde la fuerza del viento está

abatiendo muchos árboles. El camino es demasiado largo, y el Louvre está mucho más cerca...

La sonrisa de la reina se reflejó en la de *Mademoiselle* de Hautefort, que había dejado su puesto junto a la ventana para correr a colocarse a su lado con un rostro casi resplandeciente.

—En todas partes está el rey en su casa, *Monsieur* de Guitaut. Espero que no dude del placer que tendré al hospedarle.

—No... En verdad, no, pero el rey teme perturbar a Vuestra Majestad en sus costumbres^[29]. La reina cena tarde, se acuesta tarde, y...

—Y a mi esposo no le agrada ni una cosa ni la otra —concluyó Ana de Austria con una risa sincera—. Volved a su presencia... o mejor envidad a alguien más seco, a decirle que daremos las órdenes oportunas y encontrará dispuesto todo a su conveniencia.

—Iré yo mismo, porque no se puede estar más empapado de lo que estoy. ¡Y doy las más rendidas gracias a Vuestra Majestad!

De inmediato empezó el zafarrancho. Se enviaron a las cocinas las instrucciones necesarias para que se apresurasen los preparativos, se colocó la «cabecera» en el salón de la reina, y el palacio adoptó su aspecto más amable para recibir a su soberano, con una agitación febril. ¿Iba finalmente a producirse el acontecimiento esperado desde hacía tanto tiempo? ¿Se contentaría el rey con dormir cerca de su mujer, o bien...?

Sylvie no pudo contenerse y formuló esas preguntas cuando, en el guardarropa de la reina, ayudaba a la dama de compañía a reunir los elementos del atuendo que reclamaba su ama. Marie se rió en sus narices:

—¿Qué queréis que os responda? Lo importante es que venga, y supongo que nuestra hermana Louise-Angélique ha tenido que poner mucho de su parte para conseguirlo, tal como yo se lo pedí. En cuanto al resto, solamente puedo deciros que el rey dormirá bien...

—¿Dormir? Pero...

—Seguramente no tiene intención de nada más, pero sabed que es muy posible dormir bien y también tener hermosos sueños. ¡Yo cuidaré de ello, podéis estar segura!

La alegría de la corte contrastaba con el aire más bien huraño de Luis XIII cuando hizo su entrada en la Cour Carrée a la cabeza de sus caballeros. El descendiente de san Luis no tenía el aspecto de alguien que se dispone a disfrutar de hermosos sueños. Sin duda se comportó con una cortesía impecable e incluso exquisita cuando cumplimentó a su mujer por su tez, su buen aspecto y su atuendo, pero era evidente que no deseaba más que una

cosa: que aquella noche a la que le forzaban Louise y los elementos desencadenados pasara lo más aprisa posible.

Se cenó *en petit comité*, para gran decepción de la multitud de cortesanos que pensaban dar pábulo a su curiosidad con cada palabra y cada expresión del real rostro. Después, Sus Majestades se retiraron para pasar la noche, escoltados por sus damas y sus gentilhombres, en menor número pero sin duda con la misma expectación que en la noche de bodas. Y de hecho, era hasta cierto punto la misma situación: hacía más de tres años que el rey no visitaba el lecho de su esposa... Sin embargo, la última imagen que tuvieron de la real pareja no parecía particularmente esperanzadora: después de recibir con una mirada sombría los últimos saludos y reverencias, Luis XIII deseó buenas noches a la reina, se caló el gorro de dormir hasta los ojos, se acomodó en su lado de la cama y se durmió de inmediato, como un hombre cansado después de una larga jornada.

Todos se alejaron haciendo comentarios sobre el acontecimiento en voz baja, a fin de no despertar al rey ni, sobre todo, los ecos de palacio. El batallón de doncellas de honor zumbaba como un enjambre de abejas. Sylvie se contentó, al reunirse con su amiga, con alzar unas cejas inquisitivas. Casi con el mismo laconismo, Marie le dedicó una sonrisa socarrona.

—La noche es muy larga —murmuró.

Nadie durmió en el Louvre. El rey había ordenado que se le despertara temprano para poder ir al encuentro de su mobiliario y de sus servidores en Saint-Maur. Para no perderse el momento en que saldría para oír misa, los cortesanos optaron por no volver a sus casas y se acomodaron lo mejor que pudieron en las antecámaras, las galerías y las salas de recepción. Contagiado por aquella fiebre, incluso el capellán pasó la noche en vela.

También otras personas velaron. En la capilla de la Visitation Sainte-Marie, como en el Val-de-Grâce y en otras comunidades de religiosas de París, se rezó a la luz de los cirios que no llegaban a calentar las losas heladas. Se rezó hora tras hora para que la pareja real por fin reunida diera un heredero al reino.

Las oraciones de sor Louise, que se esforzaba por acallar los gritos de un corazón desgarrado por unos celos muy terrenales, suplicaron sin descanso a Dios un hijo. ¡Sobre todo que fuera varón, para no tener que volver a empezar las súplicas con que había abrumado aquel día a su regio amigo!

Finalmente, como la noticia no había llegado únicamente a las abadías y los monasterios, en las tabernas se bebió con gallardía a la salud del rey.

Fue una noche distinta a todas las demás, y que finalizó con la llegada de un día gris y frío pero tranquilo. La violenta tempestad venida del mar siguió su camino hacia el este, dejando detrás la ardua tarea de borrar las huellas de su paso.

Cuando Luis XIII apareció, luciendo un traje ceñido de ante, de corte militar, y botas, impecable como de costumbre, paseó por un instante su mirada sombría por la multitud desaseada, desaliñada y extenuada, inclinada ante él según el rito exigido por el protocolo. El espectáculo debía de ser bastante divertido, porque bajo su mostacho se adivinó la sombra de una sonrisa.

—¡Si yo estuviera en vuestra situación, señores, me iría a dormir! —dijo de buen humor.

Y se puso en marcha acompañado por sus guardias, sus suizos y su casa militar, todos ellos acostumbrados ya a las noches sin sueño, y que a duras penas ocultaban su regocijo.

Sin embargo, sin desanimarse, la corte prosiguió su vela: no habían podido leer nada en el rostro indescifrable del rey; faltaba ver el de la reina, y ésta se levantó aquel día más tarde que de costumbre.

Tanto se retrasó que, cuando se supo que la reina oiría la misa en su oratorio privado, la mayoría de los cortesanos se decidieron a volver a sus casas para arreglarse un poco. Pero a lo largo de la jornada el «todo París» con acceso a la corte se precipitó al Louvre siguiendo las rodadas de la carroza de la señora princesa de Conde. Las más altas damas, los más grandes señores —los que no estaban en el exilio, en el ejército, acompañando al rey o cumpliendo con sus cargos provinciales— corrieron para felicitar a la reina como si ésta acabara de realizar una portentosa hazaña. La duquesa de Vendôme llegó de las primeras. Llevada por su entusiasmo, estrechó a Ana entre sus brazos.

—¡Hermana, qué gran día! Vengo de ver a *Monsieur Vincent*. Está transido de alegría. ¡Ha tenido en estos días la revelación de que vais a quedar embarazada!

El último en llegar fue el menos esperado: François de Beaufort aguardó su turno para rendir pleitesía, pero su aspecto al entrar hizo temblar a Sylvie y borró la sonrisa de la Aurora. A pesar de su alta estatura y sus cabellos claros, parecía una sombra. Suntuosamente vestido de terciopelo gris con bordados de plata, mostraba por encima de la blancura inmaculada del cuello almidonado un rostro tenso en el que el bronceado habitual había adquirido un tono grisáceo. Avanzó muy rígido, casi arrogante, con el sombrero en una

mano y la otra pellizcando nerviosamente la borla de raso de la empuñadura de su espada, y ante él, el círculo que rodeaba a la reina se apartó para dejarle paso.

«Dios mío —rezó en silencio Sylvie—, ¡haced que no cometa ninguna tontería! Tiene la cara de los días malos...».

—¡Ah, *Monsieur* de Beaufort! —dijo la reina con una sonrisa radiante—. Hace tiempo que no os veíamos por aquí. ¿Venís también a ofrecernos vuestras felicitaciones?

—¡Desde luego, *madame*! He sabido, con profunda alegría, que el rey se ha acordado por fin de que tenía por esposa a la más bella de las damas. ¡Y como la felicidad se refleja en el rostro de la reina, no puedo sino sentirme el más feliz de los hombres!

—Sois un buen súbdito, querido duque.

—No mejor que los demás, *madame*. Me limito a hacer lo mismo que todo el mundo... ¿Puedo asimismo felicitar a Vuestra Majestad por el precioso abanico que con tanta gracia maneja? Un objeto muy bonito, en verdad.

—Y que viene de lejos. De Roma, para no ocultaros nada.

—¿Acaso os lo ha enviado mi tío, el mariscal d'Estrées^[30]?

—No, por cierto. Es un regalo de *monsignore* Mazarino, a quien todos aquí recuerdan con agrado, —añadió elevando el tono de voz—. Ésta chuchería nos llegó antes de ayer, con otros mil objetos... ¿No es una preciosidad?

El rostro de Beaufort se encendió súbitamente. Por sus ojos azules pasó un relámpago de cólera.

—¡Qué audacia la de ese hijo de un lacayo que ni siquiera es sacerdote! ¡Se atreve nada menos que a hacer regalos a la reina de Francia! ¿Es que no hay suficientes buenos gentilhombres en este país para ofrecer a nuestra soberana todo lo que podría agradarle?

La reina enrojeció a su vez.

—¡Olvidáis a la vez quién sois y a quién estáis hablando! Insultáis a un ausente, lo que es grave porque no puede responderos; y, aún más grave, os permitís criticar nuestras amistades.

—¿Amistad? Ese Mazarino es muy amigo del cardenal. No sabía yo que Vuestra Majestad compartiera sus gustos.

—¡Ya basta, *monsieur*! Retiraos. ¡Vuestra presencia nos desagrada!

La aparición de una pareja que venía con retraso —el gobernador de París y su esposa, la encantadora duquesa de Montbazón— vino a despejar la

atmósfera. François, sintiéndose muy desgraciado, retrocedió, y más aún de lo que habría querido porque Marie de Hautefort le tomó de la cintura y tiró de él hasta que ambos se encontraron al resguardo en una esquina de la estancia, donde se les unió Sylvie.

El lugar, situado entre una cariátide que sostenía la gran tribuna de la orquesta y el ángulo formado por la galería, un poco apartado, estaba bien elegido.

Cuando llegó Sylvie, Marie acababa de pasar al ataque.

—¿Estáis loco al venir aquí con una cara de dos palmos de largo y quejaros a la reina como si ella os debiera alguna cosa? En verdad, querido duque, empiezo a lamentar haberos favorecido. ¡No servís más que para cometer insensateces!

Sylvie asumió el papel de abogado defensor.

—No seáis tan dura, Marie. ¿No veis que está sufriendo?

—¿Y por qué, si os place? ¿Porque por fin hemos conseguido colocar a la reina fuera del peligro de ser repudiada? Venís aquí con aire de propietario, y poco falta para que montéis una escena de celos en toda regla.

—Cuando se sufre, es imposible razonar... Hay que tener piedad y consolar, en lugar de reñir.

Con un impulso repentino, François tomó la mano de Sylvie para posar en ella un beso agradecido, y luego la retuvo entre las suyas.

—No podéis saber lo que he llegado a sufrir esta noche al pensar en lo que debía de estar ocurriendo aquí. Los imaginaba abrazados, y...

—Tenéis demasiada imaginación, duque —dijo la Aurora—. ¡Y os falta cerebro! ¿Cuándo comprenderéis que esta noche era necesaria para que la reina no corriera el riesgo de ser repudiada por adúltera?

—Lo sé, pero desde que es mía, ya no soporto la idea de que otra persona comparta su lecho.

—¿Otra persona? ¿El rey? —resopló Marie, indignada—. ¡A fe, amigo mío, que estáis loco!

—Tal vez, pero lamento haberos hecho caso en Chantilly. Habría debido raptarla, y a estas horas sería gobernadora de los Países Bajos, y...

—Sería una mujer marcada, desprestigiada, abandonada tal vez como lo está la reina madre...

—¡Nunca! Yo habría conquistado para ella un reino...

—¡Paparruchas! ¿Olvidáis la Inquisición? ¿Creéis que, una vez en los Países Bajos, habría tolerado vuestro adulterio público? El cardenal-infante tampoco, y a estas horas, como decís, sin duda habrías sido entregado a los

secuaces de nuestro cardenal, ¡a menos que os hubieran rebanado el cuello en algún rincón adecuadamente oscuro!

—¡No tenéis piedad! Decidme al menos lo que ha ocurrido, porque supongo que habéis espiado a la pareja real toda la noche.

—Es verdad que apenas he dormido, pero no os diré lo que sé. Se trata de mis soberanos, y yo soy su fiel súbdita.

—¿Y tú? ¿Me lo dirás tú? —suplicó François atrayendo a Sylvie hacia sí—. ¿Estabas allí también?

—¿Por quién me tomáis? —cortó Marie—. Los secretos de alcoba no son adecuados para unos oídos tan inocentes. Por orden mía, *Mademoiselle* de l'Isle fue a acostarse. Es, supongo, la única que ha dormido bien esta noche.

—¿Cuándo volveré a verla?

—Me temo que no será pronto. O mejor dicho, lo deseo. Por una parte entramos en el Adviento, y después, si Dios quiere, la reina estará demasiado vigilada. ¡Debéis alejaros!

—¡No me pidáis lo imposible!

—Os pido lo indispensable para su seguridad... y la vuestra. De todas maneras, y hasta nueva orden, no contéis conmigo... ni con Sylvie, naturalmente. Intentad distraeros, viajad, id a guerrear bajo un nombre supuesto, ¡o casaos!

Los ojos de François llamearon de cólera:

—¡Gracias por vuestra ayuda, *madame*! Creo que seguiré vuestro último consejo y me preocuparé de mi linaje.

Soltó la mano de Sylvie después de llevársela una vez más a los labios, y se dirigió al grupo que rodeaba a la princesa de Conde.

Sylvie y Marie le vieron alejarse.

—¡Uf! —exclamó la segunda, y añadió con una voz extraña—: Quiera el cielo que el niño que vendrá, si viene, no se le parezca demasiado...

Como la dama de compañía volvía con decisión a situarse al lado de la reina, Sylvie únicamente pudo seguirla sin pedir explicación por aquellas palabras sibilinas. Una explicación que en cualquier caso tampoco le iban a dar. El secreto de la noche real era también el de Marie, y ella no lo compartiría con nadie. Sobre todo si, como suponía Sylvie, había hecho ingerir al rey, durante la cena o con el vino aromatizado de la sobremesa, alguna clase de droga...

A partir de ese día, tanto la corte como la ciudad contuvieron el aliento. En el palacio real se caminaba casi de puntillas, por miedo de ahuyentar a los frágiles espíritus que presiden los embarazos.

La reina pasaba en oraciones más horas que de costumbre. En cuanto al rey, cambió de confesor: en la mañana que siguió a la famosa noche, el padre Caussin, que también había sido el confesor de Louise, se confundió respecto del contenido de las recomendaciones de la joven novicia y fue a rogar a su augusto penitente que hiciera regresar del exilio a la reina madre, rompiera sus alianzas con los holandeses y los príncipes protestantes de Alemania, bajara los impuestos e hiciera las paces con España; y en resumidas cuentas, que enviara a Richelieu a comprobar si por la parte de Luçon crecía mejor la hierba. Para ser un jesuita, aquel santo varón dio pruebas de escaso discernimiento: Luis XIII le recomendó, no sin humor, que fuera a discutir sus proyectos con el cardenal, después de lo cual un despacho sellado exilió al imprudente a Rennes, donde por lo demás fue tratado con toda consideración. Otro jesuita, el padre Sirmond, ocupó su lugar. Era un hombre de edad avanzada y algo duro de oído, lo que obligó a Luis XIII a vocear sus confesiones, pero por lo menos no se inmiscuía en los asuntos de Estado.

En cuanto a François, se dedicó a ahogar sus penas en los placeres. Se le vio con frecuencia en el *hôtel* de Conde, cerca del palacio de Luxemburgo, y con mayor frecuencia aún en la Place Royale, en el garito de lujo que regentaba allí la Blondeau. Jugaba fuerte y bebía como una esponja, pero sin perder nunca el dominio de sí mismo, lo que al menos le permitió evitar las peleas, a menudo fatales. Inquieto, su hermano mayor intentó aproximarle a una perspectiva más juiciosa.

—¡Os estáis convirtiendo en un libertino, hermano! ¿Creéis que es la mejor forma de obtener la mano de *Mademoiselle* de Borbón-Condé?

—¿Quién os dice que tengo ganas de obtenerla?

—Cuando no estáis en el garito de la Blondeau, andáis zumbando alrededor de ella como una abeja en torno a una flor. Imagino que os gusta.

—Es muy bella, pero me desconcierta su forma de ser: es todavía más fría y altiva que *Mademoiselle* de Hautefort, y ofrece una extraña mezcla de coquetería infernal y devoción austera...

—¿Tenéis algo en contra de la devoción? A nuestra madre le apenaría mucho.

—Nada. Yo mismo me considero un hombre piadoso, pero estimo que no conviene mezclar los géneros. En resumen, hermano, no tengo muchas ganas de convertirme en el esposo de la bella Anne-Geneviève. En cambio, me agrada que la gente piense que estoy deseándolo...

Mercoeur no insistió. Sabía que la lógica de su hermano era distinta de la de todo el mundo. François volvió a sus placeres.

Las fiestas que se celebraron al término de aquel año de 1637, tan favorable a las armas francesas, fueron brillantes. En Saint-Germain hubo baile. *Mademoiselle* de Hautefort, a la que el rey volvía a cortejar, brilló allí con mil luces, y *Mademoiselle* de l'Isle, cuya voz se escuchó en diversas ocasiones, bailó por primera vez, con una gracia que encantó a la corte. Sin embargo, como François no asistió —y tampoco Jean d'Autancourt, que se había reunido con su padre en la Provenza—, aquel pequeño triunfo no le satisfizo tanto como había esperado.

En efecto, en tanto que amiga de la favorita y próxima a una reina a la que ahora todos adulaban, la niña de los pies descalzos de otra época se había convertido, si no en un poder, sí al menos en una personita encantadora a la que era conveniente cortejar... De modo que el cardenal únicamente tenía sonrisas para ella.

También Su Eminencia participaba en la alegría general. En su castillo de Rueil, Richelieu ofreció una gran fiesta en la que el rey, que se ocupaba gustoso del montaje de esos grandes espectáculos de corte, organizó —y bailó— su *ballet* de las Naciones, en el que intervinieron las damas más bellas.

También Sylvie representó un pequeño papel, y en cuanto a la Aurora, eclipsó con su resplandor a todas las demás.

Y luego... luego, en su primera *Gazette* de febrero de 1638, Théophraste Renaudot escribió: «El día 30 todos los príncipes, señores y gentes de condición acudieron a congratularse con los reyes en Saint-Germain, al difundirse la esperanza de una feliz nueva de la que, Dios mediante, informaremos dentro de poco tiempo».

¡Por fin la reina estaba encinta! París desbordaba de júbilo. Marie y Sylvie lloraron la una en los brazos de la otra. En cuanto a François, se emborrachó como una cuba en solitario, hasta el punto de que sus escuderos hubieron de llevarlo inconsciente al *hôtel* de Vendôme.

Más tarde alegó que había sido su manera particular de celebrar el acontecimiento, pero su «alegría» se parecía mucho a la de *Monsieur*. En efecto, en el castillo de Blois se esforzaron en poner a mal tiempo buena cara, ante una noticia que anulaba las esperanzas del duque de Orleans. Esperanzas que, no obstante, intentó reanimar pensando que la reina había tenido ya algunos abortos espontáneos y que, en el peor de los casos, si se obstinaba en tener el hijo, había un cincuenta por ciento de posibilidades de que fuera niña. De modo que las oraciones del inquieto heredero, así como sus confesiones, adquirieron un sesgo curioso.

Durante la primera quincena de febrero llevaron a la reina, con gran pompa, el cinturón de la Virgen del Puy-Notre-Dame, al sur de Saumur, traído de Jerusalén en la época de las Cruzadas, y del que se aseguraba que poseía el don de atenuar los dolores del parto. Desde ese día, los aposentos de Ana de Austria empezaron a oler tanto a incienso que muchas veces se hizo preciso abrir las ventanas.

Fue al día siguiente cuando apareció por Saint-Germain un angustiado Corentin para anunciar a Sylvie una terrible noticia: la noche anterior, Perceval de Ragueneil había sido arrestado por la ronda y por el teniente civil en persona, por haber asesinado a una prostituta.

XI

UNA TRAMPA INMUNDA...

En aquella noche de luna llena, Perceval y su amigo Théophraste estaban al acecho por la parte de la puerta Saint-Bernard, en las proximidades del Petit Arsenal, donde el rey había instalado hacía poco la fábrica de pólvora de cañón, integrada antes en el Grand Arsenal situado junto a la Bastilla. De ahí que el lugar, desierto y más bien inquietante, fuese frecuentado por truhanes deseosos de tranquilidad y se abriesen allí algunas animosas bodegas en las que se cerraban fructíferos tratos. Con toda naturalidad, a esa fauna se habían sumado las busconas.

El azar no había intervenido en absoluto en la elección de aquel nuevo terreno de exploración: una breve nota garabateada en un papel sucio y arrugado había llegado a la mesa de Théophraste. La escritura temblorosa dejaba suponer que el desconocido corresponsal estaba medio muerto de miedo. Por si fuera poco, recomendaba a Renaudot la mayor prudencia, porque el asesino del sello de lacre era peligroso.

—¿Por qué razón os previene a vos? —objetó Ragueneil, que encontraba extraño el procedimiento—. ¿No vais a sustituir, supongo, a los arqueros de la ronda?

—No sé si lo habéis advertido, pero los caballeros encargados de la paz nocturna de París no andan muy sobrados de osadía. Y esta historia desprende un olorcillo de azufre muy propio para helar la médula de los huesos. Además, también podría ser que nuestro corresponsal no tenga la conciencia muy limpia y prefiera no acercarse demasiado a unas autoridades que tienden en ocasiones a la confusión entre el delator y el culpable.

—Tenéis razón. Bien, iremos esta noche.

El tiempo, húmedo y templado para la estación, anunciaba ya la primavera cuando la barca de Renaudot dejó a los dos hombres en el puerto Saint-Bernard. Las nubes se perseguían de uno a otro extremo del cielo, ocultando

en ocasiones el disco blanco de la luna. El Petit Arsenal, una construcción alargada flanqueada por casas bajas, aparecía en una especie de aislamiento silencioso, pero el barrio vecino exhibía una colección de casuchas más o menos ruinosas en las que nadie parecía dormir: algunas velas iluminaban las ventanas sucias, y en una taberna cuya enseña chirriaba, alguien cantaba...

Los dos amigos recorrían las callejuelas, interrumpidas por zanjas y en las que se pisaban más basuras que adoquines, sin encontrar nada sospechoso, cuando de repente se oyó un grito, el terrible grito que ya conocían.

—¡Por allí! —susurró Théophraste, señalando una calle por la que habían pasado poco antes.

Acudían ya, guiados por un gemido intermitente, cuando se oyó otro grito, más espantoso que el primero, en la dirección contraria. Esta vez sonaba cerca del Arsenal...

—¡Seguid solo! Yo voy allá —decidió Perceval, y echó a correr hacia la construcción militar.

Al doblar en una esquina vio a un hombre que, como una rata, se escurría por un callejón entre dos edificios bajos, y lo siguió. Pero apenas había entrado en aquel estrecho pasaje cuando tropezó con algo y cayó cuan largo era sobre un cadáver aún caliente. En el mismo instante recibió en la nuca un golpe violento que le hizo perder la conciencia.

Naturalmente, Corentin no sabía qué había ocurrido en realidad. Por tanto, no pudo contar a Sylvie más que lo que le había confiado el oficial de policía Desormeaux, el buen amigo de Nicole Hardouin que, por suerte, había sido encargado del registro del domicilio del presunto culpable. Fue en efecto una suerte, porque gracias a él los queridos libros y papeles de Perceval, y su bonita casa, sufrieron relativamente pocos daños. Lo que no obstaba para la gravedad de lo que dijo Desormeaux: la ronda, prevenida por un escrito anónimo, se había trasladado al lugar indicado y encontrado allí al caballero desvanecido sobre el cuerpo de una muchacha degollada y que llevaba en la frente el famoso sello de lacre. El cuchillo utilizado para el crimen estaba al alcance de su mano, como si se le hubiera escapado, y lo que es más, se había encontrado en su bolsillo un pedazo de lacre, un encendedor, una candela y un pequeño sello con la letra omega grabada. Este último detalle acabó por indignar a Sylvie.

—¿Y nadie se ha preguntado quién pudo golpearle? ¿O piensan que lo hizo él solo?

—La conclusión a que han llegado es que alguien le sorprendió en el momento de su fechoría, pero que, aterrorizado por el espectáculo, prefirió

huir.

—Y no se ha pensado que el sello y las demás cosas pudieron ser colocadas en sus bolsillos por el asesino, que tú y yo sabemos muy bien que no es él. ¿Y el señor Renaudot, que iba con él? ¿No ha dicho nada?

—No puede, porque está en cama con fiebre alta. Lo encontraron a pocas toesas de distancia del Arsenal, con una herida en la cabeza. También él debió de ser golpeado.

—¿También estaba encima de una mujer degollada?

—No, no había nada. El teniente civil piensa que nuestro amo pudo pelearse con él y que intentó matarlo antes de irse a cometer su fechoría.

—¡Eso no tiene sentido! Los dos buscaban al asesino del sello de lacre y, por más que tenga fiebre alta, el señor Renaudot debe poder decir la verdad.

—¡Oh, no! No puede porque no ha recuperado aún el conocimiento...

Aterrorizada, Sylvie dirigió una mirada de angustia a Jeannette. Ésta preguntó:

—¿Dónde está el señor caballero en este momento?

—En el Gran Châtelet, adonde le llevó la ronda. Pero como es gentilhombre, lo trasladarán a la Bastilla para la instrucción del proceso.

—¡Es ridículo! ¿Un hombre como él, arrestado por esos crímenes abyectos? ¡Hay que ser loco o idiota para no creer lo que dice!

—Los policías, ya se sabe, creen lo que ven y no buscan más lejos. Si Desormeaux ha consentido en ayudarnos un poco, es porque quiere a Nicole y sabe muy bien el trato que recibiría si se comportara de otra manera. ¡Ya esta mañana ella ha estado a punto de atizarle con un calentacamas!

—Tiene que haber un medio de demostrar su inocencia. La sola idea de que está en manos de ese abominable Laffemas me espanta. ¡Es un hombre odioso!

—Sí, pero está al servicio del rey.

—¡El rey! —exclamó Sylvie, iluminada por lo que acababa de decir Corentin—. ¡Necesito ver al rey!

—No ignoráis, señorita Sylvie, que el rey ha marchado esta mañana temprano a Versalles.

—¡La reina, entonces! ¡Ahora que espera un hijo, su marido no le negará nada!

—La reina no puede hacer nada en este caso —objetó Corentin—, ¡y me extrañaría que intentara hacer algo! Además, se dice en París que nuestro Sire no está tan contento como se podría creer... Si me permitís atreverme a daros un consejo...

—¡Dámelo, deprisa! ¡No andes con rodeos!

—Yo sugeriría que fuerais a ver al cardenal. Estáis en buena relación con él. Y Rueil no está tan lejos de Versalles.

Sylvie, que había empezado a pasearse retorciéndose las manos para impedir que le temblaran, se detuvo en seco.

—Puede que tengas razón. ¡Iré! Pero primero he de conseguir permiso para salir. Y luego necesitaremos un coche.

—No he venido a pie, señorita Sylvie. He tomado el nuestro. Está esperando fuera, vigilado por un chiquillo.

Sylvie fue a ver a la reina con la idea de contarle la historia y que ella hablara a su vez a su esposo. La mala suerte quiso que Marie de Hautefort, el mejor abogado deseable para defender la causa del inocente Perceval, estuviera ausente por unos días para atender a su abuela, *Madame* de Flotte, que la había precedido antaño en el puesto de dama de compañía. La influencia de Marie sobre el rey era muy grande, y —al menos Sylvie así lo pensaba— con ella las cosas se habrían arreglado más fácilmente. Pero la joven ni siquiera sabía dónde se encontraba. Además, cuando entró en el gabinete de la reina, éste estaba lleno de gente, y no precisamente de la que más simpatía sentía por ella. Desde el anuncio del futuro nacimiento, la popularidad de la reina había subido como la espuma. Así pues, Sylvie se contentó con pedir a *Madame* de Senecey permiso para ausentarse del castillo durante unas horas.

Manténía una buena relación con la dama de honor, que la trataba con mucha amabilidad. Ésta no necesitó más que una ojeada al rostro encantador, siempre sonriente, de la «gatita», para comprender que se encontraba ante un problema grave.

—¡No tenéis buen aspecto, hija mía! ¿Qué sucede? ¿Adónde queréis ir, tan tarde?

—Voy a Rueil, señora.

—¿A ver al cardenal? ¿Ha pedido él que vayáis?

—No, pero es preciso que le vea. Mi padrino, el caballero de Ragueneil, acaba de ser arrestado por un crimen del que es inocente. Tengo que ver al cardenal para darle unas explicaciones que le convencerán de ello, o así lo espero.

—¡Pero, pobre pequeña, no se consigue una audiencia con tanta facilidad! Primero tenéis que escribirle, y luego esperar la respuesta, favorable o no. En el primer caso os indicará una fecha y una hora...

—¡Cuándo está en juego la vida de un hombre, *madame*, eso significa esperar demasiado! Cada minuto cuenta... —Sylvie mostraba tanta determinación que impresionó a *Madame* de Senecey.

—Bien —suspiró—. En tal caso, aceptad al menos un consejo. Cuando estéis en Rueil, intentad averiguar si se encuentra en el castillo el señor de Chavigny. Es, si lo recordáis, uno de los dos secretarios de Estado que acompañaron al cardenal cuando vino a Chantilly. Es un hombre de bien, y somos amigos. No os sabría recomendarlo bastante que le presentéis a él vuestro problema; pero si no está, y puesto que vuestra urgencia es tan grande, preguntad por el padre Le Masle, que es el secretario de Su Eminencia. Tal vez él consiga que os reciban.

Sylvie dobló la rodilla en una apresurada reverencia, y al hacerlo tomó impulsivamente la mano de la dama y le depositó un beso de agradecimiento.

—¡Gracias! ¡Oh, gracias, señora! ¡Seguiré vuestro consejo!

Luego desapareció en un torbellino de terciopelo castaño y enaguas blancas. Unos momentos después, la pequeña carroza de Perceval conducida por Corentin descendía las colinas de Saint-Germain para cruzar el Sena por Le Pecq. En su interior, Sylvie, envuelta en su gran capa y sentada junto a una Jeannette decidida a no apartarse de ella, procuraba con mucho esfuerzo recuperar la tranquilidad necesaria para enfrentarse al hombre más poderoso del reino, del que sabía lo temible que podía llegar a ser. A modo de ayuda, llevaba un rosario en su bolsillo y desgranaba sus cuentas rezando a media voz...

Por su participación en el *ballet* de las Naciones, algunas semanas antes, Sylvie conocía ya el castillo de Rueil, que el cardenal-duque había convertido en un monumento a su gloria, uniendo a su magnificencia la circunstancia de convertirlo en escenario de importantes acontecimientos, como la aprobación de los estatutos de la Academia Francesa o la firma del tratado por el que se anexionó Colmar a Francia. Rodeado como Limours por fosos profundos, contaba con una capilla, y también con una pajarera, un juego de pelota, un invernadero, grandes cuadras y sobre todo jardines suntuosos, más bellos aún que los del Palais-Cardinal, animados por grutas, cascadas y juegos de agua como la encantadora fuente en forma de rosa o el alto chorro que brotaba, frente a la fachada, de un estanque octogonal. El lugar era tan agradable que al rey le gustaba detenerse allí al regreso de la caza, para charlar con su ministro saboreando una tarta de ciruelas.

Pero el encanto que tanto apreciaba el rey estaba lejos de sentirlo Sylvie aquella tarde. Volvían a su memoria relatos escuchados a veces, en voz baja,

en los aposentos de la reina. Se decía que, debajo de aquel bello castillo, había unas mazmorras donde el cardenal hacía desaparecer a las personas que le molestaban. Se hablaba de ejecuciones secretas, de entierros discretos en el parque, de verdugos enmascarados... Leyendas tal vez, pero a aquella hora casi nocturna en que declinaba el día y las sombras se espesaban, los relatos macabros adquirirían una vida especial, y Sylvie se estremecía bajo su gruesa capa.

Tampoco Jeannette se sentía demasiado tranquila. Con voz un poco temblorosa, murmuró:

—¡Dios, qué miedo tengo! ¿Vos no, señorita Sylvie?

—¡Oh, sí! Pero tenemos que ir. Tú me esperarás en el coche.

Monsieur de Chavigny no estaba en Rueil, pero los guardias de la puerta no pusieron reparos en ir a avisar al secretario de Su Eminencia, y conducirla a su presencia. Era un religioso amable, más bien rechoncho, que en nada se parecía al padre Joseph du Tremblay, por fortuna. Recibió a *Mademoiselle* de l'Isle con evidente sorpresa, pero también con toda cortesía.

—¿Su Eminencia os ha hecho llamar para que le distraigáis un rato?

—No, padre. Soy yo quien, abusando de la bondad que siempre me ha testimoniado, y, lo confieso, con una audacia que no me habría permitido en otras circunstancias, desearía tener una entrevista con él.

—¿Ahora? Son más de las cinco, y...

—Sé que es tarde, pero os suplico que me creáis si os digo que se trata de un asunto muy grave. Hasta el punto de que está en juego la vida de un hombre...

—¡Ah, un hombre! ¿Y que os toca de cerca?

—¡Es mi padrino! Le quiero y le respeto de todo corazón, y en este momento está siendo víctima de un terrible error.

—¿Cómo se llama ese hombre feliz?

—¿Feliz? ¡Pero si está amenazado con el patíbulo! ¡Oh, padre!

—No os ofusquéis. Le llamaba feliz por haber sabido atraerse tanto afecto por parte de una joven tan encantadora. Así pues, ¿se llama...?

—El caballero Perceval de Ragueneil. Añadiré que es amigo del señor Théophraste Renaudot, a quien el señor cardenal conoce bien.

—Y que está muy enfermo, por lo que hemos sabido —repuso el secretario, en un tono más frío—. Muy bien, esperad aquí. Voy a ver si Su Eminencia consiente en recibirnos...

Guiada por el canónigo-secretario, Sylvie recorrió varias ricas estancias sin prestarles atención: el Palais-Cardinal y la velada del mes de enero la

habían acostumbrado a los fastuosos decorados de los que gustaba rodearse el ministro. Lo único que le extrañó fue no encontrar en ninguna parte a *Madame* de Combalet; por otra parte, su ausencia la libró de un gran peso. De haber tenido que explicarse ante aquella mujer bonita de sonrisa cruel, la prueba habría resultado más dura de lo previsto.

Otra sorpresa, la puerta que abrieron delante de ella era la de la capilla, unida por una corta galería al edificio principal. El lugar estaba bastante oscuro, únicamente iluminado por un puñado de cirios que ardían ante un extraordinario crucifijo de ébano y oro, y la lamparilla que indicaba la presencia del Altísimo. Una alta silueta roja que oraba de rodillas en un reclinatorio se puso en pie al oír ruido de pasos y se volvió hacia la joven, mientras el canónigo se eclipsaba. Richelieu parecía interponerse en el camino del altar, pero la muchacha optó por ignorarlo deliberadamente y arrodillarse unos momentos para dirigir al Cielo una corta oración que era una súplica de socorro. Y solamente después de ponerse de nuevo en pie, dedicó al cardenal la protocolaria reverencia que él esperaba y de la que no se dio prisa en dispensarla.

—Primero el saludo a Dios —murmuró él—. Es muy loable... y está bien que así sea. ¡Levantaos!

—Monseñor —dijo Sylvie—, pido mil perdones a Vuestra Eminencia por haberme atrevido a venir aquí sin ser invitada. Le suplico que crea que una razón terrible justifica una audacia tan grande. Y encontrarle en este lugar santo acrecienta mi angustia, porque temo verdaderamente pecar de inoportuna. Vuestra Eminencia rezaba...

—¿Os ha sorprendido que os trajeran a la capilla?

—En efecto, monseñor...

—Vos asegurabais no tenerme miedo, pero esta noche creo que sí lo tenéis. ¿Se debe a la presencia de Dios?

La joven fijó en el cardenal su mirada límpida.

—Confieso que estoy llena de temor, pero no de Dios, que es la suprema justicia y la suprema misericordia, puesto que sé que Él lee en mí. Desearía con todas mis fuerzas que Vuestra Eminencia pudiese hacer otro tanto.

—¿Por qué no? Es difícil mentir en una capilla. Sobre todo a vuestra edad. Aquí uno se... confiesa, como acabáis de decir. Pues bien, os escucho —añadió, tomando asiento en el sitial de respaldo alto situado a la izquierda del altar, desde el cual seguía los oficios.

Sylvie se encontró entonces separada de él por el comulgatorio de bronce dorado y los dos escalones que conducían a él. Se sintió tanto más a disgusto

por el hecho de que no sabía por dónde empezar. Tal vez él sintió un poco de piedad por aquella frágil niña a la que había colocado en la posición de acusada, porque dijo con un deje de impaciencia:

—Me dicen que deseáis hablarme del caso de un tal Ragueneil, convicto de haber cometido en la villa de París varios crímenes de inspiración satánica.

«¡Señor! —pensó Sylvie, espantada—. ¡Ahora satanismo! ¡Si le condenan, será a la hoguera!». El horror de la situación en que se encontraba su querido padrino le devolvió todo su valor. Empezó por abandonar la tercera persona.

—Permitid, monseñor, que rectifique vuestras palabras. El caballero de Ragueneil es un hombre de bien. Sin duda el mejor que yo haya conocido nunca. Teme a Dios, venera a su rey, respeta a Vuestra Eminencia y nunca ha tenido nada que ver con... el demonio. —En este punto se persignó rápidamente antes de seguir con voz firme—. Es inocente de las cosas horribles de que le acusan, tanto más por cuanto hace meses que con su amigo el señor Renaudot está intentando atrapar al asesino...

—Digamos más bien que lo ha simulado para mejor cometer sus crímenes, y que ha terminado por atacar a mi pobre gacetista, que probablemente había adivinado su juego.

—¿Y qué más? —exclamó Sylvie, fuera de sí hasta el punto de olvidar el lugar en que se encontraba—. ¡Es fácil, me parece, interrogar *Monsieur Renaudot*!

—El teniente civil no dejará de hacerlo, podéis estar segura. Pero será necesario que antes salga del estado lamentable en que se encuentra por una puerta distinta de la de la muerte... o la locura. Pero decidme, ¿qué es para vos Ragueneil?

—Mi padrino. Y mi tutor también, por voluntad de la señora duquesa de Vendôme, de la que fue escudero y que le conocía bien. ¿Tal vez podríais escucharla a ella también?

Richelieu se encogió de hombros.

—La duquesa es al mismo tiempo una santa mujer y una embrollona. Cuando toma a alguien bajo su protección, diría cualquier cosa con la mano en la Biblia, para salvarlo.

—¿Un falso juramento? ¿Y sobre el Libro Santo? ¡Oh, monseñor, es evidente que no la conocéis!

—¡La conozco de sobra! ¿Es todo lo que teníais que decirme en defensa de vuestro... padrino? ¿Qué es un buen hombre? No imagináis las lacras que se ocultan a veces bajo los semblantes más bonachones...

—No he dicho únicamente eso. Si Vuestra Eminencia tiene a bien hacer memoria, he mencionado hace un instante que *Monsieur* de Ragueneil buscaba al asesino del sello de lacre rojo desde hacía varios meses. ¡Debería haber dicho años...!

—¿Años? Por lo que sabemos, ese miserable empezó a actuar la primavera pasada.

—Había actuado ya al menos una vez, hace once años, en los alrededores de Anet...

—... Que es feudo de los Vendôme, de quienes era servidor el mismo Ragueneil. No veo de qué modo esa circunstancia le libraría de la sospecha de haber cometido los actuales crímenes. Por el contrario, diría que le acusa más todavía.

—La víctima fue mi madre, a la que *Monsieur* de Ragueneil amaba. Ella y sus hijos fueron asesinados por un grupo de hombres enmascarados que querían recuperar unas cartas de gran importancia para un alto personaje. ¡Su jefe era ese hombre! Y *Monsieur* de Ragueneil juró matarlo algún día. Fueron la casualidad y *Monsieur* Renaudot los que le permitieron descubrir que en París ese hombre cometía la misma clase de crímenes...

—¿Vuestra madre y sus hijos fueron asesinados? ¿Y vos, entonces?

—Perdonadme; yo fui la única excepción, debido a que mi nodriza me ocultó bajo su cuerpo, y a que después François de Vendôme me encontró vagando por el bosque. ¡Yo tenía cuatro años, y él diez!

El cardenal se levantó de pronto de su sitial, cruzó el comulgatorio y asió a Sylvie por la muñeca:

—¡Venid conmigo! En este lugar sagrado es impropio hablar sobre tales horrores.

—¿Nunca habéis oído a nadie en confesión? ¡Yo digo la verdad, y por tanto no temo la ira de Dios!

—Puede ser, pero prefiero que no sigamos aquí nuestra conversación. Comprenderéis que vayamos a mi gabinete...

Sylvie no insistió. La gran estancia de trabajo sería más cómoda para aquel hombre envejecido antes de tiempo, que ya le había llamado la atención en ocasiones anteriores por su palidez y la tensión que reflejaban sus rasgos, a pesar del ligero maquillaje con que intentaba disimularlos. Y de hecho, una vez vuelto a su despacho con Sylvie tras sus talones, Richelieu sacó de su sillón a su gato favorito, que, bruscamente despertado, protestó. El cardenal tomó asiento y colocó sobre sus rodillas al animal. Algunas caricias lo calmaron rápidamente.

—Hay algo extraño en vuestra historia, *Mademoiselle* de l'Isle. Yo os creía originaria del sur del Vendômois, donde están vuestras tierras. Ahora me habláis de un... ¿castillo en los alrededores de Anet?

—En efecto. El nombre que llevo me fue dado con el fin de protegerme...

—¿Estáis diciéndome que la reina os tomó a su servicio sin conocer vuestra verdadera identidad?

—Ignoro lo que se trató entre la señora duquesa de Vendôme y Su Majestad. Si ésta lo sabe, nunca lo ha dejado traslucir. Por otra parte, hace sólo muy poco tiempo que sé quién soy en realidad. Me llamo Sylvie de Valaines. Mi madre, una florentina llamada Chiara Albizzi, era prima de la reina María, que la tomó a su servicio antes de casarla con el barón de Valaines, mi padre. Éste había ya fallecido cuando ocurrió el drama. Mi madre estaba sola en La Ferrière con mi hermano, mi hermana y yo, además de los criados, entre ellos mi nodriza. Todos fueron asesinados pero, antes de morir, mi madre sufrió un trato innober: su asesino la violó y la marcó en la frente con un sello de lacre rojo que llevaba impresa la letra omega...

Y súbitamente, antes de que el cardenal pudiese hacer algún comentario, una bocanada de cólera la arrebató:

—¡Y que nadie pretenda decirme que ese miserable era Perceval de Raguene, que adoraba a mi madre y que, ese día, no abandonó ni un solo instante la compañía de la señora duquesa de Vendôme! ¡Nadie ha olvidado ese día horrible, en Anet, y todos podrán dar testimonio! No acudió allí más que por orden de la duquesa, después de que el príncipe de Martigues me llevara al castillo, con los pies descalzos y vestida únicamente con un camisón ensangrentado. Lo que vio en La Ferrière lo trastornó y le colmó de dolor; y juró encontrar al verdugo para hacerle pagar su fechoría...

—¿Y lo encontró?

—Sabéis muy bien que no. ¡Fue el otro quien le encontró a él, y quiere cargarlo con sus crímenes! ¿Y ahora se pretende que él pague por ellos? ¿Es que un hombre de Dios, como Vuestra Eminencia, puede condenar así sin saber? ¡Oh, es infame, es infame!

La cólera de Sylvie cedió de repente, y con ella su resistencia nerviosa. Cayó sobre la alfombra, sacudida por sollozos convulsivos. Richelieu se puso en pie y se acercó a ella, pero prudentemente dejó pasar lo peor de la tormenta. Sólo cuando los sollozos empezaron a espaciarse, se inclinó para tomarla del brazo:

—¡Vamos, levantaos! Es hora de que os calméis. Todavía tenemos que hablar...

Ella obedeció a la ligera presión que ejercía sobre su brazo, y se dejó guiar hasta un sillón en el que se dejó caer, sin fuerzas. El cardenal contempló el oleaje de terciopelo castaño en medio del cual parecía perdida aquella frágil silueta. ¡Quince años, y ya con una historia tan terrible a sus espaldas! Incluso un corazón acorazado como el suyo podía conmoverse...

Movido por un sentimiento de compasión fue, como había hecho en varias ocasiones cuando ella iba a cantar para él, a servir en una copa un dedo de malvasía:

—Tomad... Bebed, hija mía, y os sentiréis mejor. Tenéis que reponeros.

Ella le miró con los ojos anegados en lágrimas, y al tomar la copa se ruborizó de repente. Se había acordado del frasquito de veneno que le había dado el duque César y del que no se había deshecho, con la idea de que algún día esa puerta abierta a la muerte podría servirle de ayuda, si llegaba a sufrir demasiado. Aquella tarde no pensó en llevarlo consigo. ¿Para qué, por otra parte? Debía seguir con vida para cuidar de Perceval, y la muerte del cardenal sólo tendría por resultado precipitar la de aquél. ¡Lo harían desaparecer sin la menor vacilación!

Para alejar aquellas ideas inquietantes, bebió un poco de vino, y en efecto se sintió mejor.

—¡Cuánta bondad, monseñor! Ruego a Vuestra Eminencia que perdone mi acceso de cólera. Se debe por entero al cariño que profeso a mi padrino...

—Así lo he entendido. Ahora seguid sentada, y hablemos... Para empezar, ¿cómo se llama el castillo de vuestra infancia?

—La Ferrière, monseñor. Pertenece en la actualidad al barón del mismo nombre, que hace poco deseaba obtener mi mano. Al parecer consideraba que los Valaines eran únicamente intrusos, y consiguió que... el rey se lo donase.

A pesar de su angustia, Sylvie había tenido la suficiente presencia de ánimo para atribuir a Luis XIII un regalo que ella sabía muy bien que procedía del cardenal. Los ojos de éste parecieron estrecharse.

—¿Sabíais eso cuando rechazasteis al señor de La Ferrière?

—En absoluto, monseñor. No supe la verdad hasta hace unas pocas semanas. Lo rechacé porque no lo amaba, e incluso me daba un poco de miedo. Y no sin motivo, porque no ha renunciado a perseguirme. Este verano, en la Place Royale, el señor de Cinq-Mars se interpuso entre él y yo...

—¡E hizo bien! ¡No son maneras! A propósito de la trágica muerte de vuestra madre, hablabais de unas cartas que alguien deseaba recuperar. ¿Sabéis de quién eran esas cartas?

—No sé gran cosa, monseñor. Simplemente que habían sido escritas por la reina madre. Era bastante normal, me parece, puesto que mi madre era su prima, pero ignoro su contenido y a quién iban dirigidas. A mi madre, tal vez...

El cardenal hizo una mueca de duda:

—Tenían que haber contenido confidencias graves, y me cuesta creerlo. ¿No habéis dicho que eran importantes para un alto personaje? ¿Qué sabéis de éste?

—¡Nada en absoluto! Solamente se me ha ocurrido que podría tratarse del rey, puesto que las cartas eran de su madre.

—El rey habría enviado soldados mandados por uno de sus nobles. Ahora bien, no sólo los guardias reales no tienen vocación de asesinar a mujeres y niños, sino que además habéis mencionado a... ¿hombres enmascarados?

—Sí, monseñor. Se hablaba de una docena de jinetes enmascarados y vestidos de negro, y...

—Mis gentes van vestidas de rojo, ¡y yo no empleo a espadachines! —replicó Richelieu en tono seco.

—Perdonadme, monseñor, pero el rey y Vuestra Eminencia no son las únicas personas que podrían haberse interesado por esas cartas, y son numerosos los altos personajes que disponen de tropas más o menos regulares —añadió Sylvie, que, sabiendo lo que le había contado Perceval, no dudaba que los asesinos habían seguido órdenes del ministro. Admitía sin embargo que muy posiblemente su jefe había actuado al mismo tiempo por cuenta propia, y llegado mucho más allá de las instrucciones recibidas. Por desgracia, le era imposible explicar a fondo lo que pensaba e interrogar al cardenal. ¡Saber el nombre de la persona a la que había encargado recuperar aquella correspondencia peligrosa era también saber quién era el asesino del sello de lacre!

Por lo demás, su respuesta pareció satisfacer a su interlocutor. Las duras líneas del rostro se distendieron un poco; Richelieu reflexionaba. De repente, preguntó:

—¿Juraríais sobre el Evangelio que me habéis dicho la verdad en esta cuestión?

—Sin dudarlo un solo segundo, monseñor. ¡Ponedme a prueba!

La mirada sombría hurgó en las pupilas claras de la joven, sin descubrir la menor sombra en su fondo. Pero Richelieu aún no había terminado con el asunto de La Ferrière.

—Esos jinetes enmascarados... ¿quién los vio, para haberlos descrito tan bien?

—Toda la aldea a la que aterrorizaron. Llegaron en pleno día...

—¡Es estúpido! Para una expedición de esa clase, ¿no era preferible la noche?

—Sin duda, pero durante el día, sobre todo en verano, están abiertas puertas y ventanas. Además, por lo que me han dicho, La Ferrière conserva defensas medievales, fosos, un puente levadizo...

—¿Por lo que os han dicho? ¿Nunca habéis vuelto?

—Nunca. La señora duquesa de Vendôme quería que yo olvidara todo lo relacionado con mi primera infancia. Teníamos prohibidos los paseos en esa dirección, cuando residíamos en el castillo de Anet.

—¿Y no recordáis nada?

—Muy vagamente. Desde que conozco la verdad sobre mí, me he esforzado en recordar, pero lo que ha quedado en el fondo de mi memoria son sobre todo rostros. En cuanto a lo demás, he visto después tantos jardines y mansiones que me es difícil distinguirlos...

—¡No lo intentéis! Cuando se trata de malos recuerdos, vale más dejarlos dormir.

—Sin embargo, me gustaría recuperar mi identidad verdadera, y contarlo todo a Su Majestad la reina. Tengo la impresión de llevar una máscara, yo también.

—Dejando aparte el hecho de que sin duda *Madame* de Vendôme no daría su aprobación, pienso que vale más seguir siendo *Mademoiselle* de l'Isle. Se plantearían demasiadas preguntas. Haría falta explicar demasiadas cosas y, por más que sólo hayáis llegado a la corte hace poco tiempo, sabéis ya cómo es. Los secretos son difíciles de guardar. Una excelente razón para preservarlos lo mejor posible.

—¿No puedo al menos confiarme a la reina? Me resulta penoso mentirle...

—A pesar de todo, es preferible. Pero volvamos a Su Majestad, ahora que la recordáis. Le sois leal, ¿verdad?

—Completamente, monseñor.

—¿Y también a *Mademoiselle* de Hautefort, de la que sois amiga? Por lo cual os felicito: no es fácil, y constituye un verdadero privilegio. Eso os ha valido compartir los secretos de vuestra ama.

El corazón de Sylvie dio un vuelco al darse cuenta de la senda peligrosa por la que el cardenal quería conducirla. Sin embargo, la actitud de éste era

benigna, amable incluso. La miraba con una de sus raras sonrisas, consciente de su propio encanto, como hombre habituado a utilizar sus armas. Pero Sylvie no se rindió a ese encanto. Volvió a sentir miedo, y únicamente se fijó en una cosa: ¡Su Eminencia tenía los dientes amarillentos!

—Para eso sería preciso que la reina tuviera secretos —respondió—. O, si tal es el caso, que creyera oportuno compartirlos con una niña de quince años. A mi edad... una no es muy de fiar, tal vez.

—Hacéis que me vengan ganas de comprobarlo. Habladme un poco de vuestras visitas al Val-de-Grâce. Creo que habéis ido allí en más de una ocasión.

—Sí. Su Majestad deseaba oírme cantar con las religiosas. Eso me gustaba mucho, era muy bello...

—Y además, el jardín no carece de atractivos. ¡Era tan cómodo el portillo medio oculto entre la hiedra!

Sylvie se estremeció interiormente, pero procuró guardar la compostura. De todas maneras, negarlo todo habría sido estúpido. Consiguió encontrar una sonrisa.

—No era un secreto muy grande. Permitía a la reina recibir noticias de su familia y de su amiga *Madame* de Chevreuse sin que se enterara todo el convento. A veces hay lenguas venenosas entre las monjas. Después de todo la reina se encontraba en su casa, en esa mansión que ella misma hizo construir —añadió audazmente—. Era normal que llevase allí una vida más alejada de las miradas indiscretas que en el Louvre o en Saint-Germain... y no comprendo por qué ha sido tapiado el portillo, como me han dicho, sin pedirle su parecer.

Los ojos del cardenal se convirtieron en dos rendijas brillantes que observaban a aquella jovencísima muchacha, de la que no llegaba a adivinar si era real o falsamente ingenua. Para saber algo más, eligió un ataque brutal.

—En todo el reino, el rey es quién se encuentra siempre en su casa, antes que la reina. Ese portillo no servía únicamente a correos inocentes. ¿Cuántas veces lo abristeis a *Monsieur* de Beaufort?

El espanto que se reflejó en aquel rostro encantador, todavía mal acostumbrado a las triquiñuelas cortesananas, le informó mejor que un largo discurso. Y también la voz debilitada de Sylvie cuando preguntó:

—¿Por qué a *Monsieur* de Beaufort?

—Porque es el amante de la reina. No me iréis a decir que no lo sabíais.

—He dicho hace un momento que me salvó la vida de niña, y Vuestra Eminencia no ignora que me he criado en parte a su lado. Pero —añadió

esforzándose por disimular su turbación— no le conozco sino como servidor leal de Su Majestad. Debería decir de Sus Majestades porque, cuando he coincidido casualmente con él en la corte, se ha lamentado varias veces de haber sido privado del derecho de combatir por la mayor gloria de las armas del reino.

—¿Juraréis que lo ignoráis todo de sus relaciones reales con vuestra ama?

—Juraría sin vacilar que nunca he visto nada. ¡Y yo sólo creo en lo que veo!

—Dicho de otra manera, no creéis en Dios.

—¡Oh, monseñor, esa pregunta es cruel porque me hace sentir que me he expresado mal! No, nunca he visto a Dios pero para mí eso no es motivo para creer o dejar de creer en Él. Desde siempre sé que está presente en todas las cosas, desde la más mínima brizna de hierba hasta la estrella más brillante, y que yo soy hija suya. ¿Cree uno en su padre...? Y a ese propósito, yo, que nunca he conocido al mío, ¿puedo rogar humildemente a Vuestra Eminencia que tenga a bien devolverme a quien hace sus veces en este mundo?

—Aún no estoy convencido de su inocencia. Esperaré para asegurarme a que sea posible oír a *Monsieur* Renaudot.

—Pero... ¿y si muriese?

—¡Rogad a Dios, de quien tan bien sentís la presencia, que vuelva en sí lo antes posible! El caballero de Ragueneil seguirá de momento en la Bastilla. Tranquilizaos, nadie le hará el menor daño. En cuanto al duque de Beaufort, a quien es evidente que amáis, sabed que dentro de poco se incorporará al ejército del Norte...

—¡Eso le hará feliz!

—... y en él permanecerá todo el tiempo que sea preciso. En efecto, no sería conveniente que apareciera en compañía de la reina durante su embarazo, que quiero creer que dará el resultado esperado. A menos que realice hazañas de un brillo excepcional, será mejor que se haga olvidar...

—¡Es demasiado bravo para eso, monseñor!

—Nunca lo he dudado. Tal vez podría incluso encontrar un final heroico, lo cual lo convertiría en un ejemplo, y la reina podría cultivar su recuerdo con absoluta tranquilidad.

—¿Un final heroico? —gimió Sylvie, al borde de las lágrimas—. ¿Vuestra Eminencia desea que se haga... matar?

—Sería la mejor solución... ¡Ah, ahora que pienso! Saludad a *Mademoiselle* de Hautefort cuando volváis a verla. Decidle de mi parte que no es tan gran estrategia como ella imagina, y que en el asunto de las cocinas

del Louvre, por ejemplo, recibió una ayuda que ni siquiera sospecha. Aconsejadle que calle para siempre sobre lo sucedido los últimos meses, si quiere evitarse una gran desgracia. En cuanto a vos, cuento con vuestro silencio... ¡total! Sabed que la más mínima charla intempestiva será una amenaza, no sólo para vuestra vida, sino sobre todo para la del padrino al que tanto queréis. ¿Me habéis entendido bien?

Sylvie palideció al comprender que todo estaba dicho y la audiencia había acabado, y se inclinó en una profunda reverencia:

—He entendido bien, monseñor —murmuró, esforzándose por contener las lágrimas.

—¡Recordad siempre que nada hay más mortífero que un secreto de Estado! Haré que os acompañen de nuevo a vuestro coche.

Richelieu agitó una campanilla colocada sobre su mesa de trabajo y cuyo sonido ejerció el efecto de hacer aparecer a un lacayo.

—¿Quién está de servicio en la antecámara?

—*Monsieur* de Saint-Loup y *Monsieur*...

—El primero bastará. Llevadle a *Mademoiselle* de l'Isle y rogadle que la acompañe.

Después de una última reverencia, Sylvie, apenas más tranquila que a su llegada, siguió al criado. Únicamente se llevaba una seguridad: la de que Perceval no sufriría más daño que el de la prisión, y en la Bastilla siempre existía la posibilidad de atenuar la suerte de un cautivo. Y como la suerte de éste dependía de ella en mayor medida aún que de Théophraste Renaudot, si había captado bien la intención del cardenal, su querido padrino no tenía nada que temer. No ocurría lo mismo con François. Al incorporarlo de nuevo al ejército, el hombre de la sotana roja se proponía sobre todo enviarlo en busca de una muerte que tal vez se le ayudaría a encontrar. ¿Cómo esperar otra cosa de Richelieu, que no ignoraba nada de los amores de la reina? Y Sylvie recordó de repente las inquietudes de Marie, a la mañana siguiente de la noche del Louvre. ¿No había dicho que las cosas le habían parecido demasiado fáciles, y de ahí su decisión de volver al Val para la última entrevista de los dos amantes? ¡Era una locura, en efecto, intentar escapar al incesante espionaje que era el clima mismo del palacio! Podía verdaderamente creerse que las paredes, las puertas, las ventanas, las colgaduras, estaban provistas de ojos y oídos, y que no existía ningún rincón seguro en la antigua morada de los reyes de Francia...

Sin siquiera prestar atención al guardia de tabardo rojo que la acompañaba, Sylvie recorrió sin verlas las suntuosas estancias del castillo de

Rueil. Tan sólo al llegar a la gran escalera, emergió de sus tristes pensamientos al oír a su lado una voz desagradable:

—*Monsieur* de Saint-Loup, Su Eminencia ha cambiado de parecer. Desea que yo me haga cargo de *Mademoiselle* de l'Isle. Podéis regresar a vuestro puesto, y se os agradece el servicio prestado.

Con horror, Sylvie reconoció a Laffemas. A la luz de los candelabros que iluminaban la noble escalinata, le pareció todavía más siniestro y más feo que en la Croix-du-Trahoir o en el parque de Fontainebleau. Sin embargo, se esforzaba por mostrarse amable. El guardia encargado de ella se inclinó para obedecer la nueva orden recibida, y también para saludarla.

—¡Venid, señorita! —dijo el teniente civil, ofreciéndole un brazo que ella simuló no ver.

—¿A qué se debe que el cardenal os haya enviado en lugar de Saint-Loup? —preguntó—. ¿Tenéis alguna cosa que comunicarme? —añadió, al recordar que era él quien había detenido a Perceval. Quizá, pensó de inmediato, sería conveniente hacer un esfuerzo para no demostrar hasta qué punto la asustaba. Por cruel que fuera, tal vez el hombre al que llamaban el «gran morral» de las piezas cazadas por el cardenal, no careciera del todo de sentimientos y pudiera darle noticias de Ragueneil.

—A decir verdad —contestó Laffemas—, el cardenal ha tenido a bien concederme, a petición mía, el placer del que he privado a su servidor. Me gustaría charlar con vos de diferentes cosas, que podrían ser de un interés extremo para vos...

—Quiero creeros, pero se hace tarde.

—Un momento. Tan sólo un momento.

Llegaban al gran patio, pero en lugar de dejarla dirigirse a su coche, muy cercano, cuya portezuela había ya abierto Corentin, Laffemas la cogió del brazo y la arrastró hasta otra carroza que se encontraba a unos pasos. El procedimiento disgustó a Sylvie:

—¿Qué hacéis, *monsieur*? Si deseáis hablarme, hacedlo ahora.

—No en medio del patio. Hay siempre demasiada gente. Venid a mi coche. Allí estaremos tranquilos, y yo os llevaré a Saint-Germain. ¡Vamos, no me obliguéis a insistir! Es preciso, ¿entendéis?, es preciso que hablemos. Decid a vuestra gente que os espere allí. O mejor, voy a hacerlo yo mismo. ¡Eh, cochero! Yo llevaré a *Mademoiselle* de l'Isle al castillo. ¡Id a atender vuestros asuntos!

Un instante después Sylvie, medio a la fuerza, se encontró sentada sobre los almohadones de una gran carroza negra mientras un lacayo cerraba la

portezuela. El miedo se apoderó de ella e intentó reaccionar, llamar a Corentin asomándose al exterior, pero una mano brutal la retuvo sin miramientos.

—¡Estaos quieta, pequeña estúpida! No se debe oponer resistencia a las órdenes del cardenal.

—¿Quién me asegura que son órdenes tuyas? ¡Él ha dicho que *Monsieur* de Saint-Loup me acompañaría a mi coche!

—¡Y a mí me ha dicho que os llevara a vuestra casa!

—¿Hasta el castillo? ¿Tanto tenemos que hablar?

—Más de lo que pensáis.

Tirado por caballos briosos, el vehículo partió a gran velocidad. Todo había ocurrido tan aprisa que Corentin no reaccionó, pero Jeannette, que esperaba pacientemente a su joven ama, salió del coche y se abalanzó sobre su amigo. Estaba pálida como una muerta.

—¡Corentin! ¡Ese hombre que acaba de hacerla subir al coche negro... yo lo conozco!

—Yo también. Es el teniente civil.

—¡No lo entiendes! —exclamó ella—. Es el asesino de *Madame* de Valaines. ¡Lo juraría delante de Dios! ¡He reconocido su voz! Es él, estoy segura, es él... y se la lleva.

—¿Crees que la ha raptado?

—¡Hay que seguirle! Y su coche es más rápido que el nuestro. ¡Oh, Dios mío!

Y estalló en sollozos mientras Corentin comprendía que se enfrentaba a una partida desigual.

—¡Arréglatelas para llevar nuestro coche al castillo y ve a prevenir a la reina! ¡Tengo que alcanzarlos!

Sin decir nada más, corrió hasta un caballo ensillado que debía de esperar a uno de los guardias bajo un árbol del patio, saltó a su grupa y salió al galope, pero cuando franqueó los fosos de Rueil la carroza del teniente civil estaba ya lejos. No tanto, sin embargo, para que los ojos agudos del bretón no advirtiesen dos circunstancias alarmantes: la primera, que en lugar de seguir recto en dirección a Saint-Germain, había girado oblicuamente a la izquierda en dirección a Marly; y la segunda, que dos jinetes surgidos de no se sabía dónde escoltaban ahora al vehículo. Corentin comprendió que él solo no podría enfrentarse a cuatro, algunos de ellos bien armados, pero no obstante tenía que seguirles, seguirles a cualquier precio y fueran donde fueran. Por suerte, acababa de robar un buen caballo y no le faltaba dinero, pero sentía

oprimírsele el corazón al pensar en la pequeña Sylvie, tan joven, tan frágil, y ahora en manos del asesino más terrible del reino...

XII

¡Y PERSONAJES QUE NO LO SON MENOS!

El descontento experimentado por Sylvie cuando Laffemas la obligó a acompañarla se transformó en inquietud cuando vio que él se arrellanaba en su rincón sin decir palabra.

—Y bien, ¿qué esperáis? ¿No queríais hablarme?

—¡Oh, tenemos todo el tiempo del mundo!

—El camino de Saint-Germain no es tan largo.

—He dicho que os llevaría a vuestra casa. Saint-Germain pertenece al rey, me parece.

—¿A mi casa? No tengo casa, sólo un viejo castillo en ruinas al sur de Vendôme, que no he visto jamás. ¡Respondedme de una vez! ¿Qué significa todo esto?

Él se encogió de hombros con una sonrisa torcida, y alzó apenas sus pesados párpados.

—Ya lo veréis...

Luego, abandonando su actitud despreocupada, se inclinó para tomar entre las suyas una de las manos de su invitada forzosa:

—Vamos, no os asustéis. Sólo quiero vuestro bien... ¡vuestra felicidad!

El simple contacto tuvo el efecto de repugnar a Sylvie, que retiró bruscamente su mano y gritó:

—¡Mentís! ¡No habéis hecho más que mentir desde el principio! ¡Quiero bajar! ¡Parad el coche! ¡Parad!

Él la abofeteó dos veces, lo que acalló sus gritos y aumentó su cólera. Ella se precipitó entonces a la portezuela para abrirla, pero él se contentó con preguntar con voz burlona:

—¿Tenéis ganas de que os pisoteen los cascos de los caballos?

En efecto, un jinete galopaba casi pegado al coche, y Laffemas aprovechó su vacilación para tirar hacia atrás de ella y obligarla, con una fuerza

insospechada en aquel hombre poco fornido, a beber el contenido de un frasquito.

—En recuerdo de nuestro primer encuentro —gruñó él—, me gustaría bastante ver el efecto que producirían las herraduras de esos nobles animales en vuestro bonito rostro, pero sucede que tengo otros proyectos para vos.

—¡Sean cuales sean esos proyectos —gritó ella—, habréis de renunciar a ellos, porque no os obedeceré en nada! Y olvidáis que no estoy sola en el mundo. Me buscarán...

—¿Quién? ¿Vuestro querido Ragueneil? ¡No está en situación de poder enfrentarse a mí!

—Soy doncella de honor de la reina. ¡Ella hará que me busquen!

—¿Estáis segura? Su Majestad es una persona muy olvidadiza, sobre todo cuando se trata de mujeres. Preguntádselo a *Madame* de Fargis, que fue en tiempos su dama de compañía gracias al cardenal, y que, como eligió servir a la reina y no a su bienhechor, languidece en el exilio, en Lovaina. ¡Ojos que no ven, corazón que no siente! Ésa es la divisa de nuestra reina, y yo no aseguraría que *Madame* de Chevreuse no la experimente algún día en carne propia... No, la reina está dedicada por completo a su embarazo y no intentará buscaros. Además, ya sabrán qué contarle...

—¿Qué?

—¡Eso no os interesa! ¡Ah! ¿Bostezáis? ¿Os ha entrado sueño? No intentéis resistiros. El opiáceo que habéis bebido es una droga eficaz... Y yo podré descansar un poco en vuestra amable compañía.

A pesar de sus esfuerzos, a Sylvie cada vez le costaba más mantener abiertos los ojos. Resistió unos segundos aún, pero al final se quedó dormida. Incluso durmió tan bien que no se dio cuenta del accidente que tuvo inmovilizada durante varias horas la carroza, que había perdido una rueda, en el taller de un carretero de pueblo; y tampoco oyó las blasfemias de Laffemas.

Al despertar no se sintió bien: la droga, al disiparse, le había dejado la cabeza pesada y la boca pastosa. Estaban en pleno día; un día, a decir verdad, poco gratificante. El cielo de un gris uniforme parecía una tapadera colocada sobre la tierra en que empezaba a renacer la hierba, estimulada por las torrenciales lluvias de febrero. El primer movimiento de Sylvie consistió en apartar la cortinilla de cuero para mirar al exterior, pero aquel paisaje llano le era desconocido.

—¿Dónde estamos? —preguntó sin mirar a su acompañante, que le inspiraba horror.

—Pronto llegaremos a nuestro destino. ¿Queréis un poco de leche? La he pedido para vos en la posta. Debéis de tener apetito.

—¡Cuánta solicitud! ¿Habéis vertido dentro otra dosis de vuestra droga?

—No, es totalmente inocua. Espero, además, no necesitar más drogas. Tenéis que comprender que os conviene estar tranquila...

Ella no tenía hambre, pero sí mucha sed, y la leche le pareció aún más deliciosa porque le devolvió las fuerzas. Luego se instaló lo más cómodamente que pudo y guardó silencio. Necesitaba reflexionar y, por suerte, su odioso compañero respetó su meditación. Sin duda creía que ella empezaba a adentrarse por el camino de la resignación. Lo cual era un craso error: Sylvie sólo pensaba en encontrar lo más aprisa posible un modo de escapar.

Sus oportunidades eran muy escasas frente a un hombre que contaba con todo el poder del cardenal. A cualquier lugar del reino adónde se dirigiera, le bastaba sin duda invocar a su terrible amo para que los espinazos se doblaran y se le dieran todas las facilidades. ¡Tan grande es el poder del miedo! La pobre Sylvie, atrapada como una mosca en aquella aterradora telaraña, arrastrada lejos de París a un lugar ignorado, no veía de momento la menor vía de escape. En todo caso, en el camino no había ninguna: los jinetes seguían allí, vestidos de negro, tan siniestros como el carruaje y su dueño. «Lo mejor será esperar hasta que lleguemos a alguna parte —pensó—. A menos que me encierren en una fortaleza perdida en alguna provincia remota, tal vez conseguiré encontrar una manera de escurrirme. E incluso en el peor de los casos, será necesario intentarlo...».

Aquellos pensamientos amargos no contribuyeron a mejorar su moral. Ciertas imágenes desfilaban por su cabeza: la de Marie de Hautefort, su querida amazona. ¡La de François, sobre todo! ¡Necesitaba tanto la fuerza y el valor del «señor Ángel»! Pero no existía la menor probabilidad de que hubiera abandonado el garito de la Blondeau y a sus camaradas de placeres efímeros para representar el papel de caballero errante en unas tierras desconocidas.

De súbito, algo atrajo su mirada ausente, perdida en el paisaje cambiante que aparecía entre las cortinillas de cuero: techos azules, veletas doradas, la súbita abundancia de magníficas masas arbóreas... ¡Anet! No podía ser sino Anet, tal como aparece al llegar de París. El nombre vibró en su corazón, pero no asomó a sus labios. ¿Era allí donde la llevaban? Sería demasiada suerte, porque tanto en el castillo como en el pueblo conocía a mucha gente.

Ahogó aquella magnífica luz de esperanza. ¿Qué iría a hacer el secuaz del cardenal en una posesión de los Vendôme, sus peores enemigos? La carroza se adentró en un camino que rodeaba Anet y Sylvie no pudo retener un suspiro al que el odioso Laffemas dio su exacto significado.

—¡No, no vamos a casa de vuestros queridos protectores! ¡Acordaos de lo que os dije ayer! Os llevo a vuestra casa... *Mademoiselle* de Valaines.

Al precio de un esfuerzo sobrehumano, Sylvie consiguió conservar la calma.

—¿De qué habláis? Me llamo Sylvie de l'Isle.

—No. Y lo sabéis. No desde hace mucho tiempo, lo admito, pero de todos modos lo sabéis...

—¿Es el cardenal quien os lo ha dicho? ¡No ha perdido el tiempo en informaros!

Él la miraba con la sonrisa del gato que se dispone a zamparse un ratón.

—No ha sido él. Lo sospeché desde el día en que os encontré junto a la duquesa de Vendôme en la Croix-du-Trahoir. Vuestro rostro, por más que la semejanza fuera lejana, me recordó a otro que me era infinitamente querido y que nunca he olvidado. Ya veis, pequeña Sylvie, amé a vuestra madre ya antes de que la casaran con aquel bonachón de Valaines. El recuerdo de su belleza es de los que no se borran...

—Pero ella no os amaba. Habría sido sorprendente. ¡Incluso cuando teníais veinte años! Hay una fealdad, la del alma, a la que resulta imposible acostumbrarse. Y por desgracia para quienes la padecen, se refleja también en el rostro.

Los ojos amarillentos se estrecharon y la sonrisa se convirtió en una mueca, que Sylvie prefirió porque aquel rostro no estaba hecho para la alegría y la amabilidad.

—¿Cuenta para algo la belleza en un hombre? Tan poco como la edad. Basta con ser rico y poderoso. Entonces las bellas se ven obligadas a doblegarse. Lo que puedan pensar carece de importancia, desde el momento en que han sido elegidas. Yo había elegido a Chiara Albizzi... ¡Pero María de Médicis, la gran puta florentina, la entregó a otro!

La súbita avalancha de odio abrió a Sylvie perspectivas terroríficas. Le surgió una idea abominable, que expresó con voz desmayada:

—¡Fuisteis vos quien la mató!

No era una pregunta sino una certeza, una constatación cargada de dolor y espanto. Laffemas ni siquiera intentó negarlo. Se sentía lo bastante fuerte para prescindir de la mentira.

—Sí. Con tanta más alegría por cuanto antes la hice mía...

La joven cerró los ojos. Comprendía ahora que estaba en poder de un demonio y que debía abandonar toda esperanza. Con vivo pesar se acordó del frasquito de veneno oculto en su habitación del Louvre. ¿Por qué no lo había traído? Por lo menos dispondría de una forma de escapar de la suerte que le estaba reservada, y que no era ciertamente envidiable... Ni siquiera se le ocurrió la idea de rezar. ¿Se piensa en Dios cuando las puertas del infierno están a punto de cerrarse detrás de uno?

No tuvo necesidad de preguntar el nombre del castillo al que llegaron poco después. Aunque nunca se hubiera acercado a él después de tantos años, sabía que se trataba de La Ferrière. Los recuerdos de su primera infancia despertaban y, junto al escenario, le devolvían a los personajes. Cuando pasaron por el puente levadizo, con su maquinaria ya fuera de uso, volvió a ver en un relámpago las criadas que se dirigían al lavadero cargadas con pesados cestos de ropa blanca, y a una bella dama, su madre, leyendo en el jardín o acudiendo a oír misa a la pequeña capilla. Volvió a ver a la Tata, grande y bonachona, llevándola de la mano a pasear y alzándola de repente para darle sonoros besos en las mejillas antes de instalarla cómodamente en sus sólidos brazos para que pudiera ver las cosas y las personas desde un punto más elevado. Junto al recuerdo volvió el cariño, tan sepultado en el fondo de su corazón que parecía haber acabado por desaparecer. Fue así como recordó a los dos niños mayores que ella, un hermano y una hermana, cuyas imágenes se habían fundido, andando el tiempo, con las de François y Elisabeth de Vendôme...

Tal como había anunciado, Laffemas la devolvía a su casa, o al menos a la que lo había sido en otro tiempo. De hecho mentía, puesto que habían dado el castillo al personaje que llevaba su nombre, como si se tratara de una devolución muy natural que viniera a restablecer un orden perdido en la noche de los tiempos, o una reparación. Pero no había nada de eso. Nunca ningún La Ferrière fue titular de aquella propiedad. Perceval lo afirmaba: el nombre procedía de otra parte.

Y por supuesto, cuando descendieron del coche, allí estaba tendiéndole la mano aquel Justin de La Ferrière que Sylvie detestaba. Ella se negó a darle la suya, pero él no se molestó y se limitó a mirarla con una sonrisa socarrona. Y de súbito, ella explotó.

—¿Queréis explicarme qué estoy haciendo aquí? —gritó casi en las narices del teniente civil—. ¡Ésta no es mi casa y lo sabéis muy bien!

—Sin duda, pero lo será muy pronto. A Su Eminencia le ha parecido que sería peligroso para él dejaros regresar a la corte, sobre todo bajo un nombre prestado.

—No es un nombre prestado. Me fue dado en la forma debida por monseñor el duque de Vendôme. Y no tengo nada que hacer en la casa de un extraño...

—Muy pronto seréis la castellana. Si os he traído aquí, es para casaros. Esta misma tarde contraeréis matrimonio con el barón de La Ferrière... ¡por orden del cardenal! —añadió para acallar sus protestas, pero era difícil hacer callar a Sylvie cuando algo la enfurecía.

—¡Mentís! El cardenal en persona me prometió que no se volvería a plantear la cuestión de un matrimonio que él sabe que no deseo.

—¿No podríamos tratar ese asunto dentro? —intervino el barón—. Hace bastante frío, e incluso parece que empieza a llover.

Era cierto, y en efecto más valía entrar. La ojeada circular que Sylvie echó al lugar le mostró que sería imposible escapar de aquella trampa. Pensó por un instante en la niña pequeña que había escapado un atardecer corriendo torpemente sobre sus pies descalzos hacia un destino incierto, y se dijo que había tenido suerte. Hoy no tenía la menor oportunidad: además de Laffemas y del señor del castillo, había criados de rostro inescrutable, dos corpulentas comadres que probablemente servían de camareras y finalmente los jinetes de la escolta, todavía montados, inmóviles e indiferentes como estatuas ecuestres. Con un suspiro, ella volvió a entrar en la casa de sus padres y se dejó conducir a una gran sala, donde estaban disponiendo la mesa. De las cocinas llegaban olores de pan caliente y carne asada.

—Preparan el festín de nuestra boda —rió La Ferrière—. Ya veis que se os esperaba.

—Podéis ahorraros el festín. Nunca me casaré con vos. Nunca, ¿lo entendéis?

—Claro que sí, querida, vais a casaros con él y yo tendré la gran alegría de ser vuestro testigo. ¿Ha llegado el cura?

—Está descansando un poco mientras acaban de preparar la capilla.

—La capilla, notadlo bien, joven dama, en la que reposan vuestros padres. Esa circunstancia debería ser de buen augurio para vos. Ya veis, Su Eminencia piensa que sabéis demasiadas cosas en este momento, y que conviene ponerlos en manos de un esposo que no sólo sepa guardaros a su lado, sino además impedir que volváis a entrometeros en lo que no os concierne.

La joven se encogió de hombros con una mueca de desprecio.

—En ese caso me matará, porque nunca consentiré en...

—Si os ponéis demasiado insoportable, tal vez será preciso llegar hasta ahí, pero de momento os ofrecemos una oportunidad de seguir viviendo... de forma muy agradable, en compañía de un amante esposo que nunca os abandonará.

—¿Por qué? ¿Ya no forma parte de la guardia del cardenal?

—No. No por el momento. Un joven esposo se debe a su mujer.

—¡Basta de comedia! Podéis arrastrarme a la capilla, pero no me obligaréis a decir sí. ¡De modo que encerradme, o mejor aún, matadme, y no hablemos más!

—¿Es verdaderamente necesario renunciar a convencerlos? —siseó Laffemas con una sonrisa relamida.

—¿Es verdaderamente necesario repetíroslo? No pienso decir ni una palabra más.

—Yo creo que sí... Por lo menos la que esperamos de vos, y estoy seguro de que vais a reconsiderar vuestra postura muy pronto.

Esta vez sólo le contestó un encogimiento de hombros. Sylvie estaba decidida a no abrir más la boca, pero él añadió:

—Hablando de interrogatorios, Ragueneil todavía no ha sufrido ninguno en serio. Aún no. Ciertos interrogatorios son terribles, ¿sabéis? El verdugo dispone de un arsenal completo, capaz de soltar las lenguas más obstinadas...

Sylvie sintió que su corazón temblaba, pero, fiel a la línea de conducta que se había trazado, volvió la espalda al miserable y acercó sus manos heladas al fuego de la chimenea. Sin embargo, el teniente civil la siguió.

—Están las cuñas que rompen los huesos de las piernas, el agua que hincha el cuerpo hasta lo insoportable, las tenazas al rojo... ¡Incluso los más duros ceden... o mueren! Es muy posible morir bajo la tortura.

Hizo una pausa, mientras Sylvie apartaba las manos del calor para que él no viera cómo le temblaban, y se las frotaba.

—Si se lleva más allá de ciertos límites —murmuró Laffemas—, sobreviene la muerte, pero... también sucede que se tome su tiempo, se haga esperar... y desear. ¡Oh, sí! Y cómo se la desea cuando el cuerpo no es más que una llaga, cuando se han arrancado las uñas, los ojos...

—¡Basta! —estalló Sylvie, incapaz de soportar más aquello porque, mientras él hablaba, ella veía a su padrino sufrir aquellos horrores—. ¡No quiero seguir oyéndoos!

Y tapándose los oídos con las manos, corrió hacia la puerta pero allí tropezó con una de las dos maritornes que había visto al llegar. El teniente civil continuó:

—¡Ya os he dicho bastante! ¡Seguid a Gudrun! Ella os llevará a vuestra habitación, y allí os prepararéis para la ceremonia... ¡Ah, no intentéis hablarle, sólo entiende el alemán! Como su hermana Hilda.

La mujer, cuyo rostro era aproximadamente tan expresivo como el de una gárgola de piedra, la tomó del brazo sin demasiados miramientos y la guió hasta la escalera, que le hizo subir. En el piso superior, la cautiva se encontró en la habitación que había sido de su madre, donde Chiara había vivido su martirio. Echó una mirada a la chimenea en la que se había ocultado Jeannette. En esta ocasión no habría allí acurrucado ningún testigo que pudiera algún día relatar su propio calvario.

Sobre la cama había extendido un vestido, y Sylvie tuvo un sobresalto al reconocerlo. Era uno de los suyos, el más hermoso, el vestido blanco bordado de plata, regalo de Elisabeth de Vendôme, que llevaba la noche de *Le Cid*. ¿Cómo habían podido apoderarse de él sus raptos?

No se entretuvo en esa pregunta. Había muchas otras que se planteaba desde que había sido raptada en el patio de Rueil. Aquellos demonios parecían tener el poder de actuar a su antojo no sólo en la mansión del cardenal, su amo, sino también en el palacio de los reyes. Sin embargo, se le ocurrió que tal vez Richelieu no estaba involucrado en esta locura. ¿Por qué haberla confiado a *Monsieur* de Saint-Loup para hacer que un momento después su esbirro se la llevara? Aquello no era propio de él, pero ahora poco importaba que el cardenal estuviera de acuerdo o no. Lo pondrían ante los hechos consumados, y el odioso Laffemas era lo bastante retorcido para presentarle su conducta incalificable bajo una luz ventajosa para él.

En un gesto de cólera, la joven se apoderó del vestido, hizo una bola con él y lo arrojó a un rincón de la habitación; después se sentó en la cama con los brazos cruzados, con la intención de no moverse de allí. Gudrun, que había acabado sus preparativos, se volvió, la miró, y luego, sin conmoverse lo más mínimo, fue a llamar a su hermana. Entre las dos sujetaron a una Sylvie que intentó resistirse pero que hubo de confesarse vencida: la «gatita» no podía luchar contra las dos guardianas, a pesar de sus garras. En un abrir y cerrar de ojos se vio despojada de sus vestidos, lavada e introducida en el bonito vestido que de manera tan encantadora dejaba al descubierto sus frágiles hombros y sus senos redondos, aún menudos. Luego la peinaron y, envuelta

en su capa, la llevaron a la capilla, cuyas vidrieras azules y rojas brillaban como dos ojos en el atardecer.

El castillo no era grande y tampoco lo era la capilla, pero las pocas personas que se encontraban allí le parecieron una muchedumbre agolpada ante un patíbulo en que La Ferrière, vestido de terciopelo púrpura, desempeñaba bastante apropiadamente el papel del verdugo.

Además, reinaba allí un frío húmedo que la hizo estremecer. A partir de ese momento la pobre joven, vencida por la fatiga y la desesperación, no vio nada de lo que sucedía ante sus ojos. Pensaba en todas las personas a las que amaba y que nunca volvería a ver. ¡Qué lejos estaban! Desaparecían en una bruma más espesa a cada momento, en un mar cada vez más profundo del que al final únicamente emergía Perceval, cuya suerte dependía en aquel momento de ella. Tenía que salvarlo, más del horror que de una muerte que, como le constaba a Sylvie, no temía. Después..., el camino parecía ya trazado.

La novia forzosa se interesaba tan poco por la ceremonia que no oyó al sacerdote preguntarle si consentía en casarse con Justin de La Ferrière. Siguió allí, erguida e inmóvil, como paralizada, mirando sin ver al hombre de la casulla bordada... Entonces, una mano de hierro sujetó por detrás su cabeza y la obligó a inclinarse, siguiendo el mismo método empleado años atrás por el rey Carlos IX, en el atrio de Notre-Dame, para arrancar el consentimiento más que reticente de su hermana Margot en el momento de casarse con el Bearnés. Y como en aquel lejano día, el oficiante se dio por satisfecho, recitó a toda prisa el resto del oficio y Sylvie se encontró fuera, del brazo de su marido, en marcha hacia la mansión iluminada —de manera bastante modesta para una boda—, donde se vio obligada a participar en un festín en el que apenas probó bocado y se limitó a beber un poco de aquel vino del Loira que tanto gustaba a François... Tuvo la idea de beber en exceso a fin de intentar olvidar la situación abominable en que se encontraba. Alrededor de ella, todos tragaban y bebían sin medida. El hombre que era ahora su esposo bebía más incluso que los demás, y en particular más que el «testigo», que curiosamente se mantenía sobrio. Sylvie pensó que era sin duda porque tenía que partir después de la cena: al volver de la capilla vio la carroza negra, que nadie había llevado a las cocheras. Habían cambiado los caballos, nada más. Sylvie se quedaría a solas con Justin, y ese pensamiento la asqueaba. Sólo la sostenía una débil esperanza, al advertir la cantidad de bebida que despachaba: que estuviese borracho perdido, y en consecuencia incapacitado para asaltarla. ¡Oh, si no podía tener acceso a ella esa noche, no lo tendría nunca más, porque el día siguiente no la encontraría viva!

Mientras tanto, Laffemas se impacientaba. El tiempo se le hacía largo, y fue él quien se levantó y declaró que ya estaba bien, incluso para tratarse de un festín de bodas, y que era hora de llevar a la novia al tálamo nupcial. Luego, sin esperar la respuesta de La Ferrière, que había intentado, no sin trabajo, ponerse de pie, fue a tomar a Sylvie de la mano.

—¡Venid! Vuestras criadas os esperan. ¡No tengo toda la noche a mi disposición!

—¿Por qué queréis impedir a este digno gentilhombre celebrar su hazaña? ¿Tenéis que volver a París? Muy bien, ¡marchaos! Ya me habéis hecho todo el daño que podíais...

Él se contentó con mirarla sin responder, mordiéndose el labio.

—¡No partiré sin dejaros antes en el lecho! ¡Llamad a las mujeres! ¡Que vengan a atender a su ama! —dijo a un criado—. Veréis, querida, os sería demasiado fácil, una vez que yo hubiera marchado, escapar a vuestra noche de bodas, dado el estado de vuestro esposo. Pero cuando yo hago una cosa, la hago bien... y hasta el final.

Con la muerte en el alma, Sylvie se dejó conducir por sus dos guardianas. ¿Qué otro nombre dar a aquellas criaturas de rostros de esfinge, sin el menor parecido con la risueña Jeannette? Sin embargo, conocían su oficio. La recién casada fue despojada de sus vestidos, perfumada y envuelta en un largo camisón de seda adornado con pesados encajes. Soltaron las cintas de sus bucles, deshicieron el moño de su nuca y Sylvie quedó cubierta por la masa sedosa de sus cabellos, cuyo color castaño claro adquiriría bellos reflejos a la luz de las velas. El espejo ante el que estaba sentada le devolvía una hermosa imagen. En ese momento no fue en François en quien pensó sino en Jean d'Autancourt, ¡y para añorarlo! ¿Por qué no le había escuchado? A estas horas estaría sin duda casada, pero con un hombre joven, cariñoso, delicado, que habría sabido tratar con cuidado a la niña que ella era aún. ¡Nada parecido cabía esperar del bruto que iba a venir!

Sentada en el gran lecho con columnas, cuya lamparilla encendida en la cabecera revivía los personajes estampados en las tapicerías de las cortinas, Sylvie, helada hasta el alma a pesar del gran fuego encendido en la chimenea, esperó. Las dos alemanas se habían retirado, llevándose con ellas sus vestidos e incluso sus zapatos, lo que le pareció extraño, por más que otra mala sorpresa careciese ya de importancia.

Con el oído alerta, esperaba oír los cascos de los caballos y el rodar del coche que se llevaría finalmente a Laffemas a París, dejándola sola en manos de aquel bruto borracho. Pero nada se oía...

Lo que oyó finalmente fue el ligero crujido de la puerta que se abría despacio, despacio. Había llegado el terrible momento, al que esperaba aún que el vino le permitiría escapar por esa noche. Pero la silueta que quedó encuadrada bajo el dintel esculpido era la de Laffemas.

Una oleada de cólera ahogó el miedo de Sylvie:

—¿Qué venís a hacer aquí? Ya me han acostado, como veis, para esperar a vuestro amigo. ¡Ahora podéis marcharos! Vuestra repugnante misión ha terminado.

—No del todo...

En efecto, en lugar de marcharse se acercó al lecho. Había en sus ojos amarillentos una luz turbia, y se relamía como un gato gordo. Espantada por lo que leyó en aquel rostro diabólico, Sylvie retrocedió hasta que la cabecera de roble la detuvo. Quiso aferrarse a ella.

—¡Fuera!... ¡Fuera! —gritó—. ¡Voy a llamar!

—¿A quién, preciosa? ¿A tu esposo? Duerme la borrachera, y aunque no fuera así, no vendría. Era algo convenido entre nosotros desde hace mucho tiempo, que si yo conseguía entregarte a él, podría ejercer el derecho del señor... ¡Gozar de tus primicias, preciosa! ¡Qué momento delicioso vamos a vivir juntos! Hace meses que sueño con esto... ¡Vamos, sal de esa cama!

Ella se aferró con más fuerza. Entonces, él se inclinó y la arrancó de allí con una fuerza de la que ella no le habría creído capaz. Cayó sobre la alfombra, pero él la levantaba ya y se apoderaba de sus manos, que le sujetó a la espalda con una sola de las suyas, al tiempo que con la otra desanudaba el lazo del camión, lo hacía deslizarse hasta las muñecas magulladas, y empezaba a acariciarla.

—¡Qué precioso cuerpecito! ¡Bonita!... Voy a decirte una cosa, pequeña, ¡me gustas más que tu madre! ¡Oh, ella era hermosa... muy hermosa! ¡Pero tú eres exquisita! ¡Una cervatilla asustada! ¡Y además eres virgen! ¡Una flor recién brotada! ¡Un capullo de rosa que yo voy a abrir!

Lo que luego sucedió fue abominable. Después de imponer a la infeliz un beso que le causó repugnancia, le arañó el vientre y le mordió los senos, con mayor frenesí aún al oírle gritar. Luego la arrojó sobre el lecho y la penetró con tanta brutalidad que ella lanzó un aullido. El dolor fue tan violento que Sylvie acabó por perder el conocimiento. Él ni siquiera se dio cuenta y prosiguió su infernal proceder, vomitando torrentes de injurias en las que la mezclaba a ella con su madre y con todas las infelices a las que había degollado a orillas del Sena. Este último horror, al menos, le fue ahorrado a su nueva víctima...

Cuando ella recuperó el conocimiento, él recomponía sus ropas, de pie en medio de la estancia. La vuelta a la conciencia le arrancó un gemido. Entonces él se volvió hacia ella, soltó una risotada y dijo:

—Ha estado bien, ¿sabes? ¡Volveremos a vernos, mi tortolita! ¡Puedes estar tranquila que volveré... y más de una vez! ¡Ahora eres mía!

Aquella fue su despedida. Un instante más tarde dejaba el escenario de su infamia, y unos minutos después Sylvie oyó por fin el ruido del coche y los cascos de los caballos que tanto había esperado. Luego, nada. Un silencio tan absoluto que habría podido creerse que el castillo estaba desierto. Sylvie, entonces, se movió poco a poco. Le dolía todo el cuerpo. Era como si la hubiesen encerrado en un baúl con gatos salvajes. En las sábanas, manchas de sangre testimoniaban el trato bárbaro que le habían infligido. Pero poco a poco, su juventud y su profunda vitalidad se impusieron. Vio el camisón en el suelo y se arrastró hasta él, con la impresión de que si cubría el cuerpo magullado sufriría menos.

Una vez puesta en pie y vestida, comprobó que la cabeza no le daba vueltas, que podía caminar. Vio entonces sobre un cofre una bandeja en la que habían colocado dos vasos y un frasco de vino. Uno de los vasos había sido usado. Tomó el otro y se sirvió un poco de vino que se bebió de un trago; como aquello le proporcionó algún bienestar, se sirvió más.

El castillo seguía en silencio. Pensó que era preciso salir de allí cuanto antes. No para buscar una ayuda que no podía esperar de nadie, puesto que estaba casada con el inmundito La Ferrière, sino para buscar la muerte. El río no estaba lejos, pero se le ocurrió que su fin sería más dulce si iba a encontrarlo al estanque de Anet, allí donde nadaban los bellos cisnes que a ella le gustaba contemplar de niña. Y además, al menos en Anet cuando encontrarán su cuerpo le darían una sepultura digna. Su estado era tan deplorable que nadie imaginaría que se había suicidado...

Sylvie se sintió reconfortada. La idea de su próxima muerte no sólo no la asustaba, sino que le resultaba grata porque era el único medio de reunirse con François, al que no haría, a fin de cuentas, más que preceder por poco tiempo. No tenía ninguna duda sobre la suerte que reservaba el cardenal para el amante de la reina: él regresaría a los campos de batalla que tanto añoraba, y algún día, a la conclusión de alguna batalla, recogerían su cuerpo, herido por el enemigo o por una mano invisible surgida de sus propias filas...

Pero para salir de la vida, antes era necesario salir del castillo. Todo el mundo debía de estar durmiendo, los borrachos a causa del vino, los criados del cansancio. Empezó por buscar alguna ropa de abrigo pero no encontró

nada, a excepción de las sábanas. Se habían llevado todo. Además, la puerta estaba cerrada. Fue entonces a la ventana con la idea de anudar las sábanas y descolgarse en la mejor tradición de las grandes evasiones. Como el dormitorio se encontraba en el primer piso, su longitud sería suficiente. Pero encontró algo mejor: una espesa capa de hiedra trepaba en ese lugar por los muros de la casa, y ella sabía desde su infancia lo fácil que era escalar utilizando aquella planta tan firme. Bajar también debía de ser fácil. ¡Incluso en camisón y con los pies descalzos!

Estas palabras le reavivaron la memoria. ¡No llevaba nada más cuando, a los cuatro años, su instinto de cachorrillo la empujó fuera de La Ferrière! Pero ¿tendría ahora la misma fuerza? La niña de antaño era avispada y rebosaba salud. Ahora sólo era una mujer joven, rota, arrastrando un cuerpo hecho jirones...

Se decidió, a pesar de todo; consiguió deslizarse —¡era tan delgada!— entre el marco y el ajimez de piedra, buscó una rama un poco gruesa y, lenta, muy lentamente, se descolgó al exterior, buscó con los pies otra rama, luego otra y aún otra, hasta que por fin, al cabo de lo que le pareció un siglo, pisó el suelo. Allí se sentó un momento apoyada contra el tronco retorcido para que su corazón recuperase su ritmo normal.

En ese momento la luna, en su último cuarto, salió de entre las nubes y le mostró el patio desierto y la puerta abierta a un puente levadizo fuera de uso desde hacía años. Sylvie lo tomó como una invitación a proseguir su lúgubre plan. Le costó trabajo levantarse. Tenía ganas de quedarse allí, después del esfuerzo que acababa de llevar a cabo, pero su voluntad se impuso: ¡antes que nada, salir de esa mansión maldita para siempre! Y se puso en marcha.

Finalmente, ante ella se abrió el camino del bosque, oscuro, aunque iluminado en algunos tramos por fantasmagóricos rayos de luna. ¡Pero qué camino cruel para sus pies descalzos! Su primera huida había tenido lugar en junio, cuando la hierba y las plantas pequeñas formaban una alfombra blanda. El invierno endurecía la tierra, cuyo esqueleto se mostraba al desnudo, con guijarros cortantes y espinas despiadadas. Y hacía tanto frío... Sin embargo, Sylvie caminaba, caminaba anegada en lágrimas y gimiendo, pero impulsada por una desesperación infinita. Su mente no razonaba. No veía más que el túnel de árboles muertos que era necesario cruzar para encontrar el frescor del agua... del agua... ¡del agua! Tropezó con un obstáculo, lanzó un grito y cayó cuan larga era, de bruces contra el suelo, al que se aferró con la sensación de que nunca podría ya levantarse. En sus oídos zumbaba un ruido, el ruido de un galope que le recordó, antes de desvanecerse de nuevo, el momento

maravilloso en que, en su desolación infantil, se le había aparecido el «señor Ángel».

No vio surgir de entre los matorrales a los dos jinetes atraídos por su grito. Sin embargo, ellos la vieron justo a tiempo. François, que galopaba al frente, obligó a encabritarse a su caballo para evitar el cuerpo tendido, hacia el cual se precipitó enseguida.

—¡Sangre de Cristo! ¡Es ella! ¡Es Sylvie! ¡Pero en qué estado! ¡Está helada! ¡No la oigo respirar... llegamos demasiado tarde!

—¡Yo he llegado demasiado tarde, monseñor! ¡Y no me lo perdonaré nunca!... ¡Pobre, pobre pequeña! —gimió Corentin desesperado.

—No ha sido culpa tuya que tu caballo se matara al chocar contra el tronco de un árbol, y que hayas tardado horas en encontrar otro. Además, has tenido que hacer que abrieran el castillo, despertarme...

—¡Y pensar que me alegré tanto al saber que estabais en Anet...!

Beaufort, arrodillado junto a Sylvie, volvió con cuidado su cuerpo exánime, en el que la pálida luz lunar mostraba huellas de sangre y magulladuras bajo el fino tejido desgarrado en varios puntos. Una oleada de ternura, y también de dolor, lo inundó, y la estrechó contra su cuerpo.

—¡Mi gatita... mi pobre gatita! —murmuró, y posó los labios en su frente, sin poder retener por más tiempo las lágrimas—. ¡Te vengaré! ¡Juro ante Dios que te vengaré!

De pronto oyó un murmullo:

—François...

Sobrecogido se apartó un poco, a tiempo para ver abrirse aquellos ojos que creía cerrados para siempre, y la alegría lo embargó.

—¡Loado sea Dios! ¡Estás viva...! ¡Mira, Corentin! ¡Vive!

Pero Sylvie no veía a Corentin. Únicamente veía lo que le parecía un sueño nacido de su deseo desesperado de que todo empezara de nuevo como antaño:

—¡Vos... habéis venido!... Estáis aquí...

Y perdió el conocimiento por tercera vez.

Fin

Notas

[1] No debe confundírsele con su primo, llamado también Pierre, que llegaría a ser guardián de los Sellos y canciller de Francia. <<

[2] Luis XIII. <<

[3] En la alta nobleza, el primogénito lleva siempre un nombre diferente hasta la muerte de su padre: Fronsac entre los Richelieu, Crussol entre los Uzés, Mercoeur entre los Vendôme, etc. <<

[4] Hoy Port-Louis, en Morbihan, Bretaña. <<

[5] Luis XIII y Ana de Austria habían nacido el mismo año. <<

[6] Llevó el título de duque de Anjou hasta convertirse en duque de Orleans en 1626. <<

[7] Iniciales de Henri y Diane, es decir, Enrique II, muerto en 1559 de resultas de una lanzada en la cabeza sufrida en un torneo, y Diana de Poitiers. (*N. del T.*). <<

[8] Nacida María de Luxemburgo. <<

[9] Louise de Vaudémont, esposa de Enrique III. <<

[10] Así se llamaba a la biblioteca o estancia donde se guardaban los libros. <<

[11] Aldo Manuzio, célebre impresor, fue el inventor de los caracteres itálicos (o letra cursiva). <<

[12] En aquella época los carruajes no tenían cristales. Se utilizaban cortinas de cuero con más o menos adornos. <<

[13] María de Médicis no regresó nunca. <<

[14] El actual Palais-Royal. <<

[15] Metz, Toul y Verdún. <<

[16] Anagrama de Catherine, nombre de la marquesa de Rambouillet, reconocida como la reina de las «preciosas». <<

[17] Se llamaba así al príncipe de Condé. <<

[18] Mi amor está encerrado / en este bello jardincito / donde crecen la rosa, el
muguete / y también la malvarrosa. (*N. del T.*). <<

[19] «Traspasado hasta el fondo del corazón por una espera tan imprevista como mortal...». (*N. del T.*). <<

[20] Madre, decid al enterrador / Que abra una fosa para los dos / Y que haya espacio suficiente / para enterrar también al niño... (*N. del T.*). <<

[21] Del mismo modo que se llamaba a Conde *Monsieur* le Prince (el señor Príncipe), Soissons, primo del rey y príncipe de sangre también, era conocido con el título de *Monsieur* le Comte (el señor Conde), sin más añadidos. <<

[22] Felipe IV de España, hermano de Ana de Austria, estaba casado con Isabel, hermana de Luis XIII, que había de ser la madre de María Teresa, futura esposa de Luis XIV. <<

[23] La toesa equivalía aproximadamente a dos metros. <<

[24] El castillo de Madrid, en el Bois de Boulogne, fue construido por Francisco I en recuerdo de su cautividad en España. <<

[25] Únicamente las duquesas y las princesas podían sentarse en presencia de los soberanos. El taburete era el símbolo de la dignidad ducal. <<

[26] El condestable de Montmorency había construido un castillo renacentista junto a la antigua fortaleza feudal. <<

[27] Prescindo de lápices dorados / en los lugares venerables / donde se refugia
la virtud / y cuyo puerto me fue franqueado / para poner mi cabeza en seguro /
cuando fui quemado en efigie... (*N. del T.*). <<

[28] Mientras contemplaba a Sylvie pescar / vi pelearse los peces / a cuál perdería antes la vida / por el honor de morder sus anzuelos. (*N. del T.*). <<

[29] Cuando estaba sola —lo que ocurría con frecuencia—, la reina vivía según el horario español. <<

[30] En esa época era embajador en Roma. <<